Juan MONTALVO

# EL COSMOPOLITA

GARNIER HERMANOS

EL

# COSMOPOLITA

---

TOMO SEGUNDO

GUTIÉRREZ
GIRARDOT

# EL
# COSMOPOLITA

POR

JUAN MONTALVO

---

TOMO SEGUNDO

PARIS
CASA EDITORIAL GARNIER HERMANOS
6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6
1923

# INDICE

## DEL TOMO SEGUNDO

### LIBRO IV *(Continuación)*

Bellas Artes . . . . . 1
Cuadros de costumbres. Capítulo que se le olvidó á Cervantes . . . . . 19
De los celos. . . . . 30
Viajes. *Poesía de los moros*. . . . . 43
La salud y la Medicina. . . . . 65
Aventuras tenebrosas . . . . . 86
Cuentos fantásticos. . . . . 100
Comunicación con los espíritus. . . . . 105
Carta de un padre joven. . . . . 120
El padre Yerovi. . . . . 149
Una provincial, no de las de Pascal. . . . . 162
Estilo familiar. Correspondencia íntima. . . . . 168
Carta acerca de un gravísimo asunto literario . . . 199

### LIBRO V

Egotismo . . . . . 203
Del periodismo. . . . . 213
El terremoto de Imbabura. . . . . 221
El nuevo Junius. — I. A los partidos políticos . . . . 233
En el libro de autógrafos del Ministro de Colombia. . . 243
Al pie del Monte Blanco. . . . . 247

### LIBRO VI

De la política. . . . . 249
El Libelismo. . . . . 256
El nuevo Junius. — II. Los partidos políticos. . . . . 264

Estilo familiar. Cosas de mi tierra. . . . . 271
Carta al Sr. Carbo. . . . . 280
Ansela. . . . . 284

## LIBRO VII

Derecho de reunión. . . . . 287
De la ineficacia de la razón. . . . . 294
Del Juramento. . . . . 308
Cartas al Cosmopolita. . . . . 318

## LIBRO VIII

Del Espíritu de asociación. . . . . 323
Palabras de un creyente. . . . . 331
El Nuevo Junius. — III. A Don Gabriel García Moreno 342

## LIBRO IX

De algunas sociedades notables. . . . . 359
El nuevo Junius. — IV. A la Clase Militar. . . . . 366
Visitas de un desconocido. . . . . 376
Del espionaje. . . . . 385

INDICE . . . . . 395

Paris. — Imp. Villain et Bar. 58791-5-23.

# EL COSMOPOLITA

## LIBRO IV *(Continuación)*

*Ce sera toujours beaucoup que de gouverner les hommes en les rendant plus heureux.*

MONTESQUIEU,
" *Esprit des lois* "

## BELLAS ARTES

### LA PINTURA

El Consul Mumio, destructor de Corinto, enviaba á Roma una colección de cuadros, obras maestras de los más ilustres pintores de la antigüedad. Si se pierden en el camino, dijo al comisionado del transporte, me habéis de reponer con otros nuevos. La ignorancia tiene gran fuerza en el decir; no había modo de echar fuera con más eficacia la cerril alma de Mumio : ¡ pinturas de Apeles, Polignoto y Melanto le habían de reponer con otras nuevas, compradas en cualquier tienda de Roma! La perfección en el arte no tiene precio; de aquí es que si la Transfiguración, de Rafael, ó el San Jerónimo del Dominiquino estuviesen de venta,

todas las naciones civilizadas las querrían para sí. En una de esas obras maestras que adornaban los museos de Corinto, ó que honran al Vaticano, la belleza material entra por muy poco; tan poco, que de cien personas que contemplan diariamente esos cuadros *en mudo asombro, sublimados al cielo*, uno habrá que experimente de verdad las celestiales sensaciones que nos describen los viajeros. El dios de la pintura es como el Dios del universo; se oculta tras un velo impenetrable al común de los hombres, y no se deja ver sino de tal cual mortal privilegiado, á quien se descubre en un éxtasis divino. Como Dios tras la bóveda celeste, así la Belleza está tras las obras de los grandes maestros: los que dicen que la ven á la primera ojeada, que sienten rebosar el corazón en inefables emociones, son impostores, no les creáis: estos pueden asimismo ver á Dios rompiendo con la vista el cielo, y no hay fundamento mayor para creerles.

En un cuadro perfecto no se aprecia lo material, se aprecia lo moral: allí se ve una grande alma vaciada en una tira de lienzo, se ve una época, se estudia una civilización, y los siglos pasados acuden con todas sus grandezas. Las artes van á un paso con la literatura, la filosofía, la política, la civilización, en una palabra; ó más bien, son partes de la civilización y ellas el más claro indicio de la cultura ó la barbarie de los pueblos. Nunca se dió pueblo ilustrado que tuviese en poco las artes, ni bárbaro que alcanzase espíritus para saberlas estimar; y ¿cómo había de ser, si ellas no son más que la expresión de la belleza, la perfección del alma educada, pulida según las reglas del progreso humano? Los tiempos primitivos dan de sí poetas, y estos suelen ser los mayores; la poesía es una bárbara sublime; los pueblos sabios no tengan esperanza de producir un gran poeta. Todas las civilizaciones principiaron por la poesía; porque el tumulto de

afecciones inconexas que hierven en el hombre semi-basto, la necesidad de conocimientos, el vago anhelo de placeres y de timbres se exhalan en voces rítmicas, en pomposas figuras, con que los bardos tejen sus poemas. Homero es un legislador; y en tiempo de Homero, Grecia era un conjunto de pueblos zafios, muy distantes de la pulidez y la sabiduría á que había de venir con el transcurso de los siglos. Pues en tiempo de Homero las bellas artes aún no salían de la cuna, las bellas artes son hijas de la civilización. Reinos que abriguen en su seno un Miguel Angel, un Murillo, un Lebrun, no tienen nada que desear ni que esperar : llegaron á la cumbre de la montaña, ahora principia el descenso.

En los tiempos antiguos el siglo de Pericles es el que podíamos llamar el siglo-rey : con Pericles vive Praxiteles, con Pericles vive Fidias ; Pericles funda el Pecilo, Pericles evanta el Partenón. Si el bello ideal y la sabiduría se encarnasen en persona humana, el bello ideal y la sabiduría se llamarían *Pericles*.

Después de esta época tan gloriosa para el género humano, las artes esperaron muchos siglos : poder, grandeza, elocuencia, filosofía todo pasó de Grecia á Roma : Grecia quedó reengolfada en su barbarie primitiva, Roma se civilizó. Oraba un día Cicerón en Atenas : cuando hubo concluído, el auditorio rompió en vivos aplausos, transportado de júbilo y fervor. Un solo hombre se dejaba estar por ahí meditabundo, tácito, afligido, sin participar del general transporte. Marco Tulio parecía tener en poco el aplauso de los demás ; sólo á ese hombre veía, sólo su dictamen esperaba : inquieto, dudando de sí mismo, como quien espera sentencia de vida ó muerte, se va para ese hombre y le dice : ¡Apolonio! ¿nada dices? ¿de dónde á tí esa melancolía? ¿estás mal pagado de tu discípulo? Suspira le maestro, y responde tristemente : " Nadie te admira

más que yo, Cicerón; pero el ver que lo único que le quedaba á mi patria se va contigo á Roma, me causa viva pena, y no puedo menos que llorar la infelicidad de Grecia." Todo lo había perdido Grecia; mas le quedaba la elocuencia: fué Cicerón á Atenas, y se la trajo á Roma.

Cuando Apolonio echaba lágrimas por la desnudez de su patria, no se acordaba de una cosa: en todo imitaron, y en mucho sobrepujaron los romanos á los griegos: las bellas artes, patrimonio exclusivo fueron de éstos. Para un Alejandro hubo un César, para un Homero un Virgilio, para un Demóstenes un Cicerón; para un Apeles, para un Praxiteles, para un Pirgotelo, no dió rivales la señora del mundo. El ingenio artístico es más raro; el númen que engendró el Yaliso es muy más invisible y misterioso que el que inspiró la Eneida. Héroes tuvo Grecia, héroes tuvo Roma; poetas tuvo Grecia, poetas tuvo Roma; legisladores tuvo Grecia, legisladores tuvo Roma: los grandes artistas fueron dote exclusiva de esa gran madre de lo bello, no hubo quien los transporte á Roma. Los tyrios cargaron de cadenas de oro la estatua de Apolo y la ataron á una gran columna de mármol, porque no se pasase al campo de Alejandro: así los griegos ataron con cadenas de oro á la pintura, la música y la escultura, como á otras tantas diosas, y las sujetaron á las columnas del Hecatompedon, porque no huyesen al Capitolio.

No hubo grandes artistas en la antigua Roma: fué menester una gran revolución de siglos y de cosas, para fecundar su suelo y echar en él la semilla de las artes, que después han dado tan ópimos y sazonados frutos. En arquitectura fueron entendidos los romanos; y aun así, no hicieron sino copiar imperfectamente las formas de la griega, dando otra mano á la ya perfecta obra de sus maestros, como sucedió con las columnas de pórfido transportadas de Atenas, para emplearlas en un romano

edificio. ¿ Qué pulimento cabía en un miembro del templo de Júpiter ? eso era dorar las alas de la mariposa, hilar de nuevo y adelgazar los hilos de la araña. Jamás se llegará á superar á los griegos en las artes, jamás. El aire, el sol de Grecia, las montañas, la tierra misma contenían un principio vivificador y perfeccionador del alma, que no se percibe en otras partes : los dedos de los griegos eran dedos de ángel, canales por donde manaban á torrentes la inteligencia y la habilidad sublimes que endiosaban á esos hombres.

Las Musas de la pintura tienen su Parnaso, las ninfas de la escultura tienen su fuente Castalia, los genios de la música tienen sus sagrados bosques en donde vuelan aéreos llenando la comarca de plañideros y enamorados sones.

¿O diremos que los romanos no tuvieron tiempo ni humor para entregarse de propósito á la perfección de las bellas artes ? Diremos que no lo pudieron, porque no dejaron de intentarlo : el légamo de su tierra carecía de aquella pinguosidad fecunda que se requiere para formar Calímacos y Arístides Tebanos ; ó ya las aguas del Tamiso contenían un principio de divinidad, que entrando en un molde perfecto se cuajaba en un dios ; pero es lo cierto que la divina Grecia tiene la gloria de haber sido la única en componer Yalisos y Partenones. El pulso del romano era más duro ; con más destreza empuñaba la jabalina que el pincel, sabía más hacer rodar la catapulta que manejar el buril, y empapar ciudades en sangre era más de su gusto que embeber la esponja en los colores. Los dioses del Tíber casi todos descendieron de Marte ; Apolo mismo fué allí menos delicado que brioso : el Apolo del Parnaso es blando, bello, sonreído y enamorado ; su cabellera flota rubia á las espaldas, está coronado de rosas, tiene en el puño un haz de siemprevivas. El Apolo de los

montes sabinos es burlón, epicúreo, más amigo de la tierra que del alto empíreo, es en fin padre de Horacio. Más denuedo, más robustez, más disparados impulsos en Roma ; más finura, más primor, más divinidad en Grecia : el romano es un grande hombre : el griego, un bello dios.

La antigüedad era muy sabia ; el verdadero mérito, el mérito que está dentro del hombre mismo era el que se honraba : los hombres eran principales por su talento y sus virtudes ; el valor, título para la grandeza y la veneración de sus semejantes. Los agrigentinos quisieron coronar de rey á Empédocles : el filósofo se rió de la vanidad, y por vanidad fué á echarse de cabeza en el cráter del Etna : era que tenía en menos la fama de monarca, y quiso alcanzar la de genio divino : cargar los dioses con Empédocles, ¿ no era más que reinar Empédocles en Agrijento ? Agatocles, menos presumido, aceptó el trono de Sicilia ; y Agatocles era hijo de un pobre alfarero, como quien dice *ollero*. Alfarero su padre ; él, dignísimo de un cetro. Los filósofos, poetas y artistas eran gente de gran suposición, y Fidias se hombreaba con ese gran Pericles. De los grandes hombres nacen los grandes valores, ha dicho un pensador ; de los grandes honores nacen los grandes ingenios, diríamos nosotros : estímulo, admiración, respeto, honra, he ahí los protectores del ingenio : por ésto uno muy grande y superior á los comunes, no se suele desenvolver sino en los tiempos y pueblos libres, mandando magistrados liberales é ilustres, en medio de una vasta muchedumbre de gente conocedora y apreciadora de la grandeza.

La ignorancia no protege sino el vicio ; la sabiduría general abraza, calienta é incuba eficazmente esa grey divina que con nombre de filósofos, sabios, poetas y artistas ha ilustrado algunas épocas felices y algunas porciones del género humano.

La satisfacción de conceptuarse y verse superior á los

demás, no es lo único que avalora á los hombres de sobresaliente ingenio : verdad es que muchas veces suelen ellos pagar la pena de su preponderancia ; pero gozan asimismo el premio de sus virtudes, y suele para ellos haber premios.... blandos, sabrosos, celestiales. Sentarse á la mesa de los reyes, volar en alas de la fama, ser objeto de admiración y aplauso, son ya retribuciones que el mundo suele tener en estima ; pero el gozo experimentado por el alma superior, esos íntimos afectos que le somueven el corazón, esas ráfagas de inteligencia que le ponen en duda si pertenece á la especie humana ó á una categoría de entes superiores, ésta es su remuneración más apreciadä. Y si depuestos un instante del excelso trípode en que beben sus inspiraciones, bajan á ser hombres, el mundo suele darles dulces pruebas de ternura. — Elpinice fué una de las más bellas y renombradas griegas : por Elpinice hubiera arrojado un príncipe su corona de rey, por Elpinice hubiera Alcibíades desdeñado la gloria y las riquezas. Elpinice tiene también su ambición ; no satisfecha con la nombradía presente, aspira á la posteridad, quiere inmortalizar su belleza. ¿Y cómo lo consigue? por medio del ingenio, por medio del amor. Polignoto pintaba entonces su gran cuadro de la guerra de Troya. Elpinice se va para el artista, y le ruega ponerla entre las troyanas de su lienzo. La súplica no hubiera bastado para tan grave pretensión ; mas, á la sonrisa de esos labios, á la mirada de esos ojos, al acento seductor de esa voz plateada y armoniosa, no pudo Polignoto resistir. Pintóla pues tan hermosa y á lo vivo, que llena de gozo la incomparable griega, pagó con una noche al artista incomparable. La habilidad no siempre es infructuosa.

La ruina de Grecia fué la ruina de las bellas artes : Roma se enriqueció con los primores de su esclava, mas

nunca pudo ser lo que ella había sido : la turquesa se había roto, el barro fino, sutilísimo de que era formada, no lo tenían los romanos : contentáronse con acarrear á sus palacios cuadros, estatuas y columnas, bien así como á esclavos de cuyo mérito se aprovechaban : esclavos eso sí, muy respetados, esclavos ilustres, que comunicaban á sus dueños importancia. Vínose abajo el imperio romano, y los tesoros de la antigüedad, las obras sublimes de los grandes maestros, presas fueron del incendio, del hacha de los bárbaros : todo se perdió, todo se acabó con sus desoladoras irrupciones ; y si algo se había escapado del furor de los godos y los vándalos, la ignorancia y el furor de otros bárbaros acabó por destruirlo : Gregorio I cifró todo su anhelo en el olvido total de la antigua Roma : bibliotecas, museos, depósitos de preseas costosísimas, el blanco fueron de su furia arruinadora : persiguió á Tito Livio, cual si el historiador fuese un parricida ; no dejó en fin una estatua, no sufrió un cuadro en las paredes[1] : ¿qué mucho que tan poco nos sobre de esa devoración satánica ?

Urbano VIII, de la familia de los Barberini, saqueó el panteón de Agripa, le despojó de sus adornos, redujo á *metálico* las riquezas de ese noble monumento, y mereció que se dijese :

*Quod non fecerunt barbari, fecere Barberini.*

Si algo queda en Roma de la belleza antigua, á costa ha sido de grandes sacrificios, interviniendo la cordura y generosidad de algunos pontífices ilustres. Roma y el mundo deben harto á un Julio II, á un León X y á un Sixto V : con más de un Gregorio I, no tendríamos noticia

1. Gibbon, *Decline and fall of the Romain Empire.*

de Grecia ni de Roma. No, no es preciso que un hombre no vista sotana para que sea bueno y sabio : clérigos hay grandes é ilustres. No ha mucho tiempo encontróse en una pared medianil de la ciudad eterna una estatua del gran Pompeyo : los propietarios de las dos casas litigaron sobre cual la tomaría para sí. El juez, á imitación del Sabio, ó ya llevado por un impulso de bárbara imparcialidad, condenó al gran Pompeyo á ser partido por medio cuerpo, y mandó adjudicar una parte á cada uno de los contendientes. Iba la sentencia á ejecutarse, cuando llegó á oídos del pontífice : exasperado, activo, terrible manda suspender la ejecución, y abre sus tesoros : los de la estatua toman lo que quieren, y ella pasa á adornar el Vaticano.

Desde el hundimiento de la civilización antigua hasta la restauración de las luces, transcurren algunos centenares de años. Muere Grecia, vive Roma ; muere Roma, reina la edad media ; pasa la edad media, nace la Italia moderna. Las revoluciones, las destrucciones, la sangre de tantas generaciones la ha fecundado : por conductos recónditos y misteriosos la savia de Atenas y Corinto ha pasado á Roma y Florencia ; por una filosofía incomprensible, el alma de Praxiteles y de Apeles ha venido á dar vida á Miguel Angel y Rafael.

Miguel Angel es uno de los *genios*[1] más portentosos y cabales que ha nacido de mujer : no hablemos de los héroes ; esta es otra familia ; y aun así, Miguel Angel fué también guerrero, y atrevidísimo emprendedor de grandes cosas ; mas él prepondera por su talento y su habilidad insigne para las bellas artes : escultor y pintor, en grado primo : su profesión principal era entallar en mármol :

1. Los puristas y los galistas espérenme hasta otra oportunidad.

ofrecióse la ocasión de pintar, y pintó el Juicio final. Este hombre tenía en sí un pequeño Olimpo : Minerva, Apolo, Venus, Palas, Musas y Gracias habitaban los espaciosos ámbitos de su cabeza. Arquitecto, había de ser de primer órden : ahí está la cúpula de San Pedro volando en el espacio, como un globo portentoso que se encumbra al cielo cargado de las maravillas de la tierra : ¡ qué atrevimiento ! ¡ qué majestad sublime ! ¡ qué grandiosa poesía ! La cúpula de San Pedro es una epopeya en piedra ; son los versos de la Ilíada cuajados en una esfera sonora, musical, digna de la bóveda celeste : si al hombre le fuese dable hacer astros, Miguel Angel hubiera hecho un sol.

He visto su Moisés en San Pedro *in Vincoli :* es Moisés, autor del Pentateuco ; Moisés, que pide á Faraón la libertad de Israel ; Moisés, que hace brotar agua del Oreb : Moisés, que guía al pueblo de Dios á través del mar Rojo ; Moisés, que baja del Monte Sinaí con las tablas de la ley, fulgurante de gloria, despidiendo centellas y ráfagas de luz divina de su rostro : el mismo Moisés, con su mirada de inspirado, con su barba de patriarca, con su ropaje de padre del pueblo, con su ademán de profeta. Cuando Miguel Angel tomó el cincel para desbastar su mármol, había visto al gran profeta en un sueño divino : Dios le cerró los ojos y le dijo : ¡Mira ! y él miró, y Moisés se le quedó pegado en la imaginación, y sacudió la cabeza, y la imagen tomó cuerpo, y fué Moisés.

El juicio final pintado al fresco en la capilla Sixtina, es también obra de Miguel Angel : hasta entonces no se había dedicado á la pintura, ni sabía que fuese de su pertenencia el hacer Juicios finales : el papa dijo para sí : Miguel Angel es Miguel Angel : el que ha levantado la cúpula de San Pedro, muy bien puede hacer un Juicio final. Y le tomó, y le encerró en el Vaticano, y el Juicio

final fué, y ahí se está causando la admiración de los mortales. Esta obra debe de ser grande obra, ya que tan célebre ha llegado á ser en el mundo : la posteridad no sanciona sino las nombradías merecidas, ni es racional suponer que unánimes se engañen los hombres acerca de un objeto. He leído ú oído tachar el Juicio final : quién tal hace, tiene el alma en forma de ovillo, rodando por sus entrañas. ¿No hubo quién critique y aún corrija de su mano la divina Ilíada ? Hombres hay que llaman pícaro al sol, porque oyeron decir que en él se descubrían *manchas*. Dejémosles á éstos que le sigan dando aullidos ; nosotros atengámonos al juicio de los sabios y á la sanción del tiempo : los siglos son muy justos y entendidos : sus sentencias no sufren revisión, porque la justicia está encarnada en las fórmulas de sus juicios.

Si la filosofía ha tenido un príncipe, si la historia ha tenido el suyo, lo tiene asimismo la pintura : Rafael es el príncipe de los pintores : si este grande hombre hubiera vivido en la grande época de Atenas, habría sido alimentado á expensas del erario, y se le habría enterrado en el Pritáneo. Rafael yace en el Panteón de Roma, entre varios otros esclarecidos varones, y ésta es no menor fortuna : en vida no fué tampoco mal visto de la suerte ; los pontífices le acariciaron, le amaron sus conciudadanos, el mundo empezaba á despertarse á la admiración con que hoy glorifica su memoria. Desdeñó por esposa una hija de cardenal ; y era que él mismo aspiraba á la púrpura cardenalicia. El que se llama Rafael es más que Pontífice romano : ¡ miserable achaque del ingenio anhelar lo que vale menos que él ! El cardenal Rafael habría desaparecido en una oleada del género humano, y yaciera sin recuerdo en un rincón silencioso de la eternidad ; Rafael, el pintor, vive en la memoria de los hombres, y vivirá

mientras en algo tengan éstos la verdad y la hermosura. León X amparó al gran artista, el gran artista amparó á León X; y cuentas bien ajustadas, aquel era superior: el uno tenía el mando y alguna alteza de alma; el otro tenía por suyos el ingenio, el genio y el corazón; es decir, alma de más refinada y grandiosa sustancia que las demás, potencia creadora, numen que en forma de paloma celestial aletea sobre una cabeza privilegiada, y la inspira como Espíritu Santo. Virgilio, Rafael, Canova, Rossini son de la misma familia; familia egregia, cuyo mayorazgo pasa por derecho divino á lejanos descendientes, sin que tantísimos desheredados hayan por eso de quejarse de la Providencia: esa paloma celestial, ese Espíritu Santo aletea sobre la cabeza de esos hombres-dioses.

Tan difícil me parece componer una Eneida como una Transfiguración: ambas son partos de inteligencias portentosas, quedando el misterio en favor de la segunda: los versos de Virgilio se comprenden, se sienten sus afectos: la belleza, en la Eneida, está á la mano, se la toca, se saborea uno con ella, y sabe qué y á quién ha de admirar; es un armónico instrumento que suena sin dificultad, que se le oye de lleno, en cuyos raudales melodiosos el alma se empapa y nada alegre, como un blanco cisne en los senos del Caíster. El bello ideal, en la transfiguración, es invisible á ojos profanos: se sabe que hay grandeza y belleza en ese cuadro, pero no se las descubre: en su presencia, el que sabe en donde y ante quién está, se siente poseído de admiración y respeto: busca con la vista, busca con el alma el primor de esa grande obra, y no le encuentra: es el espíritu divino que cunde en torno, y no le vemos, ni le tocamos, ni le oímos. Pero él existe: recogeos dentro de vosotros mismos, poneos en Dios, pedidle, hurtadle un rayo de luz, y os sentís ya más aptos para comprender y sentir; ¿qué alba ligeramente encarnada se

os presenta en el horizonte ? parece que algo veis : mirad, clavad el alma en esa rubicundez sublime.... Ya veis, ya conocéis, ya apreciáis por vosotros mismos : un espectáculo divino se os descubre; el Señor se transfigura, y este gran misterio viene rodeado de misterios : vago, grande, bello é indeciso es todo lo que veis : los ojos de ese rostro son ojos de Dios, el color de ese rostro es color de Dios, el ademán de esa imágen es ademán de Dios.

Léese en libros, óyese á viajeros de todo linaje los transportes súbitos que experimentan en presencia de la Transfiguración : no hay sino que oyeron que tal suele suceder : un gran artista, cuyos ojos experimentados profesan el deleitarse con pulidos lineamentos y pinceladas maestras, comprenderá desde luego el mérito de esa tela : él es como un espejo ustorio que atrae los rayos del sol, y no solamente reune luz, mas aun cría fuego. Pero vistas sin arte ni experiencia, ¿ cómo han de ser adecuadas para el caso de ver de una ojeada el bello ideal ? El bello ideal, esa ave aérea, cuyos matices huyen y vuelven como los del iris, cuya condición es no dejarse ver ni tocar sino de manos pulcras del más fino tanteo. Poesía en el alma se ha menester para entender á un poeta : la pintura es poesía, poesía en bulto, poesía en forma de mujer ó de ángel; y la poesía es don tan escasamente repartido entre los hombres, que la mayor parte de ellos no la conocen sino de reputación; nunca la vieron ni conversaron con ella. El hacer versos es en el día oficio mecánico : el carpintero labra mesas, el herrero forja llaves; el que no es ni uno ni otro, no *compone, hace* versos. Y hay quien los hace sonoros y medidos, y con todo está muy lejos de la poesia. Esta es de gran prosapia, desinteresada y espiritual doncella : no comercia, no da ni recibe á logro, no compra ni vende; independiente, sensitiva y elevada, vuela y se encumbra, calienta las alas al sol, desciende como el

Arcángel, se posa en el Helicón ó en el Olimpo, y de allí extiende á la redonda su mirada de águila.

El ahinco por comprender y *sentir* las obras maestras que enriquecen al Vaticano, y el continuo y largo ejercicio de mirarlas, pueden infundir á pausas la virtud de conocerlas y sentirlas, así como la tierra inculta y estéril viene á dar en productiva á fuerza de abono y laboreo. De mí sé decir que admiré al principio las pinturas de Rafael en el Vaticano, porque tenía entendido que debía admirarlas. Pero sintiendo dentro de mí un cierto rubor de no ser capaz de ese deleite que lo grande y bello proporcionan al alma, aminorábame á mis propios ojos y me veía humilde y pequeñuelo. No comprender el Paraíso perdido, no estimar el templo de San Pedro, no tener oídos formados para el Don Juan de Mozart ó para el Miserere de Rossini, no es posible : he de entender, he de sentir la Transfiguración de Rafael. Y fuí, y volví, y torné al Vaticano ; y consulté á los espíritus, y miré, y tuve fuerte querer : y si en hecho de verdad no dí con el hito de la perfección, salí de Roma convencido de que me había deleitado en la Transfiguración, en la Comunión de San Jerónimo del Dominiquino, y en el Descendimiento de Daniel de Volterra, las tres obras maestras de la pintura moderna. Bien pudo no ser así, mas para mi consuelo ó para mi vanidad, eso me basta.

El Vaticano es un depósito inmenso de lo más primoroso que ha obrado el hombre en orden á las artes : los restos de los tiempos antiguos, la flor de los modernos, el Vaticano los contiene. Miguel Angel y Rafael pintaron las salas del palacio : Rafael respira donde quiera, y sus maestras pinceladas no deleitan á la vista solamente, pero hasta perfume tienen, y en junta del de las flores de los jardines que circuyen la casa apostólica, difúndese por los espaciosos ámbitos. Rafael tenía dos dioses impresos en su alma ;

el dios de la pintura, y la mujer : amaba más que pintaba, gozaba más que trabajaba ; y en tanta manera se dejó arrebatar tras el deleite, que murió agotado á los 37 años de edad ; edad tierna para lo que debe vivir un grande hombre. El papa tenía gran cuenta con impedir sus estragadores pasatiempos : vano empeño : un mozo enamorado se convierte en humo, se sale por las rendijas de las puertas, si le encierran. Así es que hubo Su Santitad de consentir en un amoroso atrevimiento, una osadía santa : consintió, digo, en que el artista trajera consigo á su paloma, la bella *Fornarina*. Pues no había remedio ; el amor le ahijaba, la imaginación le sacaba fuera de sí, los sentidos le arrastraban, y alzando la mano de la obra se salía del palacio tres y cuatro veces al día ; desorden redundante en perjuicio del Pontífice y de la posteridad : con menos condescendencia para con Rafael, menos hubiera hecho en el Vaticano : con más rigida moral, acaso nada. El águila en jaula, se recoge, se angustia, languidece y pierde su real grandeza ; el hombre de remontados pensamientos y de hervorosas afecciones, necesita de un circuito tan ancho como el universo.

Murió Rafael en la flor de la edad : lo mismo suele suceder con todo mortal privilegiado, que sale del nivel común de la especie humana. Un sabio puede prolongar su vida hasta partir límites con un siglo : hemos visto al más sabio de los tiempos modernos ir adelante hasta acercarse á los cien años : Humboldt acabó sus días á los noventa y más, y otros de su misma condición se extendieron interminablemente por el tiempo. Sabiduría es una matrona reposada que vive en buena paz con las pasiones, sin sostener la menor guerra dentro de sí misma : el sabio todo lo tiene en la cabeza, todo sucede en él en la cabeza : su corazón es fuente dormida en donde nadie bebe, en donde no se quiebra el viento. El corazón es la fuente de

la vida, como dicen los poetas : *the painting source of life.* Si nadie toca sus aguas, no se agota ; si nadie le perturba, se deja estar tranquilo sin caer en cuenta de los años. La madeja de la existencia y de la muerte se mueve lentamente en la cabeza ; en el corazón, gira con rapidez horrorizante : puede el hombre pensar largo tiempo ; sentir, muy corto. Si las ruedas de la vida van saltando entre piedras, de no romperse súbito, se gastan, y la máquina cae deshecha : el celebro es materia suave, elástica ; allí ruedan con comodidad y lentitud. De aquí es que el secreto de la vida consiste en experimentar pocas y leves afecciones ; secreto sin halago por cierto, para los que han batallado consigo mismos y saben cuánto hay noble y seductor en las refriegas de las pasiones borrascosas.

El cuerpo de Rafael permaneció expuesto tres días, por exigirlo así la veneración pública : Roma iba viniendo á casa del difunto : nobles, plebeyos, sabios, ignorantes, todos llevaban á su casa en tributo un corazón oprimido de pesar, y una lágrima sincera en los ojos. Cuando al tercer dia iba á llevársele á la mansión eterna, el papa acudió presuroso, prosternóse en presencia del cadáver, oró un instante, tomó entre sus manos una de las insensibles, y cubriéndola de besos, rompió á llorar, con ahinco y ternura tales, que nadie pudo resistir á la pesadumbre[1]. Rafael oyó ese llanto sublime, y se alegró de haber nacido, y alegróse de haber muerto.

El príncipe de los pintores no tuvo modelo sino fué la naturaleza : la naturaleza en su desnudez embelesante, con sus torneadas y primorosas formas, con sus hechizos y sus naturalidades seductoras. Desde luego, había seguido la manera del Perugino, su maestro ; más en viendo que él había nacido creador y no imitador, ya no hubo seguir

1. Si postró dinanzi l'estinto Raffaello e baciogli quella mano tra le lágrime. — Audino. *Hist. de Léon X.*

otro sistema que el de su propria inspiración. Rafael tenía en su corazón las muestras de sus más suaves y atrevidos rasgos; su querida le sirvió para sus vírgenes, esos rostros celestiales que envidiarían los ángelos del cielo: la belleza y el amor no podían menos de producir Gracias, en la íntima unión que el destino les había preparado. ¡Suerte en verdad muy para envidiada, gozar é inmortalizarse al mismo tiempo, erigir el monumento de su fama, engolfado en los encantos de la mujer amada! Dicen de los grandes poetas que suelen trasmitir á sus armonías las gracias, las pasiones, y hasta los defectos de las que endiosa su cariño; así debe de ser; el inspirador, el numen ó el genio no es sino la pasión, ese hirviente anhelo con que se desea ó se disfruta lo que se ama. No hay grandeza sin fuego; el pecho de un hombre ha de ser un volcán, para que éste sea grande: la tibieza es medianía; la frialdad, ineptitud. Vemos las cumbres de los montes superiores cubiertos de hielo eterno; mas allí dentro arde el fuego del mundo, el fuego de los siglos, y es acaso en razón de su misma impetuosidad, que la naturaleza ha querido domarle con ese peso enfriador. El oro más puro es el que más ha hervido en el crisol; el alma más sublime es la que más se ha purificado en sus propias llamas: las pasiones son maravillosos alquimistas.

Rafael copiaba las formas de su querida, y formaba vírgenes: ese es el estudio natural: no hay más escuela para los ingenios crecidos de marca que la naturaleza misma. Zeuxis de Heraclea formó la imagen que fué el asombro de Grecia, reuniendo en una las perfecciones de varias hermosuras: de una tomó el porte, de otra el ademán; de ésta la sonrisa, de ésa el mirar de ojos; de tal el color y la tersura, de cual el torneo de los miembros y los suaves declives de las carnes, según cada una de ellas sobresalía en tal ó cual perfección ó donosura. Si Venus, la Venus

viva, la Venus del Olimpo, no hubiera salido de la espuma del mar toda formada, así la hubiera hecho su padre. Las imágenes más bellas, de la naturaleza toma el bardo; de la naturaleza aprende el músico sus más tiernas y sonoras voces; el universo es para él fuente de armonías: las oye en los astros, las oye en los vientos, las oye en los mares, las oye en los árboles, las oye en el gorjeo de las aves, las oye en el rugido de las fieras, y hasta el pío pío del implume parajillo es para él simiente de armonía. De un suspiro amoroso compone una nota; una sonrisa de su amada la convierte en acento; un rayo de luz que hiere las tinieblas pasa al libro de sus sinfonías. El que alcance el arte de vaciar su alma en una hoja de papel, ó en una banda de lienzo, ese es poeta, músico ó pintor, verdadero y grande, puesto que su alma sea grande y verdadera.

---

# CUADROS DE COSTUMBRES

## CAPITULO QUE SE LE OLVIDÓ A CERVANTES

*Intendame chi puó,*
*ch' i' m' intend' io.*
PETRARCA.

Algunas veces te he oído, prosiguió Don Quijote, que nos estuviera mejor volvernos luego á casa á cuidar de nuestras haciendas y familias, y vivir como hombres de bien y buenos cristianos, dejando las aventuras á los Palmerines y Amadises. Mira lo que dices, Sancho, y no te dejes llevar por la corriente de tu simplicidad, la cual te vuelve más tonto y menguado de lo que realmente eres. Si yo renunciara á mis acostumbrados y famosos hechos, ¿qué fuera de los afligidos y los huérfanos, de las doncellas agraviadas, las viudas menesterosas y las princesas encantadas? ¿Y esta mi buena y cortadora espada había de permanecer ociosa, tomándose de orín en un rincón ? No se inventó para mí la blandura del reposo, ni sufre mi temperamento vivir bajo tejado, cuando la naturaleza me brinda con sus libertades, y la ancha bóveda del cielo me cubre en toda su extensión, debajo de la cual voy consumando altas acciones, llevando á cima las obras á que los hados me destinaron aun antes que naciera. — Dígame,

Señor Don Quijote, dijo Sancho, ¿qué llaman hados los andantes caballeros? — ¿Hados? Hados son lo que la gente rústica y el vulgo, al cual tú pertenecces, suele llamar destino; y si me entiendes, aquella fuerza en cuya razón nadie es dueño de dejar de hacer tal cosa, de ir á tal parte ó dejar de ir; ó en una palabra, hados son los decretos que en bien ó en mal están escritos por la Providencia de toda una eternidad. Esto los filósofos suelen llamar suerte, los teólogos predestinación, hados ó estrella los poetas, y el vulgo, como te llevo dicho, se contenta con llamar destino.

—Y según esa teología, ¿Vuesamerced qué viene á ser? replicó Sancho. Paróse Don Quijote, y por de pronto no supo qué responder, sospechando que la pregunta envolvía alguna malicia. — Yo vendría á ser poeta, respondió al fin, con un sí es no es de rubor, si no estuviera visto y conocido que fuí, soy y he de ser andante caballero, sin que otra profesión distraiga mis pensamientos, ni ocupación alguna que no pertenezca á las armas y diga bien con los impulsos de mi valeroso pecho. Y aunque es verdad que cuando más enamorado estuve no dejé de urdir y tejer algunos tiernos madrigales, por vía fué de pasatiempo, y por dar vado á las penas que me hervían en el corazón, las cuales si no se las exhala en blandas quejas y armoniosos suspiros, suelen lastimar el alma y desmadejar el brazo. Ó para decirte de una vez, la andante caballería encierra en sí todas las profesiones, y el que la sigue está obligado á parecer inmediatamente aquello que se le ofrece parecer; porque figúrate que andando por esos mundos de Dios topemos algún sabio nigromante, como me sucedió cuando entré en la cueva de Montesinos; ¿ no era preciso tener buen repuesto de sabiduría, y aun algunas puntas y ribetes de mago, para poder ir á un paso con aquel sabio Merlín, de quien tantas maravillas has oído? ¿Qué figura

habría hecho yo en su presencia, si no hubiera sabido á qué quedarme en cuanto á su ciencia de lo pasado y sus predicciones de lo venidero ? Pues te sé decir que no nos quedamos nada á deber, y que tan admirado quedó él de mí, como yo de él. — Eso yo lo veo bien, exclamó Sancho; como que nadie que no sea rematadamente ciego, puede dejar de hacerse cruces de las cosas de mi señor Don Quijote. Volvió á mirarle Don Quijote, y volvió á ver si Sancho no quería hacerle burla. Mas el buen Panza que harto conocía los efectos de la cólera de su amo, añadió sin pérdida de tiempo : Digo que las acciones de Vuesamerced están siempre encaminadas á lo más glorioso, y que mi Señora Dulcinea tiene el más galano y merecedor caballero que nunca se vió por toda la redondez y cercunfirencia de la tierra. — Has de decir circunferencia, dijo Don Quijote; pues no está bien que el escudero de un tal caballero como yo soy hable tan á lo rústico y villano. Y como te iba á decir, no pocas veces se hallará asimismo el caballero andante en la precisión de ser poeta; pues sin el amor, tan una mesma cosa con él, vanos é inútiles serían los esfuerzos de los caballeros, muchos de los cuales se llamaron trovadores. A éstos la galantería les pone muchas veces en el artículo de sacrificar á las Musas, como cuando en algún castillo encantado alguna apasionada doncella les canta por la noche á su ventana las armónicas y rimadas sensaciones de su alma, pidiendo misericordia para sus amorosas cuitas. ¿Qué harías tú, Sancho, si te encontrases incapaz de responder del propio modo á sus solicitudes ? Por vida de mi mujer, respondió Sancho, si no hay quien no sea poeta, con más razón lo habia de ser yo, que no fuí tan extraño á ese oficio; pues si me sé acordar, en un cumpleaños de Marisancha escribí una cosa como versos, ó como se llaman; pero estaban igualitos, precisamente como los he visto en algún libro,

que acaso tuve á la mano. ¿ No me has dicho que no sabías leer ni escribir? le interrumpió su amo; ¿cómo los escribiste ? — Digo que los repasé, y ensarté y acomodé en la memoria, de modo que cuando llegase el instante de necesitallos, me saliesen uno por uno en orden y sin atropellarse. — Y qué tales te salieron ? — Flauteados, y melosos y blandos como unas gachas. ¿ No es el modo de hacerlos el ir contando con los dedos, y dándose de calabazadas contra las paredes, para hacer venir ideas ? — No, hombre, eso lo hacen los tontos. — Pues así los hice yo. — Pues mal año para tí. La poesía es inspiración divina : Apolo viene por sus pasos, y no se le arrastra como al degolladero. Muchos hay, es verdad, que componen versos ; pero como un maquinista hace máquinas, como un alarife acomoda las sillares en el edificio. Los tales, aun cuando tengan facilidad para metrificar, y aun cuando el vulgo necio los llame poetas, no lo son, sino poetastros, que no hallan subida al Pindo. La poesía no está fuera del hombre, está dentro de él mismo ; por manera que un verdadero poeta por fuerza es hombre bueno, de alma grande, de corazón noble despreciador de los vicios ruines : la codicia, las industrias lucrativas no tienen lugar en su pecho ; y rico de los bienes de la naturaleza, se sonríe de los de la fortuna. El poeta de alma, de corazón, no de cabeza, es enemigo de los malos : ni envidia, ni maldice, ni malquista, ni injuria solapadamente á aquellos cuya reputación le molesta ; ó más bien, al verdadero poeta no le molesta la reputación de los demás, porque él se siente superior, ó está pronto á reconocer la superioridad ajena ; otra virtud. La poesia es la belleza, la perfección del alma : poetas malvados, no los hay, te lo puedo afirmar y te lo afirmo ; poetas ruines, mucho menos. El padre Homero mendigaba el pan de la vida ; mas á modo de patriarca, cantando fragmentos de su divino poema, con

la lira en la mano; esto es, siempre digno y sublime. El ingenio puede llegar á mucho, no lo niego; los algebristas son ingeniosos: ingenio seco, sin jugo, que no se paladea sino con trabajo y disgusto: la poesía es húmida, jugosa, mana de una fuente viva, que dentro del pecho está brotando de continuo su límpido raudal. Quien al componer sus metrificaciones no se sintió conmovido interiormente, quien nunca sintió las lágrimas en los ojos á tiempo que escribía, mal puede llamarse poeta: á esfuerzos de su mediana inteligencia hará versos, en buena hora; éste será una máquina de hacer versos.

— Según esto, dijo Sancho, ¿yo soy máquina de hacer versos? — ¿Has compuesto muchos? — Hasta unos seis. — Pues ¡qué máquina has de ser, hombre! — ¿Necesario ha de ser componerlos en gran número? — No digo eso; pero calla, majadero, que ya me estás importunando; ni es ahora tiempo de oír sandeces tuyas; pues si el vivo deseo de acometer alguna inaudita aventura no me engaña, ahora mismo se me ofrece la ocasión de consumarla, y tan extraordinaria y grande, como nunca me sucedieron.

En esto se oyó en una casuca de campo, que acaso por ahí se hallaba, el rasgueo apresurado de una guitarra, junto con la voz más tuna y regocijada que se puede imaginar; y acudiendo los viajeros á ver qué era ello, no era todo sino una gira, en la cual unos buenos frailes holgaban á su sabor, ahorrados de faldas, con gorros á la turca, a pesar del cerquillo, en buena paz y compañia con media docena de esas que suelen llamarse mozas del partido. Detuvo Don Quijote á Rocinante, y en el más grave tono que le prestó la voz, dijo á su escudero: Ves aquí, Sancho, el trance más delicado y de mayores consecuencias que la suerte había deparado á mi fortuna. Estaba previsto de *ab eterno* que la fuerza de mi invencible brazo había de dar al través con el poder de los infieles, y arrancar

de sus impías manos la santa ciudad de Dios, por la cual tanta sangre derramaron los príncipes cristianos. Esos que ves allí no son menos que los reyes y caudillos moslemíticos, deliberando sobre el cómo han de dar fondo con los ejércitos de Jesucristo, y esas señoras son sin duda algunas cautivas reinas y princesas, que los turcos reservan para sus harenes, en mengua y deshonra de las ciudades de Europa. Pues aun cuando te parezca que andamos por los campos de España, la Providencia me ha traído por misteriosas sendas y desconocidas á este famoso teatro, la sagrada Palestina, en donde ponga yo en ejercicio los irresistibles empujes de mi brazo, y consume y acabe la libertad de la ciudad de Cristo, esclava tantos años, por falta de un andante caballero. Ese que ves allí al frente de los demás, es Selím, rey de Jerusalén, venerable tanto cuanto á despecho del mahometismo que profesa; ese gigante fosco que arruga la frente y amenaza soberbio á los cielos y tierra, es el descomedido Argante, á quien yo ponga luego en pretina, y enseñe como se trata con andantes caballeros. Mira por otro lado á Solimán, que habiendo perdido sus reinos, ha venido á ofrecer su espada al rey de Palestina : este infiel es de fuerzas prodigiosas y de valor á prueba de leones : peor para él; así se cebará mi saña en él más y mejor, y aprenderá á ser flaco y pusilánime, cuando su mala estrella le depara encuentros con el caballero de la ardiente espada, como estoy propuesto llamarme de hoy para adelante. — ¡Ah, Señor caballero de la ardiente espada, le interrumpió su escudero; ahora que ha nombrado *estrella*, ¿es Vuesamerced teólogo ó poeta? Miróle Don Quijote puesto en cólera, que no le gustaba el hincapié de Sancho en esa materia, tocada solo de paso. ¡Qué va de estrella á teología, bellaco villano! gritóle, y requirió el lanzón; á lo que te sé entender, tú quieres ponerme la mano en la horcajadura : reñido estás con la vida, Panza

indigno! Y le asentó tal palo entre la oreja y el hombro, que mal su grado tambaleó Sancho, como quien se ha bebido un odre de aguardiente. — No lo dije por tanto, Señor caballero, exclamó el maltratado Panza, viendo que su amo estaba ya á punto de asegundar la caricia; sino que como esta *maldita estrella* se me ha quedado en la frente, no pude menos de dejarla caer cuando me la tocaron. Si es así, le lo perdono, dijo el caballero, y vuelto á su reposo, prosiguió: Allí descubro también al mago Ismeno, el de la larga barba y elevado turbante: hechicero muy peligroso, donde no se le oponen las reglas de la andante caballería. ¡Ah, Don Solimán! añadió en su heroica exaltación; hora habéis de llevar la expresión de mi voluntad y de mis amorosas ansias á la Señora de mis pensamientos, si no de buen grado, rabo entre piernas y con una cadena á cuestas.

Asombrados los frailes, no menos que Sancho, oían las locuras de Don Quijote; si bien no tuvieron mucho tiempo de admirar las palabras, porque las acciones iban á poner el colmo á su sorpresa. ¡Descomunal y villana muchedumbre! dijo en voz colérica y alzada, dirigiéndose á los frailes: dejadme luego en libertad á esas princesas, ó sois muertos al instante. Y, sin esperar respuesta ni disculpa de ninguna clase, arremetió con ellos tan furioso y violento que los buenos de los religiosos no tuvieron tiempo ni voluntad de sostener la acometida; y viendo que tenían que haberlas con un loco nada manso ni católico, echaron á huir por esos campos, en habitillo como estaban, dejando por botín de guerra á su vencedor todas las provisiones de su francachela, inclusas las barraganas; las cuales, unas por desmayarse, otras por dar voces, otras por favorecer al mal herido sacerdote con el cual encontró primero la lanza de Don Quijote, no tuvieron ánimo ni comodidad de huirse. Entonces el vencedor, poniendo la punta de la lanza en el pecho del caído: Confesad, dijo, que os vencí

en singular batalla, y prometed que iréis luego á presentaros á la sin par Dulcinea, en homenaje á su hermosura incomparable, y como prueba del valor y la constancia de su mal ferido caballero. — No tiene que confesar ni que prometer, dijo á esta sazón una de las pelanduzcas, que ya iban recobrando sus espíritus, sino que Vuesamerced le ha estropeado y muerto sin motivo, y que vamos ahora mismo á dar cuenta á la santa hermandad, de que anda por aquí un loco furioso hiriendo y matando á la gente, sin esperar razón ni disculpa. — Altas y poderosas Señoras, respondió Don Quijote, bien es de princesas de vuestra alcurnia, y de generosos pechos como los que ahora me roban los sentidos, implorar por sus propios enemigos, y pedir á sus vencedores el perdón de quienes les habían cautivado. Pero no era menos obligación mía acometer á esta turba desmandada, y volveros á la dulce libertad que habíais perdido, á despecho de la religión y de la cortesía que se debe á vuestro sexo. — No somos altas ni gordas, interrumpió la misma que había hablado; somos unas pobres mujeres, que cansadas de trabajar, vinimos á pasar el día en el campo con nuestros primos que Vuesamerced ha tan inhumanamente muerto ó dispersado. — No la dejó Don Quijote continuar, y con el más fino y esmerado galanteo, dijo : No os curedes de estos males, fermosas criaturas, que puesto que lo parecen, no lo son en realidad, sino bienes que al fin y á la postre habéis de agradecer á quien los obra. Y dirigiéndose á su prisionero, le dijo con rudeza : levantáos, si aun sois vivo; y si la vida os incomoda, hablad luego, que yo os hago el servicio de quitárosla.

No pudo sufrir el buen padre este favor, y sabiendo por experiencia que más tardaba su enemigo en decir que en hacer, púsose en pie al punto con indecible agilidad, sin otro daño en su vencimiento que una fuerte contusión

en las costillas. Y, como le pareciese contra la religión el hacer falso juramento, pues no había él, religioso casi viejo, de ir á presentarse á ninguna Dulcinea, como vencido y prisionero, negóse á lo que su vencedor mandaba, diciendo que antes perdería mil veces la vida. — Pues ahora vendréis conmigo, y yo sabré para qué penitencia os guardo, dijo Don Quijote, vuelto ya á su cólera; y ordenóle como luego echase piernas en las ancas de Rocinante, al cual escaló, seguro de ser obedecido. Pero el fraile estaba puesto en que eso no podía ser: con lo cual el caballero, inflamado en buena ira, saltó abajo, y con el lanzón en ristre, le amenazó pasalle de parte á parte, si al punto no obedecía. No creyó el pobre sacerdote de su conveniencia echar más leña al fuego de su adversario, y suplicándole llegase Rocinante á un altillo que por ahí estaba, montóse en la grupa á horcajadillas, con el hábito arregazado y el cogote al aire, y principiaron á trotar por esos caminos de Dios. Con más, que Don Quijote le había obligado á traer la guitarra en la mano, de suerte que era cosa de ver figura como la que componían dos personajes de tan diferente condición y aspecto, sobre un espectro de caballo, con una guitarra á cuestas.

Sancho, que por su cuenta había también echado pie á tierra, cuando vió que no era batalla de correr peligros, dedicóse sin reparo á una canasta de biscochos y un frasco de aguardiente que pudo haber á la mano, y acariciólos hasta que su amo el batallador hubo dado la orden de montar; la cual fué por él obedecida sin el menor refrán, observación ni plática, cosa rara en uno como Sancho. ¿Qué te parece, Sancho, dijo Don Quijote, que hagamos de este descomedido mahometano? — No veo yo por dónde este buen religioso pueda ser mahometano, respondió el escudero; y lo mejor que pudiéramos hacer fuera entregarlo en su convento, y allá su prelado ó superior le infrinja

el castigo merecido por estas borracherías, que tan á menos traen las órdenes religiosas. — Ya te dejaste decir infrinja, otro despropósito, le interrumpió su amo : lo que yo entiendo es que quisiste decir imponga ; pues el mismo verbo infligir es ya rancio y de ninguna significación en lo bien hablado. Y sírvate de regla que ha de haber mucha oportunidad y elegancia en un anacronismo, para que pueda pasar. Yo no entiendo de arnaconismos, Señor mío, dijo Sancho ; ni sé de verbos sino que el Verbo Divino se encarnó en las purísimas entrañas de María, por obra y gracia del Espíritu Santo. — Eso no hay quien lo quite ; pero no puedo sufrir oírte hablar tan necio, cuando con ser mi escudero debías por esa mesma razón usar términos cultos y adecuados para las circunstancias. Y en lo de llevar, como dices, á este religioso á su convento, no me parece mal ; puesto que mejor estaría presentarle al congreso, porque vean esos legisladores cuán sin eficacia son sus leyes, y cuán á despecho de ellas y de las buenas costumbres andan relajados estos frailes. Y yo te sé decir que á ninguna congregación le corre más estrecho deber de ceñirse á la moral, si exceptuamos la orden de la andante caballería, que á los que profesan el sacerdocio, por cuanto en ella están las cosas de Dios, y por cuanto sería cosa más del infierno que del cielo, servirse de impuras manos en los sacrificios. Esto ha sido así desde los primitivos tiempos, como que los sacerdotes idólatras mismos debían ser los más santos de los hombres. Ahí tienes á los de Isis, ahí á los flamines de Júpiter : ve qué respeto y venerabilidad, para expresarme de este modo, inspiran á los demás esos mortales privilegiados. ¿Entróse nunca al antro de Trofonio sin un secreto terror, que así te lo causaba el dios como el misterioso sacerdote que le servía ? De las preeminencias que gozaban los sacerdotes se seguía ser tan severas las penas con que las leyes castigaban á los indignos de su

santo ministerio. Clodia Leta fué enterrada viva, por haber roto sus votos, y lo propio sucedió á otras varias sacerdotisas de Vesta, las cuales, como acaso oíste alguna vez, llamábanse vestales. Si pues tanto rigor corría con los paganos sacerdotes, ¿ qué no debería ser con los cristianos ? es por esto que no me parece bien contentarnos con presentar este buen fraile á su provincial, el cual le mandará por castigo de visitador á una provincia, revestido de extraordinarias y plenas facultades ; mas antes exponerlo á la vergüenza pública de modo que le pese. Ahora verás lo que hago.

Y como en esto habían entrado en la ciudad, íbanse por sus pasos encaminando al palacio del cuerpo legislativo, llegados á donde, desmontóse Don Quijote, arrastrando consigo al fraile, al cual le quitó *velis nolis* la chupa de piqué blanco de algodón, y en mangas de camisa entróle en vilo en la sala misma de sesiones. El presidente hubo de preguntar qué era ello ; y dicho lo que pasaba, mandó con indignación se echase *ese loco* fuera, y el religioso á su convento.

# DE LOS CELOS

## CONSEJO DEL OBISPO DE BELEY
## RARO GÉNERO DE MISANTROPIA

Elles font la sottise et nous sommes les sots.
MOLIÈRE.

He leído en la „ Fisiología de las pasiones " de Alibert, que la de los celos es inseparable del amor; pero que si éste puede venir alguna vez sin ellos, ellos presuponen sin remedio la pasión amorosa. La naturaleza ha variado de algunos siglos acá, ó esta proposición fisiológica no es tan general como la sientan los autores. Hortensio, enamorado perdidísimo de la mujer de Catón de Utica, se la pidió prestada por algún tiempo. El grave romano contestó que reflexionaría, y después de echadas bien sus cuentas, prestósela en efecto, con ser como era su apego á su mujer, muy positivo y grande, y muy pundonoroso el carácter de Catón, según todos lo sabemos. Cuando Hortensio hizo tal pedido á su amigo íntimo, bien sabría como lo hacía; y cuando el filósofo consintió en la demanda, no era sin duda cosa opuesta á la virtud y á los principios de moral, tan arraigados en su pecho y tan bien determinados, que

nunca y nadie los profesó más puros. Pueblo ha habido en el mundo, y de los más ilustres, donde uno de los castigos más severos impuestos por la ley á los malos ciudadanos era la prohibición de prestar sus mujeres á sus conocidos, y aun á los extranjeros. Y para que en toda una Esparta se llevasen adelante usos tan contrarios á los nuestros, no serán pues en sí mismos tan absurdos y extravagantes como nos parecen, ni los celos tan inherentes á la naturaleza, que sin ellos no pueda subsistir en armonía, yendo acompasadamente á sus mayores fines. Ni podemos acogernos á la escapatoria de que la corrupción pervierte las leyes naturales, en términos que dejan de parecernos leyes, y el ánimo se acomoda insensiblemente á lo que en el estado de pureza tendríamos por inicuo ó vergonzoso. ¿Hubo pueblo más hecho á la virtud que el de Lacedemonia? ¿Dónde fueron más austeras las costumbres? Y los anales del mundo ¿recuerdan á varón más virtuoso y moral que Catón de Utica? César, Lúculo, Pompeyo, Antonio y otros muchos prohombres miraron con indiferencia la desgracia conyugal, pues todos habían pasado por lo mismo que Catón, y aun sin su consentimiento. Pero hubo un tonto Lépido que se mató por causa de su mujer.... ¿Cuál fué más cuerdo? ¿Lépido ó aquellos? Para nuestras pasiones y costumbres, Lépido sin duda. Sin duda, pues si ahora dos mil años no deshonraba una cosa, ahora puede deshonrar; y si en Roma se tenía harta serenidad para conservarla en el trance más arduo de la vida, por hoy no hay quien la tenga, si no es en algunas naciones en donde, á fuerza de civilización, los vicios mangonean de virtudes, como en Francia.

¡Mi Francia! tan querida, tan alabada por mí en cualquiera oportunidad, tiene también sus vicios y defectos. No se ha de matar á la madre por obedecer al padre; mas la verdad tiene exigencias tales, que el no satisfacerlas

es de impíos; el hacer ó decir lo contrario de lo que ella ordena, de malvados. Hartas virtudes y grandezas adornan á esa hermosa porción del género humano, para que no se puedan mencionar sus fragilidades sin traer á menos su fama y nombradía. Francia es una de las primeras naciones del mundo, y en ciertas cosas, la primera. Por eso mismo sus vicios son más de temer, dado que sus costumbres pasan á los otros pueblos, y que aun sus extravagancias tienen imitadores. Pues por esto, y porque los guardianes de la moral no han de permitir la entrada en sagrado recinto á ninguno que no sea de su gremio, conviene estigmatizar los vicios dondequiera se los encuentre.

En Francia, digo, el matrimonio es asunto de pura comodidad, y por eso la mayor parte se casan para ser libres. Una jovencilla honesta, fresca, rozagante, que á torrentes esparcía donaire y donosura, respondió en el tono más sincero y natural del mundo á uno que la requería de amores: — Cuando me case, es otra cosa.... ¿no ve usted que todavía soy soltera? El adulterio hablaba por boca de esa niña, en cuyas palabras, nosotros, *bárbaros americanos*, no podemos pensar, sin que nos discurra por todo el cuerpo un hormigueo y un friecillo mortales, y sin que se nos ericen los cabellos, cual nos pudiera suceder al frente de un aparecido. ¿Se daría cosa más ridícula en ese infortunado pueblo que un hombre que exigiese fidelidad en su mujer? ¿ni más necia y fuera de tiempo que una mujer que averiguase los pasos de su marido? Ah, señores franceses, no será este asunto desafío, pues hablo la verdad; y si ha de serlo, Molière es mi padrino, oíganle ustedes.

"Mi padre me ha tenido en la sujeción más incómoda y fastidiosa (dice á su novio, Dorimena, encantadora muchacha que está para casarse); con vos me preparo á desquitarme el tiempo perdido.... Me gustan juegos, bailes, paseos, convites, libertad, en fin, absoluta, y todo

linaje de placeres. Viviremos sin estorbarnos uno á otro; ninguno de los dos pedirá cuenta de sus acciones á su consorte.... ni celos, ni molestias.... cada cual su camino.... " Este programa ofrece más que la Odisea. Y aunque al bueno de Esganarelo no le sabe á ambrosía, y le suben, como él dice, algunos *vapores á la cabeza*, la linda moza no se proponía sino lo que la mayor parte se propone; y si no hubiera estado su plan en las costumbres de su tierra, no le hubiera propuesto á su futuro, ésto se cae de su peso. Me dirán que la rapaza quería intimidarle y disuadirle del matrimonio; si así es, aquí viene Trissotín respondiendo á la virtuosa Enriqueta, la cual en un arranque de indignación le hizo una terrible amenaza :

A tous événements le sage est préparé.
Guéri, par la raison, des faiblesses vulgaires,
Il se met au-dessus de ces sortes d'affaires.

" El sabio arrostra con toda clase de acontecimientos; las flaquezas del vulgo se cura él con la razón, y permanece superior á esas que llaman *desgracias*.... " ¡ Sabio filósofo ! Bendito sea Dios que aquí no tenemos Trissotines; y si los hay, son de otra tela : ellos no se ponen *au dessus* sino *au dessous;* no lo sufren de sabios, sino de *callados;* no de inteligentes, sino de beocios. Y pocas veces no serán terribles *esos lances* aun para los Trissotines *au dessous :* vea usted que un tonto cela como un toro, mugiendo, escarbando la tierra, echando espuma. El tonto celoso se pone tras una puerta, y no da más que un trancazo.... Vale más meterse con los sabios; éstos siquiera alguna vez dirán con Monsieur Cryssalda :

Ce sont coups du hasard dont on n'est point garant;
Et bien sot, ce me semble, est le soin qu'on en prend.

" Esos son *casos fortuitos* de los cuales uno no es respon-

sable; y á todo mi parecer, es un zoquete el que los toma á lo serio." Dios nos guarde y nos favorezca!

No, no son estas cosas de comedia; y aun si lo fuesen, siempre serían cuadros de costumbres, visto que la comedia no hace sino representarlas. Pero si necesarios han de ser acontecimientos y desgracias reales, ahí está ese mismo desgraciado poeta, que tan al vivo ha pintado su tiempo y las inclinaciones de sus compatriotas; ahí está viviendo en la agonía, despedazado su pecho por las furias, acarreando consigo la más negra tristeza, porque tuvo la desgracia de amar profundamente á su esposa, y ésta hacía lo que Dorimena se prometía hacer, y algo más. Después de varios extravíos y aventuras escandalosas de la joven Armanda, perdonóla el poeta, su marido, y ofreció vivir con ella adorándola, con la sola condición de que renunciase á sus galanterías: Armanda rechazó con indignación esta cortapisa, y se separaron para siempre. ¡Qué costumbres!

Y no han variado con el tiempo; lo mismo sucede hoy que en el siglo de Luis XIV. Chateaubriand reune á dos cónyuges al cabo de la vejez, después de haber pasado la vida cada uno por su cuenta, á referirse uno á otro sus aventuras amorosas, propuestos á vivir en lo sucesivo como Tobías y Sara, cuando ninguno de los dos se apea de los sesenta. ¿Queréis más autoridades? ¡Oh¡.... ¿qué fisonomía horrible se presenta allí? los labios apartados en infernal sonrisa, irónicos los ojos, el gesto en general aterrador y avergonzador al mismo tiempo: una suerte de obispo de Meudón, un Rabelais atrasado, pero no menos sabio y espantoso.... ya le habéis conocido; es Balzac con sus cuentas en la mano, esa aritmética diabólica ¿cuantas esposas fieles hay en Francia? Tres. ¡Qué monstruosidad![1]

---

1. Véanse las conferencias del Padre Jacinto en Nuestra Señora de París, acerca del matrimonio, y se verá si Balzac ha exagerado.

Un buen matrimonio, según el dicho antiguo, no puede formarse sino entre un sordo y una ciega. En Francia se exige también que el marido sea mudo, conforme al acertado consejo que Camús, obispo de Beley[1], dió á uno de los *predestinados* de Balzac. Rogábale el predestinado encarecidamente convertir á su mujer á la honradez, mediante la elocuencia de la religión : porque, decia, ya no bastan con ella ni mis ruegos, ni mis arrebatos, y no parece sino que lo hace adrede.... Todo sería por demás, amigo mío, respondió el buen prelado ; mi silencio, y sobre todo el vuestro, sería lo más prudente. Créame Vd., querido, vale más ser *Cornelio Tácito* que *Publio Cornelio.*

Según el viajero Dampier, en Pulo Condoro, en el reino de Siam, en Tonquín, en Cochinchina y otras naciones de Asia, los hombres ofrecen sus mujeres á los extranjeros á mezquino precio ; y en Combaya no hay muchacha más apetecida para casarse con ella, que la más disoluta de todas : las de su condición son muy buscadas ; las que serían buenas para nosotros, digo las doncellas, muy mal vistas para los moradores de esos países. Y ¿qué diremos de la *poliandra,* ó matrimonio de una mujer con muchos hombres, que reina en el Tibet, el Bután, el reino de Nepaul y en otras regiones donde el número de hembras es inferior al de varones ? Las mujeres se acomodan, dicen los viajeros, mucho más que los hombres á ese estado ; pero éstos no se desesperan ni se dan de navajadas sobre cual ha de ser preferido. Por donde puede verse que los celos no son inseparables del amor, sino donde las costumbres y el modo de mirar las cosas hacen que la honra del marido vaya á un paso con la fidelidad de la mujer. Preocupación será ésta, pero, si las hay, es una virtud, y de las más necesarias

1. "*Essais*" de Montaigne.

para el concierto y el buen paso de la sociedad humana. Allá se avengan esos grandes romanos con su indiferencia; nosotros no debemos imitarles en ella, así como ni en otras muchas cosas. Lucrecia dándose de puñaladas en presencia de su marido, por haberle sido infiel, puesto que violada, es sin duda personaje más simpático y digno de respeto, que Catón de Útica prestando fríamente su mujer al orador Hortencio. ¡Santo pudor! un pueblo celoso es más formado para la moral, que otro que no lo es; y en esta parte los moros valen más que muchos de los civilizados de la raza caucasiana.

Pero donde reinan los celos, ¡qué pasión tan terrible suele ser! Mitrídates, rey del Ponto, es vencido por Lúculo en una gran batalla: huye á uña de caballo, y una vez en cobro, su primer cuidado es mandar orden á sus mujeres y concubinas, y aun á sus hermanas, como sin perder punto de tiempo se quiten la vida con sus manos. Todas obedecieron: Berenice, la hermosa Berenice, y la célebre Monima, víctimas fueron de los celos del vencido. Ésta intentó ahorcarse con la banda real, y cuando se la hubo roto, despechada exclamó: ¡Oh tela maldita, que no me servirás ni para ésto!" y entregó al verdugo la garganta.

Los bárbaros, hombres que se hallan más cerca de la naturaleza, y por el mismo caso saben más lo que ella pide, casi siempre han preferido su muerte y la del objeto de su cariño á la posesión de él por otros: robo es éste, á sus ojos, de cosa sagrada: un mauritano ó un pharto no vacilaría en poner fuego al mundo, si se tratase de arrebatársele su esposa ó su querida. Pero asimismo hay otros, no menos bárbaros, que regalan con las suyas á los extraños, cual por un sorbo de aguardiente, cual por un cigarro, cual en fin por pura cortesía y propensión hospitalaria. Los celos no constituyen pues la naturaleza ni son inseparables del amor. Pero es la cosa del mundo más ocasionada

á la tragedia, como acabamos de ver con las mujeres de Mitrídates, y como nos lo prueba Otelo ahogando desapiadadamente á la dulce Desdémona.

Estos celos son naturales, rectos y.... casi debidos : de ellos nace la tragedia : pero hay ciertos celos cómicos, que bien podían llamarse celos al revés, y son los que el marido procura inspirar á su mujer, cuando debe hacer lo posible para extirpar los que mal grado suyo hubiere sembrado en su tierno pecho. *Celos al revés*.... ¡los hay! y ésta es una de las ridículas manías de los hombres. Mas las cosas al revés paran de fijo en mal. El gran comediante de Luis XIV, según puede verse en su vida, no era feliz en todo ; y siendo él tan vivo é ingenioso, andaba siempre á vueltas con unos sirvientes desmañados, los cuales eran no escasa parte de sus disgustos. Uno entre ellos se llamaba Provanzal, y era su oficio vestir á su amo de los pies á la cabeza, visto que el grande hombre gustaba de ponerse en manos ajenas, precisamente para lo que debe hacerse con las propias. Una ocasión había de salir de prisa á ver al rey, para cuyo grave paso vestíase del modo correspondiente. El bueno del criado le puso una de las medias al revés, cosa de no poca trascendencia, si el lector tiene en memoria que en esos buenos tiempos iban los hombres con peluca, calzón corto y casaca á la chamberga, en cuyo vestido la pierna había menester el mayor acicalamiento, como sucediera, Dios me perdone, si el bello sexo se vistiera de modo que la traiga al aire. — Provanzal, dice el poeta, esa media está al revés. Adviértelo el muchacho, tómala por la boca, y la voltea en el mismo hecho de sacarla ; pero sin hacer cuenta de esta volteada, mete en ella el brazo, la voltea, y se la pone á su amo. — ¡Provanzal! esa media está al revés Asombrado al mozo, ve que es así, la tira por el borde superior, con lo cual queda al derecho ; pero sin

hacer caso de esta otra volteada, mete en ella el brazo muy activo, la torna á poner al revés, y se lo encaja á su amo. El hombre estaba ya irritado. — ¡Bruto! esa media está al revés! Y como el pobre mozo repitiese la misma maniobra, su Señor se fué de todas, y de un puntapié en la barba le echó patas arriba. En cualquier oficio, dijo furioso no serás sino un bestia. — Y ustedes, filósofos ó diablos, exclama aturdido el mozo, ¡cómo hacen para que todo sea cosa de brujería! Pues hubo menester el infeliz veinte y cuatro largas horas para dar, á fuerza de meditación, en cómo esa maldita media estaba siempre al revés[1].

Las cosas al revés son malas; así los celos al revés fueron motivo de un lance muy desagradable para don Bruno, excelente sujeto, sin más flaco, entre los muchos de que adolece, que un vehemente deseo de hacerse celar por su mujer. Hombre es que jamás sale de su casa, y quiere que su mujer le cele; que huye del género humano, y mucho más del sexo hermoso, y quiere que su mujer le cele; que no tiene gracia ni plata, y quiere que su mujer le cele. Para esta honrada empresa finge recibir cartas misteriosas, y las lee á hurto de su esposa, pero de modo que ésta lo eche de ver; luego las deja caer como por descuido delante de ella, y las recoge presto y asustado. Cuando no le sale bien esta tramoya, déjalas en la mesa, cual pudiera por olvido, y sale á dar su vuelta por los corredores, á fin de proporcionar á su mujer tiempo de curiosear y ver qué es ello. La maldita nunca se comidió á preguntarle nada á ese respecto, ni quiso saber qué papeles eran ésos, ni por qué andaba su dueño tan rodeado de misterios.

Acendrado juicio tenía Doña Frasca en no dar gusto

1. Grimarest, *Vida de Molière.*

al simple de su marido en tan singular y majadera pretensión; pues harto se la alcanzaba que no había ni una mínima de verdad en las aventuras que el buen hombre quería darla á entender, por puro vanistorio, ó por echar leña al cariño de su esposa, como quien algo había oído acerca de los caprichosos efectos de los celos. Despechado de ver que nadie hacía caso de sus intrigas, determinó Don Bruno dar una clara prueba de su infidelidad, y sacar á las barbas del mundo su perfidia. Por ahí, vecina á su casa moraba una tal Dolores, muchacha de buenas prendas, á quien él nunca se había atrevido ni á mirar en el semblante, menos aun á decir una palabra, pero á quien no perdía ocasión de encomiar en presencia de su mujer, poniendo en las nubes sus donaires.

Pues por ahora todo le sale al pelo de su intento: su esposa le preguntó por qué se peinaba con tanta maña: un criadito vino a hablarle á hurtadillas y es precisamente día de la virgen de Dolores.

— ¿ Qué día es hoy ? pregunta á su mujer.

— ¿ Pues no sabes ? de Dolores.

Eso se quería Don Bruno. Manda sin rebozo por dos botellas de coñac negro, tómalas debajo de la capa, y se previene á salir.

— Si no vuelvo hasta de noche, no hay que esperarme....

— Así haremos, responde fríamente la señora. Pero se dignó añadir, ¿ á dónde vas ?

— Yo sabré....

Y salió airoso, no sin haber antes requerido con la vista la calle, que de suyo era desierta, por si viniese alguien á tiempo que salía; pues era el tal uno como misántropo, muy temedor de la gente y amigo de huír de ella. Y como nadie pareciese, tomó hacia abajo, y volviendo á cada paso la cabeza, se entró precipitadamente en un solar de

tienda arruinada, donde se dejó estar necio todo el día, y donde, gracias á Dios, pensaba dejarse estar toda la noche, con el laudable propósito de dar á entender á su mujer que andaba jacareando. Este desgraciado no tenía amigos ni conocidos, ni sabía qué hacerse cuando por casualidad salía de su casa. Allí se estuvo en la tienda botada, y, por no estar enteramente ocioso, empezó á beber á solas, y de manera bebió, que entre tarde ya había trasegado en su estómago buena parte de la bodega que consigo traía. El se emborrachaba, la noche llegaba ; y con un escaso resto de conocimiento alcanzó á columbrar que el quedarse allí toda la noche tendido por aquel suelo, ébrio y sin abrigo, podía acarrearle por lo menos una fiebre, si ya no era comido de perros. Pensó por consiguiente en volver á su casa, á pesar de su resolución, para lo cual tornó á requerir la calle, sacando de cuando en cuando la cabeza.

En una de estas sacadas ¡ mal pecado ! acertó á pasar medio borracho un mayor Lama que había por entonces, muy bravo y pendenciero, y sin más que haberle visto escondedizo, entró al solar y le dió tal mano de mojicones y patadas, que la gente que acudió á los reniegos del mayor y los ayes del infeliz Don Bruno, hubo de entrar á éste en brazos á su casa, no tanto privado del juicio por beodo, cuanto molido y medio muerto por los golpes del militar.

Cuando la señora supo lo que pasaba, y vió entrar en vilo á su marido, lejos de echarse á ver lo que tenía y derramár lágrimas de enternecimiento, se cubrió el rostro con las manos, y dijo despechada : Este mudo me ha de quitar la vida....

Al otro día amaneció mi Don Bruno con cara de derviche, trasijado, pálido, ojerudo, verde y sucio además.

— Panchita, dijo á su mujer, ¿ qué me sucedió ayer ?

— Vos has de saber pues, animal.

— Digo que cómo volví á casa.

— Arrastrado como perro.

— Yo no me acuerdo sino que estuve en una yata.... y que entró el mayor Lama.... y no me acuerdo más.

Y era así la verdad, visto que la pobre cabeza de Don Bruno, ya de suyo mal nivelada, rodaba en una atmósfera confusa de coñac negro, de Dolores, de enamoramientos, de montones de tierra tras los cuales había estado escondido, de soldados, de fieros y de golpes. Se acordaba también vagamente de haber ido por una calle en angarillas, y de haber oído reir á algunas personas y compadecerle otras; y no se acordaba más.... Su mujer le habló castizo, y le dijo en buenos términos, que si pasaba adelante en sus extravagancias, el mayor Lama no dejaría de toparle por ahí, y que con esta advertencia ya podía ir á dar años á la Dolores cada y cuando se le antojase. Con ésto don Bruno se curó de su vanidad ridícula, por la cual ansiaba los celos de su mujer, y aun quieren decir que se confesó y se fué á pasar con su familia una buena temporada en una hacienda.

La fe es una de las mayores virtudes, bien así en las promesas como en el matrimonio; y tanto más sagrado en éste, cuanto que sobre ser un pacto entre dos personas, es un sacramento sublimado por ritos divinos, y por la misma razón impone á los contrayentes deberes de peso mayor que cualquier otro. La verdadera virtud consiste en practicar una virtud naturalmente, y sin esfuerzos: hacer lo posible para ejercitarla, aun contra la propia inclinación, es ya acción muy meritoria. Delito es llevar adelante un vicio, aun cuando no seamos poderosos á evitarlo; ¿qué será pues fingir los que no se tienen? Locura digna de castigo, ceguedad imperdonable, cuyas ruines consecuencias no tardan en experimentar los necios. Hay quienes procuran manifestarse peores de lo que son,

y éstos los más desgraciados, sea ello obra de maldad, vanidad ó simplicidad de espíritu. ¿Qué estado más delicioso y envidiable que el del hombre cierto del cariño y la virtud de su mujer, fiel él mismo y labrador de la armonía doméstica y el buen paso de la vida? No verse satisfecho ni contento con bienes tan sencillos, pero tan superiores á las coronas de los reyes, viene á ser no merecerlos, ó no saber apreciar tanta ventura. ¿Y puede haberla más cabal que el no turbado sosiego de un aduar pacífico, que siente pasar las días por sobre él sin amargura ni zozobra, mientras la Providencia reparte entre los que le componen las bendiciones apetecidas de los buenos? Pero hay más de un don Bruno vivo y efectivo, que anhela la perturbación de la verdadera felicidad, por dar vado á un necio orgullo; y el que os he dado á conocer está ahí entre vosotros.

---

# VIAJES

## *POESIA DE LOS MOROS*

### CÓRDOBA. LA GRAN MEZQUITA

Abdala Abulabás Asafad ha subido al trono de Damasco: los Beni Omeyas cayeron bajo el alfanje de sus rivales, y toda la poderosa familia es exterminada. Noventa caballeros escapan del degüello general, y se refugian en Egipto: recíbelos el Wali con aparatos y demostraciones regias; los príncipes son bien venidos á su corte. Para el festejo de tan ilustres huéspedes un banquete se prepara, tan real y suntuoso, como nunca lo tuvieron reyes. Los príncipes Omeyas están sentados á la mesa, considerados y servidos por los principales señores de la corte; el Wali exhala el alma por acariciarles y adularles. ¿ Qué acontece ? Se cambia el servicio, y el segundo mantel se compone de noventa cabezas que chorrean sangre, con los ojos monstruosamente abiertos. Son las de los Omeyas, huéspedes del gran Wali de Egipto. La cimitarra de Abdala Abulabás era muy larga; habíase extendido hasta el palacio de su real deudo.

Un resto quedó no obstante de familia tan noble como

corta de ventura : Abderrahman ben Moabia siente correr por sus venas sangre de califas ; hierve su pecho en grandiosas afecciones, su alma en encumbrados pensamientos. Joven es, y por el mismo caso rebosa en esperanzas ; sólo se mira, mas el valor no necesita compañeros : persíguenle de muerte los matadores de sus padres ; él es prudente, huye y se interna en el desierto. La vida del príncipe Moabia está en un hilo : las órdenes de Abulabás se trasmiten como por encanto á todos los vientos del imperio, sus súbditos están sobre aviso ; adonde llegue, ahí morirá ; sin contar con que numerosas cabalgadas de beduinos y soldados árabes le persiguen en todas direcciones. Abderrahman sigue su estrella ; sigue por ahora el camino del fugitivo ; por él llegará á un trono, y se verá que el Califa tenía razón de anhelar la muerte de enemigo tan flaco y nada temible como parecía ben Moabia.

Cruza desiertos, lucha con fieras, vence leones, se acoge á la choza de un negro salvaje ; camina, camina sin descorazonarse á los mayores trabajos, y su industria burla la vigilancia de las paradas y espías que le esperan en todos los caminos. Unas veces ayudado de disfraces, otras de la fuerza de su brazo, se sale con su empeño : no hay dificultades para un grande corazón. Abderrahman se halla entre amigos, ha llegado á Mauritania, en donde un noble Jeque de la tribu zeneta le recibe. ¿ Qué torbellino de polvo se acerca por allá ? Una manga de beduinos con los sables en alto se aproxima á galope. — Por Alá, ¿ no habéis visto un joven en cuya busca andamos ? Es de gentil parecer, soberbio en su ademán ; príncipe, en una palabra. — Sí por cierto, visto le habemos hace poco ; llegó entre nosotros, y tres días ha que anda á caza de leones : echad hacia el occidente, y hallarle habéis no a mucho andar.

— Mirad, que son órdenes del gran Califa, y que un engaño os costaría la vida.

— Id, amigos; el rumbo que os indicamos es vuestro camino.

— Alá sea con vosotros.

Y los beduinos partieron á toda rienda envueltos en un huracán de ardiente arena.

¡Generosos bárbaros! instruyen á su huésped de lo que pasa, hácenle montar una yegua veloz, y con una guardia de jóvenes guerreros, envíanle á una tribu más remota. Aquí le llegaron embajadores de España para ofrecerle á nombre de los muslimes el corazón y el respeto de los creyentes, pues iba á ser proclamado rey, con absoluta independencia del Califa de Damasco, él, desterrado, fugitivo, que á cada paso podía dar en la tumba.

Partió luego Abderrahman con los embajadores y no pocos zenetes que le acompañaron por adhesión á su persona, y, llegado á su reino, se festejó su venida con zambras y cañas, en donde nadie las rompió más ni con mayor gentileza que el príncipe ben Moabia, amor de las doncellas desde el primer día, gloria de la patria así como hubo desenvuelto las grandiosas prendas con que la naturaleza le había distinguido. Este fué el primero y más cabal de los reyes muslímicos de España; éste trajo á Córdoba la silla del Imperio; éste hizo de ella una ciudad tan grande y magnífica, que pocas hubo tan magníficas y grandes.

El rey no perdió tiempo de aventar hacia fuera la magnificencia de su alma: el primer monumento de su grandeza fué la gran mezquita, á la cual dió principio, determinado á sobrepujar en sublimidad y perfección á los templos de Damasco, Bagdad, Ispahan y de todos los del rico Oriente. Fórmanla mil noventa y tres columnas de finos mármoles, que sustentan cincuenta y siete arcos estupendos, debajo de los cuales se espacian anchas naves enlosadas de mármol laboreado, sonoro á los pies, agradable

á la vista. Cuatro mil lámparas de oro suspendidas en las bóvedas hacen del edificio un gran foco de luz : en las festividades solemnes, todas ellas se encienden, y á la salida del Ramazán, el templo es cosa grandiosa, digna del Dios que adoramos todos y digna de profeta menos impostor que Mahoma, á quien está consagrado. Gástase en estas lámparas gran copia de esencias y perfumes, y éstos de los más delicados y costosos : la mirra, el ámbar, el áloe no son economizados ; blancas columnas de humos sabrosos y vivificantes se levantan de braseros de plata bruñida, y en alas azulinas se espacian por las anchurosas naves : las paredes, labradas, ostentan á modo de jardines, flores abiertas del más bello color : el oro, el azul, el blanco mate componen esa vistosa alfombra que aforra las columnas, y mil y mil caprichosas bordaduras se extienden á lo largo en cordones retorcidos, formando maravillosos resaltos, por los cuales la vista vaga complacida, deleitándose con el primor de esos ricos objetos. Las cúpulas están coronadas de grandes bolas doradas, y la mayor de todas y más eminente es de oro macizo. Sus puertas son diez y nueve, unas hacia el oriente, otras al occidente : puertas de bronce de maravilloso laboreo, floreadas de ese *ori-azul*, mezcla de oro y de ese azul que parece tener hasta fragancia. Este color se ha perdido ; era un secreto de los árabes. La puerta principal está forrada de esas láminas de oro, y es principal en todo : mayor en porte, más espesa, más grandiosa : por ella entra Dios cuando se viste de pontífice.

En el interior del templo no reina aquella funestidad religiosa, aquella *murria santa*, aquella devoción y profunda tristeza que se derrama desde el tabernáculo hasta el peristilo en las iglesias cristianas, en las Catedrales de Italia y de la España goda ; al contrario, los sentidos no encuentran allí sino de qué animarse y jubilar : risueño aspecto, sonoros y alegres ruídos comunican al alma uno

como gozo interior, y el creyente no se halla en la mezquita con un Dios zahareño é intratable, sino con un Dios jovial y bondadoso. Los edificios moriscos tienen ésto de particular, que son por dentro risueños, leves, amables; por fuera hoscos, refunfuñones, amenazantes : la política pasa á la religión : los monarcas edifican así sus palacios, á efecto de infundir pavor al vulgo con la presencia de un monumento tenebroso, y gozar ellos á su sabor en los interiores, venteados por las blandas alas del dios ciego : tal es la Alhambra de Granada, tal el Alcázar de Sevilla.

El rey Abderrahman ben Moabia trabajaba en este edificio con sus manos una hora al día ; otro que tal Hixen, su hijo, en cuyo reinado se dió cima á monumento tan principal y grandioso. Este Hixen fué muy humilde para con su profeta, muy impío para con su maestro, muy insolente para con los hombres : con sus manos trabajó en el templo de Dios ; pero de intento hizo acarrear la tierra desde Narbona, ciudad de Francia, á espaldas de cristianos, acémilas para el moro vencedor : ¡ pobres cristianos ! ¿ qué sería de ellos acarreando tierra á espaldas para el templo de religión aborrecida ? pues la acarrearon, y en gran parte ayudaron al levantamiento de la gran mezquita.

Han vengado el ultraje con el tiempo, y bien : ¡ ay ! se han vengado demás. Esa fábrica maravillosa, alumbrada por cuatro mil lámparas del más fino metal, á donde se entraba por diez y nueve puertas de bronce, cuyas cúpulas estaban coronadas por grandes globos brillantes, en cuyo interior se aspiraban todos los perfumes de Arabia y Persia, ¿ es el templo que he visto con mis ojos ? Lo ví tan sólo con los ojos del alma : la gran mezquita de Abderrahman y de Hixen no existe ya ; los siglos, los trastornos, la codicia, la barbarie, y más que todo la indolencia de los godos vencedores, ha convertido la mezquita en una sublime ruina : ahora está en pie, han tenido la caridad de no derribarla ;

pero es un esqueleto, una gran armazón; es Behemón despojado de la piel y de la carne, de sus colmillos preciosos: allí se está como un recuerdo, como una curiosidad, sin riqueza, sin primor, sin vida; resto fósil, cadáver antediluviano sobre el cual han caído todas las plagas del cielo, en el cual se han puesto las manos y los pies de la tierra. Como quedaban las ciudades por donde pasaban el gran Tamerlán ó Atila, así ha quedado la gran mezquita: los godos no pasaron, más se quedaron en ella: saqueada, ultrajada, desfigurada, mutilada, embarrada la mezquita, no es ya la gran mezquita, es una triste y pobre iglesia. Que no hay un grano de oro en ella, es claro; que no arde sino la plebeya grasa en lugar del áloe, cierto; que las paredes han perdido sus flores, que los bronces de las puertas han desaparecido, sin duda. Y para mayor abundamiento de barbarie, el arte ha perdido sus pulidas formas, la levedad morisca ha sido afeada con la cargazón de la arquitectura gótica. Cada orden puede ser perfecta por sí misma: hay también órdenes mixtas, que combinadas con pulso y sabiduría, componen hermosas obras; mas para que la combinación no falte á la armonía, á la métrica de la arquitectura, las órdenes han de ser de la misma familia, ha de reinar entre ellas tal similitud, que la una no desdiga de la otra: así lo quiere Vitruvio. Mas entre las de diferente, y aun opuesta naturaleza, no puede formarse sino monstruos. En la arquitectura árabe todo es delicado, todo fino, todo leve: sus formas parece que están volando, algo hay de paloma en un edificio morisco: blandura, convexidad de miembros, vivacidad, brillantez, gran riqueza de colores: una alcoba de sultana es un cuello de paloma; el íris está arrollado allí, dando vueltas y revueltas como una culebra celeste, dorado, tornasolado, cambiante de los más vívidos y al mismo tiempo los más suaves matices. La arquitectura morisca es un madrigal

armonioso, grato al oído : sus pilastras de jaspe, sus capiteles de oro, el mármol de su pavimento, y el arqueado voluptuoso de sus partes, todo es cosa de amor : nueve Musas habitan en la cumbre del Parnaso ; otras nueve demoran invisibles en el Generalife.

¿ Pues cómo las cinceladas toscas, los miembros fornidos, el formidable gesto de la arquitectura gótica han de formar parte de un árabe edificio ? Esto sería retocar un cuadro de Rafael con el pulso disparado y el recargo de colores de Salvator Rosa ; intercalar en la Eneida escenas de las tragedias lúgubres de Shakespeare. Esos altares adustos no están bien en la mezquita : Dios está en el universo ; grandes y excelsos templos tiene en todas las naciones de la tierra ; pero no gusta de la desarmonía, él, tan acompasado y armonioso.

La mezquita de Córdoba es un gran recuerdo del imperio de los árabes de España : poder, sabiduría, arte, civilización en eminente grado, todo indica esa portentosa fábrica. Ahora está rodeada de melancolía ; algo hay triste y desolado en ella : parece la casa de los siglos en donde van cayendo los años uno por uno ; y como los pasados son pasados, nadie cuida de ella : indolentes son las sombras. El imán y el alfaquí no cuidan ya de su recinto, el muezzín no vela en los altos alminares, ni se oye tarde de la noche su voz solemne y religiosa : ¡ No hay más Dios que Dios, y Alá es su profeta ! ¡ No hay más Dios que Dios ! ¡ Alzáos, creyentes, y acudid á adorarle en su templo ! La campana melancólica suena á la oración, y tal cual cristiano español embozado de su capa se encamina silencioso por el patio de las palmas : la fuente de las abluciones está allí ; mas ya no es santa, ni se consuma un misterio en torno de ella : algunas aguadoras arambelosas cogen agua en sus cántaros al son de su fandango, en lugar de esos graves y pomposos árabes, que cubiertos de su manto, rodeaban la fuente para

lavarse en ella devotamente las manos antes de entrar á la *zahala*, ú oración de la tarde. Los siglos y las razas van pasando : todo acaba, todo cambia : sólo Dios es el mismo, sólo Dios existe eternamente : los muslimes le adoraron en ese templo ; en el mismo le adoran los cristianos, y aunque no entre esas mismas paredes, en ese lugar le adorarán las generaciones venideras, cualquiera que sea su religión : el principio y la base de todas es Dios : nadie varía en este punto, ni variará probablemente : los dioses se fueron, no hay más que un Ente infinito y soberano legislador de cielos y tierra.

Abderrahman ben Moabia plantó la primer palma, de la cual nacieron las que dan sombra á la mezquita, y de ellas todas las que hoy asombran el suelo de Andalucía. Palmas son cargadas de años ; á cuestas con la edad, no pueden ya con la tristeza : el viento se posa en sus cumbres á la hora del crepúsculo, y arrulla como tórtola viuda : la noche avanza, y él se atrista más ; cierra la oscuridad, y todavía gime ; parece ave nocturna, presagiadora de pesares y de muerte. Extranjero, ¿ qué haces arrimado al viejo tronco de esa palma ? mira que las sombras adelantan, retírate á tu albergue, porque de noche no hay mucha seguridad en este anchuroso y triste patio : dicen que un bulto blanco sale de la mezquita y viene á hacer una ablución en la fuente que está cerca de tí ; luego un suspiro ahogado sale de ese rincón, y en las hojas de las palmas se oye un chillido temeroso, como de animalillos tiernos abandonados de su madre. Y aun sin esto, la Sierra Morena está nevada, el ambiente es helador ; la oscuridad y el silencio infunden tristes pensamientos. — Poco va en ello : el corazón oprimido requiere soledad, el pensamiento sombrío, sombras pide : dejadme aquí : ¿ no soy extranjero ? tan solo estaré en mi morada como al pie de este triste árbol : y si una lágrima se me cuelga en las pestañas, podré enjugármela sin

que nadie me lo observe, y ésto es ya un adelantado. Si por aquí andan sombras misteriosas, tanto mejor; departiré con ellas; ¿ no soy sombra yo también ? En cuanto á esos ruidos misteriosos que bajan de los árboles, música son para mí : la oscuridad es sol para los tristes.

Córdoba fué siempre ciudad grande y renombrada : la fundó Marco Marcelo, y en tiempo de los romanos se llamó Colonia Patricia, en razón de ser asiento de sus gobernadores, ó acaso por dar de sí varones esclarecidos que la engrandecían en la opinión de la metrópoli, y labraban su felicidad interior. En Córdoba florecieron muchos y muy preciosos ingenios : las ciencias tuvieron allí sus patriarcas, las artes se vieron en su cumbre, la poesía tuvo apasionados que la cortejaron anhelosos y triunfaron de ellas. Aristóteles tenía allí sabios traductores, Hipócrates entendidos discípulos, y ni Copérnico leyó en el cielo con más claridad que los muslimes. Pues bien, estos hombres ilustrados y sagaces eran llamados *bárbaros* y *perros* por los españoles; los españoles, que no conocían entonces ni una universidad, los españoles que apenas sabían leer, los españoles que honraban la ignorancia. Cuando toda Europa yacía como muerta para la sabiduría, en vuelta en las profundas tinieblas del siglo onceno, los árabes de España poseían las ciencias, cultivaban las artes, sacrificaban á las Musas[1]. La España morisca era el horizonte por donde estaba saliendo el sol que un día había de iluminar á Europa, la España morisca fué la escuela de donde salieron los maestros que instruyeron á los hombres modernos. La civilización actual, en cierto modo, tiene su origen en los árabes de España : á los árabes se deben los mayores y mas útiles descubrimientos; los árabes conservaron preciosos manus-

1. Juan Andrés, *Historia de la literatura.*

critos de la antigüedad, á los cuales deben en gran parte su sabiduría los sabios de nuestros tiempos.

Lo material era correspondiente á lo moral : un no muy extenso territorio contenía más habitantes que un vastísimo reino : Andalucía y más provincias moriscas eran como una colmena donde no hay punto de lugar perdido : hervían en ella los hombres por millones, activos, laboriosos, inteligentes, dados á todo género de industria, si no tiraban para el estudio, al cual muchos se entregaban de propósito. Seis grandes y magníficas ciudades cada cual digna de ser metrópoli de un imperio, contenía la España morisca : Córdoba, su capital; Toledo, Zaragoza, Mérida, Granada y Murcia : fuera de éstas se contaban ochenta ciudades populosas y de primer orden, trescientas inferiores, y no malas, é infinitos pueblos y villorrios cuajados de gente entregada al laboreo del campo ó á la industria manufacturera.

Reinando Alhaken, uno de sus más ínsignes reyes, Córdoba tenía doscientas mil casas, seiscientas mezquitas, cincuenta hospicios, ochenta escuelas, y doscientos baños públicos. El aseo era para los muslimes una como religión ó parte de ella, tal que á nadie le era dable penetrar en el templo sin hacer una previa ablución. El vestido, la morada se había de tener tan en cuenta como el cuerpo : cada ciudad era una concha tersa y brillante, cada mujer una náyade habitadora de las fuentes. Todo al revés de lo que sucede con los bienaventurados españoles : hanse visto motines encabezados por la gente de chapa, pidiendo la vida del Ministro que habia tenido la torpe idea de mandar barrer las calles[1], y se dan hombres que no se acuerdan haber tomado un baño en su vida : ¡ dichosos españoles !

1. Buckle, *Spain*. Cuando Ensenada mandó asear la ciudad de Madrid, hubo un gran motín, y por poco no paga el Ministro con la vida su horrible disposición.

Córdoba existe; pero ¡qué Córdoba! No son los templos de cuatro mil columnas de mármol con capiteles de oro; no los alcázares de Azahara ni los jardines de Merúan; no las pilas, tazas y baños de blanco jaspe sombreados por mirtos y laureles; ni menos las doscientas mil familias que poblaban la Córdoba de más felices tiempos. Guadalquivir no riega ya sus huertos, donde no hay fruta que no sea conocida, ni refleja en su límpido cristal los alminares de las mezquitas y las ricas fachadas de los palacios de mármol: triste está Guadalquivir; la sultana no extiende ya su lindo pie, y él no tiene qué besar enamorado; nada fecundizan sus aguas; yerma la tierra, se come á si misma de disgusto; los hombres acarrean consigo pereza invencible; el orgullo les vuelve miserables. Todo arruinado, todo perdido; los campos no se riegan, se siembra poco, se cosecha menos, y el hambre y la desnudez tienen escuela de pesares.

A cuestas con estos pensamientos, con toda esa ciudad casi fabulosa en la cabeza, andaba yo un día sin objeto por las callejuelas inmundas de la que hoy también se llama Córdoba: río abajo, río arriba, admiraba lo pasado, me lastimaba lo presente, y nunca daba con una cosa que me levantase el ánimo, si no era tal cual resto de la antigüedad respetado por los siglos. Era yo entonces semejante á ese retórico á quien el demasiado conocimiento del bello ideal, no le permitía gozar de ninguna composición poética; ¡ay! conocía demasiado la Córdoba de los antiguos tiempos para que pudiese gustarme la de nuestros días, si algo hay en ella que alcance á deleitar al viajero. Una andaluza gentil, que se anda donairosa por la orilla, flechando con sus rasgados ojos negros, no digo que no. Las mujeres hacen de flores; todo lo embellecen, todo lo perfuman con su presencia: lo feo es hermoso, lo triste alegre: las ruinas cobran vida, las tumbas mismas se sonríen si ellas

se asoman sonreídas por allí. Sin mujeres no hay belleza ni verdad. Si á algún filósofo he compadecido, ha sido á aquel austero Xenócrates que no tenía corazón para el bello sexo : él, que con su frialdad triunfó de la más bella de las griegas, es digno de compasión ; y aquel estoico de firmeza inapeable que no ve á su esposa sino una vez en vida, *y eso por pura cortesía*, me parece un mármol sabio, hombre tan sólo en la cabeza. Si otro mérito no tuvieran las mujeres que el de no poder vivir nosotros sin ellas, ya era eso gran título para celebrarlas ; ahora si tomamos en cuenta las mil celestiales sensaciones y felicidades que nos labran, no hay voz para hacer su apología. Dicen que causan trabajillos ; no es gran cosa : á lo menos así nos lo parece á los que tenemos la fortuna ó la desgracia de no ser casados : en cambio de los bienes que ellas traen consigo, vengan los males, puesto que no sean de los malos.... Pues han de saber ustedes que hay males malos, y males buenos : esas deliciosas penas del corazón, esos delirios de la imaginación, esas angustias del alma, esos suspiros, esos ayes que se abrigan y se arrojan cuando se ama, males son buenos ; la felicidad acrisolada, de ellos nace. Mi pobre Sócrates dijo una cosa que no me gusta : ¿Cuál es mejor, Sócrates, le preguntaron, casarse ó no ? Cualquiera de las dos cosas que hagas, respondió el filósofo, te has de arrepentir. Vamos, que no siempre sera así : convengamos en que uno puede ser feliz por mucho tiempo, á pesar de la sabiduría : ama, y descuida lo demás. El arte de ser feliz es el arte de hacer durar el amor : el Ariosto lo supo muy bien, cuando dijo :

> Che dolce piu, che piu giocondo stato
> Sarai di quel d' un amoroso cuore ?

Iba á decir que á falta de grandeza hay belleza en Córdoba : las andaluzas no han menester mi testimonio para

ser las más preciosas españolas, y las cordobesas no ceden un punto á las lindas georgianas. Vaya una anécdota episódica para hacer ver cuánto influyen las hermosas en el ánimo, y cuanto obran en favor de su patria y de lo á ella perteneciente.

Un extranjero fué acometido de la nostalgia en París : aborreció todo en Francia, á los hombres, á las mujeres, el cielo, el suelo, el clima, las costumbres, todo. El otoño es terrible estación, muy ocasionada á enfermedades morales : la locura, el despecho, el suicidio reinan en el otoño muy más que en otro tiempo. Las nieblas bajan y se andan rastreras por las calles ; oscurece antes de anochecer ; el aire es frío, la nieve cae en plumas, y las ráfagas del cierzo las estrellan contra el rostro. Con que el alma se afunesta, las penas suben de punto, caen gotas de limón en las llagas del pecho. Mas de repente parece el sol entre un rompido inmenso de nubes, el cielo se muestra risueño, azul, purísimo, y la tierra toma un baño de alegría. No hay corazón que no se contente en una de esas hermosas tardes en que los árboles se adornan con cabelleras de oro, en que las nubes ruedan por los horizontes á modo de enormes trozos de oro derrumbados de una mina prodigiosa ; en que los habitantes saborean el aire y la luz por las calles principales de la ciudad. Las mujeres de París no viven en sus casas ; todas están en la calle, y en estos días de pláceme para la naturaleza, son las que más la festejan y se festejan con ella. Iba pues yo con mi infortunado misántropo por el *boulevard* Montmartre, y poco á poco se le fué desencapotando la frente, ya su mirada no era turbia ; á pocas vueltas víle sonreir. Era, Señor, que íbamos encontrando falanges de muchachas, frescas, rozagantes, elegantes, airosas y apetitosas, como no es posible ponderar. ¿ De dónde salió ese enjambre de dulces abejas que nos picaban por donde quiera nos volviésemos? ¿conque había tantas bellas en

París? ¿Ó los campos Elíseos de Mahoma se abrieron de repente y dejaron derramar esa lluvia de huríes? El hecho es que eran bonitas, y por feliz y rara casualidad, en un largo trecho no topamos ni una vieja ni una fea. ¡Y esas retrecheras que son el diablo! por medio de una infernal maquinilla la orla del vestido está á una tercia del tobillo: ya ustedes se imaginan lo que es eso.... y un modo de andar, y un modo de mirar, y un ademán, que allí le hubiera querido ver al buen Xenócrates.... Pues el que iba á mi lado se reconcilió consigo mismo, y con Francia, y con su cielo, y con su suelo, y con su clima; tornóse adorador de París, y allí se está hasta ahora conceptuándose el más feliz de los mortales. ¡Tanto como esto son poderosas las mujeres!

¡Oh Dios! De este vistoso cuadro he de pasar á un cuadro triste: estoy en Córdoba, y lo que en ella veo no todo es es halagüeno. He andado por las orillas del Guadalquivir, he entrado y salido diez veces de la gran mezquita, he recorrido la ciudad del uno al otro extremo, y cuando el exceso de pensar y recordar me rendía la cabeza, y el de sentir y padecer el corazón, un pavoroso espectáculo ha puesto de repente mi ánimo de punta, si puedo expresarme de este modo: al desembocar en una grande plaza, descubro un vasto hormigueo de cabezas humanas: es una muchedumbre apiñada, llena, impaciente, que se codea, se empuja, se golpea por llegar cada uno de los que la componen á un cierto lugar, en donde el motín es más compacto y bullicioso. Veo, observo, ¡gran Dios! no es gente, espectros son, horripilantes; pálido y descarnado el rostro en unos; en otros, negro, ese negro amarillento de ictericia; la greña sucia y revuelta; inmundos girones por vestidos, por los cuales entreparece hasta lo que debe estar oculto según la pudicicia. Son mendigos, centenares de mendigos en

una escasa población! Un hombre caritativo les da por ahí en una tienda una galleta baza; de ahí el apresuramiento, de ahí las ansias de la miserable turba. Y no todos viejos y lisiados, sino muchos de ellos gentes de verdes años, y muy enteros y cabales de miembros. ¿Por qué se arrastran en tan indigno estado? ¿por qué se mueren de hambre? Porque en España no se vive para comer, ni se come para vivir. El español es sobrio; esta virtud nace de un vicio, de un pecado mortal, la pereza; el español es orgulloso; del orgullo proviene la ociosidad, de la ociosidad la penuria. El español tiene en poco el trabajo; de ésto resulta que carece de lo necesario. Y cuando carece de lo necesario, da en bandido ó en mendigo, ó en uno y otro, según sus comodidades. Entretanto la tierra, la fecunda y bondadosa tierra, permanece yerma: media España está inculta, y la mitad de sus habitantes no tienen oficio ni beneficio, ni cómo pasar la vida. No son ponderaciones éstas; viajad en España, atravesad la Mancha, y veréis, y sentiréis, y lloraréis. Desgraciados hay que viven como brutos, comiendo hierbas crudas, durmiendo debajo de un chaparro.

Yendo de Granada á Madrid, detúvose el coche para dar un pienso á los caballos en un poblacho de mezquino aspecto; una nube de mendigos cayó al instante sobre los viajeros, que prudentemente no nos apeamos: se agolpaban á las portezuelas, pedían, gritaban, aullaban, y tirarles una ruin moneda de cobre, era hacerles grave daño: dábanse de navajadas, reñían hasta no más, se estropeaban por ganarla cada cual. Un sujeto de entre los caminantes, que luego le conocí por un gran cirujano de Madrid, el renombrado Toca, hizo señas á una miserable mujer que se dejaba estar triste y algo apartada: por todo vestido tenía ésta una bayeta amarilla prendida al hombro, con la cual se cubría como podía todo el cuerpo. — ¿Por qué tienes ese

color ? le preguntó el Doctor, cuando el espectro se hubo llegado.— Por que no tengo casa, y como hierbas, respondió la desdichada en tono que me removió todas las lágrimas en el pecho. Cuando arrancaron los caballos, eché al tropel de pordioseros un puñado de piezas de cobre, y me alejé con el corazón oprimido de lástima, pero indignado contra el gobierno que tal y tanto sufre. En Francia, Inglaterra, Suiza y Alemania no hay una pulgada de tierra inculta : si hay hombres que padecen hambre, es porque les falta trabajo : pero aun este mal lo remedian los buenos gobiernos y los sabios monarcas. Sabido es que la invención de cada nueva máquina priva de trabajo, y por lo mismo de sustento, á centenares de jornaleros : el gobierno acude á esta dificultad, imagina obras, proporciona ocupación á los que viven de sus manos : esto hace Napoleón, cuyo principal cuidado es no tener un hombre ocioso en el imperio. Ese amo que tenía á sus criados ocupados en esparcir y recoger en seguida un saco de trigo, porque no tenían otra cosa que hacer, era un sabio filósofo, digno de la gobernación de un reino.

¡Guárdenos Dios del encono y la venganza ! Ahora que los españoles nos han manifestado tan á las claras su enemiga y su aborrecimiento, no son en nuestra opinión peores que antes : sus vicios y defectos están en su naturaleza, y no en las buenas ó malas obras que consuman con nosotros. Por lo mismo, sus agravios no serán razones para cerrar los ojos á la verdad, cuando la justicia nos favorece con sus nobles impulsos. No todo es malo en nuestros desgraciados progenitores ; antes hay en su carácter elevación y grandeza, y sus procedimientos públicos no siempre fueron reprobados. Hubo tiempo en que dominaron en la mayor parte del mundo civilizado ; segunda Roma, España oía rugir su león en las cuatro partes de la tierra : valerosos, denodados, sabios en la guerra ; héroes poéticos, pero terribles ; héroes

de Homero, feroces, brutales, implacables : la magnanimidad nunca fué una de sus virtudes. Pero han llevado á cima obras maravillosas. Dejan la patria como aventureros un puñado de catalanes, y merced al brío de su pecho y á la fuerza de su brazo, vense luego señores del imperio de Oriente : deshacen ejércitos, entran ciudades, humillan emperadores, y dan la ley á una vasta porción de hombres maravillados en su esclavitud del poder de esos extranjeros. Roger Lauria, Roberto de Rocafor y Berenguel Entenza pueden ser cada uno el protagonista de una ilíada. Tiembla Constantinopla en su presencia ; encapotan la frente, y tiemblan los Paleólogos ; ¡y eran uno contra mil ! Digan lo que quieran, la conquista del nuevo mundo es asimismo un hecho maravilloso : con menos barbarie y crueldad, habrían pasado por verdaderos dioses.

El español es hidalgo, caballeroso, valiente ; grave, mesurado, juicioso ; respetuoso con la Divinidad, pero soberbio con los hombres. Los malos gobiernos han estragado su carácter público ; los vicios de la política han pasado, andando el tiempo, á la conducta privada. Triste verdad, pero verdad, el español de nuestros tiempos no es el español antiguo : bastardea, se estraga cada día : el honor se pierde antes que el valor, y á la vista del mundo acaban de parecer, ni honrados, ni valientes. El despotismo y la superstición son los más crueles enemigos de los hombres. Volvamos á los moros.

## MEDINA AZAHARA. ABDERRAHMAN ANASIR

Medina Azahara es un palacio, orillas del Guadalquivir, á cinco leguas de Córdoba. El amor dirigió la obra, los genios la edificaron : esas columnas aéreas, esos tumbados azulinos, esos pavimentos sonoros y armoniosos, no son hechura de hombres. Fuentes y jardines de agua cristalina,

pilas, conchas, y tazones de pórfido y otras piedras preciosas adornan las principales cuadras del alcázar; porque en los calores ardientes del estío es por todo extremo grato entregarse á la inacción en una estancia en cuyo centro hierve un espumoso chorro de agua pura, respirando los perfumes que despiden las juncieras. En la sala del Califa se ve una fuente de jaspe coronada por un cisne de oro, cuyas fauces despiden dos enfurecidos borbollones, que bañando los pies de la hermosa ave, corren de prisa por el canal que serpentea en medio de la cuadra. Una grande y prodigiosa perla sirve de airón al cisne de oro.

Este palacio está circuído de jardines y de bosquecillos aromáticos : el naranjo, el limonero, el cidro, el granado distribuídos simétricamente, ó en caprichosa y revuelta muchedumbre, dan cabida á los jilgueros y gorriones, que se entregan allí á terribles familiaridades, cantando sus amores en el más apasionado y armónico gorjeo : la mariposa no es extraña en esa florida y civilizada selva : vuela de aquí para allí, presenta al sol sus alas desplegadas y temblorosas, formando una multitud de niños y fugitivos iris, que matizan el jardín á manera de flores celestiales : ora se posa un instante en la rosa de güeldres, ora pasa al lirio dulce, ora se alza y cae otra vez en la fragante madreselva : todo es placer para ella; chupa el jugo del jazmín, párase y aletea levemente, se alza y forma círculos inextricables en el aire, amorosa, tierna, brillante : si es verdad la transmigración de las almas, Cleopatra vive en esa mariposa,

A estos bosquecillos siguen otros árboles mayores, más oscuros y frondosos : en ellos la sombra es ya más densa, ya la hojarasca amontonada al pie del tronco ofrece descanso muelle á la sultana que ha fatigado sus miembros de puro andar tras el arroyo. A estos medianos bosques siguen otros de corpulentos y sombríos árboles : povos y ciclamores, cedros y nogales, la palma de dátil, y aun el silvestre pino

componen un intrincado y fresco sitio, en donde corre tal cual gamo enredando su cornamenta en las ramas que se inclinan á la tierra. De suerte que así como va creciendo la distancia, los árboles son mayores, tal, que la vista encuentra á lo lejos con un sombrío horizonte, que contrasta maravillosamente con lo amarillo y lo purpúreo de los jardines del contorno.

El pabellón de Anasir está sobre un recuesto en medio de estos bosques, algo distante del palacio : en él descansa cuando vuelve de la caza, y sus jaurías atraílladas se tiran ijadeantes en el patio, hasta que su Señor haya cobrado alientos para tirar al edificio principal. Este pabellón es un dije de arquitectura, una como concha de nácar en figura y proporciones acomodadas al arte : tal vez un buzo encantador sacó fuera del mar la mansión de una nereida enamorada, y la plantó en el jardín del moro : sólo así puede ser tan primoroso y poético el alcazaruelo que corona la floresta, en donde descansa el rey á la vuelta de sus deportes varoniles. Su harén se compone de las más bellas andaluzas, esclavas africanas, presente del soberano del Algarbe, sirias y judías de la más cumplida hermosura traídas al efecto, y las cristianas de Toledo, hechas cautivas en la guerra.

Anasir es muy enamorado ; cuando no está en campo con cristianos, se entrega á las delicias del amor : sus queridas tañen los más blandos y voluptuosos instrumentos, y la guitarra en manos de una granadina, habla una lengua celestial, que presto da con el camino del corazón.

Cantan las moras, y ese canto es la expresión de las ansias de su pecho : no todas son felices, porque no todas aman ; ¿ cómo han de amar todas al mismo hombre ? cada corazón necesita un corazón : cada corazón es esclavo, y necesita un Señor ; cada corazón es dueño, y necesita un esclavo. Correspondencia no cabe sino de dos en dos ;

no son abejas las mujeres; mujeres son, y ambiciosas, y egoístas, y no se contentan con una tira de alma; quiérenla toda, entera, una para cada una: y hacen bien; más merecen todavía.

No son felices las moras del serrallo, porque no tienen á quién amar: amo es, no amante el gran Miramolin; ¿puede la esclava amar al amo? le teme, si no le aborrece. Y esas bellas mujeres encerradas de por vida, lloran su esclavitud; ¿á qué ser hermosas? ¿á qué haber nacido con tan singular donaire? *¡Óh funesto don el de la hermosura!* si ella trae la esclavitud y la desgracia, es un mal de la naturaleza. ¿Qué importan los palacios, los jardines, los baños de mármol, los tapices de Damasco, las alfombras de Cachemira, las joyas de Golconda y Bisapour? Si el corazón está oprimido en el pecho, no hay felicidad posible.

Anasir no es tampoco muy dichoso: poder, riqueza y nombradía, nada le falta: los gustos de la vida se apiñan en su rededor; obedecido, respetado, servido, ¿qué le falta? Le falta ser feliz, pues la felicidad es muy diferente de esas cosas, está dentro de nosotros mismos, y no en lo que nos rodea.

Anasir tuvo dos hijos, Alhaken, heredero ya jurado del trono, y Abdala, segundogénito, príncipe de raras prendas y virtudes. El derecho de primogenitura deparaba la corona á su hermano; mas la naturaleza á él le había criado para rey. Esto lo tuvo él para sí, y se lo dieron á entender sus amigos y deudos. Abdala no puede sufrir la injusticia; el trono es mío dice, porque he nacido para el mando: Alhaken es antes para servil que para rey; me usurpa, me defrauda. Y llevado de estos pensamiento, urde una conspiración contra la soberanía y la vida de su hermano.

Aben Adilbar, varón de cuenta, y de los más principales cortesanos de Anasir, es el consejero y apoyador del príncipe rebelde, el cual tiene de su mano muchos jeques y

wizíres, y muy de los primeros. La conjuración se ha fijado para el día de las víctimas : muerto Alhaken, los conjurados victoriosos constreñirían al viejo Abderrahman á hacer jurar al mozo Abdala, y los muslimes le aclamarían por su rey. Llega la fiesta de las víctimas, el plan homicida permanece secreto, nada ha transpirado entre los enemigos. Al reir del alba caerá la cabeza de Alhaken, y los moros victorearán á Abdala. ¿ Qué ha sucedido ? Llegó el instante.... Dos cabezas nadando en su sangre están boquiabiertas en una mesa de mármol de la sala de Anasir. Son las del conspirador Abdala y de Adilbar, su consejero.

El rey había seguido el hilo de la conspiración; dos horas antes de su término, dió en ella un corte, y todo se fué abajo. Cuando el hijo rebelde compareció á media noche ante sú padre, éste le dijo : ¿Te tienes por ofendido porque no reinas ? En seguida lloró amarga y desesperadamente, y mandó cortarle la cabeza. Las súplicas y el llanto de Alhaken nada pudieron en el duro ánimo del viejo. Mas los pesares y los remordimientos acabaron con su vida, y no fué muy atrás del sin ventura Abdala.

Éstos son los felices de la tierra : ¡ oh príncipes ! nada tiene que envidiaros el pastor en su vivienda de hojas, y el campesino en medio de su familia, sin ambición, sin codicia, ignorante de los goces prohibidos ó inmodestos, se acerca más á la felicidad, que vosotros encaramados en vuestros resplandecientes tronos.

Pero ¿no vemos en ese rey moro á Junio Bruto y á Tiberio al mismo tiempo ? De éste son los palabras, del otro las acciones : Cuando no reináis, hija mía, os creeís oprimidos, dijo Tiberio á Agripina, esposa de Germánico; y esta grandeza de carácter acarreó la muerte de Agripina. Junio Bruto entregando inflexible á los lictores á sus hijos traidores á Roma y á su padre, no es otro que este árabe de España haciendo decapitar á su hijo en su presencia. ¿Por

qué se dice tanto de Bruto y de su acción, cuando apenas hay quién sepa el nombre de Abderrahman? La firmeza de alma, el bárbaro heroísmo, lo rudo y atroz del hecho son los mismos en los dos; empero el uno es Junio Bruto, Cónsul de Roma; el otro no es sino Anasir, príncipe de los muslimes.

---

# LA SALUD Y LA MEDICINA

## *CARTA SENTIMENTAL*

Sí, querido, las penas morales son mucho menos llevaderas que las físicas; el alma, como sustancia más noble y elevada, es superior al cuerpo, así en lo bueno como en lo malo. El hombre abrumado de tristeza, solitario y taciturno, padece más que el paralítico : la materia vil, ya puede estragarse; pero la parte invisible de la criatura merece más solicitud, si bien un enfermo del espíritu es uno como ente divino, desposeído de la gracia, que experimentase las grandes sensaciones anexas á su naturaleza, sin poder satisfacerse con las cosas de la tierra. Pocos son capaces de los males del espíritu : las grandes pasiones hacen grandes víctimas; casi todos se atascan en esa tristecilla del vulgo, que no trae consigo sino un escozor molesto, sin brindarles con esas preciosas remuneraciones con que nos halaga la sensibilidad extrema.

Las leyes de Moisés castigaban severamente los males de que el paciente era responsable, ora proviniesen de los vicios, ora de la negligencia. No quiera Dios que incurramos en las penas de las leyes de Moisés. Tenía razón ese profeta : el que se deja arrebatar de sus malas pasiones

y se precipita con los ojos cerrados en un abismo, debe morir : la salud es un beneficio de la Providencia, los espíritus de vida que nos dan fuerza y vigor, son dádivas del cielo que no debemos aprovechar sino bien aprovechadas, respetándolas y temiendo perderlas á cada instante. ¡Qué necios y miserables son los pródigos de la salud! Éste estraga la economía del cuerpo, rompe y altera el sistema nervioso, inflama sus entrañas á fuerza de licores incendiarios, que al paso que destruyen la materia, corrompen y embrutecen el alma ; ese ha erigido un templo á Venus, y sacerdote impuro, no se apea de sus aras ; aquel se envenena diariamente con achaque de curarse males imaginarios, ó resabios de su genio peregrino ; el de más allá piensa que es cosa de señores ó de gente de preponderancia literaria el tener mal estómago ó mala cabeza, y cuando no está enfermo en realidad, lo está en ficción. Con todos éstos hablan las leyes de Moisés.

Un músico griego, llamado Genófilo, vivió 130 años sin haber nunca experimentado el menor insulto ni dolencia de ninguna clase : si la envidia deja de ser vicio alguna vez, éste es el caso ; y tengo para mí que envidiar á Genófilo es una virtud : podrá el músico tener muchos envidiosos ; rivales, pocos. En el siglo pasado murió en Londres un hombre de más de 150 años ; la pobreza le hizo sobrio, la sobriedad le dió tan larga vida. Sabedor el rey de este caso extraordinario, le concedió al buen viejo una pensión : con la pensión vino el regalo, con el regalo la glotonería, con la glotonería la muerte. Al cabo de seis meses de riqueza murió el longeviviente : he aquí un caso en que la caridad fué mala, y en que un rey benéfico hizo un daño irreparable, no tanto en causar la muerte, cuanto en corromper las buenas costumbres.

Qué juicio tan acendrado tuvo el que dijo : — Si tienes buen estómago, y respiras sin fatiga, y ni la gota ni la

piedra te atormentan, ¡eres más feliz que si poseyeses todas las riquezas de los reyes! A Horacio le debemos dar crédito, por cuanto él hablaba siempre inspirado por su sabia razón ó por su madura experiencia : un privado de Augusto no podía sino ser rico, un discípulo de Epicuro sabía muy bien lo que era la vida y como se la aprovechaba. EL DELEITE ES EL BIEN SUPREMO, era la inscripción grabada en el pórtico de esa escuela, y sus alumnos verificaban esta máxima con sus cinco sentidos. El buen Horacio, en medio de su alegría, era gotoso, y no decía tan sustanciales cosas sino en los intervalos de sus graves dolencias : términos de comparación, en sí mismo tenía el filósofo-poeta ; todo lo había disfrutado, todo lo había padecido, y al fin vió que la salud es preferible á las coronas y grandezas de los príncipes.

La felicidad presente nos es desconocida ; ó más bien, obra en nosotros de manera, que dueña absoluta de nuestras facultades, poco aptos nos deja para comprender la adversidad : la adversidad no se comprende sino cuando se enseñorea del hombre, la adversidad no es sentida por él sino cuando le tiene debajo. Pasa la dicha, y entonces se siente el peso de su ausencia ; ni puede darse mal mayor que el haber perdido el bien que poseíamos, tal vez sin estimarlo. ¡Oh! el bien de la salud es grande bien, el más cabal, el más satisfactorio de todos, y como reposado y sin perturbadoras ansias, el más inocente de ellos. Después de una larga enfermedad en que los huesos del malhadado cuerpo han echado raíces en la cama, ¡es muy suave, muy grata, muy dulce sensación la que se experimenta al verse uno en pie, recto y con frente altiva, á imagen de Dios, respirando el aire libre, recibiendo la luz del sol como un bautismo nuevo, mirando al firmamento y suspirando de pura gratitud al bondadoso Padre! Si él me tomase un día en mi aislamiento, y me dijese : ¿Qué deseas en el mundo?

¿qué puedo hacer por tí? ¿qué me pides, criatura? — Virtud respondería, desde luego, como lo más raro y escaso en la vida. — ¿Nada más? — Salud, añadiría. — ¿Nada más? — Sufrimiento. Y con salud y sufrimiento y alguna propensión al bien, fuera el más dichoso de los hombres. Satanás ofrece riquezas, mandos, triunfos ilícitos, infamias brillantes : echadle á pasear; sólo los dones de Dios nos honran y vuelven felices.

A juicio de los filósofos, la salud completa é inalterable tiene algunos inconvenientes; ó para hablar más claro, ella es efecto de la pesadez de espíritu y la ignorancia de las grandes cosas. Si queréis un hombre sano y robusto, dice Montaigne, no hay sino dejarlo engolfado en la ociosidad intelectual. Poco más ó menos es así : nada más contrario á la altitud de la inteligencia y á esas delicadezas del alma, que el grande y completo desarrollo de lo físico; pues el cuerpo no medra sino á costa de lo moral, ni esta parte del hombre toma vuelo sino con detrimento de la materia. Los atletas y luchadores del circo apenas conocían la razón : su vida era puramente física, pues sólo al cuerpo se atendía en ellos : sus miembros fornidos, sus fuerzas hercúleas, sus poderosas facultades nutritivas y digestivas, compradas eran con su inteligencia y su sensibilidad : ¡miserable contrato en el cual se perdía lo del ángel, para ganar lo del bruto! ¿Qué importa la fuerza del león, si el pensamiento anda arrastrado por la tierra ? Los varones ilustres, dotados de grande ingenio, que viven engolfados en la contemplación de la naturaleza ó de la Divinidad, estudiando de continuo y expresando sus pensamientos para bien del género humano, no fueron ni son grandes sino con penosos descuentos de salud y con mala disposición de cuerpo. Poca estima me manda el joven achaparrado y robusto que se precia de sus fuerzas y del arreglo inalterable de su estómago :

sirva en buenahora para domador de potros; mas buscar alma en él, empeño sería vano : ésta, cuando se la tiene sensitiva y noble, no se hospeda en cuerpo muy fornido; el cual á su vez no es capaz de dar albergue á un habitante ilustre.

Pero si hubiese un término medio, una balanza en fiel que arreglase nuestra vida, dando al cuerpo lo del cuerpo y al alma lo del alma, ¿ no sería preferible ? Creo que sí; la vida achacosa no es vida, es agonía : haya sabios en el mundo, pero no exijamos mártires. Pensar, cavilar, dudar, conjeturar, acertar, errar con la inteligencia, y siempre trabajar, no me parece sabiduría de buena ley : sentir, aspirar, desear, esperar, desesperar, gozar, padecer con el corazón, y siempre trabajar, es refinamiento de sensibilidad, que poco bien comunica al hombre : la felicidad no está sino en la moderación : el término medio es el de la humana criatura : todo el que se sale de él es desgraciado, ora piense, ora sienta más que los otros. El vulgo es sabio, dijeron los antiguos, porque no lo es sino hasta donde debe ser : el vulgo es feliz, diríamos ahora, porque no pasa de la raya : la felicidad y la desgracia son vecinas; un paso, y nos perdemos para siempre.

Pero yo tengo algo que decir : esa felicidad de marca menor ¿ podrá satisfacer á las naturalezas delicadas, á los corazones bien templados, á los pensamientos que vuelan y se encumbran al través del firmamento ? Será desdicha; mas padecer á lo grande, es gran felicidad : la inteligencia audaz y fuerte que se arroja á contemplar y juzgar al universo, puede caer en dudas; no importa : por poco no es ángel el hombre que alza la frente al cielo é interroga al Creador. Luzbel fué uno de los principales querubines; pensó mucho acerca de sí mismo, dudó acerca de la superioridad del Todopoderoso, tuvo ánimo levantado, y se rebeló arrastrando consigo la tercera parte de los Coros y

las Dominaciones celestiales. Cayó ese gran arcángel, pero fundó un reino en el abismo; perdió la luz, pero fué el príncipe de las tinieblas. Espantosa desgracia, ¡pero desgracia grande! No, no envidiemos la suerte de Luzbel: los ángeles secundarios, que por menos soberbios quedaron fieles al Altísimo, son más felices que los otros, y lo serán eternamente. ¡Desdichado del que quiere ser superior á su especie!

El vulgo sí, el vulgo sabe ser feliz; no piensa sino lo necesario, no siente sino lo necesario, y viviendo á su modo, no conoce ni las penas ni los placeres superiores; ama, y ahí luego se casa; no aspira á más, no le detienen los obstáculos que suelen encontrar en su propia naturaleza los hombres de rara constitución: desea, y á poco se ve satisfecho; posee cualquier cosa, y ya se llama rico; viene, va; habla mucho, calla apenas; se agita, reposa; hace lo mismo cada día, y vive contento y satisfecho; casi siempre lo pasa bien, y disfruta de salud maravillosa. ¡Dichoso, pero triste vulgo!

Con la enfermedad vienen los médicos; necesaria y funesta sociedad, amigo mío: nadie cree en ellos, y todos les ocupan; todos están persuadidos de su ignorancia, y nadie deja de ponerse en sus manos: éste es uno de esos caprichos de los hombres, que á fuerza de ser generales, no parecen extravagantes. Los médicos han corrido en el mundo suerte varia: honrados, admirados, estimados, queridos en unos tiempos y lugares; en otros, vilipendiados, mofados, aborrecidos, desterrados como enemigos del género humano, y al fin y á la postre, después de mil altibajos de fortuna, establecidos en todas las naciones como sujetos necesarios en la asociación civil. Me dirán que Hipócrates inventor de la medicina, fué solicitado por los reyes, honrado por las ciudades. Bueno; pero los

romanos vivieron quinientos años sin médicos, que no los sufría la ciudad, y así se presentaba alguno, como era desterrado. Catón el Censor, implacable enemigo de ellos, vivió 85 años, maravillosamente sano y robusto : su esposa iba á un paso con él, y no vivió sino poco menos. Si hubiera habido médicos en Roma, Catón no hubiera llevado tan adelante su gloriosa carrera, ilustrando al pueblo con su elocuencia, defendiendo la patria con su brazo. Cuando el Senado sufrió la presencia de esos científicos, empezó á notarse que la mortalidad en el Imperio era mucho mayor que lo había sido cuando se los desterraba ; y, cosa digna de reparo, reinaron los médicos, y los romanos no llegaron á viejos.

" No hay nación en el mundo que no haya vivido largo tiempo sin médicos " ; y á fe, que los hombres vivían más largo en sus principios ; luego la medicina no es mal tan necesario, como se piensa comunmente. Los salvajes no tienen médicos, los bárbaros no los tienen ; y bárbaros y salvajes gozan mejor y más larga salud que los hombres civilizados.

Verdad es que en la civilización está el germen de la mayor parte y de los peores males : los cálculos, la gota, la caquexia, la clorosis y otras mil enfermedades no conocidas por los inocentes hijos de las selvas, efectos son de la civilización : vinos, manjares exquisitos, pimientos y adobos de los pueblos refinados, causas de penalidades y de muerte. En esos tiempos en que los ricos propietarios, los consulares domadores de naciones engordaban con carne humana los peces de sus viveros, un poeta se lamentaba ya de la civilización de Roma, y decía que ni las pestes ni las guerras, ni los terremotos, ni las hambrunas habían hecho más víctimas que *la cocina. Plus gulam quan gladius*, dice el sabio. El bárbaro frugal vive exento de dolores y de achaques infinitos : casi todos los males

entran por la boca. Luego, dirán los médicos, no es por desconfianza que los salvajes viven sin nosotros, sino porque no es necesaria entre ellos nuestra ciencia. Fuerte es la objeción; mas si les probásemos que en muchas ocasiones no son ellos sino cómplices de la enfermedad, peones de la muerte ¿ qué dirían ? En la aldea, en el campo abierto viven los hombres mucho más sanos y tranquilos, no tanto por motivo del aire libre y puro, cuanto en razón de estar ajenos á este ahinco por curarse, á esta gula de pócimas y drogas que arrastran al sepulcro buena parte de la gente ciudadana. " La muerte te mata, no la enfermedad " : sabio apotegma que bien meditado, nos volvería menos infelices.

La medicina es ciencia real y verdadera; existe, pues que existe y es recibida y creída por la mayor parte de los hombres y en casi todo el mundo. ¿ Cómo un error no se había de desvanecer en tantos siglos? ¿cómo había de hacer progresos cada día ? Errores hay, es cierto, que reinan largos tiempos y entre muchos hombres : testigos las religiones falsas, las malas formas de gobierno, el mahometismo, el despotismo. Pero los pueblos están divididos en estas materias, cuando en la medicina están acordes todos : los musulmanes tienen médicos, y ningunos más insignes; ahí están Aberroes y Avicenna; los cristianos, los judíos los tienen : en Asia, África, Europa y América reina la medicina, y no vemos que los otros errores se extiendan tan vastamente como esta dudosa, pero cierta ciencia; y es regla de crítica el admitir como prueba el asenso general. La medicina existe. ¿ Cómo dudar de que una fiebre violenta puede ser combatida ? La duda está en el combatiente; á éste es á quien debemos juzgar muy cautelosos.

El mundo hierve en charlatanes, enemigos de verdad,

caballeros del milagro, que viven de la ignorancia y la simplicidad ajena : en ninguna parte hay más sabios médicos que en Francia ; pero que el enfermo se vaya en París muy paso á paso, porque cuando piensa estar en manos de un médico, no está sino en las de un *Jinés de Pasamonte* político y civilizado. Unos matan por robar, otros roban primero y después matan : éstos bandidos son mucho más dignos de la horca, por cuanto nada exponen ellos, donde los otros arriesgan la vida, ó la libertad cuando menos. ¡Endurecido y depravado en el todo ha de estar el corazón del hombre que, por uno ó dos pesos diarios, prolonga la enfermedad de un desgraciado extranjero, empeora el mal, y al fin le deja morir por ignorancia ó por rapacidad! Dos médicos tuve en París : una lijera neuralgia me la convirtieron en aguda inflamación, después de dos meses de tratamiento. Un vejete que servía de mandadero en la casa, hombre de bien y compasivo, me exhortaba todos los días con algún misterio á despedir á *esos señores*. Esos son bribones de profesión, me dijo al fin ; cuando usted no tenga un real, le dejarán morir. ¿No sabe usted que tienen compañía á partir de utilidades con el boticario ?

No pensaba yo que la perversidad del hombre fuese hasta ese extremo. Dios me mandó un salvador : presentóse ese mismo día un caballero : Carlos Ledru, con quien venía me dijo que era el barón de Guillmot. ¡Y qué bueno y generoso, y qué pronto para el bien había sido el tal barón! Vió mi situación, y conmovido dijo : ¿Y qué hacen ustedes que no llaman á Bouilleaud ? sólo él puede salvar á este joven. Salió volando con Ledru, y al cabo de una hora oí en el patio el ruido de un coche de á cuatro caballos. ¡El gran Bouilleaud, decano del cuerpo médico de París, estaba en mi casa! No contento con esto, Ledru me trajo á Ricord ; no contentos con éstos, Ledru y Guillmot me

trajeron á Jubert de Lamballe, primer cirujano de la casa imperial de Francia. ¡He aquí al que ayer estaba en manos de dos pícaros charlatanes, hoy en manos de tres sabios, grandes hombres! Cosas de la fortuna.

¡Qué consuelo para la especie humana ver que la hombría de bien y el caritativo afecto pueden venir en junta de la sabiduría! Bouilleaud y Ricord, no solamente me curaron, pero también me infundieron aprecio por los hombres en general, y afecto á los médicos en particular: asistiéronme cuatro meses, viniendo á casa todos los días, no ya como médicos, mas aun como amigos, proporcionándome libros que leer, dándome conversaciones instructivas y gustosas. Es de saber que estos médicos recetan en sus casas; el enfermo ha de ir allá, y por cada consulta deja en la mesa uno ó dos luises de oro. El que los llama á la suya ha de ser capitalista, pues eso cuesta miles. Yo no pagué lo que debía: Bouilleaud y Ricord se contentaron con mi gratitud, y con decir que si yo hubiera sido un duque de Brunswich, *un par de milloncitos* les hubiera valido mi curación. En cuanto al barón, no desdijo su conducta posterior de su modo de principiar: Ledru lloró á mares al dejarme en el ferrocarril del Havre.

Me acuerdo de estos amigos para templar la amargura que los otros han vertido en mi alma. Bueno y malo da de sí la especie humana: no hemos de aborrecer á todos los hombres. A esos médicos los he citado, para hacer ver que los hay sabios, y, lo que es más raro, caritativos y generosos.

Mas para dar en la sabiduría, han estudiado y se han desvelado treinta ó cuarenta años, y aun así no profesan sino un ramo de la vasta ciencia, y lo estudian y practican todos los días. Desmarres, el gran oculista Desmarres, á quien ví no pocas veces, me dió también una prueba de modesta ingenuidad. Consultéle acerca de un cierto dolor-

cillo de corazón que me aquejaba; y después de retozar un tanto, como buen francés, sobre que los males del corazón suelen ser males de amor, me dijo buenamente: — Querido mío, yo no me meto sino con los ojos; lo demás curo tanto como usted. Y el viejo Bechercile no quiso oír se le hablase del afecto de hígado. Estudian estos hombres toda la vida un solo ramo de medicina, observan en grandes anfiteatros, discuten, experimentan, y no curan sino una clase de enfermedades cada uno: harto fundamento hay para confiar en ellos. Y yo digo, que á menos de no contar sesenta años, y haber estudiado cuarenta por los menos, y tener cana en barba y gastada la vista, nadie debe meterse á llamarse médico.

Pero como en América todo se hace por vía de progreso violento, pueden las cosas no correr del mismo modo: aquí andamos siempre trocando los frenos; lo que requiere pausa, lo hacemos por vapor; lo que en otras partes, se hace por vapor, lo hacemos con pausa. En Europa los grandes médicos no abarcan sino una clase de enfermedades; en América los médicos abarcan todo el vasto campo de la ciencia. Un Trousseau, en París, no se ocupa sino en los males de los órganos respiratorios; en Quito, en Lima, en Bogotá un doctor Tirteafuera cura hasta el alma: está en poco que no se comprometa á sacár del infierno un condenado, mediante la sabiduría de una receta; y si las boticas no fueran *tan desurtidas*, á buen seguro que le sacaba. Las enfermedades más raras, más desconocidas, en las cuales James Copland dudaría, nuestros médicos de veinticinco años y de diez y seis pelos de barba, parten con gran resolución, y diagnostican, y pronostican y nos embotican sin vacilar. ¿Qué importa que el enfermo se muera? Su obligación no es sino *poner la receta*; de las consecuencias no son ellos responsables, sino el enfermo mismo que *se desmandó;* otras veces, él bien le hubiera

curado; pero *ya no había sujeto;* otras, el boticario dió cambiada la droga; otras, la torpeza de las que le asistían le llevó al sepulcro, dándole á beber lo que era de untar, ó untando lo que era de beber. Jamás tiene el médico la culpa; mientras el enfermo no se acaba de morir, todo va á medida de sus deseos, y cuanto fenómeno va resultando en el curso de la enfermedad, efecto es de su previsión. Esopo trata de perlas este asunto.

¿Cómo te sientes? pregunta un médico á su enfermo. — ¡He sudado mucho. — Muy bien, muy bien. Vuelve al otro día, y le dirige la misma pregunta. — Ahora he temblado y me he muerto de frío, responde el desgraciado. — Mucho mejor; ésto es lo que yo quería. Torna por la tercera vez, y torna á preguntarle. — He comenzado á hincharme y reventar como un hidrópico, dice el enfermo todo azorado y compunjido. — Aunque sea como dos; todo va bien, querido. En esto viene un criado á informarse de la salud de su amo. — A fuerza de estar mejor, ya me acabo de morir, amigo mío, responde el moribundo.

Un caso por otro estilo aconteció no ha mucho en una de nuestras ciudades. Un enfermo estaba malo; bueno: hubo junta de médicos; mejor: y reunidos los doctores Zapata, Mocata, Paracelso y Paraceta, discurrieron de este modo.

EL DOCTOR ZAPATA

¿Creerán ustedes que ese pícaro de Asturia me ha dañado la levita?

EL DOCTOR MOCATA

Yo también estoy dado al diablo con el herrero; va y le rebana los cascos hasta el vivo á mi castaño: ni sé cuando pueda montar.

EL DOCTOR PARACELSO

Si los herreros son malos, los mayordomos son peores.

EL DOCTOR PARACETA

Por eso mejor es no tener nada : yo voy con el día ; mis enfermos me mantienen, y no me meto á comprar haciendas ni caballos. Haciendas :.... ¿ para qué ? uno se muere de cólera, todo es para los indios Caballos.... buena maula.

EL DOCTOR PARACELSO

¿ Cómo quiere que se viva sin caballos, hombre ?

EL DOCTOR PARACETA

Así como se vive sin panteras y sin tigres : cuando uno menos acuerda recibe una coz, y á la cama ; ¿y los enfermos?

EL DOCTOR PARACELSO

Los enfermos se mueren si les da la gana ; pero yo viviría sin ojos antes que sin caballos.

EL DOCTOR PARACETA

Usted está parecido á ese abogado que no puede vivir sin pistolas ; aunque siempre las tiene descargadas, y con el cañón cuidadosamente puesto hacia la pared, no sea que *salga el tiro*. Tiene usted caballos briosos, y jamás monta sino en mula de provincial.

EL DOCTOR PARACELSO, encolerizado.

Y quién le ha dicho ?

EL DOCTOR ZAPATA

No hay que exaltarse, caballeros. ¿ Saben qué es de García Moreno ?

EL DOCTOR MOCATA

Dicen que se va á Chile, y que allí estará comido y bebido y servido como cuerpo de rey, y que le traerán en palmitos.

EL DOCTOR PARACELSO

¿ Y cómo se va ?

EL DOCTOR PARACETA

De embajador.

EL DOCTOR ZAPATA

Con tal de que no vuelva, allá se le nombre bajá á Janina, que no le cede un punto al famoso Alí bajá.

EL DOCTOR MOCATA

Yo más bien le proclamaría kan de Tartaria.

EL DOCTOR PARACELSO

Y yo bey de Tunis.

EL DOCTOR PARACETA

Y yo dey de Marruecos.

EL DOCTOR ZAPATA

Y yo dey de Marruecos, y bey de Tunis, y kan de Tartaria, y bajá de Janina, y embajador en el reino Micomicón, y emperador de Trapisonda.

Se acabó la junta, y el enfermo quedó á cargo de uno de los doctores, el cual mandó sangrarle, y no volvió más. Al cabo de ocho días encuentra á un próximo pariente *del muerto*, y le pregunta : ¿cómo va el enfermo ?

— No ha sabido, doctor ? Murió hace ocho días.

— No puede ser.

— Le digo á Vd. que se murió.

— Está Vd. equivocado.

— Pero si ya se le ha mandado decir una docena de misas, y las exequias fueron ayer.

— Cosas de Vd. : en la junta se trató eso perfectamente.

— Bonita junta.... pues le come la tierra, hoy siete días.

— A ésto no me opongo ; pero que se haya muerto, no me lo persuade.

— ¡Con mil diablos,! ¿ piensa que le hemos enterrado vivo ?

— Pero si yo le he sangrado....

— Pues precisamente por eso se murió.

— Una sangría tan buena....

— Magnífica....

— En fin, ya que Vd. se empeña.... peor hubiera sido que se muera sin sangría.

—

Entra un doctor en casa de un enfermo ; encuentra allí uno de sus colegas, y sin decir ni chus ni mus, voltea las espaldas y se va. Si le necesitan en adelante, que le busquen en Ginebra.

—

Un convaleciente, por no morirse de hambre, se comió una ala de pollo. Viene el doctor :

— ¿ Qué ha comido ?

— Nada señor.

— Muy bien; está Vd. sano y bueno.

Al salir topa con una buena vieja: — Señor, le dice ésta, una alita de pollo no más le di.

— No ven? á ese bruto se lo va á llevar el diablo: con razón está malísimo.

Y no vuelve más.

—

Va á salir el doctor: una criada le espera por ahí, y le extiende la mano al paso.

— Gracias.

— Señor, ¿ ha de volver mañana?

— Sí por cierto.

Vuelve al otro día, mas al salir no encuentra á la criada.

El enfermo queda malo, pero el doctor no vuelve más.

—

— Señor doctor, ¿ cuándo me sanaré?

— Dentro de poco.

— Pero ¿ cómo hasta cuando?

— Quince días.

Pasan los quince días.

— Señor doctor, hasta cuándo será?

— Un mes á lo más.

Pasa el mes.

— Señor doctor, ¿ me sanaré ó no?

— Está Vd. sano.

— ¿Sano? gracias á Dios: yo pensaba que me estaba muriendo.

— Quiero decir, casi sano.

— ¿ Y me sanaré?

— Quien sabe; eso es cosa del tiempo.

— La bebida le ha hecho daño, señor.
— No tenga Vd. cuidado.
— Se le han hinchado las piernas.
— Poco importa.
— Dice que siente un tumulto en el pecho, así como una cosa que hierve á borbollones.
— ¿Sí? ahí tiene Vd. que el medicamento empieza á obrar.
— Pero señor, si es cosa de morirse.
— Aprensiones.
— Pero señor, si se muere.
— Está mejor.
— Ayer se confesó.
— Mal hecho.
— Le dió un ataque del que pensamos que no volvía.
— Yo respondo.
Se fué por cierto el desgraciado. Viene el doctor, cuando aquel se está velando.
— Ahí le tiene Vd.... le dice sollozando una sobrina.
— Yo lo tenía previsto.
Pasa el doctor al otro cuarto.
— ¿No nos dijo que Vd. respondía? exclama la señora.
— ¡Quién hubiera creído!

—

A un pobre maestro de escuela le tomó una rara enfermedad: tiñóse de amarillo, parecía haber tomado un baño de ocre: los ojos, amarillos; la lengua, amarilla; las manos, amarillas; en fin, maduro de caerse.
Viene el doctor.
— ¿Qué tiene?
— Señor, no sé.
— Parece que ha variado Vd. de color.

— ¿ Y qué será ?

— Pura debilidad : que le alimenten.

El enfermo, que estaba aborreciendo la comida como al diablo, no hizo caso.

Vuelve el doctor.

— ¿ Comió ?

— ¡ Qué he de comer, no puedo !

— Pues esa misma falta de apetencia es pura gana de comer : coma Vd.

A la vuelta de cinco días, fuera maestro.

Viene el doctor :

— ¿ Comió ?

No hubo quien le responda, porque ya estaba sepultado el que respondía.

—

Curaba un médico en casa de un abogado. Desconfiando éste de aquél, llama otro médico.

— Doctor, ese bruto la está matando á mi mujer.

— Así lo veo.

— Parece que todo lo hace expresamente para que se muera.

— Así lo veo.

— Y cuando no le da la gana no viene.

— Así lo veo.

— Es hombre pesado, sin educación, insufrible.

En esto viene el primero, y es muy bien recibido por el dueño de casa, quien le da las gracias por su bondad : su mujer, á él le debe el no morirse todavía.

Salen juntos los dos médicos conversando amistosamente.

— Estoy desesperado por salir de este animal ; piensa que el salvar la vida á un hombre es lo mismo que poner un mal escrito.

— Abogados....

— ¿Y si Vd. le oyera esas torpezas.... no se le puede sufrir. ¿Piensa Vd. volver?

— ¿Yo? ni más.

— Ni yo tampoco.

A la menor cosa no vuelve más el médico; y la mayor parte de ellos son duros con el pobre enfermo, si éste es pobre. La letra con sangre entra, dicen, y le enseñan á vivir. No hay situación que pida más suavidad y miramientos que la del que padece: el médico ha de ser como el sacerdote; se ha de insinuar con el alma, ha de mejorar desde luego el espíritu, ha de infundir confianza, se ha de hacer querer del paciente: ésta es la ciencia eficaz, la buena ciencia. ¿Acaso la sabiduría excluye la mansedumbre? ¿acaso la sabiduría se opone al sufrimiento? ¡Benditos médicos, cuánto nos hacen padecer! Por la mayor parte obran influídos de un mal principio: piensan que con ellos, en siendo médicos, ya no hablan las costumbres sociales, las delicadezas de la urbanidad, y que de suyo están dispensados de los deberes de los que no profesan la medicina. Abusan de la necesidad que de ellos se tiene: éste es el abuso de la fuerza, modo de obrar no nada generoso. Sed médicos en buenahora, mas no dejéis de ser hombres educados, cristianos caritativos, amigos consecuentes. El porte hidalgo, la conducta digna y bienhechora no están por demás en ninguna profesión: que os estimen como á caballeros vale más que os paguen con desprecio vuestros interesados servicios. ¡Qué es, mi Dios, ver un hombre remirado en sus maneras, fino en su trato, pulido, atento, bien hablado, culto, amigo del bien y pundonoroso! A éste se le puede remunerar, porque está puesto en razón que cada uno viva de su trabajo ó habilidad; pero al mismo tiempo se le tiene en mucho, se le respeta, se le quiere.

*Poderoso caballero*
*Es don dinero;*

mas la estima es una linda joven, honesta, pulcra de su persona, adorable, que trae locos á los hombres que alcanzan espíritus para medir los tesoros que ella encierra.

Médicos hay entre los nuestros, que no dejan nada que pedir : son completamente dignos y buenos caballeros, y muy entendidos en la ciencia. Con éstos no habla nuestra indignación : injusticia, y aun ingratitud sería condenar á todos : los que al leer estas líneas sientan agolpárseles la sangre al rostro, esos son los culpables. No haya miedo que concitemos la ojeriza de la clase en general, y de que no hallemos su auxilio cuando lo hayamos menester : al que esté en mejor concepto acerca de vosotros, al más instruído como profesor y más bondadoso como hombre, á ese lo buscaremos. Nadie se ha burlado y reído más de los médicos, nadie los ha zaherido y hecho más perjuicio que Molière. Molière murió en el más triste desamparo, sin el menor socorro del arte; mas por Dios vivo, que por ellos no faltó; pues cuando acudieron presurosos, ya no existía el gran poeta.

¡ Cuántas llagas tiene ocultas la miserable especie humana ! La animación, la alegría, el bullicio de la ciudad no son sino el barniz que cubre sus lacras y sus dolorosas fealdades. La humanidad es Job raspándose la lepra con una teja de oro.

En un chiribitil inmundo vive apiñada una familia : padre, madre, varios hijos, entre los cuales uno de pechos. La desventurada no se llega al fogón, porque no tiene qué cocinar; el niño está pegado á ese seno magro y sin leche, como una mariposa muerta en la pared. El padre tiene por oficio hacer peines de asta de res; el día que no concluye uno, no comieron. Un peine vale un real; cuando

el peine se vende, tiene la familia un real para todo el día : ¿y el vestido? ¿y el lavado? ¿y el arriendo del cuarto? Cayó enferma la desdichada madre, es decir, el hambre la apuró. La casualidad (la Providencia suele tomar este nombre muchas veces), trajo á la casa un médico : echa el doctor una mirada en torno suyo, pulsa á la enferma, contempla el rostro del hombre infeliz, y ve los harapos ó la desnudez de todos. Ya supo lo que tenían ; hambre, y nada más. Recetó que comiesen, sacó cuatro pesetas, y por de pronto dejó qué almorzar á la familia. Pero, dijo á la madre, así que te alimentes, el niño morirá. Se alimentó la madre, murió el hijo. Volvió el doctor, le socorrió con diez pesos al peinero. Vistióse la familia, compró buenos instrumentos el buen hombre, trabajó más y mejor, y viven todos reconocidos de ese médico caritativo y generoso.

Este pasaje es cierto al pie de la letra, y lo he sabido por personas extrañas al doctor. Así debe ser el médico. Ojalá tuviera yo muchos casos de éstos de que formar historias.

# AVENTURAS TENEBROSAS

## EL DOCTOR ACEVEDO EN JERUSALÉN

Yo no sé si hay mucha semejanza entre los dos casos que voy á referir; pero es lo cierto que cuando me contaron la aventura de Acevedo, acudió pronto á mi memoria la del duque de Gandía, hijo de Alejandro VI, sumo Pontífice. Los sucesos, algo se dan la mano; los lugares, tienen entre sí no sé qué relación, que sin ser una verdadera similitud, al que los ha visto ambos, la presencia del uno le recuerda el otro sin el menor esfuerzo. Ya la tragedia del pobre duque de Gandía me había despertado el mayor interés, cuando la vi en el "Lara" de Lord Byron; después he leído todo el pasaje en el "Léon X" de Roscoe, y no ha sido sino para herir más mi imaginación, llena ya de ese aterrante drama. Y es en verdad cosa para tocar en lo vivo ver un mancebo lleno de vida, rebosando en felicidad y en esperanzas, si bien malvado y criminal, desaparecer de la noche á la mañana en un misterio impenetrable, objeto de terror para todos, de lástima para algunos. ¿Y *ese pobre* papa Alejandro? Con lágrimas que todo el rostro le bañaban, trémulo y fuera de sí, se comprometió consigo mismo á dejarse morir de hambre, ya que tan contraria le era la suerte en hurtarle todo el encanto de su vida.

El cardenal de Valencia y el duque de Gandía, hijos los dos del mismo padre, comieron con su madre Vanozza un día en las vecindades de *San Pietro in Vincoli.* — Hermano mío, dijo el cardenal á su hermano, llegada es la hora de recogernos al palacio ; ya sabes que Su Santidad á poco hacer entra en cuidado por nosotros. — Lo mismo digo yo, respondió el duque ; y dando un beso á su madre, pusieron piernas á sus mulas, y tiraron para el Vaticano, seguidos de sus criados. Juntos fueron hasta el palacio del cardenal Ascanio Sforza, donde el duque pidió permiso al de Valencia para separarse de él un instante, pues no le era dado volver al palacio apostólico, sin hacer antes *una visitilla,* devoción de su alma, á la cual no faltaría ni después de muerto. Enamorado debió de estar el mancebo, y muy adentro de la dicha, cuando ni la inquietud del *venerable* papa era bastante á hacerle faltar ni una noche á su costumbre. Verdad es que las hay muy gratas, y cuando el corazón se hace á la felicidad, ya es muy difícil dejar de aprovecharse de ella.

Dijo pues el apostólico don Gaiferos á Su Eminencia el cardenal, que ya sería con él en el Vaticano, y que entre tanto consolase á su santísimo progenitor. Despidió el de Gandía á todos sus criados, sino que á su *staffiero* que llevó consigo, y enderezó su mula hacia la *calle de los judíos,* con un sujeto enmascarado á las ancas, el cual llegó misterioso cuando el duque estaba á la mesa con su madre. Este mismo personaje se había presentado todos los días en el Vaticano, hacía tres meses, preguntando por Monseñor de Gandía, y se echó de ver que juntos hacían escapadas, de las cuales nadie, sino ellos, tenían conocimiento. La máscara es por ella misma un misterio ; tras ella de continuo suele haber algo siniestro : sólo la virtud no ha menester disfraces : el crimen, la perfidia, la traición, casi siempre andan con careta. ¿Será por esto

que la máscara infunde un vago afecto de terror, que no se acierta á saber de qué procede? Sea de esto lo que fuere, Gandía y su enmascarado desaparecieron por la *calle de los judíos*, en medio de las más densas tinieblas, dejando al *staffiero* en una esquina, con orden de tornar al palacio, si ellos dentro de poco no volvían.

Giorgio Schiavoni, pescador, remaba á media noche su pesada barca : atracóla á la orilla del Tíber, y se puso á descargar el rimero de leña que ella contenía, sazonando su tarea con la canción amorosa :

Vieni.... la barca é pronta ;
Lieve un' auretta spira ;
Tutto d'amor sospira,
L'onde, la terra, il ciel.

Vedi, l'argentea luna
Face agli amanti amica ;
Non sembra che ti dica.
Corre alla tua fedel ?

Callado había un cuarto de hora, cuando echó de ver que se asomaron á la orilla dos hombres, miraron atentamente á un lado y otro y desaparecieron. Entonces calló más y observó. Otros dos vinieron, miraron como los otros, y desaparacieron. El pescador en profundo silencio, ocultóse por ahí. ¿Qué iba á suceder? ¿qué tramaban esos hombres ? Muchos de esos misterios había presenciado Schiavoni durante su carrera, y con todo, la curiosidad estaba en su punto : sucedería quizás algo nuevo, de que por ventura algún provecho le resultase : calló, esperó, observó. Á cabo de rato ya no fueron dos hombres de á pie, sino uno á caballo, caballo blanco, que traía atravesado en el arzón un cuerpo humano, cuya cabeza y cuyos pies colgando á un lado y otro, vacilaban como péndulos. Éste inquirió á su vez con la vista el sitio, luego tañó un pitito funesto que vibró siniestramente en medio de la oscuridad, á cuya seña acudieron los hombres de á pie : tomaron éstos el cadáver, cada uno por su lado, le

balancearon hasta comunicarle el impulso de sus brazos, y á toda fuerza, lanzáronle en lo más profundo del río. El agua le despojó de sus vestidos, y su manto blanco quedó flotando en la superficie, á modo de un cisne nocturno : los asesinos, con gruesas piedras, hundieron el manto, que al otro día hubiera servido de indicio. En Roma, á media noche, en el fatídico Tíber suceden estas cosas. El cadáver desapareció en el agua, los enmascarados volvieron su camino. El pescador declaró al otro día lo que había presenciado : requirióse prolijamente el lecho del Tíber por orden de Su Santidad, y el desdichado duque de Gandía salió todo desfigurado y emporcado con el lodo y las inmundicias que se arrojan en el río. Tenía el cadáver nueve heridas, en la cabeza, en el pecho y en otras partes. Hallóse en la faltriquera una bolsa con cien ducados, y por ésta como por otras señales, se vino en conocimiento de que los matadores no eran ladrones, ni el duque había sido víctima de la codicia. ¿Quién le mató? ¿por qué? El Pontífice hizo mil indagaciones, lloró á su hijo amargamente, y vino á descubrir que el matador era el santo cardenal de Valencia, otro hijo suyo, quien puso por de pronto tierra en medio y se refugió en Nápoles. ¿Por qué hizo matar á su hermano? ¡ De celos con la hermana común ! Lucrecia Borgia vivía á un tiempo con su padre, sus dos hermanos é infinitos otros hombres. El cardenal sufrió como pudo al Papa ; al duque no le pudo sufrir. La ira de Dios se declaró en fin contra estos monstruos ; todos murieron de muerte desastrada. Pero estoy olvidando declarar que no pasaron cuatro días, cuando *Su Santidad* llamó y recibió al cardenal con los brazos abiertos.

Esto es lo que pasó en Roma ; ved ahora lo que pasó en Quito. Una noche llamaron á la puerta de un practicante de medicina, y tanto llamaron, que éste hubo de

acudir á la ventana á ver que le querían. — ¡Con mil diablos! dijo, ¿quién me rompe la puerta á esta hora de la noche? — ¡Un caso urgente! le responden de abajo; salga volando, doctor.

— Bueno estoy para casos urgentes. Suponerse que he de ir á media noche, en camisa, á correr por esas calles de Dios.... vuelvan mañana.

— ¡Mañana no le necesitamos para maldita la cosa! baje usted, ó vea lo que se hace.

— ¿Y quienes son ustedes? ¡Al diablo el caso urgente! Y cerró la ventana el médico.

Entonces los de afuera esforzando la voz gritaron: ¡Mire que le llama el doctor Acevedo!

Este nombre sonó como trueno para el practicante: cuando iba á reengolfarse en su lecho, volvió á la ventana todo asustado. — ¿El doctor Acevedo? dijo: ¿qué hay con el doctor Acevedo?

— Es él quien le llama; y nos ha dicho que no le demos tiempo ni para calzarse las botas.

Hombre de importancia y raro era Acevedo: el que no le quería le temía, y sus discípulos se hubieran echado de cabeza en los infiernos por obedecerle. La sabiduría en él era el imperio, y por vida mía que era entendido en lo de hacerla venerar: si Acevedo no hubiera nacido para sabio, hubiera nacido para rey: ¡qué temple de alma! Muchos se quejaban de su dureza, pero nadie tuvo qué decir de su hombría de bien; muchos le tachaban de altivez, pero nadie dijo un término acerca de su dignidad. ¿Y acaso en la corrupción de estas costumbres y el envilecimiento de estos pueblos las más apreciables dotes no son calificades de vicios? El buen carácter es *mal genio* aquí; la austeridad, rudeza. Si uno niega la mano á un pícaro, ¡qué hombre! es una fiera; si no contesta la salu-

tación á un asesino, ¡ qué genio ! no se le puede sufrir ; si huye de los ruines, loco ; si aborrece á los malvados, tonto : hasta sus amigos le reprenden, y le aconsejan ser filósofo. ¡ Cuerpo de Cristo ! filosofía sin verdad y sin nobleza, no la conozco : *saber* vivir, tomar el mundo como él es, tratar con los hombres como uno de ellos, cualquiera que sea su condición, no es filosofía. La virtud es su cimiento, y toda la que no esté edificada sobre ella es ciencia reprobada, alquimia inicua, por cuyo medio no se descubre ninguna piedra filosofal, si no es la de la corrupción. Pero el libro santo mismo dice : Pon tu pan y tu vino en la mesa del justo ; mas huye de comer ni beber con los malvados.

De esos *filósofos*, y de los que poco entienden, y de los que menos sienten se compone por la mayor parte el tribunal de los que juzgan á los hombres que resaltan del nivel común : si una virtud no es tenida por vicio, no se escapa de ser extravagancia. Manifieste usted arrogancia digna, desprendimiento elevado ; ¡ Jesús, qué carácter de hombre ! Y es curioso oírles discurrir entre ellos acerca del que no se les parece : le dan calificativos, le juzgan ; rastrean, adivinan el móvil de sus acciones, y á sus ojos queda revestido de índole y propensiones opuestas á las con que le crió naturaleza ; y no hay remedio sino que así es. Con razón se ha dicho que si un hombre naciera con un órgano más de placer, no le dejarían vivir ; le perseguirían, le matarían : ¡ cómo, pícaro ! ¿gozar más que todos? ¡ Monstruo ! ¿ser superior á los demás? Poco más ó menos esto sucede con los que sienten ó piensan algo más y mejor que el común de los hombres : la exquisita sensibilidad, el puro corazón, la tendencia á lo bueno y á lo grande son ese sexto sentido que ofende á los que no nacieron con él. Si no entendemos á un hombre ó no somos capaces de apreciarle, ¿ por qué juzgar y decir mal de ese

hombre ? Tal vez es otro del que nosotros nos figuramos, y el defecto no está en él, sino en nuestras broncas afecciones. La filosofía no excluye la caridad ; seamos *filósofos* con alguna misericordia ; que muchas veces *las imaginaciones* suelen ser nuestras, y no de los que pensámos afeados y echados á perder por ellas. Y bien apurada la cosa, las *imaginaciones* que exijan un bueno ó grande mundo, ¿no serán preferibles á las *realidades* que se contentan con uno malo y ruin ? Sea cada uno *filósofo* á su modo, amigos míos : el que más huye del mal, se acerca más al bien ; el que más se indigna de lo falso, es más digno de la verdad, de la verdad eterna, de Dios. Quien echa por este camino, dé en buenhora en la *locura ;* ése será un ángel enfermo.

Acevedo era uno de esos hombres poco comunes, mal quisto con la mayor parte de sus semejantes : tenía un sentido más, y no le podían sufrir los malos ; empero los que le entendían le apreciaban, los que le conocían le admiraban, y los que le querían le adoraban. Este sujeto ejercía gran influencia sobre el alma de los que con él tra taban ; era que su integridad, su elevación, su ciencia le constituían superior, y si no se le quería, fuerza era respetarle. Todos se acuerdan de ese porte majestuoso, esa hermosa presencia con que se le veía acudir á la desgracia ó al peligro ; Acevedo está aquí, ¡ qué consuelo ! La enfermedad más grave no nos daba cuidado : ministro de la sabiduría, por ahí se andaba repartiendo salud y vida, como un dios mortal que hubiese recibido del Todopoderoso el santo encargo de mirar por el género humano. Murió Acevedo en sus floridos años : ¿ quién no ha sentido, aun de los que no le querían bien ? Este es el privilegio de los hombres útiles ó necesarios, ser llorados por todos ; su familia no está en una casa, está en una ciudad entera ;

su cuna no es una ciudad, es una nación; su patria no es una nación, es el mundo.

Pues nuestro practicante, al oír el nombre de Acevedo, no supo por dónde salir; de dos trancadas estuvo afuera, los botines cambiados, al revés la levita, el sombrero como pudo. — Vamos, señores, dijo á dos embozados que le esperaban en la puerta; y su prisa fué tal, que no tuvo tiempo ni de mirar al rostro de los emisarios. Echaron á andar sin más averiguaciones, calle de San Roque abajo, y no fué sino en San Buenaventura que se le ocurrió ver con quienes iba. Y vió.... ¿ quién pudiera decir lo que vió ? Dos fantasmas arrebozados de inmensas capas, con sombreros tan grandes como ellos, y el rostro muy debajo de sendas máscaras, por donde entreparecían unos relampagueantes y terribles ojos. Allí se quedó de una pieza el practicante : la sangre toda se le corrió abajo, sintió un cierto friecillo hormigueado, y cuando buscó la voz, poco la halló. ¡Adelante! dijo uno de los espectros, con ademán de decidida amenaza. Medio salió de su estupor la víctima, y balbució : — Pero, señores.... ¿ á donde me llevan ? ¡Adelante! repitió el mismo espectro.

Cayó en la cuenta el practicante de que no podía hacer cosa más acertada que seguir, sin entremeterse á preguntar quiénes ni á dónde le llevaban. En este concepto alargó el paso con resolución tal, que á poco hacer se hallaban por Santa Clara, como quien se dirige á la quebrada de Jerusalén. Si la iglesia estuviera abierta, decía entre sí, todavía podía salvarme. Y he aquí que cuando pensaba salvarse, sale de esa misma iglesia un refuerzo de sombras que imposibilita más y más su fuga. Eran otros dos embozados, mayores de porte, más lúgubres de aspecto y más amenazantes en su ademán. Silenciosos como tumbas, agregáronse á la comitiva, y cinco ya, voltearon para el

Robo. ¡El Robo! lugar fatídico.... allí ejecutan á los condenados á muerte; allí se roba; allí se asesina; allí habitan las brujas; por allí andan los muertos; ¡el Robo! ¡y á esas horas!

— ¡Por aquí! dijo uno de los fantasmas, enseñando imperiosamente una veredita que lleva á la quebrada. ¡Santísima Virgen! dijo para sí el joven.

— ¡Por aquí! repitió el fantasma. No había resistir: hubo de bajar, y cuando se halló en lo hondo de la quebrada, se detuvo como quien ha llegado al suplicio. Aquí me matan, pensaba, de aquí no paso; y sentía el frío del puñal en el cuerpo. ¡Adelante! ¡arriba! repitió imperioso el espectro. Entonces se le alzaron las alas del corazón al estudiante: de quitarme la vida, aquí hubiera sido, pensaba: arriba, al otro lado, hay gente; luego no se fragua mi ruina.

Llegados á la poblacioncilla de la banda, que algo tiene de Trastevere, entró la comitiva fúnebre en una casuca digna de los misterios de Astolfo, oscura, callada, funesta: un candil apagadizo relampaguea por ahí en un rincón; un perro negro, viejo, soñoliento quiere desperezarse á esa luz amarillenta, y gruñe sordo entre sueños: criatura humana, ni fuera ese un cementerio. Una gran sombra parece con todo en la esquina del corredor, da un paseo agitado, como Blígger el Azote en el patio de su castillo feudal, é interroga á los enmascarados. — No tardarán, responden éstos misteriosamente; lo que es nuestro practicante, aquí le tenemos: ¿no es éste el que el doctor necesitaba? — Entradle ahí, dice el fantasma, que al parecer era el principal de ellos, y el protagonista del drama. Abrese una puerta, y adentro el practicante.

El doctor Acevedo estaba allí en una gran silla de vaqueta, de esas del tiempo de la colonia; grave, taciturno, sombrío. Su discípulo se inclinó en su presencia

con el sombrero en la mano, y quiso averiguar el caso; el maestro le impuso silencio con un ademán. A lo menos ya estaba cierto el futuro médico de que no iban á matarle, y, estando con Acevedo, aun era posible esperar que la aventura terminase ventajosamente. Reinó un cuarto de hora el silencio, así dentro como fuera; silencio profundo, temeroso, pesado, no interrumpido sino por tal cual canto de gallo, que sonaba, lejos y triste, pues era la una de la mañana. De repente un chiflido agudo, semejante al que se oyó en la orilla del Tiber, cuando el asesinato del duque de Gandía, rompió el silencio, y se dilató por la quebrada, como una señal de brujas, ó cosa más infernal. Asomáronse los dos á una ventanilla, y vieron que los cinco enmascarados salían al encuentro de una carga que venía por ahí, del más lúgubre parecer: eran dos hombres negros, al medio de los cuales, otro á cuestas con un bulto, que luego se vió ser cuerpo humano. Entraron éstos al cuarto, y descargaron el cadáver: era una hermosa joven de hasta veinte años, que había sido apuñalada una ó dos horas antes, según la rubicundez de las heridas y la sangre no bien seca todavía. Acevedo se enderezó súbitamente, le hirvió la sangre en las venas, brillaron de furor sus ojos, y se apoderó del cuerpo que yacía en el pavimento. Tómale el pulso, aplica el oído al corazón, y se deja estar en esta postura largo rato. ¡Vive! exclama, vive, y puede salvarse. Saca entonces un pomito de su faltriquera y le aplica á la agonizante. Es un parasismo.... vivirá. ¿A qué hora fue herida esta joven? — A las once, responde el hombre de la casa, el único que había entrado, y que se dejaba estar parado, inmóvil, como el genio de la muerte. — ¿Con qué arma? replica el doctor. — Con puñal de dos filos. — Bien lo veo.... Agua, vendas, ¡volando! ¡Practicante!

— ¡Señor!

— El estuche.

El estuche estuvo pronto, pues un ayudante de un gran médico, y un ayudante de Acevedo, se ha de olvidar antes la camisa que el estuche : en los terremotos, es lo primero á que acuden ; después, si puede se viste, si no, vuela como Cupido.

Acevedo desplegó su prodigiosa habilidad ; lavó las llagas, cogió las arterias, bendó, comunicó aliento, y aun movimiento ; pues en el transcurso de media hora de varias aplicaciones, la joven abrió los ojos : ¡ qué ojos ! grandes, negros, lánguidos, con largas pestañas curvas : abriólos, y luego los volvió á cerrar como con trabajo. Redobló el médico su sabiduría, y tornó la agonizante á abrir los ojos, y esta vez los abrió más grandes y animados ; ya no eran ojos de vidrio, ojos eran con vida, con alma, y los mantuvo abiertos por más tiempo. — El corazón alienta, dijo el doctor ; débil, eso sí, muy débilmente : respira. ¡ Vea usted ! mandó al ayudante. Inclinóse éste á los labios de la víctima, y dijo : respira. Esperó el sabio, observó, atendió : centinela de la vida, ahí se estaba una hora sin dejarla salir por la ancha abertura que la mujer tenía en el costado, silencioso y meditabundo, con su espaciosa frente hirviendo en pensamientos. — No está fuera de peligro, dijo al fin ; pero con mucho cuidado y vigilancia, vivirá. — Doctor, respondió el hombre enmascarado, no solamente mis bienes de fortuna, pero mi vida son de usted, si salva á esta joven. — Y si tanto desea salvarla, ¿ por qué la ha asesinado ? Guardó silencio el desconocido.

— No sabía yo que se mataba á quien se ama, continuó el doctor, que dejando de ser médico, tomó el lugar de juez ; el puñal es arma de malvados, y si éste hace su oficio en una mujer, es también de cobardes. ¿ Tanta juventud, tanta hermosura, tanta inocencia como indica

este semblante, habían de acabar en un puñal ? Hombre fatídico, añadió subiendo la voz de punto, con santa cólera en su ademán : grande valor debe ser el suyo para desplomarse contra una inerme y bella criatura. ¿Por qué quiso martala? ¿tiene el hombre por ventura derecho sobre la vida del hombre ? ¡Ah!.... esta casa es guarida de bribones....

— ¡Silencio! gritó uno de los otros, que á las voces de Acevedo había entrado. El principal se lo impuso á él, y parecía animado del mayor respeto hacia el mismo que le estaba tratando como á criminal.

— ¡Silencio! repitió Acevedo; de silencio necesitáis vosotros para vuestras obras : los muertos guardan silencio, las cuevas como ésta en donde ocurren estas escenas, guardan silencio. El hombre de bien, el que tiene siempre á Dios en memoria, el amigo del género humano, habla, y en voz alta contra las maldades y los crímenes. Podéis matarme aquí mismo, ahora mismo; tendréis dos víctimas; pero si yo callase ante vosotros, podríais juzgarme vuestro cómplice, ó cuando ménos pensaríais que soy indiferente á este abominable desafuero. ¡Silencio! Sólo con vuestro puñal podéis imponérmelo : veo aquí á mis piés una mujer asesinada, ¡y he de guardar silencio! No os conozco, y vuestra careta es otra vergüenza para vosotros. ¿Quiénes sois? ¿Por qué habéis obrado tan desalmadamente ? Y no teméis que la justicia....

— ¡Ah doctor, si quiere usted hacer intervenir á la justicia, este puñal tan execrado sabrá poner remedio!....

— No os denunciaré, porque os habéis servido de mí, porque os habéis fiado en mí, no por temor de ese puñal : soy caballero ante todo; libres estáis de mi delación; pero confesad que habéis cometido un crimen horrendo.

— Crimen, sí, crimen.... respondió sordamente el caudillo de los desconocidos; crimen horrendo. ¿Y sabe

usted que ese puñal más ha herido en mi corazón que en el de esa niña ? ciego la amo, y con todo, quise matarla : una sospecha horrible, un indicio.... ¡Ah! me puso fuera de mí; crimen es, pero indeliberado. Sálvemela, doctor!

— He dicho que vivirá. ¿En dónde la seguiré viendo ?

— Aquí mismo, cada noche, hasta que sea posible llevarla á lugar más merecido. Un secreto en manos de usted, doctor Acevedo, más seguro está que en una tumba, ¿ no es verdad ?

— Me juzga usted como soy : de mi ayudante, yo respondo. Por ahora mi presencia es ya innecesaria : este jóven velará á la continua sobre la enferma; y si algo grave ocurriere, pasarme un aviso sin pérdida de tiempo : vendré, aun cuando fuere de día, con las precaucoines necesarias para no ser notado. Obsérvese prolijamente el plan que dejo. ¿ Estoy libre ?

— Libre, doctor, y respetado y venerado. El ayudante queda á nuestro cargo. ¡Hola amigos! acompáñese al doctor hasta donde fuere su voluntad.

Dos de los encapados acompañaron á Acevedo hasta la plazuela de Santa Clara, en donde los despidió, y siguió sólo á su casa. A la vuelta de dos meses, tiempo durante el cual no faltó ni un día á ver á la herida, ésta estaba en situación de mudarse, y desapareció, y fué para siempre. Ni Acevedo ni el practicante han revelado hasta ahora este misterio, sino á mí el último, que me acompañó en un viaje : ¡un *tambo* brinda tanta confianza ! Y si el brandi ó el sabroso cominillo alumbran la memoria del viandante, ríndese á la comezón de hablar. Bien respondió Filípides al rey Lisímaco, cuando éste le preguntó : ¿Qué quieres que te comunique ? — Lo que quieras, puesto que no sean secretos. Y como el viajero, que á la fecha es médico de nombradía, me dijo llanamente no ser sucesos de callar, como me los contaron se los cuento.

La casuca de Jerusalén no era sino lugar de cita, administración de placeres prohibidos, recepto de la dicha, hasta que vino á ser teatro de funestidades. Sus inquilinos, esos temerosos encapados, gente de pelo en pecho, ricos además, y acaso de elevada gerarquía. El cómo fué arrastrado allá Acevedo, lo he averiguado en otra parte, ó lo he adivinado por mi cuenta : la propia insidia hubo de ser que sirvió para el estudiante. Llamaron tarde de la noche á la puerta de aquel : mandó preguntar qué se ofrecía, y los de fuera respondieron : ¡El Dr. Gala se muere, avisa al doctor, y dile que se levante! Acevedo así sabía ser maestro como discípulo : quería y respetaba al viejo Gala ; y al saber su peligro, botóse de la cama y voló á casa de su maestro. Llegado á ésta, iba á entrar ; impidiéronselo dos hombres que le esperaban en la puerta. — No es aquí, le dijo uno de ellos : adelante, doctor.

— ¿Cómo ?

— ¡ Adelante !

Y sin decir otra cosa le pusieron al pecho dos puñales, cuyas hojas vió relampagear en la oscuridad. No se cortó por eso ; mas comprendió que las había con quienes sabrían hacerse obedecer, y siguió resueltamente hasta el lugar en donde le hemos visto.

No solamente es verosímil, pero también verdadera la presente historia. Y no sabía el bueno del practicante que en ella me ofrecía una insigne coyuntura para volver el corazón y la memoria al sabio y al amigo.

# CUENTOS FANTASTICOS

## GASPAR BLONDIN [1]

Atravesaba yo los Alpes en una noche tempestuosa, y me acogí á un tambo ó posada del camino : silbaba el viento, lurtes inmensos rodaban al abismo, produciendo un ruido funesto en la oscuridad ; y en medio de esta naturaleza amenazadora, reunidos los pasajeros, el dueño de casa refirió lo que sigue :

„ No ha mucho tiempo llegó aquí un desconocido del más extraño y pavoroso semblante : mis hijos le temieron al verle, y me rogaron no recibirle en casa. ¿Qué secreto enlobreguecía á ese hombre? ¿qué horrible crimen pesaba sobre él ? No sé, le designé su cuarto, no muy firme de ánimo yo mismo, suplicándole se recogiese en él, atento que era tarde, si bien á ello me inducía el deseo de librarme de tal huésped. Húbose apenas retirado, cuando dos hombres armados se presentaron en el mesón, inquiriendo por un malandrín, cuyas señas dieron : eran dos gendarmes que le seguían la pista.

---

1. He vuelto al castellano este primer cuento de una serie que escribí en francés, en París, bajo el influjo de una larga calentura. Cosas compuestas en la cama por un delirante, deben antes tenerse por ensueños.

Mas cualquiera que fuese su calidad, nunca habría yo faltado á las costumbres hospitalarias que aprendí de mis padres, quienes me enseñaron á socorrer, aun á los criminales, cuando se viesen perseguidos. Dije pues á los alguaciles que no habíamos visto ninguna persona de tal gesto como nos la describían. No me lo creyeron, sabuesos de fino olfato como eran, y en derechura, se dirigieron al aposento de aquel hombre.

Placióme el verlos entrar allí, pues, al no intervenir denuncio de mi parte, nada deseaba yo más que verme desocupado de semejante amigo.

Mas ¿cuáles no fueron mi sorpresa y mi disgusto cuando vi salir á los gendarmes exclamando: ¡Ah, don tambero! en dónde le ha ocultado usted?

Escaparse no pudo el fugitivo; vile entrar en su cuarto, que no tiene salida sino es la puerta, de la cual no había apartado yo los ojos. ¿Qué ente extraordinario era ése?

Amenazáronme los ministriles con volver dentro de poco, provistos de mejores órdenes y no dejé de conturbarme. Aún no bien habían salido al camino, cuando oímos un horroroso estrépito en el tugurio del huesped misterioso: víle en seguida aparecer en el dintel de su puerta, salir precipitado, y venir á caer á mis pies echando espuma por la boca, todo desarrapado y contorcido. Los gendarmes volvieron, le prendieron, le amarraron, y en volandas le llevaron, a pesar de la profunda oscuridad y de la lluvia que caía á torrentes.

Al otro día supe en el pueblo vecino que ese hombre perturbaba todos los alrededores hacía algunos meses: oculto de día, rondaba de noche. Decíanse de él cosas muy inverosímiles, y muy de temer, si verdaderas; pero su único crimen conocido y probado era la muerte de su esposa.

Su querida, por cuyo amor había obrado esa acción

abominable, se volvió por su influencia personaje tan raro y peligroso como él : temíanla los niños sin motivo, las mujeres evitaban su encuentro, y cuando la veían mal grado suyo, menudeaban las cruces en el pecho. Y aun dicen que sobrepujó á su amante en las negras acciones, metiéndose tan adentro en el comercio de los espíritus malignos, que le fué funesta á él mismo.

Un día citó á su hombre á un caserón botado, tristes ruínas por las cuales nadie se atrevía á pasar de noche; era fama que un fantasma se había apoderado de ellas, y que en las horas del silencio acudían allá una legión de brujas y demonios, á consumar los más pavorosos misterios, en medio de carcajadas, aullidos y lamentos capaces de traer el cielo abajo.

Suenan las doce, viene el amante : llama á la puerta, llama.... Nada; responde sólo el eco. ¿Duerme la bella? ¿faltó á la cita? Un leve aleteo se deja oír sobre un viejo sauce del camino; luego un suspiro largo y profundo : luego estas palabras en quejumbroso acento : "¡Mucho has tardado, amigo mio!" Y como al volverse nada vió el desconocido, con voz siniestra prorrumpió : ¡Casta maldita! en vano procuras engañarme : acuérdate que la fosa humea todavía, y que.... Ah, tú me la pagarás. ¿Qué tienes Gaspar? dijo su querida, arrojándose de súbito en sus brazos; ¿de qué te quejas?.... ¡Duro, duro! estréchame contra tu corazón. Y como el diablo de hombre fuese acometido por un arranque de amor irresistible, abrazóla como para matarla : ¡Angélica! exclamaba, ¡Angélica de mi alma! las estrellas no son sino asquerosos insectos que roen la bóveda celeste. Mas luego echó de ver que apretaba en vano, que á nadie tenía entre sus brazos. Horrorizado él mismo, huyóse dando un grito espantoso en las tinieblas.

Al otro día un hombre del campo vino á quejarse al

teniente del pueblo de que su hijita había desaparecido impensadamente de la casa. Dijo el triste, con lágrimas que á lo largo rodaban por su rostro, que abrigaba sospechas vehementes contra un tal Gaspar Blondín, hombre de temerosas costumbres, que ocultaba su vida envuelto en el misterio. Habíasele visto la tarde anterior rodando por los alrededores de la casa, y aun entró en ella sin objeto conocido; y como la niña jugaba en el patio, acaricióla, y dirigiéndose á su padre le dijo: — Bella niña, bella niña, mi querido Cornifiche; ¿la vende usted? Los perros se lanzaron sobre él, y desapareció por la quebrada.

Pasó la noche, amaneció Dios, y la cama de la muchachita se encontró vacía. Blondín no pareció en ninguna parte, á pesar de que todos los parientes y amigos del campesino echaron á buscarle. El pobre paisano lloraba tanto más, cuanto que, decía, en su vida se había llamado Cornifiche.

La tarde del mismo día que tuvo lugar esta demanda, Blondín acudió á buscar á su querida en los escombros conocidos: "Todo se ha perdido! esclamó ésta así como le vió: el monstruo ha dado á luz tres ángeles. ¡Mira, Gaspar! En vano, en vano te amo.... Pero has hecho bien en traerme á mi chiquilla. ¡Aureliana! ¡Aureliana! decía rompiendo la cara á besos á la niña que Blondín acababa de presentarla; el gato maúlla, el mono grita, la olla hierve... ¡Ven, ven, Gaspar! añadió, y arrastró á su amante al interior de un cuarto hundido y sin culata, en donde largo tiempo había que murciélagos tenían sus hogares.

Blondín encontró la cama fría como nieve: guardaba silencio su querida, y á la luz de un mechero que alumbraba la estancia turbiamente, echó de ver que lo que tenía en sus brazos era el cadáver sangriento de su esposa. Volvió á correr horrorizado, y desde entonces ni más se ha vuelto á ver al tal Blondín."

— ¿Como le hubieran visto? dijo á esta sazón uno de los oyentes, el cual, habiendo entrado mientras el tambero recitaba su tragedia, se dejó estar á la sombra en un rincón del comedor; ¿cómo le hubieran visto? le ahorcaron en Turín hace dos meses.

— ¡Yo lo sé muy bien! repuso el tambero medio enojado! *capo di Dio!* ¿por qué no me deja usted concluir la relación de mi historia? Huéspedes hay muy indiscretos.

— No tenga usted cuidado, señor alojero, replicó el desconocido; va usted á concluirla en términos mejores.

Y levantándose de su rincón se acercó á nosotros, al mismo tiempo que se alzaba su gran sombrero auberniano de ancha ala. Miróle el tambero con ojos azorados, palideció y gritó cayendo para atrás: ¡Blondín!.... él es.

*Paris, agosto* 6 *de* 1858.

---

# COMUNICACIÓN CON LOS ESPÍRITUS

## CARTA DE FRANCIA

Ausencia y silencio malos son para el cariño : hemos soñado, hemos devaneado, sombras hemos visto, amigo mío. En vano vuestro nombre salió mil veces de nuestros labios; mudos los ecos, á nada respondieron. ¿En dónde estáis ? ¿es tan grande la distancia que nos separa ? Ni escribís por vuestro propio impulso, ni contestáis á las que se os escriben. Con *los salvajes*, las cosas van de otro modo que entre hombres civilizados : en Francia se engaña, no se quiere; se conversa, no se siente. Mas como los Chactas entienden menos de engañar y conversar, preciso es que entiendan más de sentir y querer. ¿ Habeis olvidado que en mi casa se os llamaba el *salvaje americano ?* Y Enriqueta se complacía por extremo en preguntaros si en esos países de América todavía la gente se vestía de plumas y andaba con cascabeles en el tobillo. Bien pues, mi Chactas, no se os ha podido olvidar en casa de vuestro amigo, y aquí le teneis ganado en este mismo instante de la afección más tierna, al contestar á vuestra inesperada carta.

Yo no creo en espíritus, amigo mío : alma de hombre, más firme es y menos hecha á las supersticiones; pero

Enriqueta, de su propia naturaleza inclinada á los misterios, se deja llevar por el iluminismo, que quiere renacer en Europa. Y si os he de confesar mi flaqueza ó mi condescendencia, se os ha puesto entre la sabiduría de una sombra y las realidades de la vida; y con hartas lágrimas de mi esposa y no pocos ayes de Ledru, habéis pasado á vivir entre los justos : ya no existís, Montalvo; muerto sois, desengañaos : los espíritus no mienten.

Un caballero noble y su esposa, gente de gran significación en la sociedad culta, perdieron su hijo único, delicia de su vida : tan rudo golpe hubo de desquiciarles el juicio, secándoles el corazón á fuerza de echar lágrimas. Aniquilado el cuerpo, el alma refinó su sensibilidad, y los nervios hicieron su oficio. La señora creyó de buena fe en los espíritus; de tan buena fe, que Dios no existe con más verdad para ella. Vive en uno como delirio, evoca á su hijo, y su sombra se le aparece; la interroga, y la sombra contesta acerca de lo sucedido en tiempos y lugares pasados y remotos : profetisa del corazón, descubre con más anhelo lo que concierne á los afectos : si por amor ha venido como á desvanecérsele el cuerpo, y ser ella misma un ente aéreo y elevado, ¿ qué mucho que se goce en lo que envuelve amor ? Ella es el hilo eléctrico por donde la extraña ciencia de los que no existen viene á instruir á los vivos; el *medium* por el cual los misterios de la tumba se revelan.

He aquí la respuesta de la noble pitonisa con respecto á vos :

"Murió en enero de 1865 : rogad por él. Resignado y con valor, rindió el aliento, y su espíritu fulgente se encumbró á la región divina. Una lágrima por Montalvo."

Estas elevadas, pero tristes palabras, han sido el rayo

para mi pobre Enriqueta: veinte y ocho años de edad, ciento de penas: no es maravilla que las desgracias la encuentren tan pronta á creer en ellas. Ha llorado, se ha enfermado, y mis esfuerzos para invalidar el oráculo, por demás han sido. Juzgad de la sorpresa viva, agradable que nos habéis dado con presentaros á nuestra memoria existiendo, pensando y sintiendo ni más ni menos que cuando viajabais por Europa!

¿Qué hacer en este caso? ¿Cómo desmentir á un espíritu? ¿con qué valor decir á la sacerdotisa: vuestro numen ha mentido al inspiraros, vuestra religión es falsa? Dejaros muerto era todavía más difícil: he llevado vuestra carta á la fúnebre tertulia de la *inspirada*, la han leído, y entre el asombro y la incredulidad, me han preguntado: ¿Es el que murió el año pasado? ¿es él quién os escribe ahora?

— El es, señora.

— Mirad el lugar; está fechada en el cielo, sin duda.

— Nada ménos que eso: vive en la tierra, y aún está por morir.

— No puede ser; nadie muere dos veces.

— Vive señora; ésos son su puño y letra; y por feliz me tengo de que vuestro hijo se haya engañado por la primera vez. Disimulad mi indiscreción; no podía yo sino consultaros este pequeño inconveniente á la verdad eterna del oráculo. No me han puesto argumentos irrefutables, y hemos resuelto por unanimidad que vivís aún: vivís, Montalvo, consolaos. . . . . .

. . . . . .

La gran guerra europea va á estallar: dos millones de guerreros están sobre las armas, y las testas coronadas ya no pueden soportar la sed de sangre. El emperador de Austria, el rey de Prusia y el de Italia son los beligerantes por de pronto: Francisco José, Víctor Manuel y Guillermo

se miran turbiamente, y se amenazan sobre cual se llevará una tira más de tierra en los inicuos repartimientos que tienen por costumbre hacer los reyes. De esta guerra puede resultar un bien, — la libertad de Venecia : Garibaldi está en la escena, y éste es buen agüero. Venecia será libre, su libertad está en la naturaleza de las cosas : pero ¿qué razón sufre que por libertar una comarca se esclavice otra ? La conferencia provocada por el emperador de los franceses no tendrá lugar : esa compensación propuesta al Austria por la pérdida del Véneto, es un contrato impío. La integridad y la caridad pueden solamente discutir y resolver acerca de la verdadera conveniencia de los pueblos : las juntas de tiranos no lo deciden mejor que las armas. Europa va á ser dentro de poco un campo de batalla.

. . . . . .

He escrito una obra acerca de Renán : no olvidaré de mandárosla cuando se haya publicado.

. . . . . .

Ya sabéis que siempre me despido de vos con lágrimas. Adios.

*Ledru.*

Paris, 8 de junio de 1866.

## CONTESTACION

No me maravilla el que los espíritus me hayan declarado su conciudadano en la ciudad de Dios ; maravíllame sí el sentirme aún con vida después de la tempestad que ha estallado contra mí. Los días han pasado por sobre vuestro amigo como una manga de langostas, de las cuales cada una se ha llevado un pedazo de corazón, comiéndose

mis esperanzas : el consuelo es que se han hartado con las hojas ; la raíz, Ledru querido, sana está y fresca, y se extiende por adentro, y una savia rica y abundosa promete renuevos más lozanos.

Nada más difícil que ser siempre el mismo hombre, dijo aquel antiguo tan conocido para vos, nada más difícil que ser siempre el mismo hombre : el bien y el mal allá se van con la corriente de los años, y juntos desembocan en ese mar sombrío, mar inmenso que el basto lenguaje de los hombres acierta á llamar ETERNIDAD : no hay dicha ni desgracia perpetuas : la vida es un vaivén, el hombre es el puntero que á su tiempo va llegando á todas las horas ; estas horas son los bienes y los males. Ay, amigo, el arte consiste en mantener el arreglo de esa máquina ; pues la felicidad viene de esa monotonía misma ; el que sale del círculo común, desgraciado es. La vida no consiste en vivir, sino en saberla vivir, dice un bribón que yo conozco : ¡ bribón sabio ! Solo sí que esa ciencia es muy variada ; el modo de saber vivir de uno, ignorancia es para otro : unos viven del mal, otros del bien ; unos de materia, otros de alma, de afecciones, de pensamientos, esto es de angustias y pesares ; pues por una fatalidad inherente á las mejores dotes del alma, la tristeza y los padecimientos son una cosa con ella. ¿ Sientes ? bien ; no te quiso mal naturaleza : ¿ padeces ? bien ; las penas refinan el corazón ; el hombre que ha hervido mucho tiempo al fuego de los pesares, es la quinta esencia del oro, el metal de los mayores quilates, sonoro, purísimo, valioso. Verdad es que corre poco entre la gente del vulgo ; pero esa moneda no se ha inventado para el comercio ruin, tráfago para el cual el cobre tiene sobrada importancia : ese oro circula entre los dioses ; de ahí es que muchos son ricos sin saberlo.

Al oírme dudaréis si en verdad soy hombre real, ó si pertenezco á la legión inmensa de esos que con el nombre

de espíritus pueblan los cielos y los aires : yo mismo no estoy cierto ; á veces hombre, y muy material, y muy apocado, y muy terreno ; a veces alma pura, espíritu divino que vuela y se encumbra, y se empapa en la luz de Dios, y le canta en la lengua de los ángeles ; y á veces.... ¡ay! preciso es decirlo todo, ente extraño, pensamiento descarriado, corazón perverso que se goza en su propia tortura, y rueda en un fluído negro, pestilente, que trasciende á infierno y da de sí un humo destructor que me sube á la garganta, y sale fuera, y me oscurece la vista. Corazones hay como el templo de Jano, con dos puertas ; por la una entra y sale Dios, por la otra entra y sale el diablo. ¿Y qué hombre no lo tiene así poco más ó menos ? quién no ha sido bueno y malo en su vida ? La diferencia no consiste sino en que unos descargan su maldad sobre sus semejantes, y otros son sus propias víctimas. De éstos me soy, amigo : habéisme tomado en un instante de franqueza : compadeced y callad.

No todo ha sido padecer desde que me separé de vosotros. En poco estuvo que fuese el mar mi sepultura, pues ya, ya me tragaba. El océano sin límites, solemne, grandioso me habría recibido en su seno, y con sus olas estaría rodando de polo á polo, formando parte de su melancólica grandeza. ¿ Qué sepultura de más magnificencia ? Si los dioses murieran, pudieran ser sepultados en el mar : esa tumba es digna de ellos ; ni epitafios, ni inscripciones ; su rotundidez lejana, su ruido sordo y profundo, su silencio misterioso bastan para formar el más sublime monumento. Morir en el mar, en medio de una tempestad horrenda, hosco el cielo, las nubes centellantes, las olas enfurecidas es una de mis ambiciones. No la cumplí, amigo, y viví y llegué á esta patria.... á este....

Dos años han transcurrido para mí, blandos, perfumados, sabrosos ; helos bebido como un celestial elíxir, hánme

embriagado, hanme transportado al primer día de la creación, he sido el primer hombre : mi lecho era de flores, — *pensamientos, violetas, adelfas y jacintos*, el más suave y fresco pedazo de la tierra, como dice el divino cantor del Paraíso perdido : lo demás digámoslo en su lengua :

> There *we ours* fill of love and love's disport
> Took largely ; of ours mutual guilt the seal,
> The solace of ours sin.

Nadie puede gozar solo, amigo mío, lo dice el mismo poeta ; ó en el goce del solitario no hay el menor contento. Ya veis por un delicioso jardín *esa amiga de la serpiente*, como se pasea con paso de reina, suelto el cabello, el rostro fulgurante, la mirada entre modesta y altiva, despidiendo en torno suyo un ambiente de dichosa perdición.... ¿Y se perdió? ¿y nos perdimos ? Esperad.... Una voz solemne, divina, pero misericordiosa, me llama por ahí y me pregunta : ¿En dónde estás ? ¿por qué te escondes ?

El Paraíso se perdió, los ángeles del Señor nos sacan fuera. La felicidad es un préstamo ; el acreedor nos coje las vueltas, y allí luego nos cobra, y volvemos otra vez á la indigencia ; con más, que el recuerdo del bien perdido es el mayor de los males, y no soy el primero que lo dice.

¿Qué más da que estas cosas se digan en verso ? si admitís que la poesía está en los afectos, podéis hallarla bien así en la rima como en la prosa. Mil veces os oí llamar poeta á Fenelón, y vuestro amigo Chateaubriand lo es, y mayor de marca, sin haber escrito en consonante. Yo pienso, amigo, que sólo es poeta el corazón, sin que importe que sus ayes salgan rimados, ó libres de las estrechuras del fastidioso arte de Horacio. En todo caso, dispensad este arranque de enternecimiento, y atribuidlo á la sensibilidad del *salvaje americano*. Doña Enriqueta suele entenderle

más que vos : esta página es para ella. Para el consultor de la pitonisa, para el cargador del trípode sagrado, para el refutador de Renán, para el legatario de Armando Carrel, para el camarada de Chateaubriand, para el amigo de Luis Bonaparte y enemigo de Napoleón III, para el rival de Bérier, para el republicano en desgracia, ¡ para el *hombre caído !* y el patriota que tiene fe en el porvenir, son las siguientes líneas.

A lo que me sé acordar, el espíritu que descubrió mi muerte estaba en lo justo ; si hoy vivo, bien puede ser efecto de un especial favor de la Providencia, ó de la suerte que me guarda para mayores fines ; pero que he hecho una incursión á la morada eterna de los que han vivido, no lo pongáis en duda. —

Descendí primero á los infiernos, como Orfeo y Dante Allighieri ; pues el Altísimo había ordenado que antes de llegar á su diestra viera yo lo que era la mansión de la desdicha y el hervidero eterno en donde viven su agonía los réprobos del Señor, nadando en lagunas de lodo pestilente, ó devorados por vestiglos espantosos, ó enterrados hasta el cuello en témpanos de hielo y dando lastimeros aullidos que resuenan en las profundidades cavernosas del infierno. Allí vi uno sobre otro amontonados y confundidos los tiranos de la tierra ; los que han vertido sangre humana por odio ó particular venganza ; los que pecaron contra la naturaleza ; los que ofendieron la pudicicia ; los que se enriquecieron con lo ajeno ; los que ocultaron la verdad y vivieron de la mentira ; los que negaron á Dios ; los que se rieron de la desgracia ; los que abusaron de la inocencia ; los que rastrearon los pasos del prójimo y le denunciaron ; los que batieron las palmas á la deshonra ó la caída de sus semejantes : todos los criminales, en fin, y los viciosos

incorregibles; todos los malos y corrompidos de profesión: emperadores y reyes, pontífices y arzobispos; sultanes, califas y presidentes; canónigos y provinciales; clérigos, soldados, sabios y poetas en confuso montón gimiendo sin consuelo, blasfemando contra la justicia divina, y deseando volver al mundo para ser más perversos. Caín y Lamech estaban metidos en unos cilindros de hierro candente, libre sólo la cabeza, en la cual caía monótono un gran martillo, midiendo con sus golpes la eternidad: los tiranos de Roma, desde Tiberio hasta Cómodo, ensartados en una cadena, daban vueltas alrededor de una máquina que despedía en torno incesantemente torrentes de fuego y betunes encendidos, que todos les daban en el rostro: Mesalina, Lucrecia Borgia y todas las de su gremio estaban ahí desnudas, colgadas de los cabellos en unos garfios, y las furias las azotaban con culebras.

Volví la vista, y en una caldera inmensa, en donde hervía un líquido rojizo y humeante, ví hormiguear una multitud de cabezas, que se meneaban, se sacudían, se hundían y reaparecían sobre la superficie. Estos rostros tenían todas sus facciones, y no economizaban los gritos; de modo que ese era un vocerío infernal y aterrador, al cual mis oídos apenas pudieron resistir. Acerquéme y los fuí reconociendo, en razón de la ciencia del pasado que el Espíritu me había infundido. Una de esas cabezas estaba con tiara, insignia de dignidad suprema: me fijé en su semblante, no pude conocerle, porque huyó el rostro y se volvió; y así vuelto dió una gran voz y dijo: ¡Mortal! ¿cómo has penetrado en el recinto de los suplicios eternos? No respondí, porque estaba aterrado. Seguí viendo y seguí conociendo; ahí estaban Nestorio, que pedía al emperador Teodosio la exterminación de medio género humano; el casuista Lamy, que sostuvo en sus obras el monstruoso principio de que un religioso puede calumniar y aun

asesinar á las personas perjudiciales á su compañía[1]; el padre Escobar y el padre Pirot, apologistas de este principio. Y todos esos energúmenos blasfemadores contra el más sabio y más santo de los doctores de la Iglesia; los condenadores de Agustín, que le han llamado hereje, loco y tonto; los que predicaron doctrinas contrarias á las del Apóstol, y pusieron alas á Jansenio. Todos éstos tenían los ojos abiertos, paradas las orejas, morados los labios y la lengua afuera; giraban por la caldera, luego se sumergían veloces, á modo de ranas, y resurgían, embarradas las barbas en fango hediondo y corrosivo. Y me aparté de allí, y en un reducto de fuego ví metidos á los matadores de Enrique III y Enrique IV de Francia, y al asesino del arzobispo de París, y á muchos otros de este linaje, que para mayor castigo el Juez les había dejado el puñal en la mano.

Recorrí muchos círculos y departamentos de la morada eterna; pasé el Flejetonte y el Csito, encontrando en donde quiera millones de almas condenadas á diferentes suplicios: unas tenían enterrada la cabeza, y todo el cuerpo afuera, manoteando y pataleando en el aire; otras estaban espetadas por el vientre en unos largos chuzos clavados en rocas encendidas; otras, colgadas de un pie, columpiando en vaivén interminable; otras, sentadas inmóviles, la cabeza en el pecho, cruzados los brazos, petrificadas para siempre, y sintiendo no obstante sobre sí todo el peso de los siglos. Di la vuelta á la ciudad de Dite, y cuando menos hube pensado, me hallé otra vez en el lúgubre portón, á donde se agolpaban dando voces infinidad de almas en pena, curiosas de ver y conocer tres nuevos condenados que llegaban; acerquéme solitario, y ví en la barca de Carón atravesando el Aqueronte tres sombras silenciosas y afligidas. El viejo barquero remaba, y Cervero al otro lado

1. Lamy, *Cours de Théologie*. Jean Racine, *Histoire de Port-Royal*.

daba grandes ladridos, llenando con ellos la infernal caverna. Llegó la barca á la orilla, y Carón puso á los recién venidos en la ribera con un recio espaldarazo á cada uno.

Batte col remo qualunque si adagia.

Agacharon éstos la cabeza, exhalando un ¡ay! desgarrador, y se encaminaron á lento paso á la portada en donde los precitos estaban amotinados. ¿Quiénes son? ¿quiénes son? gritaron todos. Yo que tenía el don de conocerlos, conocílos y dije: ¡El primero es Mourowieff! — ¡Mourowieff! repitieron los precitos. — ¡El segundo es Rosas! dije yo. — ¡Rosas! repitieron los precitos. — ¡El tercero es García Moreno! dije yo — ¡García Moreno! repitieron los precitos.

Llegaron las tres sombras, y las demás se abrieron y les dieron paso, y las miraron en silencio, como admiradas de sus huéspedes : y los tres iban agachados, taciturnos, sombríos; y cuando llegaron á su destino, un espectro movió una máquina, y de un aventón los estrelló contra una roca, en donde se clavaron para siempre. De lo alto caen sobre ellos unas gotas negras, que les corren por las mejillas como lágrimas de demonio : periódicamente se les llegan tres fantasmas con sendas disciplinas, y en las desnudas, rojas carnes hace cada uno su tarea : y la sangre corre en hilos por sus miembros, y se recoje á sus pies en charcos, y estos charcos se corrompen, y de su corrupción nacen gusanos que les suben lentamente por las piernas, y van á picarles el corazón, y se meten otra vez en sus entrañas. Una vez consumada esta sentencia, oí una carcajada prolongada, burlona, terrible en los ámbitos del reino de Plutón, la cual se dilató por no sé qué espacios desconocidos y funestos, y se apagó, dejándome trémulo de espanto.

Recobré mis espíritus, y echando á andar por ahí, di con un río manso, callado, soñoliento: á sus márgenes crecen

adormideras y pellones aromáticos : tomélos y aspirélos, y además bebí de las aguas del río, que por lo cristalinas y agradables á la vista me despertaron la sed. Desde ese instante olvidé todo lo demás; no sé, no me acuerdo qué otra cosa vieron mis ojos, qué otros ruídos oyeron mis oídos. Ese río era el Leteo.

Cuando me haya despertado de ese agradable sueño, me volverán á la memoria los espectáculos y personas que seguí viendo en la mansión del dolor eterno, y cómo salí de ella, y cómo entré y recorrí el purgatorio, y cómo subí á la morada de la luz, y lo que vi y á quienes vi en ella, y cómo al fin estuve de vuelta en este valle de lágrimas, — paraíso de los malos, infierno de los buenos.

El nuevo sol me ha vuelto á la realidad de las cosas; no estoy ya en el cielo ni en el infierno, en el mundo estoy, Ledru querido; no son todavía condenados los que veo, tiranos son; no están gimiendo, sombras á orillas de los ríos infernales, retiñendo están las armas de los hombres, y el suelo rojea con sangre derramada.

La gran guerra que va á tener lugar ó ha principiado en Europa, será como todas las guerras, exterminadora, infecunda, inútil. ¿Sabéis cuál guerra produciría buenos frutos ? La que la libertad moviese á la tiranía.¿ Sabéis cuál guerra produciría buenos frutos ? La que la virtud moviese á los vicios, la que la rectitud moviese á la perfidia. ¿ Sabéis cuál guerra produciría opimos frutos ? La que los pueblos moviesen á los reyes, la que la misericordia moviese á la crueldad, la que las víctimas moviesen á los verdugos. ¿Qué ha de resultar de la guerra que se mueven un emperador y dos reyes, un Francisco José, un Víctor Manuel y un Guillermo ? Ha de resultar la libertad de Venecia, y la esclavitud de Alemania, si vencen los unos; si los otros, la esclavitud de Venecia ha subido de punto, y las otras

provincias nada han ganado. El rey de Italia ha hecho mal en aliarse con el de Prusia : el despotismo y la constitución, el retroceso y el progreso, el derecho divino y el liberalismo no pueden formar sino ayuntamientos deslayados, de los cuales no nacen sino monstruos. Italia debió haber libertado el Véneto, sola, por sus propias fuerzas, so pena de sufrir el influjo de ese maldito reino de Prusia, que crece y se alimenta y se vuelve gigante, devorando á sus huéspedes y vecinos, y á los que por casualidad, van á pasar, como el sanguinario Polifemo.

Prusia acaba de dar una prueba irrefutable de sus ambiciosas y tiránicas inclinaciones con la desmembración de Dinamarca ; ¡ y vá hoy á libertar el Véneto, aliado de la libre Italia ? ¡ Absurdo ! Ni los dioses ni los hombres de bien, dice Platón, aceptan los presentes de los malos. Soy de opinión que si Venecia no se ha de libertar sino por mano del rey Guillermo, espere un poco más, hasta que ese fluído ardiente y vivificador que está corriendo por todas las arterias de la península itálica, se ponga en su punto, y alzado el brazo, los italianos todos acometan á los enemigos de su patria y rompan las cadenas de la reina del Adriático.

El gobierno de Víctor Manuel ha aceptado los actos impíos de la corte de Guillermo, en el hecho mismo de haber celebrado con ella una alianza : pide la nacionalidad de Italia, y aprueba el desmenbramiento de otros reinos ; invoca el derecho de la naturaleza, quiere que los miembros de un cuerpo pertenezcan á ese cuerpo, y busca el auxilio del divididor, del usurpador, del conquistador. No era ésta la política de Cavour, no es éste el modo de pensar del inmortal Mazzini. Garibaldi, desde luego, acepta la guerra ; ¿ qué hacer ? Sin Garibadi no puede haber guerra en Italia : él bien hubiera querido que el gran asunto se confiase á él solo, y él solo hubiera obrado más y mejor,

que en liga con los prusianos bruscos é insolentes. Pero en fin, algo puede resultar en bien de esa adorada patria, á la cual se tiene consagrado ; ni es para uno como Garibaldi oír el estampido del cañón que truena por Venecia, y él dejarse estar tranquilo y reposado, contemplando el vaivén del mar de Nápoles, en su isla solitaria y silenciosa. La espada del gran italiano se ha desenvainado ; no será en vano : éste es un nuevo Rienzi, inspirado por una Ejeria republicana, que ha consumado ya grandes acciones, y las irá consumando todavía : el destino de los hombres nacidos para cosas superiores tiene que llenarse : no abrigan ellos en el pecho esa hoguera que comunica fuego constante á sus venas ; no se sienten poseídos por un espíritu divino ; no viven colgados de una idea, de una esperanza, de un objeto, sin que llegue el día de las grandes obras. Venecia será libre : Garibaldi respira ; Cavour nos hace falta. En cuanto al rey, si alguna disculpa merece, es en consideración á esa misma Venecia, tan ilustre como desgraciada.

Mas los actores de este drama no son solamente los que me habéis nombrado : Francisco, Víctor y Guillermo traen la cara descubierta ; ¿ y el enmascarado ? No negaréis que hay un enmascarado en la comedia, un gran enmascarado : ¿ lo dudáis ? mirad allí.... ya entra en la escena : alto, fornido, de gallarda disposición ; armado de todas armas, calado el casco, baja la visera, se presenta incógnito con ademanes de Señor : — ¿ Quién sois que así entráis sin licencia ? — ¡ Quién puede ! responde altivo y se pasea haciendo sonar la vaina de su sable. Este Masías es Napoleón III, protagonista del drama : la principal pasión, en él se desenvuelve ; tiene él los hilos de la trama ; y él mismo actor y poeta, acomoda el desenlace á sus afectos é intenciones. Andad, amigo, tenéis un gran político, un gran enredador de las mayores cosas : lástima que no pueda yo deciros : Tenéis un gran hombre. No hay grandeza

sin virtud : el molde de los grandes hombres es Catón; el de los grandes emperadores, Marco Aurelio.

Comunicadme lo que acontezca en Europa : aquí me hallarán vuestras cartas, en este rincón del mundo, en donde soy todo pensamiento y corazón.

Adiós.

MONTALVO.

*Ecuador, Bosque de Ficoa, á 7 de agosto de* 1866.

---

# CARTA DE UN PADRE JOVEN

## MANUSCRITO ENCONTRADO ENTRE LOS PAPELES DE UN VIAJERO INGLÉS MUERTO EN GRANADA

Entre los viajeros que ocupaban la fonda de Minerva, en Granada, durante el tiempo de mi permanencia en esa ciudad, eché de ver un inglés por todo extremo taciturno y apartado del trato de la gente. Paseábase siempre solo, no tenía habla con nadie, y, si por casualidad concurría á la mesa redonda, su asiento había de estar á alguna distancia de los otros huéspedes. Por costumbre madrugaba yo, pero ya él había salido, y era muy frecuente el encontranos en nuestro paseo matinal, cuando por los huertos de la vega, cuando en la colina del Albaicín, y alguna vez le encontré también observando melancólico las cuevas de los Gitanos. Ese hombre acarreaba consigo algún pesar profundo; ni era para menos la palidez de su semblante, y el rematado silencio que pesaba sobre él. Por mucho que nos viésemos nunca nos saludamos: pero la simpatía hablaba ya, y solamente el ser tan desconocidos era causa de que no nos comunicásemos. Una ocasión entré á la Alhambra, y después de recorrer los patios, galerías y aposentos desiertos del palacio, fuí á contemplar la ciudad,

la Vega y las colinas desde el *Gabinete de la Sultana*, de donde se goza una grande y agradable vista. Los templos y sus cimborios majestuosos; el Jenil y el Darro serpenteando por la verde campiña; la Sierra Elvira á mucha distancia; la Sierra Nevada al otro lado. Sobre este cuadro gravita un vasto y poético silencio, ese silencio lleno de ruidos y de voces que se cierne sobre las ciudades populosas, cuando se las contempla de una altura. Al pasar por delante de la prisión de Juana la Loca, vi un hombre sentado en el pedestal de una columna: inmóvil, agachado, con la mano en la mejilla, ni se movió al ruído de mis pasos. Era el inglés. Volví por ahí después de una hora, ahí estaba el viajero; pero esta vez alzó los ojos, y al verme, se levantó al instante: — Caballero, me dijo, pienso que nos entendemos. Y llegándose á mí, extendió la mano. Ese hombre necesitaba un amigo, y estando yo en el mismo caso, la estreché sinceramente. La poesía del dolor rebosaba en su corazón; y como el mío estaba no más sano, pronto se vaciaron el uno en el otro. Su tristeza fué á más de día en día: las penas del alma obraban en el cuerpo: enfermo había estado mucho tiempo; se acabó de consumir, murió dentro de poco. Escribí al cónsul inglés en Málaga, quien tenía delegación del embajador de S. M. B. para entender en estas cosas, comunicándole el acontecimiento; el cónsul se trasladó á Granada, selló los baúles del difunto, y se los llevó consigo.

Entre los papeles del viajero encontramos el borrador de una carta, por donde se descubre los motivos de sus pesares. Supliqué al cónsul me obsequiase con ese manuscrito, para conservarlo como prenda de un grande y desgraciado corazón, como recuerdo de una amistad, si fugitiva, amena y verdadera. Denegóse, con decir que nada apreciaría más la familia del infortunado Tomanvol; pero consintió en que sacase una copia. Hela aquí:

"Van tres semanas que no veo al niño, Aurelia; te escribo, aun cuando esto sea en vano. El faltar á tu palabra sería poca cosa en este mundo de inconsecuencia y perfidia; pero el delito que cometes contra la naturaleza, no se te podría perdonar sino por un grande arrepentimiento. No sé si de veras me aborreces; mas en algunos puntos de tu conducta para conmigo, no puedo ver sino encono; encono injusto, amiga mía, encono ingrato y poco digno de corazón como el tuyo. ¿Aborrecerme, Adelaida? ¿aborrecer al que ha hecho de tí una deidad, al que te ha adorado, al que ha vivido en tí, y mil veces estuvo pronto á sacrificar su vida á su amor? Cuando te hincabas por aquel suelo, y me abrazabas las rodillas, y tus lágrimas corrían por tu rostro, y en tu voz de ángel me decías esas cosas celestiales, no pensabas que algún tiempo el objeto de tu adoración sería objeto de odio implacable. ¿Qué hice contra tí? Procuré volverte á la gracia de tu padre, obtuve su perdón, te volví á tu familia. Y era todo un grande sacrificio para mí, porque dejé de verte, y me eché á morir. Anda y pregúntale á ese río cuántas lágrimas he derramado á sus orillas; pregunta á mis viejos árboles cuántas veces me vieron á su sombra rodando, gritando como un poseído, y quedándome luego inmóvil como sin vida, largas horas sin voz, sin aliento, sin alma. Por donde íbamos juntos, por allí voy: en donde nos sentábamos, allí me siento: busco tus huellas en el suelo, y me parece que las distingo, y me agacho, y beso la tierra, cual si fuese pavimento sagrado. ¿A éste aborreces? Cuando desde tu ventana me ves salir sobre tarde, calado el sombrero hasta los ojos, sin volver ni alzar la vista, solo, sombrío, triste y encaminarme fuera de la ciudad, ¿qué piensas que voy á hacer por esos campos? Me veo fuera de la gente, y suelto la voz á llamarte, me hinco en la arena, te adoro. Y me parece que vienes, y me parece que llegas, y me parece que te abrazo,

y con ahinco exclamo : ¡Aurelia! y me muero, y no recobro la voz sino para volver á exclamar : ¡Aurelia! ¡A éste aborreces ?

Felicidad, cosa fué de un día ; tranquilidad, no la conozco ; salud, destruída, á fuerza de padecer : corazón, pecho, alma, todo me duele, todo me mata. Vuelvo la vista al tiempo pasado, y me muero de envidia de mí mismo ; me contemplo actualmente, y me muero de lástima de mí mismo. Yo soy ése que tú amabas ; yo soy ése que descansaba en tu regazo ; yo soy ése con cuya ensortijada cabellera tus dedos se entretenían ; yo soy ése de cuyo cuello te colgabas, á quien mirabas con ojos rebosantes de amor ; yo soy ése que podía todo contigo, que vivía en el paraíso. Y de todo lo que fuí, nada soy ahora, sino al contrario un hombre mísero, abandonado de la suerte, dejado de la mano de Dios, porque á veces se me entra Satanás en el cuerpo, y me hace gritar contra el cielo y la tierra. Aislamiento, silencio, terquedad, esto en fin que llaman en mí orgullo y hurañería, no es sino desgracia : iba á decir amor, pero está bien decir desgracia. Amor sin recuerdos ni esperanza, es digno de compasión ; pero amor con pasado como el mío, es cosa terrible, que mata en el tormento, pues el mayor pesar es la memoria del bien que poseíamos. Quien nunca fué feliz, nada echa menos ; pero haber bajado del cielo, y ver hacia arriba, y no poder volver, es cosa de malditos, es el infierno vivo con todas sus sombras y sus llamas, hervidero en donde se retuesta y revienta el alma, en donde gime lúgubremente sin esperanza de perdón ni alivio.

Y con todo, ahí estás en frente mía, á dos pasos de mi casa, y tal vez me ves todos los días. Me ves, pero no me adivinas : feliz, me conociste poco ; desgraciado, me conoces menos. Pensaste, y no me fué posible arrancarte del pensamiento esa infernal idea, que te dejaba por desamor, por

cansancio, por perversidad. ¡Ingrata Adelaida! ¡Desamor este fuego que chispea y hace ruído, que brilla y se agita en mi corazón, que se extiende por todo mi cuerpo y me devora las entrañas, y me seca la sangre, y hace llama, y se me sube á la cabeza, y la convierte en foco de delirios! ¡Cansancio este deseo vehemente, este anhelo por verte siquiera á la distancia, esta inquietud, este malestar, esta locura en razón de la cual te nombro, y te veo, y me cuelgo de tus labios, y te estrecho á mi seno hasta matarte! ¡Perversidad este culto que te rindo; perversidad esta disposición á sacrificarme por tí, este querer alguna oportunidad para manifestarte la rectitud de mi alma, esta atmósfera pura y limpia en que respiro! Que no siempre soy bueno es indudable: ocasiones hay en que de buena gana le clavaría un puñal en el pecho al género humano, si fuese una sola persona; mas no porque le tenga por bueno, sino al contrario por parecerme tan inicuo, que merece la muerte. La virtud también tiene sus peligros: desearla pura y cabal, es aborrecer á los hombres.

Pero contigo, amiga mía, ¿perverso contigo? ¿cómo, cuándo? Perverso, uno que ha vertido ríos de lágrimas, perverso, uno que te hubiera convertido de mil amores en ente divino, y te hubiera colocado en los Tronos celestiales; perverso, uno que no vió en el mundo más habitante que su amada, que la amó teniéndola por buena, que la instruyó en la nobleza y la grandeza del alma. ¿Perverso, Adelaida? ¿perverso tu amigo, tu amante, tu dios? — Dios que causa tantos males y pesares, no puede ser sino perverso, dices. Óyeme: esos males y pesares no los he podido remediar: seré dios impotente; dios perverso, no: esos males y pesares así devoran mi pecho como el tuyo; seré dios miserable; dios perverso, no.

¿Qué digo, Aurelia? ¿por qué me defiendo del calificativo de malo? ¡qué orgullo el mío! ¿tengo títulos para ser llamado

con otro nombre ? El haberme entrado con tanta violencia tan adentro de tu pecho, maldad es ; el haberme apoderado de tu voluntad, el haber mandado en ella como tiránico dictador, maldad es ; el haberte obligado á lo que el mundo dice *malo*, maldad : maldad, Aurelia, maldad. Pero di que habiendo bebido contigo la ponzoña, no tuve el antídoto en mis manos. Compadece y perdona.

¿Y sabes de cuántas amarguras te he librado alejándome de tí ? Lo que llamas en mí *perversidad*, no era sino generosidad ; cambiar la dicha por la desgracia, el contento por el hastío, el placer por el dolor, en consideración á ti, no es mal proceder, Aurelia. Pude haberte hecho mía para siempre y llamádote *mi esposa*. ¡Esposa, dulce nombre, son armonioso y grato al oído, remedio de mil dolores ! Ahora no hay para qué decirte si he temido tu genio ó tu carácter ; en mi obstinación más ha entrado el miedo de mí mismo. Días hay que quisiera no ser yo : un mal desconocido me inficiona el alma, la vida es una enfermedad para mí : deseo la muerte, y la llamo con cólera ; no viene, y rompo á quejarme de ella. ¿El aire contiene para mí solamente un principio venenoso? ¿bebo en el agua este espíritu destructor que se infiltra en mi corazón, y lo hincha hasta llenarme el pecho, y me ahoga sin dejarme ni la facultad de pedir socorro ? Varias veces me preguntaste angustiada *qué tenía;* pues amante y amado, en lo fino de la dicha, no siempre pude librarme de *mi enemigo*. ¿Quién es? ¿por qué me persigue? Las ruedas de mi vida se han desmontado ; camino á paso desigual, y una niebla espesa me circuye. Si no pensara con tanto juicio, me tuviera por loco.

¿Y querrías ser mujer de uno como yo ? Todo me gusta en él, hasta lo malo, decías. Ya piensas de otro modo, ¿no es verdad? Ahora dices : Nada me gusta en él, ni lo bueno. Pero si es cierto que me aborreces, mira luego tu

ingratitud y tu injusticia. Las noches de luna salgo á pasear, me voy lejos : el río murmulla adentro en su playa ; argentino y espumoso, va pasando bajo las sombras de los árboles, como una serpiente gigantesca : los bosques de sus orillas están negros, la noche les profundiza y les comunica cierto horror, ese horror de la virgen y deshabitada naturaleza : la luna, á medio crecer, pasa de nube en nube : el espacio, vasto y sublime, se extiende infinitamente : la gente duerme : algunos animales dan sus voces, allá, perdidos en la distancia. Y un hombre, un solo hombre vela y contempla, y forma parte en esa grandiosa escena, solitario y pensativo, sentado en una piedra, ó arrimado al tronco de un árbol que le esconde en su sombra nocturna. ¿Oyes qué dice ese habitante misterioso de la noche ? Rompió el silencio y dijo : Aurelia ! Vuelve á escuchar, ¿qué dice ahora ? ¡Alfonso ! dice, y se cubre el rostro con las manos, y gime por su querida y por su hijo ternezuelo. Bien que estos misterios del alma se desenvuelvan en la soledad y el silencio de la noche ; pero el corazón de la mujer es adivino ; ¿no te advierte el tuyo lo que está sucediendo ? Y si adivinas, y si sabes ¿cómo me aborreces ?

No me aborreces, estoy convencido de ello : tu aborrecimiento es como el mío, pues yo también te aborrezco muchas veces. El amor de grande alzada tiene la virtud de variar de índole y de forma : hoy es tórtola que arrulla afligida en la frondosidad de un árbol ; mañana león que ruge y camina á grandes pasos por su desierto, sobándose los ijares con la cola, sacudiendo la melena, echando á un lado y otro su eléctrica mirada : ora águila sublime que desplega las alas, y se deja ir por el aire en su real grandeza, mirando de hito en hito al sol ; ora tigre henchido de cólera, que rechina los dientes y da gritos horrorosos. ¿Qué es un gran amante acometido por los celos ? Un león, un tigre. ¿Qué es el amante encendido en su pasión, que tiene

en sus brazos á su amada, que mira vibrar sus ojos, echar fuego sus labios ? Una paloma ardiente. ¿Qué es el amante envanecido con el amor de un noble pecho, de una mujer hermosa y digna ? Una águila que vuela y se encumbra majestuosa, y traspasa los montes, y rompe la bóveda celeste. ¿ Qué es el amante abandonado de su amada, ó lejos de ella por su querer y su capricho ? Una tórtola viuda que llena el bosque de tristeza con su llanto monótono y sentido. Te amo como león, te amo como tigre, te amo como águila, te amo como paloma, te amo como tórtola viuda. Las iras y las ferocidades del amor, no son aborrecimiento : ¿ es de esta clase el tuyo, Adelaida ? Acuérdate bien : tarde de la noche me acerco por ahí como una sombra : tiemblas, pero me esperas : llego, caigo á tus pies, y tu te aferras á mi cuello: ¡qué silencio tan elocuente! En ese instante agotábamos un siglo de felicidad. La luz de la luna, entrando por la ventana, te baña el rostro : la acequia hace su ruido allí debajo : todos duermen, todos son indiferentes á la vida ; mas esa hora es dichosa para nosotros. Voló la noche ; la importuna aurora blanquea el horizonte : adios, adios, ¡ Aurelia! me voy cargado de besos y de dulces juramentos de tu boca.

¿ Mentidos eran esos juramentos ? ¿ ó decías por ventura : Juro aborrecerte ? ¡ Mi universo, mi religión, mi dios están en tí : tuya, tuya !.... Esto es lo que jurabas. Por eso, cuando piensas que me aborreces, no haces sino amarme con cólera, amarme con grandeza, amarme como leona herida.

No me aborreces ; pero te vengas, y me maltratas, y bailas sobre mí, y me bebes la sangre. Has dejado de mandarme á mi hijo, sabiendo que en eso tenía yo un consuelo, que su presencia me curaba mil males en un instante, que era feliz con él. ¡ Mi pobre Alfonso ! Si le hubieras oído gorjear, cuando, con él al hombro me paseaba

por mi cuarto! Cinco meses de edad, y ya conoce á su padre : alegre, movible, ruidoso, es una tempestadcilla en mi mesa de escribir : se va tras la luz, acomete á coger las plumas, zapatea en la mesa, y da sus infantiles y armoniosas voces. Sano, limpio, lleno, paréceme tener en las manos un serafinillo, cuyos miembros me causan placer al tacto, cuyo espíritu se infiltra en mi alma causándome deleitosas emociones.

Siempre tuve una vaga idea de la paternidad : sin experimentarlo decididamente, cuando veía un hermoso niño, un afecto extraordinario é infinitamente grato me somovía el alma; mas luego pasaba eso, y ansias tenía de ser padre. Lo fuí, ¿ para qué ? ¿ Sabes lo que haces, Aurelia, en robarme mi hijo ? Cambiemos de índole y de suerte, cambiemos por un instante : me deslizo en tu casa un día, me apodero del niño, y me voy lejos con él. ¿ Qué piensas? ¿qué dices de mí? Lloras, te desesperas, me tienes por un monstruo de maldad, me abrumas á maldiciones : el fin de tan terrible golpe no puede ser sino la muerte; mueres de pesar, indignada y admirada de haber podido amar á semejante hombre. Pues tú, con serenidad y sin motivo, tal vez por vano capricho, haces lo que yo no haría sin ser bárbaro y perverso. Madre eres tú, padre soy yo : ¿tienes derecho para lo que yo no tendría? ¿justo es en tí lo que en mí sería injusto? ¿y lo que en mí fuera crueldad, en tí será cosa buena ó indiferente ? El corazón que padece es sagrado; no andes sobre el mío, Aurelia, si no quieres cometer un sacrilegio.

Mis súplicas te irritan más; el tierno comedimiento de mis recados no arranca de tí sino abrupciones. "Nadie puede obligarme á mandarlo", dices. ¿Nadie ? Yo no entiendo esas *abogacías*, docta amiga, ni sé de leyes, sino que la gran ley de la naturaleza prohibe esas impiedades. Mi única ciencia es la del corazón : por ella sé que te amo,

por ella sé que quiero á mi hijo, por ella sé que puedo y debo exigir su presencia, por ella sé que tú no debes alejarle de mí, y mucho menos enseñarle á aborrecer á su padre. Si sola tú tienes derecho sobre tu hijo, probarás luego que lo adquiriste sola, sin concurso de varón, por obra y gracia del Espíritu Santo; ó que, puesto el rostro hácia el oriente, desplegaste los labios y recibiste el dulce y fecundante céfiro de las Islas Afortunadas. Yo, pobre y pecador mortal, pienso que ese niño nació de la carne y los huesos de su padre, y que su sangre es mi sangre, su alma mi alma. ¿Acaso me estrechará más al yugo de tu amor el verte tan bárbara conmigo? Yo no sabía que cuando se deja de amar, hay obligación de aborrecer: ¡feliz quien no posee la sabiduría del demonio! Tú vives engolfada en el universo delicioso de la maternidad; y al mismo tiempo un hombre, enfermo del corazón, pálido y solo está sentado á oscuras en su cuarto, á dos pasos de tí, mano á mano con la funesta idea del suicidio. ¿Qué importa? Estés consolada tú y muera *ese malvado:* si ya no queda en tu corazón ni un resto de cariño por él, oirías indiferente los dobles de campanas, cuando él hubiese muerto. No hay fiera más cruel que una mujer encaprichada: si con mirarle pudiera salvar la vida á un hombre, no le mirara; si con una voz evitara su desgracia, se callara. Y tal vez en un recado mal contestado, en una carta no recibida se pierde para siempre *lo mismo* que ella desea con ahinco. La felicidad es una ciencia; conviene no ignorarla enteramente.

Si no te mueven mis penas, muévate el propio interés de tu hijo; pues no puede convenirle el criarse lejos de su padre, sin verle jamás ni ser visto por él, sin la influencia que el uno debe ejercer sobre el otro desde los primeros años. De tu barbarie resultará un grave daño á tu hijo, y es, que no conocerá á su padre; y no conociéndole, no le querrá; y no queriéndole, será hijo desnaturalizado,

ésto es, mal hijo, hijo desgraciado. Los afectos paternales y filiales son una religión; no los profanes, tú, su natural sacerdotisa. Nada ganarás en que mi hijo no me quiera: te vengas, llevas adelante una extravagancia; pero cometes un grave delito: la naturaleza exasperada, te mira, te alza la mano, te hiere.... Guárdate de sus iras.

Ni doblez, ni perfidia, ni esperanzas vanamente infundidas; llaneza, franqueza, verdad, y siempre amor, ésto fué lo que viste en mí. Pues ¿qué sorpresa has recibido? ¿no teníamos prevista la separación? Mi conflicto era terrible: verte á punto de caer en cama, excomulgada de tu padre, insultada de tus hermanas, sino de Carmen, la pura y santa Carmen; sola en tu cuarto, sin amigos, sin criados, y lágrimas por todo consuelo. Ausente yo, encadenado por el honor en otra parte, y en completa imposibilidad de desbaratar esa máquina de padecimientos. Pues la hombría de bien, la ternura, el amor mismo me inspiraron. Tu padre había sido mal padre por un instante; mas yo le tenía por hombre de sano corazón, y por muy capaz de un acto generoso: si le tocaba en la parte sensible, todo estaba remediado por de pronto. Le daría mi palabra de no perturbar de nuevo tu tranquilidad, respetar tu arrepentimiento aun á costa de mi vida, huír de tí, no dar el menor paso encaminado á tu perdición. Dígalo Sir Francis, ese hombre bueno, que el día de la desgracia fué el único en acudir á ella, que el día de la angustia fué el único que pronunció una palabra de caridad y de consuelo. Aun cuando él me hubiese aborrecido mucho más, yo le habría querido en secreto, por su conducta para contigo. ¿Qué suave, qué satisfactorio, qué santificador es el afecto del reconocimiento! Nos perseguían todos como á criminales, y si no nos hubieran temido, nos hubieran matado: sólo él vió y supo que no éramos sino culpables muy inocentes.

Una noche tenía yo á mi hijo en los brazos: entró mi

hermano, y por natural impulso se lo presenté, diciéndole que le conociese. Pues ni me contestó, ni pronunció un término acerca de ese pobre niño, ni le miró, y salió al instante. ¿Era por ventura esa criatura el fruto de un crimen? ¿*había nacido del adulterio, del incesto*? De ninguna manera; y con todo, mi hermano me dejó de una pieza, admirado, indignado, pero más resentido que otra cosa, porque un torrente de lágrimas me subió por la garganta. ¿Conque, si él encontrase á ese niño tirado por el suelo, le pondría aparte de un puntillón, porque no era hijo de matrimonio? Virtud no veo en ese duro y nada filosófico proceder. El mismo, que tan severo quiso manifestarse conmigo, acariciaba paternalmente á la hija natural de otro hermano suyo, llevábala á su casa, protegíala, sin ocurrírsele que *el decoro* padeciese en ese fraternal y caritativo comportamiento; y eso que la madre de esa niña ni con mucho era comparable con la que él y los suyos tan injustamente han aborrecido. *Dignidad*, severidad, rudeza con el uno; condescendencia, blandura, protección con el otro: ¡qué filosofía! El pundonor del mundo está subordinado á las pasiones; lo que en un caso es bueno, malo es en otro, y los hombres se juegan con las virtudes. Si el hermano no toma parte en las aflicciones del hermano, ya no nos queda sino la soledad y la amargura. El dolor es un solitario sin amigos; las lágrimas han de correr en secreto, si no queremos redoblarlas á fuerza de desengaños. Hasta el crimen merece compasión; una falta nada es para el alma sensible, y el honor puede muy bien ir junto con una desgracia. Quiero á los hijos de mi hermano como si fueran míos propios, y él es el mejor de los hombres; y con todo, me ha dado tanto que sentir.... ¿Qué importa que estén los nuestros con nosotros en los golpes de la política, en los reveses de la fortuna? El malestar del corazón es el que más alivio necesita.

Y lo halla á veces : dígalo sir Francis, él, que habiendo sido mi enemigo mientras te tenía yo en mis garras, me ha servido después de mediador; él, que ha tomado sobre sí esa santa comisión.... ; él, que tarde de la noche trajo en sus brazos á mi hijo á la pila del bautismo; él, que vino á darme el nombre del recién nacido, y estrechó cordialmente mi mano, cuando se la extendí de la cama, donde yacía enfermo de pesares. Por lo demás, me desentiendo de las flaquezas de su genio : se halla con alguno de mis mal querientes, y ya no me saluda, ó me saluda con una desabrida impolítica, muy desagradable. Se somete el pobre amigo á las pasiones ajenas, ó tiene por indecoroso el tener habla conmigo; pero ¿es eso por ventura lo indecoroso en él.... ? Ser siempre el mismo hombre, es privilegio de las almas de primera línea, y hay uno como valor en sobreponerse á las mezquindades ruines del vulgo. Él no tiene la culpa, así nació; con todo será bien volver á negarle la palabra, porque esa *sonrisa de perros* es cosa fea, muy repulsiva para el hombre verídico y amigo de la correspondencia. Esto no quita que esté yo pronto á servirle en cualquier ocasión en que los vaivenes de la suerte me proporcionen la de manifestarle mi gratitud. Harto se me alcanza que sus buenas acciones no se encaminan á favorecerme; pero obrar en servicio tuyo, ¿ no es para mí título de mayor agradecimiento ?

Aurelia mía, si yo hubiera encontrado en tu padre un hombre inflexible y necio; en tus hermanas, mujeres sin corazón, habría cerrado los ojos á todo, habría pasado al través de las hogueras del infierno, para salvarte casándome contigo. Pues ver ahí á mí víctima en las convulsiones de la agonía, desamparada del mundo entero, sin recurso humano ni divino, y yo, causa y autor de tantos males, dejarme estar indiferente, habría sido cosa de malvados;

y no de un malvado superior, sino de un malvado ruin. Seré tal vez capaz de un crímen : de un proceder villano, jamás. Si me comprendieses, crecería tu estimación por mí ; sentirías, no te indignarías ; llorarías, no te enfurecerías.

Vamos á ver : cuando hablaba yo de separarnos, poniéndote á la vista mi desfavorable situación ; cuando inundado en lágrimas exclamé á tus pies : " Llegó el día fatal, llegó, Adelaida.... " ; ¿ por qué no me echaste los brazos al cuello, y te pusiste de rodillas, como otras veces te habías puesto, y derramaste amorosas y suplicantes lágrimas, y dijiste en voz trémula, pero resuelta : " Acepto tu desgracia, amigo mío ; contigo seré feliz de cualquier modo : aun la tiranía fuera yugo blando y llevadero, si viniese de mi esposo : tus misteriosas penas, yo te las curaré ; el amor es un sabio que todo lo enseña, todo lo puede : querré lo que tú quieras, me gustará lo que te guste : mi anhelo se ha de cifrar en obedecerte y complacerte ; mi felicidad, en verte feliz. Por lo demás, Dios mira por sus criaturas : quiero ser tuya, tuya ? " No habría vacilado yo ni un instante, y después de esa sublime prueba, olvidando, despreciando ambiciones, deseos y esperanzas de otra naturaleza, te habría estrechado en mis brazos gritando : ¡ Esposa mía ! Pero esa terrible noche tu alma se eclipsó, no fuiste tú, te perdiste de tí misma : ni una idea superior, ni un afecto de ternura, ni una palabra de cariño : llanto, voces, ademanes, todo era cólera, soberbia : me clavaste las uñas en el corazón, arrancaste grandes tiras, me mataste. Ese prosaico y vil *pues para qué se metió*, fué para mí el más triste desengaño que nunca experimenté en mi vida. Esto es, para qué nació, para qué tuvó corazón, para qué fué hombre ; ¿ no es así ? Pero en medio de tu arrebato se te escapó una revelación sublime : " ¡ Ah ! ¡ dijiste, justo, justo es que pague lo que hice con mi pobre madre ! " No he de penetrar este misterio, que hizo erizar mis cabellos

y temblar mi corazón : aun cuando ignore el delito, sé que Dios te lo perdonó en ese desesperado y profundo reconocimiento de su justicia : con tal de arrepentirme en esos términos, bien quisiera yo cometer crímenes. Pobre Adelaida, lo que piensas que ha concitado contra tí la ira del cielo, no es sino una niñería, tenida por tu inocencia en grande falta. Pero siempre indica una alma pura, un corazón bien formado eso de no olvidar las acciones reprensibles, eso de pensar que Dios nos las espía y nos castiga. Mas si tienes por cierto que yo no he sido sino el instrumento de la justicia divina, ¿ cómo indignarse tan violentamente contra mí ? Si el Juez me escogió para castigarte, debes respetar al agente de sus decretos soberanos.

Agente de sus decretos soberanos, hasta que pare en blanco de ellos. Pues mi día llegará, y en una contorsión grandiosa exclamaré : ¡ Justo, justo es que pague lo que hice con la pobre Asora ! ¡ justo, justo es que pague lo que hice con la pobre Aduncia ! ¡ justo, justo es que pague lo que hice con la pobre Aurelia ! Las obras de Dios siempre son justas, y las iniquidades de los hombres van pasando por delante de sus ojos : justo, justo es que pague mis robos de corazones, mis asaltos á la inocencia. Pero no estoy ya bien castigado ? Si las penas del infierno esperan á los malos, á mí no tienen que esperarme ; tiempos hace que las traigo todas en mi pecho : expío mis delitos al mismo tiempo que los cometo, y ese día tan temido, será el de mi salvación, de mi descanso, de mi felicidad. La tumba es una almohada suave y bienhechora ; una vez que deje caer en ella la cabeza, dormiré, y no despertaré sino en el seno de mi Dios.

¿ Es posible, Adelaida ? ¿ Tienes nuevas quejas contra mí ? ¿ó estás celosa de que el niño sienta apego por su padre? Contemplo mi conducta, y no veo en ella sino títulos á

tu compasión, si no ya á tu cariño : vivo enteramente entregado á mis recuerdos, á vueltas con mis penas, secuestrado del comercio de los hombres, sin amigos, solo, siempre solo, sin el menor recobro de tantos padecimientos. Mi pecho es una llaga, alivio requiere, un cordial, un bálsamo que lo mejore ; ¿ y me quitas mi único consuelo ? Nunca te tuve por mujer de entrañas broncas ; pero ahora, tras injusta, te conceptúo insensible, y me indigno á veces de haberte amado hasta el extremo de no ver lo que eras en realidad.

El hombre pertenece á su madre cuando nace ; la infancia es propiedad suya ; mas la puericia, la juventud son ya cosas del padre ; á él le toca la instrucción, la dirección del hijo, y sólo él puede llevarle con mano firme por el sendero de la vida. Ni te disputo tus derechos, ni pienso que la madre no sea la más necesaria para el hijo ; pero robar el hijo al padre y el padre al hijo, es acción impía de la cual resultarán males para todos tres. Cuando la razón le alumbre al niño, te preguntará : — ¿ Quién es mi padre? ¿en dónde está? — No tienes padre, le responderás. — ¿Murió? replicará ; ¿cómo se llamaba? ¿Y no sabrás qué decir, y si te dura la maldad hasta entonces, le callarás mi nombre, y le infundirás malas sospechas. . . . . .

Lo que hubieras debido hacer como amada mía y como madre de mi hijo, era desplegar un mundo de sufrimiento y de dulzura ; manifestarte constante en tus afectos, suave de genio, pasiva, modesta, humilde : en este terreno se siembra la esperanza, y de ella suelen nacer *el remedio* y la felicidad. ¿Qué he de pensar, qué he de desear, si mis pensamientos y deseos se estrellan en tu orgullo y tu soberbia ? La desgracia insolente no tiene cura ; se come á sí misma, y sus gruñidos ahuyentan á los buenos.

Cuando se hayan desdorado á mi vista los sueños que me traen fuera de mí, cuando la edad me regale con la

calma, y mis turbulentas afecciones se asienten para siempre; el hogar, el bienestar domésticos, han de ser para mí tan preciosos como el aire: si ya no gozo de ellos, es porque hasta ahora no he podido: voy hacia el templo, y una mano invisible me detiene: ¿es el amigo de mi gloria? ¿es el autor de mi desgracia? No sé; mas tengo para mí que el hombre no es feliz sino en los brazos de la esposa, rodeado de hijos, amando, amado por su familia, y bien quisto con sus conciudadanos. Puede llegar para mí un tiempo bonancible, y mi vista á tí se dirigiría: el deber, la naturaleza impondrían la ley; pero no conviene perder ni un ápice en mi aprecio ni en mi corazón; pues donde el amor no habla, mudo suele ser el deber mismo. Los árboles centenarios caen también al poder del hacha; sus profundas raíces nada pueden. Si estás constantemente haciendo contra mi amor, caerá, y tal vez sin ruído, apesar de su corpulencia. Aun cuando nada mereciera yo de tí al presente, *el pasado* es un santo personaje al cual se han de prodigar lágrimas y respetos; y el porvenir, ¿no es un hermoso niño que se cría para rey? Acaríciale, sírvele. ¿Habría lazo más estrecho, promesa más sagrada, deber más santo entre los dos que nuestro hijo común? Tú sola le diste vida, eres dueño exclusivo; extraño es su padre, nada tiene que ver en eso: padezca, se muera, se condene....

¡Ah egoísmo perverso, mezquindad satánica! Trae la mano, rómpeme el pecho, mira, toca ese corazón: ¡cómo tiembla, cómo echa sangre, cómo se hincha y se comprime! ¿Estás contenta?

Si te temo, volveré los ojos á otra parte; ¿hay bien más precioso que el de la paz doméstica? y esta paz á cargo está de la mujer: su parte es la mansedumbre: buena, sufrida, obediente, amable, santa ha de ser la esposa: la cólera la saca de su puesto, la insolencia la roba sus hechizos, la aspereza socava poco á poco la concordia.

¿Qué armas ha puesto en sus manos la naturaleza? ¿no son las lágrimas? Llora mujer, y vencerás, dice el proverbio. Si ves ceñudo á tu marido, ve tímida hacia él, y pregúntale: ¿Qué tienes, dueño mío? Si responde brusco, no desmayes; sonríe, abrázale, llora, y verás á ese hombre agitado de rudas afecciones apearse de su altanería, y llamarte *paloma*, y estrecharte en el seno, y ser feliz en medio mismo de sus secretos sinsabores. Si te dió motivo de disgusto, si temes de él.... no eches por el camino del enfurecimiento: cállate por lo pronto, gime en silencio, y huye de tratarle mal: luego verá tu tristeza, se entristecerá con ella, y cayendo en la cuenta de que no hay mujer que valga más que tú, volverá en sí, y de rodillas implorará tu perdón, y la dicha florecerá otra vez en tu casa con más fuerza. Si es hombre irascible, tu calma le pacifica; si desapoderado, tu humildad le contiene; si altivo y estrepitoso, tu mansedumbre y tu modestia le moderan: el que él sea malo no es razón para que lo seas también: mantén la armonía con todo tu poder; si le ayudas á desbaratarla, los males salen á torrentes, y la felicidad no es sino un recuerdo. El hogar es el imperio de la mujer; pero no le rige bien sino por la cordura; la fuerza nada puede en ese reino; ó más bien, la fuerza de la esposa consiste en su debilidad. ¿Qué hombre de elevadas afecciones ha de amar constantemente á una mujer que no sabe merecerlas? Virtudes, virtudes en la esposa: modestia, paciencia, obediencia y diligencia: en esta terrenidad se da la dicha, y crece rodeada de mil olorosas y saludables flores. Cuando te veía afable y sonreída, Aurelia mía, eras hermosa, más amable, más digna de mi cariño; cuando llorabas tiernamente, subía de punto la ternura de mi corazón, lloraba yo contigo; cuando estabas triste, pero sin enfado, me moría de pena, te abrazaba, te comunicaba mis espíritus. Una mujer henchida de ira y soberbia, es un ángel rebelde en vísperas

de ser precipitado á los infiernos. Prendas te adornan, Adelaida, que envidiarían las mujeres más cumplidas : esa superioridad con que te levantas sobre las ideas, las costumbres, las preocupaciones y los gustos vulgares; ese señorío con que te mantienes alta; esa pulcritud, ese refinado esmero en tu persona y en tus cosas; ese amaño para todo lo doméstico; ese fuego vivo de tu corazón cuando amas; ese entregarte aun á la muerte por el objeto de tu cariño, son calidades que te realzan y te hacen digna del hombre mejor del mundo. Pero tu genio tiene lados.... muy temibles. ¿Por qué me quitas la dulce satisfacción de ver á mi hijo? Por.... ¿No me maldijiste al separarnos? ¡Qué Ariadna tan injusta, qué Dido tan ingrata! Los infortunios y desdichas que pedías y preveías para mí, era tu consuelo, tu gloria en medio de tu llanto.

"Llora, dices, no puedo mandarlo." Pero los niños siempre lloran, todo es llorar en ellos, ni conocen otra lengua para sus necesidades y sensaciones : ¿no llora en tu casa? Pues llore en la mía : sus ayes, sus lágrimas, sus graciosos gestos me complacerán; y en los pucheritos de sus labios, y en los hoyuelos de sus mejillas, y en sus húmedos ojos tendré una vena de felicidad, una fuente de alegría.

"Me iré á la quinta, se lo mandaré al encuentro cuando le vea pasar", dijiste otra vez. Tampoco era verdad. Voy por la quinta, devoro la casa con la vista, espero, vuelvo. ¿En dónde está mi Alfonso? ¿en dónde está su madre? Mirarla como á enemiga, no lo puedo; como á amante, no lo debo; ¿qué eres para mí? Adelaida, mi Adelaida, eres mi amada, mi sueño, mi mundo.

Pero ¿eres tú en realidad? ¿tú, esa como princesa por lo digna, como paloma por lo amante, como noche oscura

por lo triste? ¡Qué desengaño! ese tumulto de trabajos y pesares, ha venido á parar bien pronto en una cadena de consuelos y dulzuras; pues mientras yo arrastro esta vida tristemente moral y austera, bailas tú, y aun vas á esa innoble tremolina, que en este lugar llaman *comedia!* ¡Qué constancia en la aflicción, qué modo de merecer la honra de ser mi esposa! Increíble me parece el verte ahí dando vueltas y carreras con un cachidiablo ridículo, más despreciable sin máscara que con ella; repartiendo sonrisas á gente beoda y ruin, que no merece ni una mirada de la mujer de levantados pensamientos. Y en tanto que pierdes tus méritos en esa plebeya galli-danza, ¿qué hace el niño, en dónde está? Botado, escondido por ahí, en manos mercenarias, sin leche para su hambre, sin caricias para su lloro, sin arrullo para su sueño. Vuelve la cara á un lado y otro, busca el pecho y no lo halla; extiende las manecitas, alza las piernas ternezuelas, se agita, gime; nada: la música ahoga sus voces. Si el niño piensa, si sabe lo que está sucediendo, allá en sus adentros dice: ¡Qué madre!

¡Qué madre, sí, qué amada, qué buena para esposa! Cada golpe de ese bombo resuena en mi corazón; esa infame *oboería* cae en las llagas de mi pecho, como un veneno corrosivo. Te veo, sí, te veo.... colorada, reída, sin juicio cabal, el alma hecha trapo; brincas, corres, vuelves: un brazo grosero te estrecha la cintura, unos pies toscos estropean el delicado tuyo; una voz ronca te ensucia los oídos; un aliento espeso te baña el rostro.... Esto se llama *baile.* Baila pues, baila: tu hijo, pobre huérfano, se muere de necesidad: tu amante, ese hombre tan necio en amarte, se muere de indignación y angustia.

Esa es la Adelaida que quisiera vivir en el campo, á solas con la naturaleza, consagrada al objeto de su cariño; esa es la María Adelaida que pasaba oculta buenas horas entre las cortinas de su lecho, *por dejar que se gaste el día;*

esa es la María Aurelia Adelaida que deseaba se muriesen todos los hombres de la ciudad, *por tener el gusto de no verlos*. La austeridad es madre del pudor, amiga mía : un pasatiempo noble, un concurso de personas de reconocida importancia, con cuyo trato haya mucho que ganar y nada que perder, es lo único aceptado por la decencia y la inocencia. En tí concurría además *tu desgracia*, y ella pide luto, hasta que llegue el día del remedio. El que los otros te la perdonen, no es razón para que la festejes : una tumba está á tu lado ; has de llorar constantemente, si aspiras al aprecio de los dignos. Sólo yo tengo derecho de consolarte ; si te consuelas fuera de mí, no mereces, ni mis penas, ni mi estima.

Ya conozco tu respuesta : Me obligan, dices ; mi padre es imperioso y tenaz, y me falta valor para oponerme. Hay resistencias santas, Adelaida ; aun la desobediencia es justa, cuando tiende á conservar el decoro. Tus hermanas pueden bailar, ellas no están en el caso de tus lágrimas, no tienen hijo que echar al traspatio, nada han perdido. ¿Pero tú, Adelaida ? Si la risa toma el lugar del llanto ; si te diviertes con tanto desenfado ; si desprecias *esa grande pérdida*, no serás ya la Adelaida de mi corazón y de mis sueños, esa mujer altiva, aunque modesta, orgullosa sin necedad, elevada sin orgullo, púdica, temerosa de la opinión de los buenos, despreciadora de todo lo que no trae el sello de la grandeza. ¿Faltaba en tu casa un rincón á donde te retires con el niño, mientras dura ese sarao ? Hombre de razón es tu padre, y, exponiéndole tú las tuyas, bien hubiera cedido. ¡Y cuánto, y cuánto me hubiera gustado el saber que te habías distinguido en la ternura, en la pesadumbre, en la consideración que debes á la virtud en general, y á tu amante en particular ! Pero cada uno de esos pasos te alejan de mí cien leguas. Si nada esperas, si nada quieres, bebe, baila, anda regocijada en paseos

y comedias. ¿Olvidaste *esa terrible noche* en que por poco no expiras á mis pies de pura desesperación ? ¿ ese llanto ahogado, esas convulsiones con que me abrazabas las rodillas, esas ansias con que me rogabas ? Pluguiese al cielo que *lo de ahora* fuese tan engaño mío como *aquello.* ¿Me probarás que no has bailado, que mi hijo no se apartó de tus brazos ni un instante ?

Los que quieren *distraerte* no saben cómo te perjudican. El dolor es un deber en ciertos casos, y no hay en el hombre lágrimas suficientes para llorar la honra perdida. ¿El bueno de tu padre afloja de su rigidez ? Bien podía ser menos negativo y duro, sin pasar á la parte de la condescendencia reprensible ; pues si un cualquiera, ya más de medio beodo en la calle tiene á bien ir á tu casa á embeodarse por completo, no estará puesto en razón que él le franquee las puertas de esa casa y del pudor. ¡Qué gravedad, qué austeridad, qué señorío, qué grandeza ! En una de *esas noches,* el alma se empaña, y muchas veces queda percudida para siempre : ¿acaso es raro que en una hora pierda una joven todo su porvenir ? Un pobre diablo, puede no mirar en esas cosas ; pero la inteligencia, el corazón de fina sangre, el alma de egregia estirpe, miran en ello, y descubren abismos.... En todo hombre superior hay algo de Otelo. Ustedes están para mejor destino, pobres niñas ; y es triste felicidad el andar con reputación de *amables* en boca de necios y borrachos.

¡Pobre Aurelia ! ¿ oyes con qué rudeza te hablo? Mi amor fué siempre para tí desenfrenada tiranía ; pero tiranía de amante, tiranía de corazón, esa tiranía que endiosa á la mujer amada, pero la ata con cadenas de oro, á fin de que la deidad no levante demasiado el vuelo. Así tirano me querías, pues veías en mí un tirano adorador de la dignidad y la nobleza del espíritu. Lo que acabo de decirte,

atribúyelo á mi exaltación : el no ver á mi hijo tanto tiempo, el oír la música de *tus bailes*, me hace devanear, me aíra, me infunde odio por tí, odio profundo. Pero tú no eres esa mala mujer que temo : eres desgraciada, padeces tal vez tanto como yo : esas contradicciones al dolor, no prueban sino que vives en el mundo ; y aun estoy cierto de que tus lágrimas borran tus sonrisas. *El alma aletea dentro de mí*, me agita, me conmueve más de lo que conviene á la razón : siéntome hervir á ratos : semejante á la pitonisa sentada en su trípode, aúllo en una contorsión irreprimible, un dios maligno me posee, grito, vuelo, me pierdo en una eternidad de angustias. Pero ya pasó el arranque : mírame lánguido á tus pies, bañado el rostro en lágrimas, viéndote como á mi salvador. ¿No eres mi estrella ? pues bien, alúmbrame, guíame.

Y tú, Alfonso, hijo mío, ¿no bebiste el alma de tu padre en esos tiernos besos ? No quiera el cielo que te parezcas á él ; esa sería grande infelicidad : corto es el número de sus años ; el padecer, cuenta por siglos. Vuelve la vista á sus días pasados, y los ve oscuros : truena y relampaguea en esos horizontes. ¿Qué hora, qué instante disfrutó de placer acendrado ? La dicha fué para él un grano de oro escondido en las entrañas de un monte. Tu madre, tu madre le hizo columbrar, y aun saborear la felicidad ; pero ¡qué felicidad ! revuelta en amarguras, corrompida por pesares, amenazada de peligros ; y aun así, rápida y pronta á desvanecerse. Toma de tu padre la elevación del ánimo ; los bienes del mundo, búscalos en otra parte. Pero ven á verme, Alfonso ; tú llegas como un vientecillo que me refresca el alma ; me clavas la vista, y la luz de tus ojos corre al centro de mi corazón, y me lo alumbra, y me lo hace resplandecer de gozo. Cuando pienso en que he podido sacar al mundo tanta delicadeza é inocencia,

me hago el favor de conceptuarme bueno. Ven, ven, Alfonso. "

Seis meses después había el amante infortunado añadido á su borrador este *post scriptum.* —

" Hasta ahora no he podido echar una lágrima ni escribir una palabra : ese horroroso acontecimiento me ha tenido inmóvil, mudo. ¡Qué difícil es morir de pesar! La necesidad, el dolor físico acaban pronto con la vida; el alma resiste á los mayores golpes, no sucumbe sino después de mucho tiempo. Esta homicida carta me sirve de infierno. Si *ellos* no viven ya, por demás es mi existencia. Aurelia, Alfonso, ¿dónde sois idos? Si os sobreviviese algunos años, me tendría por indigno de la vida : siento ya la muerte dentro de mí; luego nos reuniremos.... Entre tanto voy á padecer lejos de esta ingrata patria, y á esperar el fin de mis días en donde nadie me conozca. "

Algunas palabras de este papel estaban medio borradas por gruesas lágrimas caídas en él de trecho en trecho. Cuando hube concluído su lectura, me pareció que yo lo había escrito, y me admiré de la similitud de acontecimientos y afecciones entre los dos taciturnos viajeros.

A pocos días de publicado este manuscrito en una revista literaria de Londres, recibí la carta siguiente del cónsul inglés en Málaga.

" Puesto que habéis sacado á luz la carta de vuestro amigo, justo es que publiquéis la contestación de su desgraciada amante. Registrando más por menudo los papeles de Tomanvol, encontré en una navetilla secreta el que os incluyo. *Esa admirable mujer* merece que os ocupéis de ella, ya que, según parece, gustáis de las cosas del corazón, y lo tenéis vos mismo harto sensible. Os incluyo asimismo otra carta de Tomanvol dirigida á su hermano : ved qué

hombre tan hombre de bien, tan apasionado y desgraciado era ésc. Amante y amada, ambos para en uno."

Vuestro atento y seguro servidor.

ULRICO WILFRIDO.

Tanto he leído la carta de Adelaida, que la tengo de memoria. En la primera oportunidad regalaré con ella á los tiernos corazones, y á buen seguro, tendrán que agradecerme. Mas no puedo menos que publicar ahora la de nuestro viajero á su hermano. Por ella se echa de ver que la contestación de su querida le movió á una justa y noble determinación, cuando por desgracia ya era tarde, porque el veneno había obrado inmediatamente en las entrañas de la pobre niña.

"Mi constitución es así, no puedo hablar con calor sin llegar á la mayor exaltación, ni con ternura sin empapar la voz en lágrimas. El asunto que voy á comunicarte es de esta especie; no podría decirte una palabra sin gemir, y prefiero decírtelo por escrito. Me caso: grave resolución es ésta, pero inevitable. Mucho, mucho he cavilado, mucho he padecido batallando con las pasiones y con las ambiciones: al fin triunfa el amor, triunfa la modestia. Mil cosas se han acumulado para este tiempo: el fuego inextinguible de mi pecho; la naturaleza que me grita por boca de mi hijo; la lástima de ver á mi víctima consumiéndose sin esperanza de remedio ni consuelo. Si acaba por morirse, su sombra me perseguirá, los remordimientos me volverán más desgraciado de lo que soy, y por vana y orgullosa obstinación, habré dado al mundo un huérfano, que no merecía tanta infelicidad. Yo por mi parte arrastro una existencia infelicísima; no puede ir adelante esta vida. Lo que ves en mí, esta como frialdad é indiferencia, no es

sino la máscara : mi corazón se come á sí mismo, mi pecho es un hervidero horrible de los más tormentosos afectos, no tengo sosiego ni gusto para nada. Con decirte que he dado en pensar en quitarme la vida, dicho se está que vivo en continuo peligro : si no acabo así, perderé el juicio por lo ménos, porque mi pensamiento anda girando en una rueda de funestas ideas. ¿ Qué espero ya ? ¿ Por qué no me casaría ? Tal vez ésta es mi salvación, tal vez no hay otro modo de salvarme. No es solamente el amor desgraciado la causa de mi zozobra : me atormenta un vago anhelo de cosa sin nombre, una aspiración indefinida á un no sé qué de extraordinario, que bastaría el no saber que es ello, para que fuese origen de malestar y de pesar. Quiero que al fin mi mundo me sea conocido ; quiero saber cómo y para qué vivo ; quiero ceñirme á lo posible, á lo real, á lo debido. ¿ Pues no es evidente que debo casarme con la madre de mi hijo ? Evidente, si ella no deja de merecerlo. La hombría de bien, la ternura, la modestia no son cosas que desaprobarás. Has de sentir desde luego ; pero si ves que el casarme conforma con la equidad, y que ya esto es necesario, no te parecerá mal, y aun me darás la mano. Mi porvenir estaba en la política : demos que ella me fuese de todo en todo favorable, que me tocase una embajada, por ejemplo : mi vanidad ganaría algo, pero nada mi felicidad, y el provecho verdadero no viene fuera de ésta. Andaría yo errante de pueblo en pueblo, con el corazón oprimido de continuo, con la conciencia alborotada, es decir siempre desgraciado ; y la muerte me alcanzaría en medio de mis incorregibles afecciones y mis tristes pensamientos. Mi vida será siempre literaria : si consigo aquietar mi espíritu en medio del sosiego y la paz domésticos, seguiré estudiando y escribiendo, y cuando Dios lo permita, me iré á una nación civilizada á publicar mis escritos. De modo que ni siquiera queda por inconveniente

el temor de sepultarme en la oscuridad, que en verdad fuera lo más atinado.

Ansío tu aprobación, querido Francis; quiero que me animes, me consuelas, me contentes si es posible. Ya mucho he padecido; los floridos años se me van, y cuando quiera ser feliz, tarde será quizás. Desechar más de una vez corazones apasionados, acabar con la inocencia de mujeres que esperaban en mí, no es proceder que me prepare un tranquilo y dichoso porvenir. Si todavía desprecio á la mujer que me ama, que vive de la natural, aunque no infundida esperanza; que se ha sacrificado por mí; de temer es, y aun sería justo que fuese yo á dar con una que me cobrase por todas. Y ¿no sería el colmo de la iniquidad abandonar á la desgraciada, olvidar á mi hijo para ir después á casarme con otra? No quiero: la felicidad de buena ley no puede venir sino junto con la conciencia. Tengamos quienes nos agradezcan, no quienes nos maldigan; quienes nos quieran, no quienes nos aborrezcan: una acción inicua es el tormento de la vida. ¿Ni á qué debo aspirar? ¿á la nobleza? Necedad; ¿á las riquezas? Ruindad. El hombre no ha de valer por la mujer, sino la mujer por el hombre. Y lo honesto, y lo modesto, y lo debido ¿no es lo más acomodado á la cordura? Siempre hubiera yo desdeñado un enlace en donde el orgullo y la soberbia de casta ó de fortuna viniesen moviendo los brazos: la decencia me basta, y no hay alcurnia más ilustre que la de la virtud, ni más sabia sabiduría que la que se contenta con los bienes del espíritu. Si soy poseedor de algunos de éstos, *ella* es capaz de saberlos estimar; y estimándolos, me respeta; y al tiempo que me respeta, me ama y se consume por mí. ¿No son éstos títulos para su bien? Si andamos siempre en busca de mayor felicidad, dejamos pasar la verdadera, y damos en la falsa, y somos desgraciados, por falta de hombría de bien y de prudencia.

Una gran dificultad se te ha de ocurrir, sin duda, es á saber, mi falta de bienes de fortuna. Mi pobre Adelaida se allana á la modestia, y aun lo tiene á dicha. Y es tal su situación, me habla con tánta justicia y tánta vehemencia, se arrodilla con tántas lágrimas, me pone por delante á mi hijo en ademán tan trágico, que es imposible resistir. Si me he de casar después, vale más casarme ya : ¡siempre pasa de tiempo para cumplir con el deber y el honor! Dice Adelaida que mi pobreza será riqueza para ella, que la escazez será abundancia, que el hambre misma la robustecería conmigo, y que su lujo sería el ser mi esposa. Parece que esta muchacha ha estudiado la historia de los griegos, parece que habla la mujer de Foción. Aristipo fué á arrojar en el mar todo el dinero que tenía : no estaba sin duda para casarse. Pero estoy convencido de que la práctica de la virtud es la mayor riqueza, y un título para el cariño de Dios y el respeto de los hombres : la suerte misma, por contraria que nos sea, tiene que rendirse á la Providencia. Un acto de generosidad y de justicia no puede acarrearnos desgracias; lo que sí nos las acarrea es la injusticia y el egoísmo. Desgraciado del hombre que deja á la mujer que le entregó su virginidad y busca otra, dice la Escritura. Oigamos á Dios, obedezcámosle, sigámosle.

He oído muchas veces compadecer á los que se casan jóvenes, y más si prometen algo para el porvenir, ¡como si la vejez fuera buena para hacerse amar y tener hijos; como si el matrimonio fuese contrario á la preponderancia! En todos tiempos y en todos los países civilizados se ha fomentado el matrimonio, se ha premiado la numerosa descendencia. Pues yo compadecería á los que no se casan : el egoísmo, el cinismo no son poesía ni filosofía : *temiendo* sin razón, esperando cosa mejor, sin fundamento, caminamos paso á paso á nuestra ruina : ruina es perder un

corazón amante, é ir á dar con una mujer que nos haría mucha justicia con ser mala y castigarnos las iniquidades ó caprichos con que nos tenemos neciamente por *filósofos y poetas*. No hay más filosofía que la hombría de bien, ni mejor poesía que el labrar la felicidad de la que volvimos desgraciada. Hasta hoy he tenido instantes de temer á Dios; de hoy para adelante confío ciego en Dios."

JUAN ENRIQUE TOMANVOL.

---

# EL PADRE YEROVI

El género humano va pasando como las aguas del río que no vuelven : su curso es tumultuoso, y sus oleaj meten mucho ruido. Soberbios son los hombres; en una generación nace un humilde, y generaciones pasan que no traen sino malos.

Hierve en la ciudad la juventud alegre y bulliciosa : la alegría es su divisa, la vanidad su medio, el gusto su fin. Pues entre ella hubo un niño risueño y locuaz como sus compañeros, que no se distinguía de todos sino por la agudeza de su ingenio, y por tal cual instante de melancolía que á las veces le tomaba. Un día se llegó á su padre y le dijo : Padre mío, Dios me llama; quiero ser su servidor : la Iglesia es mi refugio, porque *un día pasado en su morada vale más que mil días.* Este niño era humilde de corazón.

El padre vió que había verdad y virtud en su hijo; pero como poseía la sabiduría de la experiencia, vió que podía ser errado ese camino, y temió, y quiso esperar y observar. El tiempo es testigo de las verdaderas inclinaciones del hombre; la prudencia trae consigo el buen éxito de las cosas : el padre, conmovido, estrechó al hijo en su seno, y vertió lágrimas, y respondió : Si Dios te

llama, hijo mio, mejor para nosotros ; mas nunca fué tarde para seguir las vías del Señor, al paso que si el mundo te atrae y te cautiva, ya no puedes volver á él, cuando entras por ministro de la religión. Joven eres ; sigue una carrera que te mantenga apto para todo : si andando los años permanece este apego á lo eclesiástico, recibe las órdenes y sirve á Dios ; si las pasiones mundanas se te despiertan á su tiempo, busca esposa, y sé buen padre, y sirve al Señor. No sólo el sacerdote va por su senda ; el buen marido, el buen padre de familia es también un sacerdote, y el mundo, el templo del Altísimo : todo consiste en la virtud ; sé virtuoso, y siempre le servirás. Mas para ser malo, mejor es no infestar su casa, ni penetrar sus misterios, ni manosear sus símbolos. El mal sacerdote de Dios es buen sacerdote del demonio.

Y como el hijo era humilde de corazión, oyó á su padre y vió que era verdad cuanto decía, y obedeció y esperó. El corazón del padre es una fuente pura en donde hierve la felicidad del hijo : el joven cuerdo bebe en ella, y se baña, y queda limpio, y siente gran ligereza en el alma. ¿ No es la obediencia una virtud ?

Ese niño era obediente : siguió las indicaciones de su padre, y por el camino que él le había señalado, salió á la nombradía, y dentro de poco fué jurisconsulto, literato además, y su talento andaba en boga, siendo su reputación bien merecida. Conociéronle sus maestros y le distinguieron entre sus discípulos, y quisieron que esa clara inteligencia fuese mejor cultivada, y aprovechase á sus semejantes ese niño.

Títulos de sabiduría, fama, aprecio de los buenos, envidia de los malos no habían torcido sus inclinaciones, no habían ensoberbecido su alma : permanecía humilde, porque era humilde de corazón.

Y volvió á su padre, y le dijo : Padre mío, Dios me

llama ; quiero ser su servidor : *un día pasado en su morada, vale más que mil días.*

Y el anciano volvió á conmoverse, echó lágrimas, y estrechando á su hijo en el seno, respondió : Si Dios te llama, hijo mío, vé hacia él ; sírvele como bueno, y honra su memoria.

El abogado, el literato distinguido, el joven brillante dió un paso del mundo afuera, y, sacerdote del Señor, comenzó á servirle ; y le sirvió de veras, porque era humilde de corazón.

Mas como la virtud no se opone á los cargos de la asociación civil, y como por casualidad se hiciese entonces mucho caso del verdadero mérito ; su prelado puso los ojos en el clérigo, y á pesar de sus juveniles años, le revistió de un cargo ilustre, y le envió á remotas provincias á ejercer la autoridad suprema en lo perteneciente á la Iglesia de Jesucristo.

Pero como era humilde de corazón, no pudo contemporizar con las costumbres que reinaban en esas ciudades : y como tampoco pudo acrisolarlas, vió que era inferior, y que en la lucha sería vencido. ¿Cuáles son los enemigos más terribles sino aquellos que procuramos defender ? Ilustrar al ignorante es defenderle, reformar al perdido es defenderle, traer al camino al descarriado es defenderle. *El Vicario apostólico* no pudo salir con su empeño, a pesar de su conato, porque los otros estaban bien hallados consigo mismos, é hicieron pié contra el Vicario, y alzaron el brazo, y con el cuello erguido dijeron : ¡No queremos !

Y no quisieron, y el Vicario no pudo constreñirles á cumplir sus deberes, porque para ello había menester la fuerza : la fuerza no era de su carácter, ni su carácter podía prestarse á aquellos duros actos que son indispensables para arrancar del sumidero de los vicios al vicioso

pertinaz, para reformar las malas costumbres, para sujetar al estudio la pereza.

Y el apóstol del Señor sintió un profundo disgusto dentro de sí; y como no estaba en su mano obrar el bien quiso huír del mal, y de la noche á la mañana desapareció, sin que nadie supiese qué rumbo había tomado.

En los selvosos Andes, circuído por una agreste naturaleza, se eleva un pueblo sencillo y feliz en su inocencia. La refinada cultura que pule, pero que estraga á los hombres, no ha llegado á esas breñas todavía; el ruído de las ciudades populosas no tiene allí cabida, y la existencia corre blandamente, no perturbados sus moradores por aquel desenfrenado regocijo que enloquece á las grandes capitales. Un justo edificó allí una casa á la virtud, á donde se retraen los buenos á buscar á Dios en el silencio.

Dios está en todas partes, su espíritu llena el aire, los mares y la tierra; ¿ por qué ir á buscarle entre las paredes de un edificio ? Porque el mundo se interpone entre él y los ojos del que le busca : la atmósfera de las ciudades es infecta, el aliento de Dios es puro, no se les puede respirar al mismo tiempo : si nos llama, no le oímos; si nos mira, no le vemos : el placer, la avaricia, la soberbia son nuestros cómplices, nos ayudan á desconocerle y desoírle. Justo, huye de las ciudades, retírate á una montaña ó á un triste monasterio.

La Tebaida sabe mil secretos habidos entre el hombre y su Creador : allí se despoja de la carne, y, espíritu bienaventurado, el hombre se salva de antemano, penetrando desde la tierra las glorias del cielo con su larga y pura vista. ¿ Quién tiene su asiento á la diestra del Señor ? ¿ qué voz resuena distinguida en los coros de los ángeles ? Es la del humilde cenobita que pasó sus días contem-

plando su infinidad, adorando su divinidad, huído de los hombres y el pecado en un riscoso monte. El San Bernardo está más cerca del cielo, su cumbre se encuentra con el firmamento : la Trapa tiene puertas que dan al Paraíso : la Cartuja es una parada á la entrada de la gloria. Caridad, sabiduría, penitencia, he ahí los habitantes de esas melancólicas pero tranquilas y felices moradas.

¿ Por qué el arrepentimiento se refugia en ellas ? ¿ por qué el remordimiento siente alivio en ellas ? Porque donde habitan los buenos habita el Señor, porque donde respiran los buenos respira el Señor. La virtud puede ser sociable, cierto ; mas un pecho herido de los flechazos del mundo, una alma *pringada* por el fuego del mundo, un pensamiento enloquecido por los delirios del mundo, no se cura sino en la soledad, entre las cuatro paredes de una austera casa, donde no puso los pies la concupiscencia con su horrible comitiva de desgracias.

El que teme las tentaciones y quiere huír las ocasiones, deja su vestido, toma el del monje, y padeciendo y sufriendo en la vida, espera descansar y ser premiado en la muerte. ¿ Qué hace ese majestuoso anciano, con la pala en la mano, en la puerta del convento ? Cava su sepultura : allí se enterrará, de allí subirá al cielo ; ¿ no tiene la humildad entrada franca en él ?

Pero si todos hiciesen lo mismo, el género humano se extinguiría luego, y en tanto que se extingue, no será el mundo sino un prolongado claustro, me dirán. Así es ; ¿mas he dicho quizás que todos deben vestir hábito y vivir cavando su sepultura ? El que nació para padre, tome esposa ; el que nació para la guerra, ármese ; el que nació para la sabiduría, estudie. Pero el humilde de corazón, aquel cuyas afecciones no le tiran al siglo, el alma sencilla é inocente que de suyo se inclina a la penitencia, ¿ por qué no la practicaría ? Siempre será ése un

ejemplo de piedad, y no está por demás en la asociación civil el penitente. Podemos ser virtuosos sin exceso, y nuestro Padre común se contenta con la virtud medida; mas ¿ quién prohibe que haya santos ?

El Vicario apostólico había desaparecido de la noche á la mañana de la ciudad á él encomendada; y como si él fuera el culpable, como si él fuera el pecador, héle allí entregado á la más austera regla, privado voluntariamente del sueño y del alimento, clamando y pidiendo misericordia al Juez terrible, allí en la casa de la virtud, en ese pueblo de los Andes, el silvoso, frío Pasto.

Siete años ha vivido en penitencia : orar, confesar, mirar por la virtud ajena y por la propia, ésta es su ocupación diaria. El que habla con Dios tiene la conversación más dulce é instructiva; el que ve á Dios presencia el espectáculo más grande y placentero; el que vive con Dios tiene la vida más feliz y prolongada. Y aquel vicario humilde habla con Dios, y le ve, y vive con él; ¿no es ésto ser feliz y vivir largo ?

En un oscuro claustro de otra ciudad lejana camina un fraile por la noche con su lámpara en la mano : entra á la capilla del convento, se postra ante un crucifijo y permanece inmóvil, agachado, cruzados los brazos. ¿ Qué hace ? Habla con Dios : ¿ quién es ? El Vicario apostólico, el congregado de San Felipe Neri, el literato distinguido, el jurisconsulto consumado, el joven brillante de la ciudad de Quito. La muceta de Doctor se convirtió en corona de religioso, las borlas del humanista en cíngulos de franciscano. Pues no satisfecho de su humildad, la quiso todavía más subida, y tomó el grosero y pesado ropaje del convento. Y éste sí que sabe imitar á su modelo, Francisco revive en el fraile sabio y penitente. ¿Cuándo

vió Cali persona más humilde? ¿cuándo vió Cali monge más piadoso? ¿cuándo vió Cali cristiano más caritativo? Caritativo, piadoso, humilde, todo lo fué aquel fraile, y como ninguno de estos tiempos. Por el ayuno, el insomnio y la devoción, San Jerónimo le hubiera envidiado, y viviendo en un desierto, los ángeles hubieran bajado á servirle.

Héle allí preso al humilde sacerdote : los soldados le han tomado, los soldados le llevan, el pueblo gime y va tras él. ¿Van á matarle? No; pero le mandan en destierro, le echan á empellones de la ciudad que purifica con su aliento, que santifica con su ejemplo. Un homdre virtuoso es el resguardo de un pueblo ; un santo, su corona ; ¿cómo echarle ? La revolución es ciega : arremete con todos, y moviendo cien brazos, alcanza y hiere á sus amigos y sus enemigos. La revolución es un incendio que todo lo consume : la vil madera se va en humo y queda en cenizas ; el oro, allí se queda cuajado y purificado. La revolución no es mala cuando es justa : destruye, pero crea : abate, pero levanta ; es ciega, pero engendra la luz. Los golpes que recibe el inocente, sírvanle de penitencia ; el fanatismo, la barbarie, la tiranía caigan, mueran, perezcan.

El padre Yerovi sí que era virtuoso : ¡santo varón! daba limosna de su mano á la del pobre, oraba en un rincón de su oscura celda, escuchaba y practicaba la ley de todos modos. El padre Yerovi sí que era virtuoso verdaderamente, porque era humilde de corazón. Su humildad y su virtud encumbrada, han atravesado los mares, y el humilde fraile es conocido en la ciudad eterna, su nombre se pronuncia en el Vaticano. Y como en ocasiones el mérito suele abrirse paso por las sendas más estrechas ; y como en ocasiones la pobreza puede más

que el oro, el Pontífice quiere elevar á una gran categoría al religioso de San Diego, para cuyo efecto se consulta con sus cardenales. ¡Obispo! ¡Obispo! exclaman todos, y le ponen en la mano el cayado de pastor, y la grandiosa mitra en la cabeza.

El venerable sacerdote obedece, y sólo por obediencia acepta cargo tan supremo. El rayo estalla en los sitios más erguidos, el viento anda furioso por los montes, cuando el valle permanece en calma : así el orgullo en los hombres suele soplar por las altas jerarquías. Con el orgullo viene la soberbia, y la soberbia y el orgullo son ministros del espíritu malo.

El franciscano sabía esto, y tembló cuando fué tan enaltecido por el Padre Santo, y se postró, y suplicó le dejaran en su desconocido y triste lugar, sirviendo á Dios sin orgullo ni soberbia.

Si los buenos se retraen, ¿ quiénes han de regir á los hombres ? quedan los malos. Es un deber, así en el buen ciudadano como en el buen sacerdote, no dejar las cosas de la República y de la Iglesia en manos de los ruines. El buen fraile sabía también esto, y revistió humildemente los hábitos episcopales. El justo es como el sol matinal, sube y crece hasta el mediodía, dice el Señor.

En un arenal tostado por el calor de la zona tórrida, se sienta en una piedra debajo de un cabuyo un pobre caminante. Encendida la tierra, le abrasa los pies descalzos; el grosero jergón que viste pesa en él y le sofoca. Por todo avío no se ve á su lado sino un bordón nudoso; por toda comodidad, el fardel que trae á cuestas : un perro jadeante descansa á sus pies, he ahí su compañía; el caballo no se inventó para el que se dirige al cielo por el camino de la penitencia. Ya le habéis conocido : es el obispo de Cidonia que se dirige á su diócesis, el buen

fraile de Cali, el confesor y servidor de la Penitenciaría de Lima, que ha sido elevado por su humildad á la categoría de pastor de los fieles, con derecho á la sucesión de un arzobispado.

Sigue adelante su camino : en la oquedad de un barranco encuentra un ciego limosnero, que al más ligero ruido alza la voz y pide por la Virgen el pan de cada día. El obispo se le llega, baja el fardel de las espaldas, y divide con el ciego sus tristes provisiones. Hijo mío, le dice, mientras hay uno que nada tiene, nadie es dueño sino de la mitad de su hacienda : toma, y da gracias al Señor : *malos son los días del pobre, pero el corazón alegre es un festín perpetuo.* Y le dió su bendición, y siguió adelante el religioso.

No a mucho andar topó con un infeliz privado del uso de una pierna : andaba á duras penas apoyado en una débil caña que poco le servía, y pronto iba á quedarse por ahí falto de fuerzas. El obispo se llegó á él y le dió su bordón nudoso : Hijo mío, le dijo, yo puedo caminar sin este bordón ; tú lo necesitas más que yo ; sírvete de él y da gracias al Señor.

Ese obispo era como Job, ojos del ciego, pies del cojo, pan del hambriento, sabía que *para Dios son justos, no los que escuchan la ley, sino los que la practican.*

Y siguió adelante su camino, y llegó de noche y en silencio á la capital de su diócesis, y fué consagrado al otro día, con modestia, siempre con modestia, porque era humilde de corazón.

Sabía muy bien aquel obispo que se le había revestido de su cargo illustre no en bien suyo sino en el de sus semejantes. Así en lo civil como en lo eclesiástico la autoridad se da y se recibe en provecho de los á ella sometidos : los que no entienden este principio son pésimos magistrados. El buen fraile era no solamente bueno, pero también

muy entendido en la ciencia del derecho y en todo linaje de materias : un hombre sabio y bueno ¿ qué no hará ? Mucho, mucho hizo el franciscano, y por su voluntad hubiera obrado mucho más.

El orgullo se estremece en presencia de su modestia; la soberbia se confunde en presencia de su humildad; la lujuria pierde el color en presencia de su castidad : los vicios todos van viniendo á su palacio, y no saben donde meterse al resplandor de la virtud de ese buen padre. Mas no temen tanto su poder cuanto su mansedumbre : amonesta, no reprende; suplica, no castiga; da ejemplos, no se vale de la fuerza. Y las costumbres corrompidas, y la ignorancia arraigada, y la ley no obedecida objeto son de sus predicciones. Mañana me arrepentiré, dice el perverso; nunca fué tarde para hacerse perdonar de Dios. Pero el obispo empezó á decirles por la mañana : " ¿Quién nos afirma que hemos de ver la tarde? y por la tarde : ¿Quién nos afirma quo hemos de ver la mañana ? " Y todo era caridad y penitencia en el palacio.

Un hombre sucio y beodo va tambaleando por la calle : la barba le ha crecido, la cabellera revuelta le cae en las sienes, sus vestidos están hechos jirones. Este desgraciado es sacerdote, lo indican la sotana y el manteo. El obispo manda por él, y no le echa en prisiones ni le impone castigos de ninguna clase; lávale, vístele, y le hace sentar á su lado como á su predilecto; y come y bebe con él, y le abre los ojos, y le hace palpar su vergüenza, y le obliga con mansedumbre á cumplir sus deberes. Y ese mal sacerdote, ese ébrio de profesión no echa menos sus diversiones infamantes, porque está contento con las costumbres de su prelado y protector. El privilegio de la virtud es el respeto aun de sus enemigos; la virtud echa de sí un ambiente que deleita aun á los malos.

A la puerta del palacio está temblando un cura que acaba de llegar de su parroquia : la conciencia le intimida, la justicia hace brillar su espada y le deslumbra. Sale su prelado, no severo, no terrible como esperaba el delincuente, sino manso y risueño. Hermano, le dice, hermano en Jesucristo, venid acá. Y le echa los brazos, y le aplica un ósculo de paz en la mejilla, y le introduce en su aposento El clérigo está confuso, pero ya no teme : la barragana que mantiene en el convento, los hijos mal habidos que perturban con sus voces la iglesia vecina, las francachelas á que se entrega por costumbre, todo lo tiene por delante. Nada ignora su prelado, mas huye de aludir á esos delitos : trae en memoria la santidad de su ministerio, presenta á Dios irritado por la corrupción, habla de las virtudes, hace gustar de ellas por su elocuencia, enternece con sus lágrimas, y el *hermano en Jesucristo* jura reformarse y vivir como lo manda Dios, porque abre los ojos, y ve que *vale más vivir humilde en su morada, que soberbio en casa del pecador.*

La penitencia sin la caridad nada puede en los consejos de la eterna sabiduría. La limosna limpia el pecado y evita la muerte, dicen las Santas Escrituras ; si la ejercitas, tu alma no irá á caer en las tinieblas. La limosna es un gran título de salvación para con el Señor. Y como el obispo era sabio tenía presentes estas cosas, y como era bueno cumplía estos preceptos, y daba limosna, privándose hasta de lo necesario.

„ Si tienes mucho, da con abundancia ; si poco, procura que lo poco que des sea de corazón ". Dios era muy oído por ese hombre justificado : si tenía mucho lo daba todo ; si poco, lo daba todo, y siempre de corazón. Nada quedaba para él, y nada le hacía falta sino para dar á los demás. Sólo una túnica tenía, y no podía dársela al que no tenía ni una, pues Dios manda que el que tiene dos, dé la una al que no tiene.

En un aposento de un barrio populoso está una mujer enferma en su pobre cama : un hombre trabaja por ahí en un ímprobo oficio, y á pesar del hambre que le sale al rostro, trabaja muy activo, porque el día que descansa no se desayuna la familia. Dos niños pálidos y zarrapastrosos permanecen callados al pie de la cama de su madre; otro de tierna edad se suspende en el pecho de la enferma, y en vano lo chupa con ahinco; en vano, que las fuentes de la vida acaban de agotarse : llora el niño, llora la madre; los otros están hambreados, pero callan; padecen, pero sufren : ¡ qué socorrida virtud es la del sufrimiento ! Las paredes del cuarto son negras, el fogón permanece frío : la ceniza es el símbolo de la tristeza. Un cuadro de la Virgen está clavado en la pared; al pie se ha acomodado una vela que arde perezosa y derramada. No almorzó esta mañana la familia, pero hubo para una vela de la Virgen : ¡ qué socorrida virtud es la de la fe ! La fe trae consigo la caridad. No almorzó la familia esta mañana, y tal vez no comerá ; ¿ de qué sirve la fe ? La fe sirve de mucho.

*Deo gratias*, exclama á la puerta un fraile; ¿ cómo te sientes, hija mía ? La pobre mujer se alza en el lecho como puede, pide la mano al sacerdote y se la besa con ardiente devoción. El padre de la familia se ha hincado ante el sacerdote, los niños se han hincado también, y el sacerdote los bendice á todos, porque es el santo obispo.

Llevó á esa pobre morada el pan del alma, y para el cuerpo dejó en la cabecera de la enferma lo necesario para quince días. Y volvió la vida á la familia, y la madre sufrió con resignación sus males, y el padre siguió trabajando contento, y los niños comenzaron á meter su alegre bulla en la casa porque ya estaban alimentados.

" Para Dios son justos, no los que escuchan la ley sino

los que la practican ". El santo obispo practicaba la ley, porque era justo.

El pueblo está reunido á las puertas del palacio arzobispal : una gran muchedumbre llena patios y corredores : viejos y niños, hombres y mujeres, ricos y pobres, todos se apiñan, todos quieren penetrar en un cuarto que ya no cabe de gente. Las campanas de la ciudad doblan á un tiempo en treinta iglesias, los habitantes andan agitados, y un vasto gemido que se levanta del palacio se difunde por la población entera. Siguen los dobles de las campanas, sigue el llanto del pueblo, no hay corazón que no esté opreso : ¿ qué ha sucedido ? Murió el santo, se apagó la llama, se consumó el sacrificio ; el sacrificio, porque el santo murió en la cruz. Hambre, sed, llagas vivas, todo le atormenta, y todo lo sufre el mártir, porque hace penitencia. Mas ¿ de qué se arrepentía ? nunca obró el mal ; ¿ por qué se martirizaba ? no tuvo pecados. Empero tenía presente y repetía de continuo esta horrible queja : Miserable de mí, ¿qué diré entonces ? ¿ de qué patrón me colgaré, yo pecador, cuando apenas saldrá bien el varón justo ?

Quid sum miser tunc dicturus ?
Quem patronum rogaturus ?
Cum vir justus sid securus.

Se consumó el sacrificio, se apagó la llama, murió el santo : y el pueblo llora, y llora sin consuelo, porque de ésos no vienen al mundo sino de tarde en tarde.

*El Cosmopolita.*

# UNA PROVINCIAL

# NO DE LAS DE PASCAL

Mi reverendo padre :

Vuesa Paternidad ha sido víctima de un engaño, asi como los religiosos á que alude en su carta del 22 del presente, víctimas de la indignación violenta de Vuesa Paternidad, y yo víctima de la iniquidad de algún infame enemigo. No me he dirigido á Vuesa Paternidad nunca ni para nada, menos para delatar *crímenes* que no han llegado á mis noticias, imputándolos á personas cuya conducta me es desconocida.

¿ Y sabe Vuesa Paternidad lo que hace cuando me imputa una delación ? Mi campo es vasto y digno, campo del honor y de la gloria ; no se encierra en el mezquino círculo del denuncio privado, ni sigo los pasos de las personas particulares : persigo á los tiranos, armado de las armas de la verdad y del valor, censuro los vicios de la asociación general, reprendo sus faltas por medio de la imprenta : si algo tengo que decir, de ella me valgo ; ni soy tan pequeñuelo para ir á enfrascarme en ruines chismes y denuncios, cuando tengo un auditorio tan

extenso como América, y cuando puedo hablar en voz alta, sin más temor que el que debo al Todopoderoso. ¿Sabe Vuesa Paternidad lo que hace cuando me imputa una delación?

Por naturaleza aborrezco los alborotos y disensiones de las gentes; llevado de la no muy buena opinión que del mundo tengo, ¿qué será? Vivo en este lugar como en un desierto: no veo ni hablo á nadie; nadie me cuenta nada, ni tengo qué contar á nadie; así es que todo se me ignora, y á gran dicha tengo ignorarlo todo, porque si algo se sabe es algún asunto como el que ahora tratamos, iniquidad, mentira, infamia. ¿Sabe Vuesa Paternidad lo que hace cuando me imputa una delación?

Aun cuando algo relativo á esos buenos sacerdotes, que Vuesa Paternidad ha castigado antes de averiguar el delito, hubiera llegado á mi conocimiento á pesar mío, lejos hubiera estado de denunciarlos á su prelado privada y ruinmente como él ha creído: hubiéralos envuelto en mi censura general, y al público me hubiera dirigido, y no á un solo hombre, á un superior de convento. ¿Sabe Vuesa Paternidad lo que hace cuando me imputa una delación?

Esa infame carta que Vuesa Paternidad ha recibido con mi nombre no es mía, ¡no podía ser! Con ese negro fin nunca me hubiera dirigido al padre Mera, ni me dirijo á nadie, ni me dirigiré jamás. Vuesa Reverenda ha debido dudar, tener por cierto que ese Montalvo á quien tan rudamente ha tratado, es superior á la calumnia, á la infamia, al odio y desprecio de los hombres. ¿Sabe Vuesa Paternidad lo que hace cuando me imputa una delación?

La prudencia es parte de la virtud, mi Reverendo Padre; ¿qué es ésto de vilipendiar á un hombre que está en posesión del aprecio público, llevado del primer movimiento de un ánimo irritable? El consejo es parte

de la sabiduría, mi Reverendo Padre maestro; ¿qué es ésto de castigar, degradar, afligir á inocentes, y acaso virtuosos sacerdotes, sin más que un informe que bien podía ser falso, como ha sido ? Una mano oculta, mano engangrenada y pestilente ha urdido esa trama, en donde Vuesa Reverenda ha caído sin la menor malicia, arrastrando consigo á tres inocentes, de los cuales los dos ni han soñado los *crímenes* de que se les acusa, y el otro está más lejos todavía de esa acusación. El mundo es una rufianesca, padre mío; una vasta rufianesca que hierve en bribones y perdidos de todo linaje : el hombre cuerdo ha de ir muy sobre sí para no dar la mano á un facineroso, ó para no negarla al honesto y honrado. La perspicacia es parte de la sabiduría, Reverendísimo Padre.

Y ¿ de qué principios y datos ha formado Vuesa Reverenda la convicción de que soy enemigo de los religiosos en general, y de que no tiene uno más que ser *fraile* para que tenga en mí un enemigo ? Si hubiera dicho que no tiene uno más que ser malo para que tenga en mí un enemigo, habría dado en lo cierto. Pero como estoy ajeno de creer que los crímenes y los vicios se vinculen tan solamente en el clero, bien puede ser que parte de la clerecía merezca mis consideraciones y respetos. Pero sí digo que á un sacerdote perverso y corrompido aborrezco más que á un soldado corrompido y perverso : ¿ qué corolario resulta de aquí ? que un venerable monje, que tiene á Cristo en el pecho, que practica la virtud, y de cuyos labios mana la sabiduría, es para mí como Crisóstomo ó Cipriano : la virtud encarnada, la virtud en forma humana es Dios multiplicado, Dios en todo tiempo y lugar. ¿ Me dirá Vuesa Reverenda que soy enemigo de Dios ? Mira, Padre, mira lo que dices : te cedo en sabiduría ; en respeto á la Divinidad, ni un punto.

¿También Vuesa Reveranda será de los que se empeñan

en tenerme por diferente de lo que soy ? En los demás ese empeño es de mala fe; en los hombres de buena fe, como Su Reverenda, ese empeño no sería sino falta de noticias fidedignas. Actúese de mis escritos, infórmese de mi conducta, y dígame Vuesa Reveranda ¿ qué obras ó palabras mías son para calificarme de ciego enemigo de la clerecía ?; ¿ qué discursos, qué páginas, qué acciones mías han refluído contra ella ?; ¿ de qué manera persigo al clero, cuándo me presenté su implacable enemigo ? Si el vicio se me pone por delante, doy con él en tierra, es verdad, aunque venga coronado de mitra, con cayado de pastor y lleno de escapularios : empero la caridad, la mansedumbre evangélica, el plácido sufrimiento del verdadero cristiano, son Cristos para mí; ante ellos me prosterno; sin temer la risa del impío, ni los sarcasmos del impúdico filosofante. Sed buenos, y podéis ser frailes; no os perseguiré por lo segundo, y os acataré por lo primero.

En vista de la falsedad de *ese informe*, y de la iniquidad que lo ha dictado, puede y debe Vuestra Reverenda revocar las severas órdenes dictadas contra esos buenos religiosos, que nada han hecho, que yo sepa, para haber incurrido en el destierro y la suspensión de sus facultades. Justicia, padre, justicia en el cielo y en la tierra. Pero no exceso de justicia, como tampoco exceso de sabiduría; pues la escritura manda no ser justos en exceso, ni más sabios de lo que conviene, no sea que el hombre se admire de sí mismo. Castigar demasiado y con suma prontitud, es exceso de justicia.

Aprecie Vuesa Reverenda mi franqueza y la razón que á ella me ha movido, y acepte las consideraciones con que me ofrezco de V. R. atento y seguro servidor.

JUAN MONTALVO.

He tenido por conveniente la publicación de esta carta,

á fin de que, si alguna otra persona hubiese recibido alguna otra á mi nombre, con un objeto ruin ó necio, la tenga por apócrifa. No todos tendrán la irritada urbanidad de ese buen padre, y acaso abriguen fermentando callados en su pecho un rencor injusto contra mí; pues lo común y lo debido es no contestar á una carta depresiva.

Pero ¡qué ignoble calidad de enemigos! No contentos con insultarme se ponen á insultar á otros á mi nombre. El anónimo es el terreno de la infamia: ahora, el mentir, el denunciar, el ofender en cabeza ajena, delito es digno de la horca. No es la primera *carta*: ya un *distinguido poeta* andaba á leer una donde se refería una aventura muy triste para mí. "La audacia de Montalvo es pura ficción; al instante que vea á don Gabriel, no sabe por dónde es más derecho", decía poco más ó menos el corresponsal. No sé qué pastuso me había *metido en un zapato*, y García Moreno era un *tonto* en no hacer lo mismo. ¡Pobre pastuso! en ayunas está de esa victoria. Corrió la cosa de manera que no le permití ni hablar mientras yo las había con su compañero; porque eran dos, esto más. Cuando yo salía desarmado por su modestia *ad hoc*, se me paró uno de ellos en la puerta, y solicitó mi amistad para en adelante: Somos sujetos de diferente condición, entre los cuales no cabe amistad, fué mi respuesta y despedida.

Me paseo siempre solo, y siempre por despoblado, y á tanto va *mi extravagancia*, que me paseo de noche. Nunca he topado pastuso ni pastusa en mis soledades: esos valientes de media plaza, no prometen gran cosa. Si no es verdad al pie de la letra lo que he dicho, ya saben los Rodomontes en donde me han de hallar para desmentirme. No tengo audacia por sistema, Dios me guarde; mas pienso que el hombre no debe vivir, si no vive respetado de los buenos y temido de los ruines. En este concepto cualquier enemigo tiene mi vida pronta, si no

es infame. Se puede castigar á un perro, mas no se riñe con él. *Su Señoría*, el de la carta, fué engañado ó quiso engañar. Y repito que esta guerra es indigna de hombres de alguna suposición.

En cuanto á Su Reverenda, el padre Mera, debo añadir que su réplica fué en un todo satisfactoria para la moral en globo, y para mí en particular. Revocó sus disposiciones acerca de *las víctimas*, y en términos me trató, en un todo contrarios á los de su primera carta.

---

# ESTILO FAMILIAR

## CORRESPONDENCIA INTIMA

### MISCELANEA

20 *de mayo de* 1867.

Llamar *patria* al país en que vivimos solamente, es mezquindad, amigo mío; el mundo entero es la patria del género humano, y á todos nos aprovecha el universo. Mas, si á fuerza de voluntad y de trabajo cultivamos la inteligencia, refrenamos los disparados ímpetus del corazón, pulimos las costumbres, y en lo público y lo particular nos gobernamos por la razón, dejamos de componer aduares, y formamos un pueblo, y tenemos patria. Mientras más civilizado es un pueblo, más apego tiene á ella; los franceses, los ingleses tienen más patria que nosotros, y gustosos se sacrificarían por la suya.

Veo que todo va aquí muy lentamente: las leyes, ó son malas ó no se las observa; el gobierno, ó es tiránico, ó en una invencible estolidez no sirve para nada; la ilustración no halla camino; las costumbres políticas están perdidas, ó para decirlo mejor, aún no las conocemos. Y no soy pesimista, ni me concreto á hablar de nuestra nacionzuela: extiendo la mirada por la anchurosa América

del sud, y veo un tumulto de gente alzando los brazos y dando voces, sin saber por qué : revolución por aquí, revolución por allí; motines por acá, motines por allá; guerra, sangre, muerte en donde quiera, y el patíbulo surgiendo y descollando airoso y elegante, como una azucena del infierno.

— ¿Quién viene por el mar? — Es una flota europea. — ¿A qué viene? — A reconquistar la libre América. ¡A las armas! gritan los americanos; y las voces más altas, y los ademanes más feroces son de los que están acechando la oportunidad de poner una zancadilla á la pobre América.

No se me olvida la baraunda de Quito cuando llegó la noticia del triunfo del Callao : *las sociedades* andaban con caja por las calles, diciendo loas en las esquinas, y ofreciendo sus servicios á cuantos encontraban. Y buenamente los *patrióticos* y los *republicanos* iban á salir con cuadros, y banderas, y santos, y cirialcs, cantando en coro, no la Pírrica, ni la Marsellesa, ni el *Ranz des Vaches*, ni el *God save the Queen*, sino el *Te rogamus audinos!*

Para patriotas, no hay quien les vea la cara á los ecuatorianos; ¿y cómo se la han de ver, cuando todo su tema es *esconderse* al menor peligro, á la menor necesidad que de ellos se tenga? Patriotas conozco, y de los mejores, que han contraído tal hábito de esconderse, que, viviendo en plena paz, en paz *geronimiana*, y en completa seguridad de la persona, no pueden vivir tres meses sin esconderse siquiera quince días : en lo mejor desaparecen, y el diablo que dé con ellos. Pues señor, están ejerciendo la política, están escondidos; ¿no ve usted que tienen las narices largas? Se dan un mes de encierro ó de despeñaderos, por lo que les puede suceder de aquí á cuatro años; ó bien será por no perder la costumbre, para cuando se les ofrezca : todo pide ejercicio, amigo. Cuando salen húmedos, enmohecidos, ahilados, oliendo á ratonera, y

entre ellos se ven las caras, no dejan de reírse, pues ninguno sabe por qué se escondió; si bien al topar uno con otro ambos exclaman: ¡De la que nos escapamos!

*Los patrióticos* y *los republicanos* solemnizaron muy bien el triunfo del Callao con algunas docenas de improperios á los del bando opuesto, y cada cual quedó muy satisfecho de su patriotismo; con esta diferencia, que *los republicanos* acusaban de traidores á la patria á *los patrióticos*, y *los patrióticos* se empeñaban tenazmente en que *los republicanos* fuesen los traidores. Buen provecho.

Yo pienso que ni unos ni otros son patriotas, ni republicanos, ni realistas, ni rapistas, ni alforja; y que cada cual se esconde cuando le conviene, y sale cuando pierde el miedo, y grita cuando oye gritar; á la hora de comer se va á su casa, y santas pascuas.

Van fuera de esta regla aquellos hombres respetables, que á fuerza de sacrificios, y de virtudes cívicas, y de padecimientos honrosos han llegado á poseer fundadamente el aprecio de sus conciudadanos. Hablo tan sólo de esos patriotas, que, si triunfase España, serían españoles, y ayudarían con eficacia á mandarnos á los pontones de Cartagena; y de esos *republicanos* que de buena gana fueran condes del Verde sauco.

Dilucidado el punto del *patriotismo*, con lo cual muy poco me ha movido usted, amigo mío, vengamos á otra materia; pero antes me he de explicar. El patriotismo de buena ley, sincero, ilustrado y generoso, es uno de los más nobles afectos del hombre: lejos de desdeñarle, yo me recojo, y medito en sus aras, y venero la santidad de esa religion sublime. El género humano, la patria, la familia, el individuo, tal es la graduación de la filosofía; el que la invierte ó la pervierte es renegado de la virtud. Sólo siento no tener buena, noble y grande patria, donde ser noble, bueno y gran patriota.

28 *de mayo.*

Aquí tiene usted, el profundo silencio de mis enemigos y de *mis amigos* después del segundo Cosmopolita, es cosa que me conmueve de veras. ¿Acaso esperaba yo semejante triunfo ? Es que tenía de ellos peor opinión que han merecido. Si hubiera yo aceptado su guerra, habría sido víctima, sin duda : á vituperios, á mentiras, á sandeces me llevan cuesta abajo, me pueden : acogíme á la razón, encastilléme en el honor, cubríme con la dignidad, y los he vencido ; es decir, han vencido la dignidad, el honor y la razón ; y quien se deja vencer por ellos es digno de alabanza, es victorioso. Pongamos escuela de civilización y de virtudes, y verá usted hervir en ellas mil aprovechados alumnos, que á poco serían maestros. Libertad, paz, buen gobierno, y todo irá bien. ¡Mas qué desgracia ! no nos faltan aptitudes pero nos faltan medios : somos libres mientras no nos oprimen ; gozamos de paz mientras no hay revoluciones ; el gobierno es bueno, porque no hay quien haga ver lo malo. El no escribir ni un diario, ni un periódico en todo una capital, es terrible argumento contra la libertad y la ilustración de estos pueblos. En los Estados Unidos se publican poco más ó menos mil periódicos : nuestra civilización es respecto de la de los Estados Unidos lo que uno á mil. La imprenta es la Academia, el Pórtico y el Liceo de nuestros tiempos : si no tenemos quien nos enseñe, nada aprendemos ; si no tenemos escuela, no tenemos donde ilustrarnos.

¿Con qué derecho se ha de llamar partido político uno que no escribe, ni habla, ni proclama sus principios, ni propaga sus ideas ? Estudio, progreso, utilidad pública son condiciones indispensables para levantar cabeza y preponderar como buenos. Estar esperando casualidades, invasiones, revoluciones, es programa innoble que no debe prevalecer

en justicia. Conviene pensar, hablar, obrar, hacer algo por sus semejantes, por el bien general, por el adelanto y la grandeza. Lo he sabido, propusiéronse ahora poco los liberales escribir un periódico; pero se fué á ellos un día uno de los de narices largas, y les predicó, que les dejó convertidos. "No es tiempo, dijo; no conviene". Y todos le creyeron, y no fué tiempo, y no convino. Siempre conviene, amigos, sostener las leyes, defender la cosa pública, propagar las luces; y jamás deja de ser tiempo para manifestarse hombres de honor y de valor. ¿Qué es ésto, caballeros? si no es tiempo, si no conviene, ¿por qué se empeñan en sacarme del silencio á que estaba determinado? Para ellos no es tiempo; para el que sabe echar el gato al agua, no es tarde ni temprano. Escribo, no como persona de partido, sino como amigo de la verdad y la ilustración. Soy el primero en despreciar á los ruines, mas estoy pronto á respetar á los buenos, á cualquier bandera á que pertenezcan. He cedido á las insinuaciones de ustedes, no con la esperanza de resucitar un partido muerto (maldita sea la resurrección; tierra le echara encima), sino con la de formar uno bueno y grande, nuevo y justo, que comprenda la hombría de bien, el pundonor, la generosidad, la aplicación al estudio de la política y de la filosofía. Conviene escoger el grano, amigo mío, echar el ballico á un lado, para llevarlo al molino. Eso que aquí llaman *rojos y conservadores* está lleno de escoria: démelos usted en harnero, y le pegaré tal sacudida, que no quede sino el oro en pepita. Y de paso, amigo, nada me gusta más que estos *rojos*: son *despreocupados*, se sonríen con lástima de las cosas religiosas, cuando están en completa seguridad; pero demos que les alcance una tempestad de rayos por ahí, y no se da fraile más devoto que ellos: se santiguan, rumian su credo, prometen misas de todo corazón. Pasa el peligro, vuelven á ser *rojos*, no

creen ni en Dios, admiran á Proudhon, son magníficos Apuesto cualquier cosa que en el terremoto no hubo un hereje : sería de ver y oír á estos *despreocupados* filosofistas, si la tierra empezase á bailar borracha, y las torres á desplomarse fracasadas, y el suelo á abrir bocas de lobo, y las casas á hundirse ; lóbrego el cielo, triste la atmósfera, gimiendo la naturaleza profunda y misteriosamente : todos nuestros *sacha*-ateos, incrédulos de salvado se confesarían á gritos unos con otros. Tampoco quiero decir que me parezca bien estos *alma-santas* ridículos, viciados á la hostia, como el ebrio consuetudinario al aguardiente ; que van á la *santa escuela* de Cristo con la santa escuela del diablo en el pecho ; que andan saludando *por humildad* hasta á los criados, y no pierden ocasión de aumentar sus bienes de fortuna, aun con perjuicio del infeliz ; no, éstos tampoco me gustan ; y si en mi mano estuviera, los reclutara á unos y otros, y montados en chivos, los mandara al país de las monas, á destruir los huevos de grulla. Yo quiero el cristiano á lo Cristo, el hombre de sano corazón, que no solamente escucha la ley, pero también la practica.

Conque, decía un partido bueno y justo, nuevo y grande. A éste pueden pertenecer todos los que tengan la conciencia pura, y se sientan con inclinaciones elevadas y con altos pensamientos. Si por esto me aborrecen los que no prosperan sin arruinar á los otros ; los que no pueden vivir sin enterrar á sus contrarios ; los que no se tienen por libres si no persiguen al vecino, aborrézcanme en buenhora. Pero yo me dejo matar antes que seguir ciegamente á este ni á aquel hombre ; y á manos de Carrión, de Urvina ó de García Moreno moriré por la justicia, ó por ella me honrarán estos sujetos. Hay urvinistas que entre bastidores me sindican de *ingrato*. ¡Qué infamia!

Ingrato, porque he sido el único que se ha atrevido á alzar la voz en favor de ese desgraciado proscrito, y decir lo que había bueno en él; ingrato, porque he reconocido sus defectos; ingrato, porque no pisé su casa, ni le conocí miéntras fué presidente. Los que lograron de Urvina cuando hubo que lograr en él, y le tiraron piedras cuando no tuvo qué darles, ésos son agradecidos y generosos pechos.

Es cosa de convertirse: ahora no hay quien no hable mal del pobre Urvina, inclusive sus amigos, porque hace tiempos reposa en la tumba, porque está lejos y sin esperanza de volver al mundo. Cuando venía, cuando el heroico Pepe Marcos dió su gran golpe, eso sí que era bueno. No pocos adictos al Gobierno, políticos tornasoles, comenzaron á decirse entre ellos: Conviene hacer algo por Urvina. En cuanto á los urvinistas, no había más Dios ni Santa María que *el general*. Va *el otro*, se come de un bocado la gentezuela, se mete los buquecicos en el bolsillo, y se viene barriendo la expedición: ya Urvina es todo lo contrario: "Ese bruto", "ese majadero", "ese cobarde". Si hay justicia en estos reproches, él se lo sabrá; mas póngase á venir de nuevo, y verá como vuelve á ser Excelencia y libertador, y Jefe Supremo.

Acuérdome haber leído en un libro de ese interesante badulaque de Alejandro Dumas una especie muy salada. Cuando Napoleón estaba confinado en la isla de Elba, los periódicos de Francia no le conocían sino por *el monstruo, el tigre, el diablo*. Pónese Napoleón en movimiento, empieza otra vez á tragarse el mundo á bocados, y los periódicos, los mismos periódicos, se entiende, se expresan de este modo, conforme el héroe va acercándose á la capital.

El monstruo ha desaparecido de la isla de Elba.

El ogro ha desembarcado en las costas de Francia, entre Cannes y Antibes, en el golfo Juan.

El tigre ha salido de las montañas de Grasse.

El tirano ha pasado por Seranón, Barreme y Digne.

Bonaparte ha llegado á Gap.

Napoleón durmió anoche en Fontainebleau.

Su Majestad el emperador entró ayer en su real palacio de las Tullerías en medio de las aclamaciones de su pueblo.

No me enojo; me río de nuestros patriotas á rata por cantidad.

El pobre Urvina no es *monstruo*, ni *ogro*, ni *tigre*, ni *Excelencia*, ni San Pedro, ni calabazas; no es sino un hombre bueno, muy ducho en el errar. Pero sus manos están limpias; y, aunque ahora sea un *pícaro* y *un malvado* para sus enemigos, no le contará Dios en los dedos las muertes que ha hecho, los crímenes que ha cometido. En suma, Urvina es un buen hombre, que de puro bueno no sirve para nada. Si hubiese yo de formar un gran presidente, tomaría de Rocafuerte el ardor por la ilustración general; de Roca la estoica dignidad y la prosopopeya; de Urvina la mansedumbre y la humanidad (Todos los prisioneros de Urvina respiran, y aun le quieren); de García Moreno la energía y el delirio por las obras públicas: y tendríamos un hombre bueno, un excelente magistrado.

Lo de la *ingratitud*, amigo mío, me llama un instante la atención.

Los ruines están siempre prontos á llamar ingrato al que desprecia sus ruindades. Pero es abominable cosa el acudir á la mentira, y aun á *la calumnia*, para ocultar el verdadero motivo de los acontecimientos. "En verdad la mentira es un horrible vicio, dice Montaigne; no somos hombres ni vivimos unidos sino por la expresión de los afectos y los pensamientos. La inteligencia corre por el

canal de la palabra : el que la dice falsa, traiciona á la sociedad humana : ella es el instrumento del espíritu, el intérprete del alma : quien nos engaña, rompe ese necesario cuanto noble comercio, y deshace las ligaduras de la unión social ".

Esto es lo mejor que tienen los filósofos virtuosos, — el aborrecimiento á la mentira : á mi ver no hay cosa que más envilezca á los hombres. El que miente desprecia á Dios, verdad eterna, y teme á sus semejantes, ya lo había dicho Plutarco. La mentira por maravilla no vendrá en junta de la pusilanimidad.

Acuérdome haber dicho en el seno de la confianza, que, en caso de triunfo para los principios liberales ; para en caso de establecerse un gobernio bueno y justo, observador de las leyes, digno y elevado ; lo único que aceptaría yo sería una legación á Europa. Esto me honra : deseara volver á Europa, á fin de ilustrarme ; mas por el abatimiento, ni á la gloria me llevan.

Ya usted ve que me desentiendo de los que han dado lugar á estas líneas. Mi arma no es *el puñal*, ni busco enemigos dormidos : todos me han visto poner el pecho al peligro á medio día, fuera de los que volaban á esconderse cuando yo salía á buscarlo. No prospero con ruindad, y me admiro de las imputaciones de *esos malos amigos* y peores ciudadanos. Que me den motivo y ocasión en adelante, y habrán de ponerse el birrete de Merlín para volverse invisibles.

12 *de junio.*

Todo está bueno ; pero lo *del gallo* no le perdonamos todavía, dicen los literatos de trastienda. Yo pienso que un gallo de Lamartine, uno de Víctor Hugo, uno del profeta Isaías y una grulla de Byron no necesitan nada

para formar el más dulce y melodioso concierto. Empero si ellos no bastan, habré de acogerme á la autoridad del padre de las humanidades, al venerable Horacio. Y cuidado que un gallo de Horacio es tanto como la serpiente de bronce del desierto.

Ad *galli* cantum consultor ubi ostia pulsat

Este Horacio es un majadero; *¿qué hubiera sido si hubiera oido cantar al gallo en el lecho de Lucrecia?* ! Pobres censores ! si supieran qué es poesía y de dónde nace, no se rieran tanto de ella.

No ha mucho tiempo me traía lleno de aprensiones un personaje de singular aspecto : cara de vampiro, pálido, chupado y transparente; labios húmedos y colorados; largos mechones colgando por las sienes; capa de clérigo, bordón y zuecos. Este hombre me traía entre dientes, como dicen : no era yo dueño de pasar por tal esquina, sin que se me riese en las barbas, mirándome de reojo con el más subido desprecio : una cachaza de matarlo. Mas era tal su pelaje, que nunca me resolví á dirigirle reconvención ninguna. No había vez que nos encontrásemos que no se riese de mí. — ¡Pelmazo ! le digo al fin, no pudiéndole ya sufrir; ¿ de qué se ríe ? y le pongo el estoque en la cabeza, como la espada de Damocles. — Señorcito, exclama el vampiro con voz sumisa y amelada; es el cariño que le tengo. Cuando me alejaba riéndome á mi vez de la aventura, tira hácia mí cojín cojeando, y por la Vírgen santísima me pide *alguna cosita*. Vaya, dije, éstos son los que se ríen de mí.

Otra vez soltó una carcajada al pasar yo un Rodomonte, un *castellano viejo* de mal corazón, uno de esos de á uno en carga que no suele faltar en las ciudades; pero de modo que yo pensase que no era por mí, pues me dejó tomar buen trecho; y que los demás creyesen que de mí se burlaba.

Al otro día fuí calladito á su casa, le puse las peras á cuatro, y cuando porfiaba en hacerle tragar un pedazo de plomo, hizo tanto que me convenció de que no tenía yo admirador más ardiente que él, ni tendría mejor amigo en adelante. Estos son los que se ríen de mí.

*Vae ridentibus.* ¡ Ay de los que se rien !

Todos éstos se han reído de *mi gallo* de la Roca Tarpeya. Y no es razón ; pues cuando el gallo canta, guardan silencio las gallinas, según el modo de pensar de Juan de Meung :

C'est chose qui moult me déplaist
Quand poule chante et coq se taist.

Y ya que se ríen tambien de Horacio, vamos á ver si respetan algo á Milton :

the crested cock whose clairon sounds
The silent hours.

" El crestado gallo cuyo clarín anuncia las horas silenciosas. "

Aquí tienen ustedes un gallo épico, un gran gallo ; y no rompido de la crisma, como ustedes, sino con cresta muy entera. Un gallo crestón en una apopeya, en el Paraíso Perdido. ¿ Quién se ríe ? No faltará quien. Cuando Bossuet pronunciaba sus oraciones fúnebres, un clerigüete sordomudo estaba por ahí metido en un rincón de Nuestra Señora, riéndose entre la sotana. Esto no lo he leído en ninguna historia, pero así ha de haber sido.

¿ Conque también se ríen de Milton los poetas de toda broza ? Cuando éstos se ven la cara, deben reírse de sí mismos ; y si pudieran verse el alma, llorarían de cosa tan fea y triste. Lástima que no haya ocasión de pagar la risa, como hasta ahora poco se pagaba el llanto en los

entierros : ¡qué buena comparsa de *riones* formaríamos con el hato de censores y poetas que tenemos la honra de poseer! Los poetas hoy en día se propagan como el gusano de la seda; y no comen morera solamente, sino lo que pueden. Fuera cosa graciosa algunas docenas de poetas y censores alquilados para reír en los bodorrios. Si se me ofrece, ya sé á quiénes he de buscar y quiénes han de complacerme.

Volvamos al gallo : y pues los de la tierra no les satisfacen, les doy un gallo en el cielo, y no el de San Pedro, por ser muy conocido, sino otro de mejor cría.

El ángel Gabriel trajo de la Meca el Alborak, monstruo compuesto de caballo y de camello. Montado en él, Mahoma el profeta, subió á los cielos por una escalera de luz. Lo primero que vió fué un gallo, blanco al par de la nieve, y de tal magnitud, que con los pies tocaba el primer cielo, y con la cabeza daba en el segundo; bien que cada uno de los siete estuviese separado del superior por un espacio de quinientos años de camino. Todas las mañanas canta Dios un himno, y el gallo le acompaña. De donde proviene que todos los gallos de la tierra canten á la misma hora. Y el gallito era pequeño en gracia de Dios.

El primer cielo es de plata : allí encontró Mahoma á nuestro padre Adan. Pero esto no es mi asunto, sino ehartarles de gallos á esas gallinetas que tanto han cacal reado. ¡Válgate el diablo! no pensaban nuestros literatos que yo los tuviese tantos y tan finos á mi disposición. Y no se me han acabado; mas para acabar con éstos hemos hecho ya lo necesario.

Al capón que se hace gallo, azotallo. Y á manera de posdata les he de poner un gallo castellano, un gallo de Cervantes, por si no me entiendan á los latinos, ingleses, franceses y musulmanes.

Dejo el bailar por tu causa,
Ni las músicas te pinto
Que has escuchado á deshoras
Y al canto del *gallo* primo.

15 *de junio.*

No me hable usted de nuestros diputados, es asunto ingrato, amigo mío. Su elección no prueba sus aptitudes, puesto que se hacen las elecciones á sangre y fuego. ¿Ve usted venir por ahí una sarta de campesinos engarzados en un cabestro ? Son electores, vienen á sufragar. Mire usted desfilar esa retahila interminable de hombres del pueblo : son las milicias que salen en formación á sufragar en presencia y por orden de sus comandantes, habiéndoseles repartido de antemano el voto escrito. ¿ Por qué va arrastrado á la cárcel ese ciudadano ? Porque ayer sufragó por los candidatos de la oposición, y hoy se ha echado de ver que años ha cometió un pecado venial. Si por ventura un desgraciado tuvo un ruin empleo, es ignominiosamente depuesto, si no sigue las *órdenes superiores;* si tiene una justa pretensión, renuncia á ella para siempre ; si entabla una acción legal en los tribunales, sale mal porque el brazo del gobernador es más largo que el de Carlos Longimano, y todo lo agarra, y todo lo golpea, y todo lo destruye. Los bandoleros ejercen la justicia en sus cavernas ; la equidad es una ley sagrada entre ellos : ¡ vaya usted á buscar equidad y justicia en las mesas electorales ! Elecciones beduinas, elecciones moscovitas.

La tiranía de un ruin bajá en su provincia es mil veces peor que la del tirano principal. En algunas ciudades el abatimiento de los oprimidos y el desenfreno de los opresores ha llegado á su colmo. Deje usted, el tal sufragio popular es el arma más terrible que manejan los dictadorcillos de la América latina. Sufragio popular y pueblo esclavo : ¡ qué ocurrencia !

¡Y qué demonio! casi siempre se elige lo peor: la virtud, el talento, la instrucción quedan arrinconados; sería una desgracia el que hubiese quien se acuerde de ellos: para el Congreso se requiere ignorancia, tontera, corrupción: de otra suerte, ¿cómo había de ser *grande hombre* el tiranuelo? No digo que siempre y con todos sucede lo mismo; hay hombres dignos y de valer que á pesar de la opresión son proclamados; pocos, eso sí, muy pocos: ¿quien me afirma que la mayoría no es inepta?

La virtud en el mundo está siempre en lamentable minoría; pero felices los raros pueblos en donde, á pesar de la influencia del poderoso, triunfan los principios justos. Estamos viendo muchas veces á Napoleón corrido en el camino eleccionario: Ollivier, Thiers, Julio Favre son diputados perpetuos al Cuerpo legislativo. Y una vez que el gobierno anuló ciertas elecciones, los mismos diputados electos obtuvieron doble número de sufragios. El escándalo en los asuntos públicos es la muestra más clara de la barbarie de un pueblo: gobernantes que no conocen, ó que han perdido el pudor, buenos son para delegados del Czar de Rusia en Polonia. ¿Cuándo se atrevería en Francia ó en Inglaterra el gobierno á intervenir directa y tiránicamente en las elecciones? el sufragio popular es respetado, tiene un sello inviolable: puede seducirse al sufragante, pero no se le compele, no se le oprime, ni se le castiga después. Las bayonetas permanecen en su lugar, los magistrados guardan su puesto. Aquí hemos visto gobernadores presidiendo la mesa electoral, cuando la ley les prohibe hasta el acercarse por ahí: las milicias van muy activas en tiempo de elecciones; la patria está en peligro; anda la leva furiosa por las ciudades y los pueblos; los esbirros del tirano tienen *mano de hierro*. ¡Y somos libres, y vivimos en república! Qué atrocidad, qué desvergüenza, qué infamia!

La *mano de hierro* es brutal, insensible, agarra lo que puede; y como agarra duro, la presa está segura. Por este sistema, ¿ qué diputados serán los nuestros ? Diputados esbirros que aprueban y aplauden todas las iniquidades del tiranuelo; hermanos Sansones de París, que tienen á desgracia el que sus tijeras permanezcan ociosas.... Diputados de reata, votos pedarios, oradores de resorte, que se alzan ó se sientan como lo quiere el prestidigitador. Diputados de balanza, maromeros condecorados, volatines con inmunidad. Diputados sordo-mudos, á quienes es preciso enseñar primero el uso de la lengua, para ver de enseñarles á leer y escribir. Diputados de mayoría, cuyo voto aumenta siempre el mayor número. Diputados-plumas, que vuelan á la menor discusión apurada. Diputados paralíticos, que se echan á la cama el día que con su voto pueden enojar á alguna clase poderosa. La diputación es muy variada.

Está la cámara en sesión.

UN SENADOR

— Que se conceda al Presidente de la República un voto de confianza.

EL PRESIDENTE DEL SENADO

— ¡Párense!

Se paran todos, y el voto de confianza es concedido.

OTRO SENADOR

— Que se declare al Presidente de la República absuelto de cuantos delitos ha cometido y ha de cometer en adelante.

EL PRESIDENTE DEL SENADO

— ¡Párense!

Se paran todos, y el Presidente de la República queda impecable, á semejanza del pontífice romano.

—

Está la cámara en sesión.

UN DIPUTADO A SU VECINO

— ¿ Me quedo sentado ?

— No sea usted bruto, hombre; y para qué fué el convite de Su Excelencia ?

—

Está la cámara en receso. Conversan varios diputados acerca de cosas importantes. — Esa pretensión del gobierno es injusta; no la sufro por mi parte, ni le favoreceré con mi voto, dice un *independiente.*

El ministro le pasa la mano por la espalda, llamándole sonreídamente *señor gobernador ó señor administrador.*

Pues nada más puesto en razón que el deseo del gobierno, dice al otro día el diputado consabido, entre los mismos colegisladores. Y por su voto, el gobierno se sale con la suya.

—

UN DIPUTADO, en su lenguaje.

— Hombre, esta lay yo no lo entiendo.

OTRO DIPUTADO

— Ni yo tampoco. Hum.... cosa de layes.

—

UN SENADOR

— ¿ Qué dijo Su Excelencia ?

— Que vengamos á comer en su casa. ¿ Querés ?
— Por de contado.
— Pero ya no tenés voto en adelante.
— ¿Y á mí qué me importa ? yo no pido sino galantías.

—

Está la cámara en sesión.

EL PRESIDENTE DEL SENADO

— ¿ Qué hay sobre la mesa, señor secretario ?
— Una solicitud de Paulino Buenaga pidiendo se le mande pagar quince pesos por un bagaje que no se le ha devuelto.
— Está el asunto en discusión.
La cámara se ocupa tres días del bagaje de Paulino Buenaga.

—

Está la cámara en sesión.

EL PRESIDENTE

— ¿ Qué hay sobre la mesa, señor secretario ?
— Un proyecto de ley acerca del uniforme ó librea de los empleados.
— Está el proyecto en discusión.
Se discute tres veces el proyecto, pasa, y el Ejecutivo objeta con gran calor un cierto calzón corto de los administradores de correos. Insta la cámara, y el Ejecutivo se venga con añadir á *la librea* sombrero de dos picos y espadín.
He ahí á los administradores de correos en pelaje de matarlos.

—

Está la cámara en sesión.

EL PRESIDENTE DEL SENADO

— ¿ Qué hay sobre la mesa, señor secretario ?

— Una representación de los religiosos de San Diego pidiendo se mande moderar el tropel de las recuas que pasan por las cercanías del convento.

Un diputado muy elocuente pide que el asunto se discuta en sesión secreta ; y en sesión secreta opina que realmente los cadáveres del cementerio no deben de estar bien con tanto ruido. La cosa fué muy acalorada, y por poco no llegan á las manos, por no decir á los pies, los oradores.

—

Está la cámara en sesión.

EL PRESIDENTE

— ¿ Qué hay sobre la mesa, señor secretario ?

— Una moción pendiente acerca de reformar el plan de estudios, con modificaciones encaminadas al mayor desenvolvimiento de la instrucción.

EL PRESIDENTE

— Encarpétese.

—

Está la cámara en sesión.

EL PRESIDENTE

— ¿ Qué hay sobre la mesa, señor secretario ?

— Un proyecto de ley por la cual se suprimen ciertas gabelas onerosas y muy perjudiciales á la asociación civil.

EL PRESIDENTE

— Lo preguntaremos á Su Excelencia.

—

Está la cámara en sesión

— ¿ Qué hay sobre la mesa, señor secretario ?

— Una solicitud de Dominga Pelagallo pidiendo se le regalen cinco mil pesos á título de indemnización de perjuicios recibidos de un gato en tiempo de Fernando VII.

Un orador pide que el asunto se discuta en sesión permanente.

—

Está la cámara en receso.

UN SENADOR CANONIGO desperezándose,

¿ Hááááááá ?

UN SENADOR CORONEL

— ¿ Buena siesta nos ha echado su señoría, señor prebendado !

— Y qué quiere usted, coronel ; si no somos hombres de armas tomar.

— Sino de pan comer, y de plata ganar, y de cama dormir, ¿ no es ésto ?

— No sea usted grosero.

—

Está la cámara en receso.

UN GRUPO DE DIPUTADOS

UNO DE ELLOS

— Pues señor, yo no estoy con los botines de puntera de hule.

—

OTRO

— Hombre, si no hay cosa más linda.

OTRO

— Hace un hielo de morirse.

OTRO

— Vaya con el calor.

—

— Está la cámara en receso.

DOS DIPUTADOS, pascándose

— Estoy resuelto á irme á Europa á hacerme curar la oreja. ¿Qué distancia tenemos ? ¡creo que Roma está más allá !

— Parece que viene usted de las Batuecas : Europa está mucho más atrás.

— ¿ Qué tiempo se hace ?

— Si va por el Estero Salado, siete meses. Pero en vapor, se pone usted en mes y medio.

— Y en un buen macho, ¿ cuántos días podré echar ?

— Si el macho es bueno, quince días.

—

No hay estilo más claro que el parabólico : las santas Escrituras hablan siempre por parábolas : las comparaciones, parificaciones y símiles son muy del gusto del pueblo, y jamás entiende mejor, que cuando se le personifican los vicios ó defectos, cuando se le ponen por delante las iniquidades ó ridiculeces que se censuran. Autorizado por altos ejemplos, usaré algunas parábolas, ó semejanzas para que se me entienda mejor.

Las costumbres españolas en consorcio con las de nuestros legítimos ascendientes — los indios — tienen casos y cosas dignas de admiración y de compasión á un mismo tiempo.

Los que gustan de observar, han visto que, en ciertas fiestas ó bodorrios, los indios más crasos y ordinarios salen de repente vestidos de militares, con casaca bordada y galonada, pantalón de franja, sombrero á lo Napoleón, borlas y argentería de todo linaje, zapatos de hebilla, y espada al cinto. Tras este regio atavío entreparecen las orejas del lobo : el pobre indio, hecho á la holgura y ligereza de su lienzo, no sabe qué hacer de los brazos y las piernas aforrados en esos paños antidiluvianos, cautivo el pie en zapatos de alquiler, y guantes por añadidura. Cara atizonada, cabellera cerdosa, ojos tímidos, y un andar tristemente ridículo, he aquí el personal de ese infeliz Athahualpa. Si no se le compadeciera, causara mucha risa. Pero está de *capitán*, gran categoría, timbre alcanzado solamente por los más *viajeros* indios.

Pues no sé por qué hallo muchísima semejanza entre esos pobres esclavos, que salen una vez al año de parada, y nuestros diputados al Congreso. De buenos hombres, hombres de nada y de no nada, vienen éstos de las provincias, gozan de inmunidad, y se pasean en la capital con mucha prosopopeya, pensando que realmente son gente de chapa. La diputación, la inmunidad, la categoría no son sino el casacón bordado, el sombrero de dos picos y la espada de *los capitanes*. Despójelos usted de ese vestido, y quedan unos hombres infelices, á quienes sin escrúpulo se puede pedir candela.

Siguen las parábolas.

Un jóven de buena familia, de esos que no han inventado la pólvora, entró en la carrera de las armas : Por *despalpajarse* un poco, dijo, no porque le faltase qué comer en su casa. Diéronle el grado de alférez, bueno ; y como los oficiales de su regimiento tuviesen las noches *academia*, nuestro aspirante nunca pudo acertar con la lección, ni

dió al comandante respuesta que no fuese un desatino. La ordenanza militar, en uno de sus artículos, dice, que el soldado ha de andar limpio, bien traído, airoso : la chupa con botones, entera, ó con remiendos bien hechos, y otras disposiciones no menos importantes. Pues cuando le llegaba su vez al noble alférez, todo lo decía al revés; y eso que tenía rentado á un comilitón, amigo suyo, para que, puesto tras él, no le dejase errar. Socarrón de plana el amigo : todo lo soplaba cambiado.

— Alférez tal, dice el comandante, ¿ cómo debe ser la chupa del soldado ?

— La chupa.... la chupa....

Y con el pie implora el auxilio del amigo.

— ¡Con remiendos mal hechos, sin botones ! le dice el soplón por lo bajo.

— ¡Con remiendos mal hechos, sin botones ! repite el alférez.

EL COMANDANTE

— Conque con remiendos mal hechos, sin botones. .... Vaya usted arrestado por dos días.

Así son nuestros oradores : La chupa.... la chupa.... y se acabó.

—

Una excelente señora, hablando de cierto galán, dice en voz apretada y precipitada : Con el un brazo abraza á la Conchita, con el otro brazo abraza á la Manuelita : ni se sabe á cuál quiere más.

He aquí el símbolo de nuestros diputados de dos caras, semejantes á la estatua de Jano : con el un brazo abrazan á la Conchita, con el otro brazo abrazan á la Manuelita : ni se sabe á cuál quieren más.

—

Un mudo con habla, de esos que son el todo en una

casa; que ponen leña, traen agua, barren el patio, pero en descuento de estos servicios son enamorados de todas las criadas; desapareció impensadamente de casa de un amigo mío. No hubo quien no le sienta; y cuando al cabo de tres años no había quien se acordase de él, venle un día de repente paseándose en el corredor, muy peripuesto, con pantalón almidonado, *poncho* y sombrero nuevos.

— Vengo á saber si me caso ó no, dice; y cuenta con que me digan Juancho, porque ya vengo de otro genio; por eso mismo me he perdido tres años enteros. Ahora me llamo Juan Manuel.

— El Juancho, el Juancho ha venido! siguen exclamando los demás sirvientes.

— Ya digo que vengo de otro genio: si no me llaman Juan Manuel, me he de acabar de ir, y no me han de ver más.

Si nuestros diputados quieren que les llamemos Juan Manueles, vengan de otro genio, siquiera por esta vez; si no, les hemos de llamar Juanchos, aunque se acaben de ir.

—

*Continúa el 27 de julio.*

Mis recuerdos, en política, no remontan sino hasta el tiempo de Roca; y puesto que ajeno á ella entonces por carácter y por edad, no deja de presentarse á mi memoria aquella animación general, aquella ocupación intelectual aquel hervir de la gente en estudios, asuntos de gobierno, artes y más cosas pertenecientes á la sociedad humana. LIBERTAD era una palabra de sentido, un cuerpo con alma, un guisado sustancioso: el Gobierno tenía gran partido, pero también gran oposición; y oposición ilustrada, valiente, emprendedora: lejos de *esconderse* los diputados, ponían el pecho al peligro, acometían grandes proyectos,

acusaban á los gobernantes y clamaban á grito herido por las leyes violadas. El Gobierno por su parte era esforzado y fuerte : un ejército aguerrido y disciplinado, el ejército de marzo, estaba á su disposición ; y con todo, los congresos eran completos ; se proponía, se discutía, se resolvía, y muchas veces á despecho del Gobierno. Es que el Gobierno tenía por ley la observancia de las leyes ; y la opinión pública, y el concepto de las otras naciones no había llegado al menosprecio que han sufrido en la última y prolongada tiranía. El Ecuador era nación entonces ; nacioncita, pero nación ; se enseñaba y se aprendía, se gobernaba y se dejaba gobernar, se hablaba, se escribía, se tenían noticias del mundo y se formaba parte de él. Un cierto gozo impreso en el semblante general indicaba el buen ánimo de los ciudadanos ; y esa actividad, y ese deseo de tomar parte en los asuntos públicos, y ese empeño de todos en contribuir al progreso, hablan ciertamente muy en favor de aquella época de la República. No pretendo lavar de toda mancha á ese Gobierno ; defectos ha de haber tenido, como formado de hombres ; pero la resultante de todas sus líneas es recta, prolongada y muy airosa.

El agio deslustra ese Gobierno ; llega Urvina, y el agio es extirpado (Hagámosle justicia, ¡por Dios! por desgraciado que ese hombre sea) ; mas como contrapeso de este bien, nos trae un mal inmenso, un mal que consigo arrastra muchos males : arma el brazo militar contra el civil, cada *jefe* es un emperadorcillo tiranísimo, cada soldado un cruel enemigo de las otras clases de la asociación. Los militares son los protectores del pueblo en las naciones civilizadas : mil veces he visto en Francia al soldado tomar por suya la protección del infeliz oprimido ; pero nunca ví que un soldado robase, ni estropease, ni tiranizase de ninguna manera al ciudadano desarmado. Donde el clero no es

virtuoso y la milicia moderada, no hay civilización, desengañémonos.

García Moreno corta las cien cabezas de *esa hidra*, — la clase militar; la acomete, la persigue, y herido en mil partes, se retuerce á sus pies el monstruo, no bramando, sino gimiendo humildemente. ¡ Viva García Moreno !

Mas con la sangre de este dragón alimenta otro : quita la soberbia al uno, y ensoberbece más y más á su contrario ; corta las cien cabezas, y engendra miles ; desarma un brazo y arma ciento. ¡ Iniquidad ! ¡iniquidad !

Ha sacado al clero de sus quicios, le ha armado con armas ajenas á su profesión, le ha despertado ambiciosos y malos pensamientos : multiplicándolo sin fin, despoblando los conventos de Italia y España, nos ha ahogado en un mar de eclesiásticos del todo innecesarios. Buenos serán ellos ; pero si rompen el equilibrio de la comunidad republicana, por fuerza y razón vienen á ser perjudiciales. Todas las clases deben guardar cierta correspondencia en el número y la importancia ; si los militares fuesen más que los civiles, la nación sería perdida ; si los clérigos componen el mayor número, es perdida la nación. En cualquiera de estos casos viene á suceder lo que con aquellos escitas, que habiendo salido á una guerra lejana, á la vuelta hallaron que los esclavos se habían apoderado de sus esposas y haciendas, tras un decreto por el cual se declaraba infame al hombre libre y benemérito al esclavo. Era que los hombres libres estaban en minoría, y *se habían dormido*. Milicia, clero, todo es necesario en la nación ; pero de modo que cada cual gire en su órbita respectiva, sin más rapidez que la imprimida por el natural impulso. Si salen de su atmósfera, van impetuosos, pero errantes y perdidos por el espacio, á modo de esos meteoros siniestros que aterran por un instante al vulgo, y desaparecen para siempre. ¡ Qué amable, qué socorrido, qué útil, qué necesario

es un clero, necesario, útil, socorrido y amable! Pienso que sin clero no pudiera haber nación; mas pienso también que con demasiado clero hay menos nación de lo que conviene. Cuando el Señor aconseja la sobriedad hasta en la sabiduría, ¿no seremos sobrios en la ignorancia? No pongo aquí un epigrama: los sacerdotes sabios y virtuosos metan la mano en el pecho, y digan si estoy en lo justo.

El buen gobernante debe ilustrar al clero, no aumentarlo; el buen gobernante debe ilustrar á los militares, no insolentarlos. Buen gobernante es el que se apoya en todas las clases igualmente, que á todas apoya, á todas protege, á todas contiene, y junto con ellas se engrandece, y siembra el cariño y el agradecimiento en el pecho de sus conciudadanos. ¿No estamos ya palpando los efectos de esa superabundancia en el clero? En poco estuvo ayer no más que el pueblo, levantado enfurecido, diese una lección terrible.... Virtud, amigos, cordura y desprendimiento. Cuando le apuran, cualquier pueblo es como el pueblo de Marat; cuando le apuran, cualquier pueblo es como el pueblo de España, el pueblo de 37....

Conque nosotros vamos para atrás: compárese el silencioso abatimiento en que yacemos; la insipiencia y la pereza públicas; este infamante pero invencible miedo de todos; compárese, digo, este tristísimo cuadro de que formamos parte, con aquel que he bosquejado más arriba, y díganme si no vamos como envueltos en esos fríos vientos del infierno, que Dante hace correr en sentido opuesto al natural. ¿Cuándo nos salvamos? Nunca, si un hombre solo ahuyenta á los demás; si porque oyeron decir que viene *tal senador* con su vergonzosa diputación, empiezan á *enfermarse* unos, á estar *sumamente ocupados* otros, á excusarse y huír la mayor parte. Los pueblos les han dicho: ¿Os elegimos, para que nos dejéis en manos de

nuestro enemigo ? Diputados-comadrejas, bien merecen que *el gran mayordomo* los pele á todos, los ensarte en su asador, y los haga reventar al fuego.

En cuanto á *ese senador*, no debe buscar en el congreso un asiento que nadie le ha ofrecido : por honor, por dignidad, por amor propio, por orgullo, García Moreno debe esperar la resolución del Senado, y no ir ahí desde luego á romper con la concordia, á desterrar la paz y á disturbiarlo todo desde el primer día. Yo no sé de dónde le ha venido á este hombre el convencimiento de que la nación es propiedad suya : todo lo quiere, y todo lo quiere por la fuerza : si no fué electo senador, ¿ por qué se empeña en ir al Senado ?

El Senado está en el deber de excluírlo de su número por conveniencia y por justicia. ¡Por justicia! óiganme bien los que dicen, aunque no lo piensan, que en justicia García Moreno es senador. Obtiene dos ó trescientos sufragios en competencia con otro ciudadano : la junta calificadora califica estas elecciones ; el candidato popular, el elegido por tres ó cuatro mil votos es declarado legalmente electo. Hablan las pasiones, mueve los brazos la iniquidad, y un solo individuo anula lo resuelto, y trescientos individuos son más que tres ó cuatro mil. ¿ Es esta la justicia ? Senadores *justos*, senadores *jueces*, oídme —

El legislador se remonta al origen de las cosas, el filósofo investiga la verdad, el juez busca y proclama la justicia. Y no la justicia de covachuela, la falsa y ruín justicia, las vanas sutilezas, porque el juez, el legislador y el filósofo no son abogadillos ; sino la justicia verdadera, la justicia elevada, la justicia reina : esta justicia es la moral, la filosófica. La justicia absoluta, la estricta justicia es mezquina muchas veces ; el hombre de clara inteligencia y de conciencia se queda á la relativa, entendiéndose por ésta aquella que rompe las ataduras con que la quiere sujetar la malicia, y se encumbra, y llega á Dios.

¿ Cuál es la *estricta justicia*, amigos míos, tras la cual se está escondiendo el miedo en unos, el vil interés en otros ? Si así sois justos, los electores tendrán derecho en adelante para dudar de vuestra integridad, ó cuando menos, de vuestras luces, y enseñándoos con el dedo, dirán : ¡ Á ésos, nó ! Y si conseguís ocultaros á los pueblos, la vista de sus amigos es larga y perspicaz, y la imprenta tiene mil variadas y aterrantes voces.

No entiendo ni disculpo el terror que algunos tienen á García Moreno : cuando disponía de las armas ; cuando todo era mandar él y obedecer los demás ; cuando uno no podía ser libre, ni justo, ni digno, sin exponerse al patíbulo, ó al calabozo, ó al destierro, racional era el temor, el miedo era cordura. ¿ Mas ahora ? ¿ Se imaginan por ventura que Don Jerónimo Carrión le prestará la mano, que pondrá á su disposición batallones de soldados para que haga lo que quiera ; que le apoyará, le aplaudirá sus violencias ? No por cierto : ¿ pues en qué se funda este infamante, despreciable miedo ? Demos que él personalmente acometiese, matase uno : ¿ no moriría él en seguida ? Ese *uno* puede temer, aunque no debe ; ¿ pero diez, pero veinte, pero ciento, pero mil ? ¡Qué depravación, qué falta de honor y de vergüenza ! Vamos, caballeros, dejemos de ser esclavos, principiemos á ser hombres ; dejemos de ser víctimas, principiemos á ser ciudadanos ; dejemos de ser perros, principiemos á ser gente.

La opinión es vastísima en favor del buen sistema ; el Congreso hallará apoyo, el individuo no debe temer, porque cada cual es su propia salvaguardia. ¡ Qué ! ¿tánto importa la vida, para que sacrifiquemos á ella libertad, dignidad, conciencia, pundonor ? ¿O se imaginan ustedes que García Moreno ha de abrir las sesiones con media docena de cachetes á cada uno, con una patada á éste, un cabezazo á ése, un rodillazo á aquél, un mordisco al

de más allá ? Por desapoderado que sea, esto no puede suceder ; luego ¿ en qué se funda el miedo ? Matar, no ha de matar ; y si mata, buen provecho ; así podremos también zafar de él ; ¿ acaso es invulnerable? ni siquiera es impermeable.

Acuérdome de un cuentecillo que aquí encaja de perlas. Frecuentaba un hombre tal parte de un camino : viandante que pasaba, caía en sus manos. Era forzudo el hombre, y muy feroz de aspecto. Deme usted tanto, porque si no.... decía con voz terrible á cada viajero. Nadie le argüía, por cierto. Pero un día llega uno de cáscara amarga, como dicen ; uno de esos que traen el alma atravesada en el cuerpo. Deme usted tanto, porque si no.... exclama llegándose á él el Calaiculiambro consabido.

— ¡Qué, porque si no, canalla ! grita el viajero, y tira por su revólver. — Porque si no, repone el otro dulcemente, no almuerzo hoy día.

Que haya no más uno de cáscara amarga en el Senado, y verán cómo nuestro amigo Don Gabriel no almuerza hoy día.

Dícese que por ahora la mayoría de senadores y diputados se compone de hombres de entender y de saber ; esto es mucho, aunque no sea sino una galantería de mi parte ; si en el curso de la sesión prueba lo contrario, ya veremos.... Mas yo quisiera que antes fueran de conciencia y de firmeza, de pundonor y dignidad : el hombre digno, pundonoroso, firme y concienzudo, viene á ser valiente por necesaria consecuencia, como que no es sino valor cada una de esas virtudes. El excesivamente pusilánime está siempre á un paso del envilecimiento, y muchas veces da en la infamia. El Congreso es un cuerpo majestuosísimo, revestido de grandiosos derechos y de extensas

facultades. El Congreso, como cuerpo legislativo, es superior á todos los consejos y tribunales de la República : el Congreso es un templo santo que no debe ser profanado por los herejes del honor, por los apóstatas de la verdad, por los protestantes de la conciencia.

—

23 *de julio.*

¡Qué asunto para una carta, amigo mío, la revolución de Colombia, la caída de Mosquera! Ha caído Mosquera, y me parece bien; América no debe sufrir dictadores. La disolución del Congreso fué una *medida* rusa, y los colombianos hubieran merecido un Mourawieff, si la hubieran tolerado. Mosquera progresaba demás : á un lado las pasiones, ¡qué caramba! progresaba como conquistador, á sangre y fuego, destruyendo mil cosas que debía respetar, fundando lo que debía permanecer ignorado por los pueblos. Le ha sucedido lo que á esos gigantes de los griegos, que daban pasos desmesurados, se tragaban leguas y abismos, y cuando abrían los ojos no sabían dónde estaban. Conviene tentar primero el vado, hacerse de un buen bordón, para pasar segura y firmemente con la República al hombro, á modo de San Cristóbal. Todo lo que se hace con demasiada precipitación, queda deshecho en la primera oportunidad : los manjares más sustanciosos y exquisitos se cuecen á fuego lento; los hervidos por la posta quedan crudos en lo interior, aun cuando la superficie deje ver una agradable tostadura.

Mas en cuanto á las intenciones, viene ya á ser otra cosa : paréceme que Don Tomás Cipriano las abrigaba rectas y elevadas. Se le puede tachar de imprudencia y de precipitación : de iniquidad, nó, mil veces nó. Ha sido fuerte en los medios, tiránico muchas veces; mas

el impulso que le movía, era el amor al progreso humano, el triunfo de los principios liberales, el engrandecimiento de la patria. Mosquera es uno de los americanos más notables y más recomendables por el talento y por las acciones : ha llevado adelante grandes obras : Colombia le debe muchos bienes; pero él le debe también algunas lágrimas : ¡desgracia! sólo Jesucristo fué inmaculado en su carrera; Él solamente no hizo mal á ninguno de sus semejantes. Me parece conveniente la caída de Mosquera; pero es justo respetarle, agradecerle y pagarle en la desgracia, lo que los colombianos deben á su inteligencia y á su espada.

¡Digo que la caída de Mosquera es conveniente! No, por ahora no convenía : la alianza americana ha perdido un auxiliar poderoso, la causa republicana ha descubierto un anchuroso flanco. De aquí se deriva naturalmente la grave responsabilidad del Congreso de Colombia, la imprudencia ó la malicia con que ha procedido, desentrañando y denunciando los importantes secretos de la alianza con Mosquera. Yo, al Congreso y á Mosquera les tendría en el *Observatorio*, ó más bien en Bicetre. Basta por ahora.

# CARTA

## ACERCA DE UN GRAVÍSIMO ASUNTO LITERARIO

*Sor. E. B. Tama*

*Quito, á* 28 *de julio de* 1867.

Guayaquil.

Muy Señor mío :

He recibido la estimable de U. por la cual me pide *todos mis versos y mi biografía, para la colección completa de poesías ecuatorianas que va á sacar á luz sin pérdida de tiempo.* Pues que se ocupa U. en estas cosas, señor mío, sensible corazon debe de tener y caritativo : compadézcame, perdóneme *los versos y la biografía,* olvídese de mí en esta ocasión, y seré su eterno agradecido. Pues en resumidas cuentas, señor Tama, no le he hecho mal ninguno, para que me quiera poner en " la lira ecuatoriana ". Ya un paisano suyo nos regaló con otra lira, que no he tenido la dicha de leer ; en Tacunga están publicando otra lira ; en Otavalo otra lira ; en Tulcán otra lira ; en Perucho otra lira, todas ecuatorianas .Gracias a Dios que por fin somos poetas.

Dice U. que los ecuatorianos son " muy inferiores a

García Gutiérrez y a García Tassara"; es decir que no valen nada; y aun por eso debe U. publicar la *colección completa de sus poesías.*

En cuanto a la modificación de U. contra los Amunátegui por haber puesto a Olmedo tras un doctor Blest Gana, de buena gana participo de ella. Pero le diré que, me ha sucedido lo mismo que a U. cuando U. ha colocado á Olmedo par á par de Homero. ¡ Homerillo !... patarata.

Por la tocante a la *biografía,* sería cosa graciosa que el agraciado se pusiese a dictar la suya a sus amigos, como ya ha empezado a suceder. Dios me guarde y me favorezca. Todavía no somos sujetos de biografía, amigo; aprendamos primero a leer y escribir; y ya veremos si valemos la pena de que alguien se ocupe de nosotros. Lo mismo he respondido a los pintores que han querido retratarme.

Si me escapo de *las liras,* hago voto a la Virgen de ser su devoto harta la muerte; y para dar algo de contado, me pongo ahora mismo en camino a una romería del Señor del Ficuno, por no saber que haya más cerca un Nuestro Señor nacido en palo o piedra; prometiendo al mismo tiempo, con un rosario en la mano, no publicarde aquí en adelante cosa que sea ni se parezca a verso, para no verme otra vez en los apuros que ahora.

De U. no temo; pues aun cuando no tengo la honra de conocerle, sé que es mi amigo y que no llevará a mal el tono de esta carta, como que me la dicta el corazón y U. sabe estimarla. Si alguno se ofende de ella (y habrá uno que se ofenda porque se ofende siempre, é insulta á todo el que no le tiene por superior a Manzoni y Víctor Hugo), siga insultándome; si le agarro, le pelo como a pava en España. Y escuche U., amiguito, eso de *Gutiérrez* y *Tassaras* no lo diga duro, porque si le oyen por aquí, no le dejan pelo en la barba. ¿ No ve U. que aquí para

nosotros somos grandísimos poetas ? por no decir grandísimos...

Un poeta cansado, poeta jubilado a fuerza de celebridad, se ha propuesto no hacer versos en lo sucesivo, *sino para el gasto de su casa.* Ojalá todos se propusieran lo mismo Entre familia se come cualquier cosa. Maldita sea la gana que tuve de echar dos malos versos.

Pues yo tambien he de publicar mi lira ecuatoriana.

Madre pues tenés hijos
Mucha lástima te tengo
Unos para Guaillabamba
Otros para Guayaquil.

Ahı tienen ustedes. ¿ Quieren otra lira ecuatoriana ?

Anoche a la media noche
Jué la champaiñe en Perucho;
El fuego qne hubo fue mucho
Contra la caballería.

Ahí tienen ustedes. ¿ Quieren más liras ? Pero ésta ha de llevar su comentario, que sirva dc biografía del poeta.

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, hay *unas perlas,* unas preciosas muchachas, legítima prole de un veterano de la Independencia, no ménos recomendable por sus glorias militares, que sus hijas por sus gracias. Una ave de paso, poeta fugitivo, para despedirse de estas niñas, y las entregó a ellas personalmente su tarjeta, con esta lira ecuatoriana en el reverso.

Asegurándoles son sin pares,
Hecho de tristeza un caus,
Se despide Manual Baus
De las bellas niñas Tabares.

Ahí tienen ustedes. ¿ Quieren más liras ? Aquí viene, y con su respectiva biografía.

El poeta es muy aficionado a la música, porque ha oído decir que la poesía y la música se dan la mano; es asimismo muy enamorado, porque ha oido decir que los poetas se enamoran, aunque los músicos no tanto. Pues el poeta se sentó al piano después, de haber echado un lánguido vistazo á la más bonita de la tertulia, y rompiendo en una sinfonía del maestro Verdi, cantó esta lira ecuatoriana:

El día que tú te cases
Te ha de acompañar tu gente;
El día que me case yo,
Cuatro caballos negros solamente.

Ahí tienen ustedes. ¿Quieren más liras? Dejémoslas para mejor ocasión, junto con las granadinas, chilenas, peruanas y compañia, que no les van en zaga a las ecuatorianas.

En materia que sea de servirle, amigo mío, ocúpeme U., y hallará prontitud, diligencia y buena voluntad en

Su atento y seguro servidor.

JUAN MONTALVO.

# LIBRO V

## EGOTISMO

Los solitarios de Puerto Real inventaron esta palabra adecuada en todas las lenguas para dar á entender aquella tendencia de los autores á hablar de sí mismos. No se me acuerda haberla visto en castellano, y si ésta fuese la primera vez que vistiese á la española, los solitarios fiarían por mí, y con su pasaporte no me sería difícil atravesar el campo de los críticos. Hablar siempre con elogio de la propia persona, haciendo de sabio ó de señor, incurriendo en vanidad de cualquier linaje, es verdaderamente digno de censura; pero hay un egotismo inocente, y aun necesario, que no merece vituperio. Al escritor se le ofrecen mil ocasiones de presentarse como actor, en cuyo caso el *yo* es indispensable; otras sirve de testigo, y el yo no está demás; otras da su parecer, y el yo no es impertinente. Nosotros que en nuestra ignorancia nos extremamos en todo, andamos descarados hablando de nuestro mérito, ó no podemos sufrir que el autor entreparezca de ninguna manera en sus escritos. Modestia y oportunidad es el buen término; si bien hay obras de la naturaleza, como los viajes, las memorias, la polémica y otras, donde

la persona que padece ha de servir siempre de sujeto : el deleite ó el enojo que ellas produzcan dependerá del pulso del escritor, de su buena ó mala compostura.

Sobre las razones enunciadas, sucede que á uno le asisten otras especiales, como cuando para su intento es indispensable tratar de su persona y de sus cosas. Así, yo que necesito disponer en mi favor el ánimo de mis compatriotas ahora que voy á escribir de nuevo, les importunaré con algo relativo al autor, por parecerme de todo punto necesario; no tanto hablando de mí, cuanto haciendo hablar de mí á otros. Triste cosa es vivir luchando con los mismos á quienes les cumple defendernos, ya porque va en ello la importancia nacional, ya porque no es de gente hidalga encarnizarse en un hombre que no da ocasión, sino es su anhelo por ilustrarse junto con sus semejantes. Pensarán talvez que esto es encarecimiento y modo de decir; mas yo tengo razones para creer que aún no se me perdona, y que el callar de muchos, antes proviene de mezquinos que de nobles sentimientos del ánimo. Junto con esto el desengaño sufrido en una de las principales ciudades de la República, me obliga á decir lo que debía callar, á manifestar lo que me proponía mantener oculto. Pues habiendo últimamente un sujeto provocado una suscripción para "El Cosmopolita", se le pusieron condiciones tantas y de tal naturaleza, que bien daban á entender lo poco en que se tenía allí ese escrito. No me angustia semejante displicencia, y si no fuese conveniente volver á la pluma, no habría para qué aludir a esas pequeñuelas desgracias. Pero han de ver con quien las han *mis amigos* y enemigos, y si al fin llegare el día del sacrificio, sabrán siquiera á quién sacrifican y por qué género de crímenes. Bogotá es una de las ciudades más cultas y entendidas de la América española, donde no escasean literatos ni buenos ciudadanos : los grana-

dinos tiran á ser en dicha América lo que los franceses en Europa, lo que los atenienses en la antigua Grecia, regenteadores y maestros del progreso humano; y tan celosos de su preeminencia, que conceden poco á los demás, y al Ecuador.... nada. He aquí la razón por qué he preferido autorizarme con los juicios de esos hombres, cuyo dictamen no traerá consigo la sospecha de parcialidad, y menos la de ligereza. Caro, Cuervo, Jogre Isaacs, *el último de los santafereños*, y otros distinguidos colombianos, de nombradía americana varios de ellos, que me han hecho la honra de dirigirse á mí, cual con sus cartas, cual con sus libros, son en verdad jueces más competentes que *ciertos* ecuatorianos. Necesito dar peso á mi palabra, y ya que es indispensable dar también fuerza á la expresión, me valdré por ahora de dos ó tres expresivos documentos que me servirán de salvoconducto y cartas de recomendación para pasearme garboso en el mundo de las letras.

*Señor Don Juan Montalvo.*

*Quito.*

*Bogotá, Setiembre* 30 *de* 1867.

Muy Señor mío :

Por una feliz casualidad cayó en mis manos días hace el libro IV de "El Cosmopolita". Luego que lo hube leído me dirigí al Señor Pontón, editor, que tiene agencia de periódicos en esa ciudad, á fin de que pidiera é hiciera pagar por mi cuenta dos ejemplares de tan interesante publicación. Propúseme tambien escribir á usted felicitándole; tal es el objeto de la presente.

Digo á usted sin lisonja que me ha sorprendido en sus escritos un raro conjunto de condiciones por una parte

difíciles de conciliar, y por otra nada comunes en escritores americanos. Hallo en usted un estilo natural y rigoroso, gran copia de locuciones y giros, lenguaje pintoresco, frase castigada.

Por lo que hace al fondo noto elevación de miras, grandeza de pensamientos, riqueza de recuerdos. Francamente, no estoy de acuerdo con usted en muchos puntos, como que pertenezco á la escuela conservadora. Mas esto mismo abona mi humilde voto de aprobación. Fuera de que, si disentimos en los medios [me refiero á la política] la causa final, el objeto de nuestras tendencias es uno mismo : es á saber, la prosperidad y el engrandecimiento de la América española.

"No hay gusanillo que no pueda enseñarnos algo", dice usted. Yo, alentado por esta consideración, y confesando desde luego mi incompetencia, me tomo la libertad de indicar á usted que he hallado en "El Cosmopolita" un giro neológico que no conceptúo digno de campear en páginas tan bellas; es esa construcción del verbo *ser* con la partícula *que*. "Es por ésto que no me parece...." (pag. 51). Tacha Bello con mucho empeño semejante construcción, la cual efectivamente no ocurre en los clásicos de la lengua. Úsanla *todos* los escritores americanos; sorpréndeme en usted, porque usted no lo parece, sino español, y de los mejores tiempos.

Noto también que usted sigue la reforma ortográfica colombiana; ¿ó acaso esto depende del impresor ? Como quiera que sea, por el próximo correo remitiré á usted unos artículos que voy á publicar en favor del sistema académico, sujetándolos desde luego á su ilustrada consideración.

Envío á usted unos cuadernos impresos, muestra de mis versos; y pronto tendré el gusto de enviarle una *gramática latina*, escrita en colaboración, y mis opúsculos

filosóficos morales que están en prensa. Siento una verdadera satisfacción de poder someter mis humildes producciones á un juez americano tan competente como usted.

Perdone usted la franqueza con que me introduzco en su amistad, y créame su más decidido amigo y estimador.

*Miguel Antonio Caro.*

P. D. Agradecería á usted infinito me favoreciese con su retrato en fotografía.

Autorizo á usted para hacer uso de esta carta en la parte que le convenga.

*Señor Don Miguel Antonio Caro.*

*Bogotá.*

*San Juan de Dios, á* 20 *de noviembre de* 1867·

Muy señor mío :

Recibí la estimable de usted fecha en Bogotá el 30 de Setiembre, que se ha servido dirigirme con ocasión de mis escritos. La aprobación y el aplauso de usted me ponen en no despreciable lugar, y es mucho para mí el que literatos tan cabales me hablen en términos de hacerme presumir algo de mí mismo. Verdaderamente el que usted pertenezca á otra escuela que la mía en ideas políticas y sociales, abona, como usted dice, y ennoblece, como yo añado, su respetable voto. Veo por él bondad de corazón y elevación de ánimo; pues lejos de apocar, como se acostumbra entre hombres de escasas virtudes, al que da un paso adelante, me ha llenado usted de animación y consuelo. Hay también aquí entendimientos elevados y sanos corazones : el sufragio de ellos junto con los que

me vienen de lejanas tierras y de hombres eminentes, me mantienen la pluma en la mano y la tranquilidad en el espíritu. La sinceridad respira por todos los renglones de su carta, Señor Caro : después de tratarme cual si fuese yo persona autorizada por la edad y por las luces, se introduce modesta, pero acertadamente, á corregirme mis errores. Y ¿puede haber cosa más lisonjera para mí que hombre de tan buen gusto y tan celoso de la esencia como de la forma, no hubiese hallado sino un neologismo inadmisible en tan dilatado escrito ? No pensaba yo que escribía tan acertado como usted lo reconoce; pero si soy *español y de los mejores tiempos*, ¿que más me quiero? Yo había pensado cultivar la lengua francesa y escribir en ella, por cuanto es el idioma del día en todo el mundo; y cuando ya principiaba á verificarse mi ambición, como usted lo verá por los impresos que le envío, la suerte se me puso zahareña derepente, y, con un fiero ademán me volvió á echar á este rincón. En América se habla *americano;* pero á mí me gustaba hablar castizo, y he leído, y he estudiado. La estimación de los buenos literatos y la ojeriza de los ruines es el fruto que cosecho : bien recompensado estoy.

En cuanto á las ideas y las afecciones, Señor mío, me rijo por los selectos libros que no dejo de leer, y que me aprovechan tanto más, cuanto que mi humilde inteligencia y mi corazón en ninguna manera se oponen á lo que encuentro bueno y grande en mis lecturas. Nuestro propósito es laudable, el engrandecimiento de la América española; y con el engrandecimiento de tan espaciosa parte del mundo, el de nuestra especie en general; pues quien sufraga por las partes sufraga por el todo, y quien cura los miembros cura el cuerpo.

De *la reforma* no se halla en mi obrita sino dos letras refundidas en una, la g y la j ; y esto autorizado por emi-

nentes escritores españoles, entrándome, algo tieso es verdad por esa puerta entreabierta que dejan la Academia y Salvá á las reformas gramaticales; pues tan poco determinado es el uso de aquella misma en orden á esas consonantes, que con frecuencia anda confundiéndolas, como lo observa Don Vicente. No habiendo llegado las lenguas modernas á su perfección, algo conviene hacer por su pulimento, con maña eso sí, y muy á pausas. He leído los dos artículos acerca de esta materia que usted me ha hecho el favor de remitirme : bien me parece todo aquello y perfectamente escrito. Ilustre usted el majestuoso castellano, y tíreles la rienda á estos fogosos corceles sud-americanos, que se beben el viento y atropellan por todo, sin curar de los estragos que hacen en los ricos y floridos campos de la lengua de Cervantes. Mas nada hay que decir en bien de España á este respecto : en América ni en Marruecos se habla ó escribe peor castellano que en Castilla : separemos el escaso número de buenos escritores modernos, y todo es galiparla, traducciones zarramplinas cuajadas de francesismos, en el todo diferentes de las obras del siglo de oro de la lengua. El español se perderá en España, supuesto que pocos estudian á Capmani, Clemencín, Galiano, &., y supuesto que Baralt, nuestro benemérito compatriota, está olvidado allí. Y téngase por regla, que quien más cerca vive de París habla el peor castellano, verificándose una monstruosa hibridación. Fígaro y Mesonero tratan de perlas esta materia, bien que ellos mismos no son de los más puros, *pues toledanos hay que no la cortan en el aire en esto del hablar pulido.* Nosotros acojamos á Moratín y Jovellanos, y guardemos á la cabecera en una caja de oro las obras de Capmani y de Baralt. Lengua hablada por Fernán Caballero, Castelar y Gallardo es verdaderamente principal en Europa.

. . . . . .

Ansío los escritos que usted me ofrece, y no dudo que el efecto corresponderá al deseo en éste su atento amigo y seguro servidor, que agradece por extremo las halagüeñas y bien sonantes cláusulas con que usted le ha distinguido.

*Juan Montalvo.*

*Señor Don Rufino Cuervo,*

*Bogotá.*

*San Juan de Dios, á* 30 *de noviembre de* 1867.

Muy Señor mío de todo mi aprecio :

Recibí su muy estimable carta fechada en Bogotá el 17 de Octubre. El que hombres como usted me escriban con ocasión de mis escritos, habla mucho en mi favor; y sufragios tan competentes como el suyo bastan para establecer el buen nombre de cualquiera. Mi pobre escrito no puede *servir de gala á la biblioteca de usted;* mas ya que lo desea, allá va como prueba de estima y gratitud. De buena gana habría yo excusado el enviarle el libro 1º de "El Cosmopolita"; mas la benevolencia de usted disimulará los infinitos yerros y defectos de un principiante, y eso servirá además para que vea con qué paso he adelantado, más en la moderación y la filosofía que en el arte de escribir. . . . . .

Si usted se digna favorecerme en adelante con sus cartas, sus observaciones me servirán mucho, y de ello sacaré más ventajas que de la bondad con que usted llama *tan elocuente* la obrita que estoy publicando....

. . . . . .

La amistad de usted será para mí una satisfacción; y aceptando su comedido ofrecimiento, me aprovecho de esta oportunidad para ofrecerle á mi vez la mía y repetirme de usted atento y obsecuente servidor.

*Juan Montalvo.*

*Señor Don Juan Montalvo.*

*San Juan de Dios.*

*Bogotá,* 29 *de Enero de* 1868.

Muy señor mío de todo mi aprecio:

Recibí la muy estimable de usted fecha 30 de Noviembre del año pasado y contestación á la mía de 30 de Setiembre del propio año. Al dirigirle á usted aquella, hícelo impulsado por el interés que naturalmente anima á toda persona en favor de obras que por la filosofía y erudición que entrañan, así como por su estilo robusto y castigado lenguaje, honran á la nación que tiene la gloria de contar por hijos á sus autores. Mi voto.... no debe tener para usted otro valor que el de estar acorde con la opinión de cuantos sujetos entendidos han visto en esta ciudad los escritos de usted, y el ir expresado con toda la cordialidad que cumple á quien anhela por coadyuvar como usted á la ilustración de sus semejantes y al triunfo de los derechos del hombre.

Agradezco sobremanera la solicitud y generosidad con que usted ha acudido á satisfacer mis deseos y proporcionarme, como en mi primera le decía (en contra de lo que le persuade su modestia), el medio de engalanar la biblioteca de ésta su casa con una obra tan elocuente como la suya.

. . . . . .

Quedo más curioso que antes por ver los primeros libros de "El Comospolita"; esté usted seguro de que, si logro hacerme á él, lo estudiaré con todo cuidado, más que para dirigirle observaciones, con el fin de reconocer de corazón el aprovechamiento que sin duda derivaré de su lectura, y hacer de ello un motivo para mantener una correspondencia que tanto me honra y tanto fruto me promete.

Echa usted el sello á su benevolencia al ofrecerme su amistad: es ésta una prenda que me enorgullece, y me apresuro á aceptarla, mirando como la mayor satisfacción para mí el que usted me cuente en el número de sus más decididos amigos.

*Rufino Cuervo.*

---

# DEL PERIODISMO

Entre las invenciones de los tiempos modernos el periodismo es una de las que más ha contribuído para la civilización y el adelanto del género humano. Los antiguos no conocían este género de correspondencia, y las ideas de los escritores no iban sino á pausas á iluminar el celebro de sus semejantes. La prontitud es la divisa de estos siglos : se camina, se comunica por la posta ; se piensa, se siente más pronto ; y, lo que no es muy halagüeño, se vive, se muere de prisa. La imprenta y el periodismo son respecto del pensamiento, lo que los ferrocarriles y el vapor respecto de los intereses materiales : el filósofo, el poeta necesitaban antes rimeros de pergamino para desocuparse de aquel mundo interior de concepciones y afecciones, que agitándose dentro de ellos como un dios encarcelado, los traía inquietos, en esa divina inquietud del que se ahoga con un universo dentro de sí mismo. *Deus est in nobis*, decía el romano ; y para que esta divinidad se difundiese por el mundo convertida en armoniosos versos, Ovidio había menester un sinnúmero de pendolistas que copiasen y multiplicasen de una en una sus obras inmortales. Juan de Guttemberg remedió este inconveniente, poniendo alas al pensamiento, que la antigüedad solía andar á pie y á duras penas : ahora anda en caballo, como quiere Luciano que ande la historia ;

ahora vuela en medio de un torbellino de blanco humo, mugiendo y retumbando en la locomotora; ahora se echa al mar sin recelo, y rompe las olas, y desafía á los vientos, y mide la tierra en línea recta, y la ciñe con un perfecto círculo; ahora se encumbra por los aires, y anda por ahí echando la vista á un lado y otro, investigando esas regiones, viendo cómo romperá por el rebelde elemento á ciencia cierta. Las ideas corren como el agua, fácil, conocida y abundantemente; se reparten por toda la tierra; la humedecen, la fecundizan, y la cosecha es pronta y de buena calidad. La imprenta, esa maquinilla de tan mezquino aspecto, es un trípode sagrado, en donde la inteligencia, sacerdotisa invisible, está bramando en su acceso celestial, y advirtiendo al hombre los secretos del hombre y de la naturaleza en sus milagrosas inspiraciones. Por eso los que destruyen la imprenta, matan una divinidad; bien así como el sacrílego pagano hería en el árbol santo á las deidades escondidas en los bosques encantados. Respetamos la Iglesia los cristianos, la mezquita respetan los muslimes, la sinagoga los judíos; pues la imprenta es el templo de la religión universal; judíos, muslimes y cristianos debemos respetarla. El dios, los ángeles y santos que habitan ese templo no tienen imágenes palpables; no importa, ellos existen : callad, contemplad, esperad : los veis, aunque cerréis los ojos; los oís, aunque os cubráis los oídos : tienen hasta olor, despiden de sí una esencia sutil, vivificante; los percibís, aunque estorbéis el olfato. Esos entes imponderables tienen ganado el mundo, reinan en todas las naciones civilizadas, y las bárbaras serán por ellos convertidas á la civilización, este cristianismo vestido de política, esta religión honesta, pura, santa y encumbrada.

Los que por medio de la imprenta procuran desviar de la verdad á sus semejantes y tiran á corromperlos, esos

son los cismáticos y herejes, á quienes en justicia se debía levantar autos de fe. Si su inventor hubiera sospechado el uso que algunos hombres de fea naturaleza habían de hacer de ella, habría desbaratado su máquina : la imprenta debe ser, y es en las naciones pulidas, una tribuna sagrada : el escritor el sacerdote, el género humano el auditorio, el mundo el santuario. Si el sacerdote blasfema, si invoca al espíritu malo, si vocifera y se retuerce como un poseído, profana el santuario, insulta á la divinidad, y todos tienen derecho de sacarle fuera, como el Señor echó del suyo á los fariseos. La sabiduría política, la urbanidad caballeresca, la templanza en el decir y el obrar son tan necesarias entre individuos como entre naciones. De aquí proviene la necesidad de que el escritor sea instruído, medido, cuerdo : ni se le ocultan los puntos de derecho, ni se le ignora la ciencia diplomática, ni desprecia la leyes de los pueblos á donde se dirigen sus escritos, ni suelta la rienda á sus pasiones, ni en impetuoso disparo va á estrellarse contra la inocencia hiriéndola de muerte : prudente, comedido, avisado, he aquí los dotes del escritor que se propone mantener en su punto los derechos, abogar por la libertad y difundir las luces civilizadoras. Al periodista que pone en cuentos la concordia de dos naciones, por aquel mal mirado entono y provocador orgullo con que á las primeras trata gravísimos asuntos, debe su Gobierno, si no le castiga, amonestarle cuando menos. La palabra es el lazo de las voluntades : si dura y nada corrediza, no se forman con ella los nudos de la amistad, ni sirve de conducto á las ideas y los fines de los hombres. La imprenta es una rica mina, que beneficiada con habilidad rinde tesoros : es una rica mina en manos del misterioso *Junius*, que desde su ignorado asilo hace temblar el trono y pedir treguas al Parlamento ; que echa por tierra ministros todopoderosos y obliga á caer de rodillas á los *lores;* que suspende al

orador en la tribuna, al poeta abrazado con su lira, al escritor agachado en su bufete. La imprenta es una rica mina en manos de Addison, que toma en las palmas la sociedad humana, la mira, la vuelve, la toca con el dedo por todas partes, é indica los puntos corrompidos, propinando esencias celestiales por remedios. La imprenta es una rica mina en manos de Beccaria, que echa en un diario los cimientos de la obra inmortal "De los delitos y las penas." La imprenta es una rica mina en manos de Gœthe, que desentraña los secretos de la poesía, y ara y siembra, maestro, el campo de la literatura : la imprenta es una rica mina en manos de Saint Marc-Girardin y de Armando Carrel, de Gladstone y de Beales, de Larra y de Mesonero. Y tal debe ser la imprenta, porque si se la beneficia para coger veneno; valiera más abandonarla : servirse de ella para la propagación del error, para impulsar á los gobiernos á la tiranía, para deprimir á los hombres sobresalientes por su ingenio, su valor ó sus virtudes, allá se va con usar de los ferrocarriles para irse con más rapidez á los infiernos, y del telégrafo eléctrico para anunciar el menoscabo y la ruina del género humano. Toda invención de que los hombres no se aprovechen para el adelanto de la moral, es perniciosa y se la debe echar en olvido : un monopolio de la imprenta en favor de la inteligencia acertada, de la ciencia bien fundada, de los afectos acendrados, si fuese posible, sería una ley sabia, digna de las doce tablas.

El periodismo es el gran negocio del siglo XIX; es la arteria maestra, la más gruesa y palpitante de nuestras sociedades : la sangre corre activa por ella, se enciende, hierve y produce esta calentura universal, en cuyos brazos los hombres deliran en los bienes y los males, en la perfección y la imperfectibilidad, en la grandeza y la pequeñez del mundo. Filosofía, humanidades, ciencias, artes, política, descubrimientos, costumbres, hacinados en depósitos que

no menguan, son los combustibles de ese vasto incendio en que arden las naciones : á ese fuego se calientan los pueblos, ese fuego temen los monarcas : la libertad acude á su hogar, y majestuosamente arrebozada de su grandioso manto, se sienta allí como una soberana de todos tiempos y regiones : ha demorado en Grecia ; pasó su residencia á Roma, y se aposentó en ella junto con los Curios y los Decios : la gran Bretaña le ha erigidio alcázares, y su busto preside el parlamento : los Estados Unidos le tributan el más rendido culto, son sus prosélitos devotos, le pasean del uno al otro extremo de la anchurosa República en un carro sagrado, en medio de procesiones santas y de arcos siempre verdes. Nosotros empezamos á reunir los materiales para el templo que algún día hemos de construir á esa divinidad : ahora somos todavía un poco idólatras : adoramos la tiranía, nos inclinamos ante el sable, besamos un bejuquillo, fetiches despreciables que tienen subyugados á los bárbaros. Cuando el periodismo alce la voz, cuando la imprenta eche de sí rayos que aterren á los tiranos, cuando todos aprendamos á respetarla, adorarla y practicar su culto activamente, entonces diremos que somos libres é ilustrados : mientras no escribimos, somos ignorantes y bruscos hijos de la naturaleza ; mientras no nos dejan escribir, somos gañanes clavados al terrón : la libertad mora en la imprenta ; la pitonisa fuera de su trípode es una vieja repugnante, sin inspiración ni sabiduría.

Bueno fuera escribir libros ; donde se escribe, se los escribe sabios ; empero nunca y nadie ha desdeñado el periodismo, supuesto que ingenios mayores de marca se han valido de él para difundir por el mundo las luces de que se sentían alumbrados por lo interior, las armonías que sonaban ocultas allá en el centro de sus apasionados corazones. Goethe, que en su audacia no vaciló en penetrar el embolismo del nsamiento peenredado en las negras

tramas del infierno; Goethe, el anatómico del alma, el que disecó y escudriño con más perspicacia las entrañas de sus semejantes; Goethe, el que conversaba con el príncipe de las tinieblas y estaba en los secretos de sus torturas y desgracias; Goethe, el cantor de Mephistópheles, que en profunda noche asiste en una temerosa montaña á los misterios de los espíritus; Goethe, el gran poeta, el grande hombre, redactaba un periódico, volviendo por intervalos á la condición humana: "Arte y antigüedad" era el título de esa obra maestra, cuyos eléctricos hilos tenían cogidos á los hombres. Byron, el tenebroso autor de "Manfredo", el huésped de los demonios, el confidente del matador de Astarte; Byron, el hombre de las pasiones y los tormentos, que traía en la cabeza un torbellino y en el corazón una constante tempestad de rayos; Byron, este ángel maldito, este hombre-dios, pero dios perverso, tenía también tiempo de ser hombre, y fundó en Liorna un periódico en colaboración con el ateo Shelley, aquel desdichado ingenio, náufrago en el mar turbulento de sus pensamientos, después náufrago en el Mediterráneo. Beccaria redactaba un periódico en Milán, y periódico nada pretensioso, donde los asuntos de suyo humildes tenían lugar como los grandes. Áddison fué periodista. Las cartas de Junius se publicaron desde luego en un diario. La "Revista de Edimburgo" ha recibido en su seno á los hombres más distinguidos en política y en letras; y el senado, el grave senado del imperio francés, sostiene el papel titulado "La France". En Francia, Alemania é Inglaterra los hombres más sobresalientes tienen á su cargo los diarios de más nombre. Armando Carrel, en París, fué periodista, y murió á manos de Emilio de Girardin, otro periodista: Chateaubriand, Lamartine y Victor Hugo han escrito en ellos: Cobden y Bright han hecho lo propio, y no hay gran político, profundo filósofo ni melodioso poeta que no busque las columnas

de esas hojas de papel, que tarde y mañana salen húmedas de las imprentas, y echan á volar por los cuatro vientos, cubriendo la Europa como una bandada inmensa de blancas mariposas[1]. Se privarían del teatro, desdeñarían el sarao, dejarían de asistir á la tertulia; mas los periódicos que no les quiten á los europeos : son para ellos una necesidad diaria, imperiosa, urgente : soberanos, ministros, generales, oficinistas, soldados, pisaverdes, cocheros, artesanos, criados; matronas graves, niñas frívolas, costureras, cómicas, todos y todas leen los periódicos, todos los costean, todos los solicitan, todos se echan sobre ellos como sobre el pan de cada día, y los devoran, y aún no quedan satisfechos. El periódico es una enciclopedia menor que todo lo contiene; nada se le escapa á ese Argos de cien ojos : todo lo ve, óyelo todo, y todo lo dice, y los hombres tienen ojos y oídos para ese personajecillo diminuto que á dos vueltas está despachado. El periódico es un brillante insecto efímero; no vive sino un día, hace su ovación para mañana, y muere para siempre : nadie se acuerda de él, y nadie le olvida; nadie le aprecia, y nadie puede pasar sin él : ente extraordinario, longeviviente muriendo niño, emperador y pechero, poético y prosaico : humanidades, ciencias abstractas, viajes, artes y oficios envueltos en una grande y espesa capa de política, forman ese corto universo, ese *cosmos* deforme cuyos principios no entrarían en orden sino por la de un nuevo Creador. Todos los elementos hierven en el periódico, y se tocan, y se entreveran, y de esta masa heterogénea se compone el material de que los hombres sacan sus políticos y sus sabios, sus estratégicos,

---

1. Le rôle que joue la presse périodique en littérature et en politique, forme un des attraits caractéristiques du siècle. Les revues, les magazines et les journaux déploient à l'envie un mérite du plus haut ordre. On sait que les plus grands hommes écrivent dans ces feuilles, et leur impriment le caractère qui les distinguent d'eux-mêmes. — Laloucl, *les Orateurs de la Grande-Bretagne.*

sus capitanes y sus diplomáticos : ¿qué no se aprende en ese compendio prodigioso? ¿qué no se ve por ese vidrio óptico? ¿qué no se oye en esa cuerda pulsada por todas las manos ? Si derrepente faltara el periódico á la hora de hoy, esa fuera la caída del sol, y el mundo volviera al caos primitivo. Por eso, nosotros que no tenemos periodismo, vivimos entre tinieblas, viéndonos las caras siniestras al resplandor lejano de estrellas de otros mundos : recibamos el bautismo de la prensa, si queremos ser cristianos de esta religión política, que gana terreno en todas direcciones, al paso que nosotros parecemos huír de ella, recelosos de su visita, bien como niños tímidos que huyen del hombre barbado que no han visto otra vez, y se presenta en grandiosa catadura.

---

# EL TERREMOTO DE IMBABURA

A Víctor Hugo[1]

El corazón del poeta lo abraza todo, su imaginación se encumbra como el águila y contempla el universo. El poeta ve más que los otros hombres, oye más, siente más, embelesado en las abiertas y luminosas regiones de su pecho. La poesía es lo divino del alma, la poesía es la virtud de la inteligencia; luego el poeta es un sacerdote que en los tesoros de su sabiduría guarda mil arcanos incomprensibles para el común de los mortales. Sus conexiones son primero con espíritus que con cuerpos, de extraordinarios objetos sabe más, y en el ejercicio de su sacerdocio es criatura y dios al mismo tiempo. Lo grande, lo límpido, lo celestial del hombre y de las cosas son de su pertenencia, y por eso vive próximo del cielo, y su atento oído hurta la música de los serafines.

En las edades primitivas los dioses fueron sus huéspedes; Sófocles los tuvo á la sombra de su techo. ¡Y qué pasión no abrigaban por los mortales favorecidos con esa divina

---

1. Esta elegía, si le cuadra tal denominación, ha sido escrita en francés. Se la publicará en París probablemente: mientras ésto suceda, si es que sucede, hemos querido comunicar con nuestros compatriotas nuestros pensamientos y afecciones, y publicamos la traducción castellana.

llama que les mantiene puros y elevados! No es poeta solamente el que cuaja sus afecciones y da forma á sus pensamientos en ese delicado molde que se llama verso; lo es también el que sin decir nada tiene su corazón girando en una órbita resplandeciente, y murmura en lo interior cosas nunca oídas por los hombres. Estoy por decir que la virtud es poesía, la belleza poesía : virtud y belleza son caracteres de la Divinidad.

¿Qué furor divino la ha tomado á la profetisa de Delfos? Siéntase en su trípode, sus ojos registran inquietos el espacio, laten trémulas sus arterias, su cabellera flota en poético desorden. El espíritu del dios la posee toda; el dios ha visto que el jóven Hipólito de quien vive apasionado salió de Cycione y viene á Cirra, y quiere que la pitonisa anuncie su llegada :

Hipólito ya vuelve, los mares atraviesa.

Y tú, que alojas en tu pecho un dios; tú, á cuya disposición está una profetisa de continuo; tú, á quien las Musas hablan al oído, y descubren acontecimientos de lejanas tierras, ¿ sabes lo que sucede en el nuevo mundo á la hora de hoy ? Grande cosa debe ser, cuando quiero hablarte de ella; triste cosa debe ser, cuando pido tus lágrimas. Alza la frente y echa la vista al Ecuador; ¿ qué distingues ? Una comarca inmensa tendida de norte á sur entre las dos crestas de los Andes : las festonadas cumbres de los montes resplandecen con su impoluta albura, allá perdidas en el éter; el sol se contonea en el firmamento desplegando todo su esplendor en una limpia y transparente infinidad; las nubes, recostadas sobre el horizonte, parecen banda que ciñe el universo, ó en estupendas moles que semejan templos y montañas, llenan de trecho en trecho un inconmensurable círculo. Y el aire es puro y

suave, y la atmósfera da paso á la vista desde la tierra hasta los astros, y cuando la naturaleza se recoge dentro de sí misma y todo calla, se oye vago y dulce el movimiento de las esferas en sus revoluciones armoniosas.

Bajo este cielo no puede ser la tierra miserable : colinas pomposas y vistosas como un pavo real armado ; lagunas pintorescas que murmullan cual un mar adolescente ; praderías de verdor apacible ; ríos que corren en mil vueltas, despeñándo de las alturas, perdiéndose en las profundidades, surgiendo y espaciándose en los llanos, ya quietos y benignos.

¿Qué cerro se alza negro y zahareño en medio del paisaje? en su cumbre va y viene entre salvajes peñas un lago misterioso : hombres no habitan sus contornos ; la naturaleza permanece sola, y llora allí desesperada ; la gaviota vuela rozando el agua con el extremo de sus plumas, sesga y vacilante como un buquecillo náufrago, y da sus tristes voces que se apagan sucesivamente en el espacio : las espadañas y los juncos de la orilla, inquietados por el viento, se entrechocan y despiden ruídos como suspiros de sombras. Esas cavernas oscuras y profundas no están sin habitantes ; allí gimen cautivas del genio de la roca las ninfas arrebatadas por él á los bosques y los prados.

Mas baja del Mojanda y echa la vista por la llanura que allá se desenvuelve perdiéndose en los confines de la celeste bóveda. El sol se ha puesto : las cumbres de las montañas, rociadas de fino oro diluído, brillan con esa luz violácea de la tarde ; y cuando el crepúsculo se apodera de la tierra, el Cayambe se presenta allá, pálido y vaporoso, cual un espectro que el prestidigitador divino evocase é hiciese aparecer por medio de su magia.

En esta nueva Arcadia vivían hombres satisfechos del mundo y de la vida ; quiero decir que eran felices. Terre-

nidad fecunda, ganados rellenos de la más dulce y espumosa leche, cañas que transpiran el azúcar por entre sus doradas hojas, todo lo que la especie humana necesita para crecer risueña y de buen gesto. Y esos habitantes no eran inicuos, ni por sus crímenes habían concitado la ira del Altísimo : acostábanse tranquilos, y con la aurora salía cada cual á sus labores, después de haberle dado gracias en su templo. Pero un día echaron de ver que la atmósfera tomaba un color siniestro, y experimentaron angustia en sus corazones, y se retiraron profundamente dentro de sí mismos, y en silencio se estuvieron esperando lo que iba á sucederles. Mas como quiera que nadie presumiese de profeta, el motivo y el fin de esas preternaturales sensaciones estaban ocultos para todos. Y una noche ganaron sus lechos como de costumbre : cuando rompió la aurora, las ciudades eran sepulcros, cadáveres sus dueños. Todo se había venido abajo, y de manera tal, que los cimientos, como impelidos por bocas de fuego, salieron disparados y se pusieron sobre las techumbres.

Un vasto nubarrón de tierra envuelve la comarca, donde las tinieblas se agitan como enfurecidas, queriendo arrastrar al caos el universo : mugidos profundos salen de las entrañas de la tierra atormentada por una tempestad subterránea en que estallan mil rayos en todas direcciones : las estrellas se apagaron en el firmamento con un chirrio temeroso : el incendio nace y crece como gigante en medio de los escombros, iluminando ese teatro, donde la muerte, repleta y abominable, salta de alegría. Entre las sombras se oyen intensos ayes : los muertos se quejan en las sepulturas, los vivos piden la muerte ; los animales, en alocado vaivén, corren dando aullidos al siniestro centellar de los meteoros que serpentean en los retintos horizontes.

La naturaleza ha consumado una gran obra, pero le faltó su habilidad, y salió errada la experiencia. ¿Quiso por

ventura destruir la creación ? Alquimista maravilloso, opera en el centro de la tierra ; allí acumula y mezcla los elementos de su sabiduría, allí remolincan los furiosos combustibles que la hacen girar veloz al rededor del astro inmóvil ; y como los empujes de esta efervescencia podían reventar el globo y aventarlo en millones de átomos por el espacio, tiene sus grandes respiraderos en los volcanes de la zona tórrida. Las potencias de nuestro planeta tienden al Ecuador, hacia acá se agolpan sus más espesos jugos, hacia acá están sus nervios maestros. Los Andes son la cabeza del mundo, á ellos acude la sangre en impetuosa vena, y cuando en esa operación hay un desorden, se verifica una apoplegía ; y la tierra se estremece, y da un salto, y cae echando horrorosas vomiciones.

¿Qué es del triste del hombre en esta coyuntura ? ni es necesario tal aparato de destrucción para acabar con ese gusanillo. Pero como tales y tan grandes vuelcos no acontecen sin más fin que anonadarle, nos maravilla el espectáculo, sucumbimos á su desoladora impetuosidad, y no hay lugar á quejarnos de injusticia. El Cotopáxi, el Tungurahua, el Pichincha, estos faustosos emperadores, son nuestros tiranos ; grandes, bellos, pero tiranos : son á veces amables, cuando les vemos desprendiéndose de la esfera, amantados con su argentina capa, hiriendo el firmamento con la frente. Pero cuando respiran, respiran fuego ; y cuando hablan, hablan truenos ; y cuando obran, obran desolación y ruinas : fabricantes de sepulcros, arquitectos de la muerte, su ciencia es mágica, sus operaciones concluídas y perfectas : la que ayer fué ciudad alegre y bulliciosa, hoy es funesto cementerio ; los templos y palacios paran en tumbas, y las puertas de las habitaciones sirven de lápidas funerarias. Europeo, tus montes son niños al lado de los nuestros : aquí donde el hombre es todavía diminuto, es grande la naturaleza. Contempla el

Chimborazo, este magnífico Sesostris de la creación, alzado aquí en su trono, cual dictador del universo : riqueza, belleza, pompa, majestad, nada le falta. Si este personaje tiene espíritu, es un dios ; si no es más que una gran fábrica, en bajando el Todopoderoso á habitar el mundo con toda su magnificencia, lo tomaría por su alcázar.

Y esto ¿qué vale si él y sus semejantes son leones dormidos ? Cuando despiertan nos echan garra y nos devoran. Mira allá ese volcanillo en la parte occidental de la cordillera : no se alza á mayores, no desafía á los montes de alcurnia dominante, no dice nada, y apenas se llama Cotocachi. Amaneció un día, y este humilde segundón había conspirado, y con tal furia y eficacia, que se lo llevó todo á sangre y fuego. Descalabrado él mismo, allí se está humeante y feroz contemplando sus estragos : cien pueblos yacen mudos á sus plantas : los valles son abismos : bailaron como azogue las colinas y se desbarataron : sintieron las planicies un ímpetu interior, y dieron paso á nuevos cerros, que allí se plantan insolentes, sin que se sepa de donde asoman ni qué piden : crujieron las peñas y se desollaron con pavoroso estruendo : abriéronse los valles en anchas y largas quiebras, de las cuales se levantan negras mangas de humo pestilente : hincháronse los ríos y se derramaron, mugiendo fuera de sus márgenes : hirvieron los lagos en montones de sanguinolenta espuma, como soplados por las legiones infernales : desaparecieron las fuentes sorbidas por no sé qué monstruos subterráneos : donde corría una agua cristalina y dulce, se la tragaron las bocas allí abiertas al instante ; donde todo era seco, surgieron remolinos de agua crespa y lodosa, cargada de electricidad, inservible para la sed que devora á los hombres : murieron éstos, los brutos perecieron, y la naturaleza está como asustada después de su trastorno. Si Dios la apuntó con la mano y la ordenó volcarse, ya nos ha compadecido :

si en su esencia caben lágrimas, las veo correr gruesas y despaciosas por su divino rostro.

Pero ¿ es en verdad aquel gigantillo de la Cordillera el autor de obra tan grande ? Nó ; él es una de las víctimas : la catástrofe proviene de causas más generales y potentes. La furia de un volcán no puede sino con sus alrededores : ciudades, provincias, naciones enteras no se destruyen por una explosión ó un derrumbamiento, aun cuando éste fuera de todo el Himalaya : un cimbrón eléctrico del mundo; una atracción extraordinaria de los astros fuera de sus quicios ; un súbito redoble de efervescencia en el pirofilacio, ¿quién sabe qué causa misteriosa ha producido efectos por tal extremo grandes ? Si la poesía es más sabia que la ciencia, creámosla : ella afirma que el príncipe de las tinieblas hizo una salida al campo de la luz con sus más bravías cohortes, y rompido el suelo les dió paso, y la tierra trembló, y el aire se oscureció, y el mundo temió y dió largos alaridos.

El sabio y el poeta tendrían mucho que ver con estas ruinas : el uno para rastrear los secretos de la madre tierra, para tomar en la mano sus entrañas y ver qué revelaban : el otro para contemplar, meditar y alzar la voz en este campo de tribulaciones. ¡ Qué escenas de dolor en los escombros ! Allí está un hombre cargado de silencio, fijos los ojos en una techumbre aplastada contra el pavimento : ojerudo, lívido, la cabellera revuelta, el vestido en lastimosa displicencia, nada dice, y sigue mirando tras las vigas. ¿ Quién está allí ? Su esposa. ¿ Quién más ? Sus hijos. ¿ Quién más ? Sus padres. ¿ Quién más ? Sus hermanos. ¿ Quién más ? Sus criados. ¡ Luego todos perecieron, luego ha quedado solo ! ¿ Y cómo es que no llora ? Por la misma razón que todo lo ha perdido en un instante : las lágrimas surgen

del corazón fresco y salen por la garganta húmeda : fracasos como aquel secan el corazón y la garganta. Los grandes infortunios son callados, las grandes angustias no tienen lágrimas : esa operación del alma retostándose en el caldeado pecho, del corazón exprimido de su jugo revolcándose en las entrañas, es cosa que no tiene manera de decir. A los sobrevivientes de Imbabura cubrámosles el rostro como á Niobe.

Los moradores de otros países no son indiferentes á este acaecido; como grande, ha resonado á gran distancia; como terrible, ha conmovido á todos, si bien no á todos con los propios afectos. Mira, ¿ quiénes vienen allí ? Hombres son, pero de repulsiva catadura : blanden una maza, traen un cuchillo al cinto, y echando en torno sus miradas torvas, se diseminan por la dilatada comarca. Son bandidos noveles, vienen á saquear las ruinas de Imbabura. En sus tierras, en sus casas eran hombres de bien : sus vecinos, sus amigos fueron víctimas de un desastre, y hélos ahí ladrones. Asaltar escombros, despojar difuntos en presencia de huérfanos y de viudas que se caen de dolor y necesidad, es empresa más que de bárbaros. Nadie hasta ahora ha beneficiado la tumba; esa es mina terrible que infunde pavor hasta á los más perversos : y ¿ qué hay allí ? ¿ qué vena descubren esos tenebrosos operarios ? Cadáveres que principian á botar las carnes, rostros desfigurados, cabezas cuyo pelo se cae en mechones : hombres, mujeres y niños en putrefacción : ¡ qué tesoro ! ¡ qué riqueza ! Las jóvenes madres, los muchachos desvalidos que sobreviven confían en sus semejantes; después de Dios, en ellos fincan su esperanza : ya vienen, ya llegan, pero es con el garrote del salteador al hombro.

Si el género humano diese tales ejemplos con frecuencia, el género humano seria obra de su enemigo antes que de Dios. Porq la Caridad, la santa Caridad, vestida de blanco

empapados los ojos, anda de pueblo en pueblo y de casa en casa : todos la reciben, todos la acarician, y colmada de presentes, corre en triste alegría á repartirlos entre los desheredados de las ciudades muertas : pan para el hambriento, vino para el sediento, vestido para el desnudo, todo hay en abundancia. Señor Dios del universo, haznos, haznos de veras hijos tuyos, como tales compasivos y caritativos.

Otra plaga : las exhalaciones de los cadáveres humanos, los cuerpos de los animales tirados por los campos descomponen el aire : la atmósfera se enferma, una horrible peste vá á desenvolverse sin remedio. ¿Es pues de todo en todo necesario que perezca la noble raza que puebla esta provincia ? Y la naturaleza no amaina aún ; retiembla el suelo, mugen los volcanes, vibra el aire y se oyen en la altura pavorosos estallidos. Señor, Señor, ablanda tu mirada, vuelve á tus labios la sonrisa : si ésta era una prueba, ya nos has probado, y ves en nosotros criaturas humildes y creyentes.

¿ Qué ha sucedido en el reino de los Incas, en el grandioso Cuzco ? un ruido lejano y profundamente sordo, como si el mar se descargase en una cuenca de la luna, llega á nuestros oídos retumbando interminablemente en el espacio. Es el Perú que se destruye al impulso de un hondo terremoto : el Perú fué el primer tomado y sacudido, sus ciudades más heroicas no opusieron resistencia á la embestida de los elementos conjurados contra el hombre. El Misti lanza rojas trombas de humo, la tierra se revuelca en activo zarandeo, se van de bruces las ciudades, los edificios en mil pedazos llenan calles y plazas. Arequipa, ¿dónde estás? Moquegua, ¿ dónde fuiste ? Amontonados unos sobre otros yacen mudos y deformes los templos y palacios que ayer se gallardeaban alegres y suntuosos ; y el mármol está cubierto

de polvo, y la columna gime bajo el adobe, y un rimero de tejas cubre la primorosa estatua. ¿Quién llora sobre esas ruinas? Su genio sentado sobre el más alto escombro, y en abatido porte convida á gemir á los que por ahí se asoman. La especie humana entre tanto, esparcida por lo descubierto de la tierra, anda macilenta dando al aire sus clamores. Las fuentes se han secado, las sementeras se han helado: hambre y sed la persiguen por donde yerra á la ventura, echada de sus hogares por una mano invisible y todopoderosa. Y el mar se retira de sus límites como para darse vuelo, y torna con ímpetu, y se entra de lleno en las ciudades, y se traga las ruinas, monstruo estupendo y devorador, Satanás en forma de agua. Se ha liquidado el globo, y quiere derramarse en el vacío en corrientes prodigiosas; mas no atina por donde precipitarse, y corre, y vuelve, y ruge en una agitación sublime. ¡Oh! nave, ¿por qué danzas allí como una loca? Dispáraste en seguida y vienes á tierra, y te quedas clavada en el cieno, mientras vuelve tu elemento á sus abismos.

La naturaleza tuvo un festín en el nuevo mundo, y se emborrachó hasta perder el juicio: baila, salta, grita, da consigo boca abajo y bufa en horrorosas convulsiones: los montes refunfuñan, rugen las cavernas, los valles se destrozan, hínchanse los ríos turbios y amenazantes, hierve el suelo con precipitación diabólica, y se traga lo de fuera, y echa fuera lo de adentro operando un embolismo del infierno. El mísero del hombre, teniendo por llegado el día de la cuenta, se tira de rodillas en medio de los peligros que le circundan, y alza los ojos y las manos al cielo balbuciendo no sé qué plegarias inconexas. ¡Señor, escúchale! hombre al fin, culpable fué; criatura mortal, no tuvo resistencia contra las pasiones y fué malo. ¿Mas ha de perecer ahora sin remedio? Si es llegado el día, júzganos pues; empero no subleves de modo tan aterrante á la

naturaleza contra la pobre criatura. El fuego para abrigarnos, el agua para beber, el aire para respirar, la tierra para que nos alimente con sus frutos y moremos en ella, ¿ no fué éste el fin con que los elementos fueron creados ? Devóranos el fuego, entúmecenos el agua, el aire nos ahoga, el suelo corcovea cual indomable potro y nos derriba exánimes. ¡ Qué trastrueque tan ejecutivo y exterminador !

Conozco las ciudades en cuyas ruinas gravitan veinte siglos : he visto el genio del tiempo sentado en un musgoso pedrón del Capitolio, mientras la corneja se alzaba croajando de entre la paja crecida en los arcos del Coliseo. Pompeya me sintió por sus desiertas calles, y que me arrimaba taciturno á sus columnas : ¿ dónde estaban los habitantes de esas enmarmoladas piezas, las matronas de esas alcobas, los niños de esas cunas, los criados de esos patios ? Nada vi, nada oí, sino eran espectros y suspiros de que mi imaginación poblaba esos sepulcros. En Itálica anduve por entre el laberinto de sus piedras, probando á ver si descubría donde se alzaron las moradas de los Señores del mundo, Adriano y Teodosio. Los escombros de Sagunto me brindaron asiento ; las adustas paredes de sus teatros, cuyas largas sombras se extendían por el matorral á la luz de la luna, me sirvieron de cubierta á media noche. Pero estas ruinas vivas, estas ruinas humeantes todavía, donde el hombre no acaba de expirar y clamorea luchando con la muerte, mientras los elementos redoblan sus destructores embates, esto nunca lo he presenciado.

Tú, poeta del corazón, ciudadano del universo por la sensibilidad y el amor ; tú, para quien un arruinado castillo es un poema, una pared carcomida una elegía, una columna solitaria asunto filosófico de meditaciones ; tú, que cantas alegre con el ruiseñor por la mañana, arrullas triste por

la tarde con la tórtola, sonríes con el feliz, lloras con el desgraciado, y entonas la más dulce y grata voz entre todos los que viven; ¿ no tendrás una mirada para estas ruinas, un ¡ay! para estos ayes, una lágrima para estas lágrimas ? El acontecimiento es grande; grande como tu alma, poético según tu poesía. Si el universo es dominio del poeta, encastíllate en el Chimborazo y contempla el mundo desde su inmensa elevación. Y si descubrieres por ventura al pequeñuelo bárbaro que en ajena lengua se ha atrevido á dirigirse á tí, no mires á su inteligencia, que es cosa diminuta; pero vé que en su arrogancia se propasa hasta el extremo de medirse contigo en afecciones.

---

# EL NUEVO JUNIUS

## I

## A LOS PARTIDOS POLÍTICOS

Las tres antiguas partes del mundo reclaman cada una para sí la gloria de poseer en sus comarcas el paraíso terrenal, perdido para siempre desde la caída de nuestros padres : la Armenia respira todavía aquel ambiente delicioso del primer día de la creación, y sus frescas montañas se yerguen altivas, cual guardianes de la morada primitiva del género humano : el misterioso Nilo corre tal vez lamiendo las riberas encantadas de esos países donde resplandece la espada del ángel del Señor ; y ni la fría Escandinavia cede un punto en orden al privilegio de haber sido la cuna de los primeros hombres. El árbol de la sabiduría da un fruto muy preciado, jugoso, refrigerante : dicen que es amargo, no importa ; prolonga la existencia, y se lo disputan las naciones.

Y nosotros, hijos del Nuevo Mundo, fresca obra de la naturaleza, ¿ no alzamos la voz en ese gran concurso donde los pueblos se disputan el árbol de la sabiduría ? Sostengamos que el paraíso terrenal estuvo, y está aún, á orillas del Amazonas, en una encañada perdida para nosotros

porque no acertamos á buscarla : no damos con ella, pero oímos el gorjeo de sus aves, percibimos las aromáticas exhalaciones de sus flores, y aun vemos las formas de sus collados y colinas en las nubes que las figuran, plantadas en el firmamento, embebidas de esa luz purpúrea, riqueza de las horas en la zona tórrida. O ¿no estaría más bien en las impenetrables selvas del oriente, donde ruge el león, de donde el águila real se eleva y va gritando sublime por los aires, donde el Napo corre sobre su lecho de oro, murmurando profundo y majestuoso al pié de sus cedros y sus robles centenarios ?

La sabiduría verdaderamente sabia no consiste en la posesión de las ciencias, de estas ciencias embrolladas que, á fuerza de desenvolverse han hecho la ignorancia de nuestros tiempos : Sócrates nada sabía, y era el más sabio de los hombres : no sabía combinar los principios elementales de la naturaleza, no seguía á los astros con vista artificial por sus órbitas inconmensurables, no hubiera podido romper las olas del mar por medio de un agente poderoso, y era sabio : no inventó la brújula ni el telescopio, y fué sabio : no multiplicó la muerte con la pólvora, y fué sabio : no se burló de la distancia, como Fulton, no anuló el tiempo con el telégrafo eléctrico, y fué sabio : luego la sabiduría no consiste en saber, amigos míos, en saber cosas materiales. El sabio abrigaba á la Divinidad en su seno ; una llama celeste le lamía las entrañas, el fuego sagrado le mantenía puro el corazón, y por eso fué el más sabio de los hombres. La iluminación del pecho, la transparencia del alma, la tersura de la conciencia, la benignidad del genio, la alteza del carácter, ésta es la ciencia grande, el fruto que hace daño, pierde á los que no lo comen, y vuelve dioses á los que le atinan á coger y lo saborean deleitándose en su dulcísimo jugo : ¿ acaso la serpiente nos provoca á ese desliz, ¿acaso nos tienta el

espíritu maligno con ese celestial bocado ? Seamos sabios sin miedo de perdernos : ese pájaro divino que posado en la copa del frondoso mirto nos embelesa con sus simpáticas modulaciones, no abriga dentro de sí al eterno malquerente de la especie humana ; antes esa que suena grata y hechicera es la voz del Infinito que nos llama misteriosamente á su regazo y nos brinda con la inmortalidad : no la oímos muchas veces, porque somos sordos de conciencia ; no la oímos, porque nuestro corazón insonoro no repite ese ruido angélico ; no la oímos, porque entorpecemos voluntariamente nuestra contextura, que allá cuando salió de manos de nuestro artífice, fué delicada, fina, armoniosa. Si purificásemos el oído, la oiríamos ; si abriésemos los ojos, la veríamos. porque la Sabiduría toma cuerpo cuando se hace á los hombres ; si afinásemos el olfato, la oleríamos : la Sabiduría es una flor, olorosa, vistosa, armoniosa, porque hasta música tiene :

There is music even in beauty

¿Y quién dijera que todo ese secreto está encerrado en una sola palabra ? CORDURA, he aquí el emblema, que bien descifrado da de sí la felicidad del hombre. La piedra preciosa, en reducido volumen, abriga todos los colores : dueña de la luz, resplandece como quiere ; amiga del sol, sonríe con él, vibra, palpita despidiendo mil pequeños iris que se entran por los ojos de los que la contemplan y se van por ellos á regocijar el espíritu. Pues la cordura es esa piedra, ese ónix prodigioso que simboliza un mundo, el mundo moral. La cordura trae consigo la prudencia, el tacto de las cosas, el acierto : por esto la cordura se llamaba sabiduría en los tiempos sabios : la cordura no se toma jamás en mala parte ; de donde proviene que es una virtud muy enlazada con la conciencia y la pureza del alma. De

un hábil perverso podrá decirse que es avisado, ladino pero cuerdo, no será, porque falta á la mayor cordura que consiste en no infringir las leyes humanas y divinas, en no constituirse enemigo de sus semejantes, en no labrar su infelicidad con lo que él llama *triunfo*, *predominio*, *dicha*, llagas que devoran el corazón, cuando no son efecto de las virtudes. Triunfo, predominio, dicha alcanzados por medios inicuos y con malos fines, son la verdadera desgracia; el *predominante dichoso* tiene el corazón reventado, el pus le corre por enormes boquerones, y reabsorbido por la sangre, le pone á temblar en perpetua calentura. ¿ Por qué es tan miserable ese hombre feliz ? Porque no fué cuerdo, no fué sabio, como que la sabiduría no es sino el bien en toda forma, revestido de todos los colores, camaleón divino, que variando siempre es siempre el mismo, y en sus misteriosas transformaciones indica la infinidad y la eternidad de Dios. El hombre cuerdo ejercita al propio tiempo las facultades intelectuales y morales, es un armonioso instrumento que está sonando de continuo, al cual jamás se le descompone una tecla : la cordura nace de una predisposición natural, pero se acabala y fortifica con la experiencia y la previsión, porque esto más tienen los cuerdos, que miran en lo porvenir : el demonio de Sócrates, la ninfa Egeria de Numa, la cierva de Sertorio no eran sino experiencia de lo pasado, previsión de lo venidero, esto es, cordura, acierto, sabiduría. ¿ No se necesita en efecto una reconcentrada y maravillosa atención para ver las cosas antes de sucedidas ? Pues esta virtud celestial es la cordura, resumen de todas las aptitudes. Lo primero del filósofo es la prudencia : filósofo desapoderado nunca se ha visto; lo primero del santo es la bondad; santo malvado nunca se ha visto : lo primero del héroe es la magnanimidad; héroe cruel y rencoroso, héroe mezquino, nunca se ha visto : y, ¿ quién diría que

el filósofo, el santo, el héroe no son cuerdos? y, ¿quién diría que puede haber filósofos, santos, héroes sin cordura?

Pues si ésta es una tan grande y noble cosa, maravíllame de veras el que jamás seamos cuerdos: nos quejamos, lloramos, somos desgraciados; luego hay entre nosotros víctimas y verdugos, luego se empeñan unos por el mal, otros son incapaces de evitarlo: ¿quién se atreve á llamarse cuerdo, quién lo es en hecho de verdad? No los que arrancan lágrimas con la tiranía, nos obligan á quejarnos con las iniquidades, se hacen aborrecer con las violencias, se vuelven despreciables con las infamias, porque nada de esto es obra de cordura: no los que gimen sin remedio, teniéndolo en la mano; se quejan afeminadamente, siendo hombres; aborrecen, debiendo despreciar; desprecian, debiendo castigar, porque tampoco esto es obra de cordura.

El hombre sin prudencia está á punto de perderse á cada instante; el pueblo sin prudencia está de continuo desplomado hacia un abismo, si es que ya no gime adentro bregando con los monstruos de la oscuridad. De este globo de cosas y de principios generales, tomemos lo que nos corresponde: ¿somos prudentes, cuerdos, sabios? No lo creo, supuesto que después de tantos años de esclavitud, nos vemos otra vez en vísperas de pasar de los suspiros á los ayes, de las sombras á las tinieblas, de las lágrimas á la sangre: ¿es posible, ecuatorianos? Si un impulso de generosidad nos moviese el corazón á todos, y cada cual rindiese algo de lo suyo al procomún, todavía pudiéramos salvarnos. Los extremos entrañan peligros; pues la seguridad está en el término medio, busquémosla. Si hay quienes se rehusen á este avenimiento, esos son malos hijos de la patria, gente inclinada á la servitud, que vive y se engorda con el llanto y la sangre de los que sacrifican. Nosotros los que hablamos ya dimos una prueba

de patriotismo y abnegación, cuando á votos conformes elegimos presidente á un ciudadano que entonces teníamos por imparcial y amigo de las leyes. La buena acción se premia por sí misma, y su mérito sube de punto cuando ella nos acarrea desengaños. Harto hemos dejado conocer que no queremos sobreponernos á los demás á todo trance, que la venganza no es la estrella que nos guía, ni abrigamos propósitos indignos en el alma. Nuestro enemigo, compóniendo un gesto fraternal y á modo de quien se arrepentía de sus gravísimos pecados, nos propuso un hombre, como prenda de reconciliación y paz : ¡ qué gustosos le aceptamos, nosotros los inexpertos ! Inexpertos, pues ni las sangrientas lecciones recibidas nos hicieron ver en el porvenir el azote infamador serpenteando en el aire cual víbora pestilente, instrumento de vilipendio, *estilo* con que todavía se graba la infamia del género humano !

Comerás con el sudor de tu frente, dijo el Señor al hombre, y ésta fué toda su maldición. Y aun cuando nuestros padres salieron desterrados del paraíso, abrumados con el peso de su desgracia, asidos por las manos y con lento paso en busca de la inmensa soledad del mundo, salieron con toda la majestad con que Dios les había engrandecido.

Mira ese ente hermoso cómo se mueve en sus varoniles actitudes, rey de la creación, á pesar de su caída : su cabeza, descollando sobre los hombros, tiende para el cielo : su frente abovedada resplandece, y en su diminuta comba encierra el pensamiento, esto es, un mundo perdurable ; con la vista es dueño de la luz, atraviesa las regiones superiores, se pasea en el firmamento, mide los astros, y en poco está que no se engolfe en el océano de la claridad infinita : por el oído goza de la música del universo, este laúd que suena en la infinidad del tiempo, llena el aire

y el vacío, y sin ser oído por nosotros, nos tiene embelesados con su armonía sempiterna : la palabra es la expresión de sus afectos, pues en su pecho hierven muchas y muy variadas sensaciones que se llaman afectos, — impulsos misteriosos que nos elevan á nuestro alto origen, por lo divino de la criatura, ó nos abisman en la inmortalidad siniestra, por lo que tenemos de malditos.

Maldecido ó perdonado, inocente ó criminal, impoluto ó con mancilla, el hombre siempre es la obra de Dios, hecho á su semejanza, y como tal, digno de respeto. Hay obras que los pueblos todos tienen por horribles, inusitadas aun entre bárbaros, llevadas adelante por la extremada tiranía, y tan solamente por ella, esa tiranía corrompida y soez que infama así á los verdugos como á las víctimas, así á los que la ejercitan como á los que la sufren. La ferocidad no es lo peor en los tiranos, demonios de la tierra ; la corrupción, esa invencible propensión á lo imperfecto, lo deforme, lo repulsivo, ésto es lo peor. La sabiduría del tirano consiste en descubrir la fealdad del alma ; su dicha es saborear los más repugnantes bocados. Estos grandes hombres son inmortales, se acercan mucho á la inmortalidad del infierno : ¿ Satanás no es inmortal ? Caín mató á su hermano, pero no le azotó. Aquel abominable ejemplo que ahora veinte siglos nos dieron los más desgraciados de los hombres, no lo siguen sino los que ahora son tan desgraciados como ellos. Seamos lestrigones, tártaros, hunos, vándalos, chinos, iroqueses, trogloditas ; pero no seamos hebreos....

Ese ente que señorea el mundo, en cuyo rostro se distinguen las huellas de la perfección divina, cuya mirada sigue á Dios hasta cerca de su trono, y sale del Paraíso, todavía grande y majestuoso, es el hombre : ¿ á ese le azotas ? ¿ á tu padre, á tu hermano, á tu hijo ? Azotadores, ¿ qué sería

de vosotros si llegase el día de ser azotados ? Ojo por ojo, diente por diente, dice el talión....

Nosotros no haremos eso ni lo mandaremos hacer. Presidente, hombre piadoso, ¿ qué dices de todo esto ? Yo no azoté, dices ; pero mandaste quien azote, digo yo. Yo no juré, Señor, dice trémulo el culpable. Pero juró tu sometido á quien debías refrenar, grita indignado el juez. Vosotros *los cristianos*, ceñíos á la Escritura.

Ahora pues, nosotros los *malvados* sufragamos por la hombría de bien ; nosotros los *herejes* nos inclinamos á la religiosidad encarnada en un hombre harto conocido por piadoso ; nosotros los *bandidos* nos proponemos sacar á la honradez sobre los hombros, ó morir en la lucha, si nos rechazan con las armas ; nosotros los rencorosos pensamos perdonar, supuesto que elegimos al de manso corazón ; nosotros los soberbios invocamos la modestia ! nosotros los rapaces no queremos nada para nosotros, ya que dejamos al amigo, amigo íntimo tal vez, y llamamos al que no nos conoce, aquel de cuyo favor nada esperamos ; nosotros los empecinados cedemos al instante ; nosotros los partidarios ciegos no reconocemos caudillo ; nosotros los revolucionarios obramos como pacíficos ; nosotros los ambiciosos no tenemos ambición ; nosotros los injustos nos acogemos á la justicia ; nosotros los egoístas proponemos la generosidad y la abnegación á nuestros enemigos. Achácannos ustedes de empeñarnos en la elección *del antireligioso y provincialista*, ó del *militar amigo de los fueros*, ó del *impopular y enemigo* de vuestro jeque : el *antireligioso*, *el amigo de los fueros*, el *impopular* se apartan generosamente, y nosotros, sin mala intención, ni obstinación, renunciamos esperanzas, despreciamos *probabilidades*, y proclamamos al que no conocemos sino por sus virtudes públicas. *Tal sujeto* ha dicho con frecuencia, que,

si los liberales se obstinaban por el *hereje*, él se combatiría con nosotros; pero que si preferían un moderado, un tercero en discordia, estaría con ellos, Hellos allí á esos buenos liberales decididos por el moderado, el tercero en discordia, el hombre religioso: ¿ qué dice ahora el ministro-emperador, católico, apostólico, romano ? Nosotros hemos cedido, amigos míos, cedan ustedes á su vez : no seamos güelfos y gibelinos, Abencerrajes y Segríes, moros y cristianos; seamos amigos, hijos de una madre, ciudadanos de una misma patria, que al fin abren los ojos, extirpan la gangrena del corazón, bruñen y acicalan el alma, desembarazándola de su espesa empañadura. Que nosotros no deseamos la muerte, el destierro ni la infamia de ustedes, claro se ve, cuando escogemos un hombre más conservador que liberal, de maduro juicio, de ilustrado entendimiento, de sano corazón : si ustedes se obstinan en elegir á su caudillo, manifiestan sin rebozo que anhelan nuestra ruina. Cuando uno de nosotros caiga fusilado; cuando otro perezca en el suplicio de la *barra*; cuando éste gima lastimosamente al menudeo del azote; cuando ese vaya amarrado, á pié por los desiertos, ¿ sentirán ustedes bailar alegre el corazón en el pecho ? No me lo digan, porque me muero de lástima de ustedes. Y aún no tan malo si eso fuera todo; pero su candidato tiene graves, insuperables obstáculos para la presidencia : ese auto motivado del Perú, amigos míos, ¿ no es una terrible cosa ? El Perú, nación amiga, aliada nuestra, ¡ recibir de nosotros un bofetón ! ¿ Y qué sería sino bofetón elevar á un reo de sus tribunales ? Ya dimos un grande motivo de queja á otra nación hermana, eligiendo diputado al que acababa de ofenderla : ¿ dónde hemos de ir á parar con estas provocaciones repetidas ? El Perú jamás reconocería el Gobierno de uno á quien tiene en juicio criminal; Colombia jamás reconocería á uno que le ha hecho tanta guerra, que tanto

la ha molestado, que tan ninguna seguridad le ofrece para lo venidero. ¡Y nosotros encajados aquí en medio de dos repúblicas que no reconocen ni pueden reconocer nuestro gobierno! ¿con quién tratamos, ¿con quién comerciamos? ¿cómo vivimos nuestra vida política? ¿nos avendremos á ser una tribu ignorada en un rincón perdido del mundo?

Atajados les miro de razones; responderán ustedes, si las tienen provenientes de la filosofía, la sana política, la justicia, la virtud en fin. Ahora si llegamos á *la insuficiencia de las leyes*, no sé cómo levanten ustedes con sus débiles cabezas ese peñasco de Sísifo. Hay un ciudadano que ha declarado de un modo oficial que las leyes son insuficientes, y las ha transgredido todas. Conviene saber desde luego si la constitución de la república autoriza al presidente á hacer esa declararación en algún caso: ¿nó? pues ¿como se las anula por el ejecutivo? Estas leyes son insuficientes para uno; viene otro, y halla que las nuevas no le bastan para gobernar: llega el tercero, y todo lo tiene por escaso y todo lo vuelca: ¡despotismo atroz y ridículo, que causaría risa en la Sublime Puerta! Si la voluntad del gobernante es la ley suprema, hagamos una hoguera de todos nuestros códigos, y sentados alrededor, veámonos esas caras, si no de salvajes, de esclavos azotados por lo menos. ¿Y qué necesidad, qué empeño es éste de ir en busca del que *no puede mandar con nuestras leyes?* ¿Hemos de hacer leyes acomodadas al carácter de un hombre, ó un presidente para que haga ejecutar las leyes? Un tal no puede mandar con las que la Nación, de años atrás, ha dictado y sancionado por medio de sus legisladores; pues ese tal ha de ser el presidente, á fin de que derroque el edificio social, rasgue el contrato público de los hombres reunidos en civil, política asociación, y ande sobre ellos con el látigo en la mano! ¿Cosa necesaria es ésta? Pues si aquel *no puede mandar*, que no mande;

hay hombres modestos, juiciosos, buenos, que no se juzgan superiores á los códigos, y tienen harto con ellos para labrar la felicidad de sus conciudadanos.

Proclamar la candidatura del que tiene protestado no mandar con leyes, es dar el grito de una revolución extravagante : ¿ entienden ustedes ? Revolución á la faz del Gobierno, revolución á la faz de pueblos libres, revolución á la faz de la América republicana. Proclamar una dictadura perpetua en medio de la paz, sería un absurdo de muy amargas consecuencias.

Mediten ustedes, y vean si hablamos con fundamento, si obramos con desinterés y justicia. Que don Francisco Aguirre sea el candidato de la nación : demos una prueba de grandeza de alma, seamos al fin hombres de bien y no bribones, ilustrados y no bárbaros ; cristianos y no feroces tártaros, sedientos de la sangre de nuestros propios hermanos. Si no gustan ustedes de ir á un paso con nosotros, propongan cualquier otro hombre notable de su partido ; ¿ no tienen más que uno ? ¡ Qué vergüenza ! El Azuay acaba de presentarse egregio, con esa reconciliación de los partidos, ese voto común que excluye la tiranía y proclama la mansedumbre, se aleja de la barbarie y tiende los brazos á la civilización, ahoga en su pecho los afectos duros, y da ejemplo de fraternidad. El Azuay ha merecido bien de la patria : debe servir de ejemplo.

## EN EL LIBRO DE AUTÓGRAFOS DEL MINISTRO DE COLOMBIA

La diplomacia es ciencia muy antigua : cuando la buena fe y el amor á la patria eran divinidades que se hombreaban con los dioses del Olimpo, la diplomacia no era ciencia ni arte ; no era más que la verdad autorizada con el poder de los gobiernos ; y la verdad no necesita de esta confusa y terrible sabiduría que en nuestros tiempos tiene alerta á las naciones. Desde los feciales de Roma hasta los caduceadores de Méjico ; desde los heraldos insolentes de Darío hasta los pomposos emisarios vestidos de plumas de los Natches, los hombres han acudido á los recursos de la paz, primero que fiarse á la elocuencia de las armas. Hoy la diplomacia comprende muchos más objetos que en lo antiguo : el comercio, las discusiones amistosas, la mancomunidad de fuerzas para obras de interés común, no solían ser materia en que entendiesen los comisionados de los pueblos : se pedían desagravios, se declaraban enemistades, y un embajador llevaba toda su sabiduría diplomática en los pliegues de su manto.

La sinceridad ha perdido con la civilización moderna, pero se han multiplicado los medios de entenderse los pueblos y gobiernos. Yo sé muy bien que de esta ventaja han provenido cosas peores que las desgracias de la guerra ; pues aquella nigromancia de los hombres de estado suele redundar muchas veces en perjuicio del género humano. Maquiavelo, el Cardenal Richelieu, Mazarino fueron diplomáticos de primera orden, y en nuestros días el conde Bismark es gran diplomático : ¿ cuáles han sido y son los

frutos de esa aptitud grandiosa para los asuntos públicos ? ¡Oh Dios! la perfidia, el embuste, el engaño no pueden servir de cimientos sino á tenebrosos y mal seguros edificios. No se me acuerda qué hombre célebre ha dicho, que la verdadera diplomacia es la equidad. Todo hombre de bien ha de seguir esta máxima : la ciencia que enseña á medrar en detrimento de nuestros semejantes, es ciencia negra, reprobada. Esto no quita que el hombre hábil utilice en cuantas ventajas le sugiera su ingenio en favor de su patria, siempre que sea sin menoscabo de la justicia. Ni es de suponer que un gobierno cometa á sus embajadores el encargo de sacar provecho de la simplicidad ó la flaqueza ; pues si es justo defender la razón y el pundonor con pecho denodado, es poco digno de alabanza engrandecerse con la mediocridad ajena ó echar á la parte de nuestra experiencia la ignorancia de aquellos con quienes nos vamos entendiendo.

Acá en el nuevo mundo somos más sinceros, tal vez por menos entendidos en el arte de engañar. O será más bien que los vínculos de fraternidad que nos ligan á los americanos, los intereses comunes, las propensiones semejantes de nuestras repúblicas nos aconsejan vivir en un corazón y llevar adelante los mismos pensamientos ? Los que por ventura están destinados á componer algún día una sola república, no deben ser ahora muy diferentes ni tener conveniencias encontradas. Un solo pueblo, ya lo somos ; pero esa gran Nación americana, esa federación continental discurrida por Bolívar, soñada por los demócratas de buen temperamento, ¿ habrá de llegar con el transcurso de los días ? Si este bien les espera á nuestros hijos, buena herencia les dejamos ; nosotros no esperemos disfrutarlo en persona. Mas siempre seremos próceres, si hacemos lo posible para ilustrar, engrandecer y volver feliz al nuevo mundo, esta gran patria de los americanos ;

grande en territorio, grande en elementos, grande en esperanzas; pequeñuela todavía en facultades físicas, si bien no inferior en lo moral á esos viejos reinos de Europa.

A un diplomático de diplomacia se le debía hablar; pero confieso á usted, Señor Don Teodoro, que no ando escaso de aprensión cuando voy á poner mi nombre al lado de otros tan notables, por no decir ilustres de una vez. Don Lino de Pombo, Don Manuel Ancízar, Murillo, Santos Gutiérrez no son hombres comunes. Pero usted me pide una página y mi nombre, y no hay repugnancia que valga contra deseo de tánta significación.

Si esto es así, ya está hecho; y aquí añado toda mi sinceridad y la cortesía de que soy capaz, para suscribirme de usted atento y seguro servidor.

JUAN MONTALVO.

*San Juan de Dios, á* 6 *de setiembre de* 1868.

---

# AL PIE DEL MONTE BLANCO

## (SUIZA)

Si con los ojos este monte abrazo
Que aquí se encumbra, la razón envío
Del cielo á lo más alto y allí busco
De esta grandeza el inmortal príncipio.

¿Y doy con él ? Mis labios no funcionan,
La comprensión se ofusca, desatino ;
La inteligencia se anochece, en vano
Entre las sombras con mis sombras lidio.

Empero los afectos inmortales
Que en mi pecho descuellan ; el alivio
Que gozo en el creer cuando padezco ;
La tendencia del hombre á lo divino ;

Y éste como universo que en mi alma
Prosigue majestuoso el blando giro,
Y que no lo hice yo, lo allanan todo :
Si nada entiendo, al corazón me fío.

¡ Levántate, montaña ! rompe nubes,
Vé á llamar á las puertas del empíreo :
¿ Respondieron ? ¿ qué dicen ? ¿ en su trono
Vistes á Dios, al Dios inmenso has visto ?

Tu majestad y tu poder convencen
Que llena el universo un Infinito
Del universo autor ; grandeza tanta
Cierto, del Grande, del Potente vino.

Nadie el imperio te disputa, reinas
A solas en los montes : de los siglos
El tropel impetuoso, ni una huella
Dejar en tu alta frente ha conseguido..

Ora despliegues tu poder al aire
Desde la cumbre hasta la base limpio ;
Ora te escondan nubarrones densos,
Rey eres siempre, de los Alpes digno.

*EL COSMOPOLITA.*

---

# LIBRO VI

## DE LA POLITICA

La peste reina en todas partes : digo esta enfermedad llamada *política*, que excluye toda otra ocupación moral, que embebece á los hombres y les trae girando en un oscuro torbellino. Si la política es aquel empeño por la salud y prosperidad de la patria, aquel movimiento en globo de un pueblo anheloso de su dicha, aquella propensión irresistible hacia las regiones de la luz, la política es una gran cosa, la mayor y más bella que puede ocupar á los hombres. En los antiguos tiempos, menos sabios tal vez, pero más cuerdos que nosotros, era mal visto el prescindir de los asuntos públicos. Ahora se tiene por virtud la prescindencia, y lo es en verdad, si se trata de este vocerío diabólico, esta *danza del Sábado* en que los hombres convertidos en entes infernales, en ridículos espíritus ó feos moharrachos, brincan, aúllan, se contuercen y andan revueltos en confusos pelotones, al son de aquella música desesperante que lastima los oídos y el ánimo de los que los tienen puros y suaves. Esta política es una peste, una enfermedad horrible, elefancía del alma, lepra de la conciencia : feliz quien de ella se precave, dichoso quien

de ella se cura! Si las naciones tuviesen un tribunal supremo que castigase los más perjudiciales delitos y premiase las más provechosas virtudes, el prescindente saldría coronado; el no prescindente, condenado á la horca. ¿Y cómo no? Aborrecer la política es horrorizarse de la sangre humana que corre por las gradas del cadalso, como una cascada bellísima para los demonios; aborrecer la política es echar lágrimas, cuando los ayes del preso trincado en una barra de hierro llegan á nuestros oídos; aborrecer la política es seguir con el corazón y la memoria al proscrito que en medio de lanzas enemigas se va por esas tierras pobladas de tigres y de indios salvajes, dejando tras sí la civilización y el amor; aborrecer la política es admirar ese entrecejo agresivo y odioso que nos pone el que nos encuentra en la calle, nuestro amigo tal vez en otro tiempo, tal vez nuestro pariente; aborrecer la política es amar la verdad, la equidad, la dignidad; aborrecer la política es respetar al hombre, no romper los lazos de la naturaleza, obedecer las leyes que rigen al género humano en el mundo moral; aborrecer la política es acatar la virtud, rendirse á la justicia, no faltar á la moderación; aborrecer la política es ser bueno y no perverso, justo y no inicuo, noble y no ruin, hombre en fin y no bravía alimaña. ¡Dichoso el que aborrece la política! Éste guarda el corazón entero, sin gangrenosas hendiduras, sin ponzoña que le desnaturalice, sin tubérculos que le causen ese dolor insoportable, el más pungente de los dolores, el odio, la venganza. ¿Tú prescindes de la política? Ven, yo te abrazo, hombre temeroso de Dios, amigo del género humano, prosélito de la virtud.

Encono, difamación, injusticia en toda forma, calabozo, patíbulo, ésto es lo que llamamos política en nuestra barbarie; ¿por qué somos tan necios? ¿por qué somos tan crueles? La verdadera política es de grandiosa catadura, de porte majestuoso, de semblante seductor, de mirada

profunda, de paso agigantado y regio, de ademanes imperiosos, de maneras finísimas, de conducta acendrada : la verdadera política es una reina cumplida, una diosa del empíreo, un personaje elevado y santo, digno de nuestra adoración. Afirmar esta aparatosa máquina que se llama Gobierno, nivelándola con el compás de la justicia, acuñándola con la equidad, moviéndola con aquel vientecillo blando y poderoso al mismo tiempo, aquel vientecillo que se llama civilización y progreso, ésto es ser político, verdadero y gran político. Lo que se reduce á personas es personalidad, egoísmo, esclavitud ; lo que abraza la especie, el todo, es magnanimidad, encumbramiento, don de Dios que se ejerce en bien del universo. La verdadera política es la verdadera filosofía, la religión verdadera ; la falsa política es el error, la corrupción moral. Las leyes de los atenienses conminaban con la infamia á los que prescindiesen de la cosa pública, como que cada hombre está obligado á contribuir á ella. En la política verdadera es en la que todos los miembros de la asociación civil han de tomar parte ; en la falsa, ojalá nadie la tomara : ¿no sería en efecto conveniente que nadie robase, ni matase, ni calumniase, ni se manifestase en modo alguno indigno de su criador ? El tomar á pechos una idea, un principio, es cosa grande y buena ; puede no ser buena, si el principio es erróneo ; pero su propagador de buena fe siempre es disculpable : el entregarse en cuerpo y alma á un hombre, y mal hombre, esto jamás puede ser bueno, porque es renunciar la inteligencia propia, ahogar el corazón en el pecho, reventarse los ojos é ir ciegos con desatinados pasos tras un pérfido lazarillo : renunciar el alma, amigos míos, ¿ hay locura mayor ? entregar el corazón á Satanás, amigos míos, ¿ hay desgracia mayor ? desbaratar la inteligencia y echarla en pedazos á los pies de un dueño avaro, amigos míos, ¿ hay delito mayor ? Pensad, sentid, obrad

según las luces de vuestra comprensión, según los impulsos de vuestro corazón, según las sugestiones de vuestra conciencia, y seréis hombres.

¡Ah! no os aconsejo el orgullo, y menos la vanidad: hartos y grandes maestros rigen el mundo, y para cada virtud y cada ciencia tenemos escuelas autorizadas, donde seremos sabios, si guardamos desde luego el silencio requerido y empezamos á hablar cuando sabemos lo que decimos. El que habla y escribe sin haber leído, yerra sin duda, yerra mucho, ó no dice cosa que sea de provecho. El hombre es semejante á un vaso de alabastro, cuya belleza y transparencia no se descubren, si no arde luz en su seno: esta luz no es innata, es adquirida por la meditación y el estudio, pues la inteligencia inculta es un trozo de mármol no tocado por el cincel pulidor: la estatua grandiosa, aquella por cuyas formas transpira el espíritu divino encerrado adentro junto con el ingenio del artista, ésa es la inteligencia cultivada é inspirada. La ignorancia no es tan audaz como oigo de continuo; la malicia es la insolente y acometedora: la una puede ser de buena índole é inofensiva; la otra de suyo es aviesa y perjudicial. El ignorante merece perdón; el hombre cuya perversidad es refinada por el estudio, ese es nuestro enemigo, y enemigo terrible.

Nosotros no conocemos la política: ésta es una ciencia muy vasta, un conjunto de muchas ciencias: el hombre de Estado, el diplomático, el escritor, el orador saben ó deben saber mucho, por cuanto el edificio que construyen, este gran templo llamado gobierno, se levanta y subsiste sobre cimientos profundos y sólidos como los del Partenón; este sublime aparato de la sociedad civil no camina sino sobre ruedas perfectas y valiosas, bien así como las puertas del cielo, que girando sobre goznes de oro, se abren y se cierran por sí mismas. La filosofía es la base de todos los

estudios; la historia, elemento indispensable de sabiduría: quien no se atiene á sus preceptos y ejemplos, mal podrá gobernar á los hombres.

Lo que nosotros sabemos á las mil maravillas es acometernos con toda clase de armas, con todas las prohibidas por la conciencia y la caballerosidad. Aspiramos á encumbrarnos á la cima de la patria, sin alas para volar por tan superiores regiones; queremos ser preponderantes, y preponderamos con efecto, ó más bien sobresalimos por la iniquidad y el deshonor: el más valiente, más experto, más digno de consideración, ¿no es el más atrevido y furioso, el que embiste con más violencia, vocifera con más desatino, se prostituye con menos pudor, obedece con menos repugnancia, se corrompe grande y eficazmente para los fines de la tiranía? No quiero ser vuestro Juvenal, amigos míos: ¿cómo he de ser Juvenal, cuando me han reprendido con aspereza el haber intentado ser algo Catón? La virtud privada se perdona todavía; las virtudes públicas son cosa indiferente para todos, despreciable para muchos, delito para algunos: nadie es impunemente justo, imparcial, moderado entre nosotros: ¡pobre Arístides! lo peor que tiene es el servir de ejemplo á los siglos y á los pueblos.... Si hoy se pusiera á votación el destierro de un ciudadano, probablemente el menos malo reuniera la mayoría.

Y ahora no me presento á reñir con nadie: mi bandera es la civilización; á su sombra milito en paz, combatiendo la barbarie, disipando sus sombras como puedo con esta antorcha de diminuta llama que traigo en mi mano trémula. No soy el Satanás que rompe el caos con fornido pecho, nadando activo por la oscuridad, para ir á apagar la luz del mundo; brego también contra las montañas de un mar de tinieblas procelosas, y voy en busca de la claridad: empero no con el fin de soplar sobre ella y extinguirla, sino con el de atizarla y adorarla. Procuro salir de

mi ignorancia, nada más; soberbia no hay en mí; ¡dichoso yo si tuviera quien me siga!

Extraño ha parecido á muchos el que haya uno cuyo pensamiento gire en una órbita superior á la de nuestras pobres cosas, teniendo por absurdo, ó cuando menos por extemporáneo lo que no pertenece á nuestra política miserable. Oh Dios, ¿malo es para tratar un punto filosófico, moral ó literario? ¿malo es elevar la inteligencia, purificar la sangre del alma, despertar en el pecho heroicos movimientos? Malo debe de ser todo esto para los que me han aconsejado no tratar sino de *candidatura;* esto es, no ocuparme sino en injuriar á unos y ensalzar desmedida y neciamente á otros: éste no es mi asunto. Ilustrar la conciencia pública en cuanto me lo permita el caudal de mis escasas facultades; tocar al centro de los no perdidos corazones y hacerles latir en los nobles afectos; traer á su trono la libertad despojada, y renovar su culto con pomposas ceremonias, éste sí será mi objeto; si lo he de cumplir, no sé; si he de morir en este santo encargo, tampoco: los escollos son frecuentes, las espinas de la senda muy punzantes: ya he ido por ahí con el corazón y los pies echando sangre: no importa; ¿no dicen que el camino de la gloria es muy hoscoso? el sembrado de flores es del infierno; pero la esencia de esas flores es sutil ponzoña....

¿Me insultarán, amigos míos, me perseguirán ustedes porque escribo de este modo? No hagan eso; si han de convertirse al fin, tal pecado requerirá muy grande penitencia. Tiranía, errores, vicios, éstos son mis enemigos, con estos monstruos cierro: las personas son espíritus para mí; no las veo, si no vienen á metérseme en los ojos: en este caso procuro derribarlas, y la que cae, cae echando sangre y espuma por la boca. Si un individuo es la encarnación de la tiranía, cuando le nombro no hablo de él, hablo de su desgracia; porque es desgracia, y muy grande,

anhelar y llevar á efecto la ruina de sus semejantes. El vicio suele tomar muchas veces aspecto del individuo; entonces el nombre del uno corresponde al otro, y es equivalente el usar de cualquiera de los dos : todo lo que entraña un principio, aquello de que se saca una consecuencia de interés general, lo que contribuye á la moralización de las humanas sociedades, tiene un carácter de universalidad que no merece censura : la filosofía y la misericordia están muy bien con el hervor de una sangre impetuosa, con los embates de un corazón arrebatado por el bien, con la pujanza varonil de una alma que se levanta y se sacude indignada como un dios, en presencia de las iniquidades y las tropelías de los fuertes.

---

# EL LIBELISMO

¿De qué no abusarán los hombres? abusan de la religión en la simonía y el fanatismo; abusan de la libertad en el desenfreno; abusan de la sabiduría en la soberbia y el error: abusan del poder en la opresión en que hacen gemir á sus semejantes; de todo abusan: no hay invención que no sea por ellos acomodada á malos fines: del vapor se sirven para sus piraterías; de la metralla para sus bombardeos alevosos; del telégrafo para sus engaños y falsedades. ¿Y de la imprenta? ¡Ah!.... de la imprenta, del periodismo se sirven para sus calumnias, sus difamaciones, sus rabias y venganzas. La imprenta, esa matrona romana, digna, seria, majestuosa en manos de un Lamartine; esa niña fresca, rozagante, pura en manos de un Víctor Hugo; esa muchacha retozona é inocentemente maliciosa, picotera y alegre, *festivissima omnium puellarum* en manos de un Alejandro Dumas ó de un Larra; es una vieja zarrapastrosa y obscena, derrama por los labios una baba pestífera, le fluye de los lagrimales un licor helado y corrosivo, sus uñas son largas y puntiagudas, anda cojeando, pero á carrera; brinca, mete ruido é incendia el mundo, en manos de tanto miserable que se sirve de ella como de un puñal enherbolado. El libelista es un bandido, un salteador de caminos que se embosca por ahí y le sale

al paso al caminante : en tanto se encarniza más, en cuanto su víctima es noble y de rico parecer; le abre el vestido, inquiere su cuerpo : arbitrario aduanero, nada le deja por registrar, y tras esto le hiere en mil partes, le chupa la sangre, le martiriza, y si le deja vivo, le manda arañado el rostro. El libelista no es el jabalí de Caledonia que arrasa el país por donde tira en sus descomunales viajes; es el zorro que todo lo ensucia y deja tras sí un reguero pestilente que encalabrina el alma : animalejo ruin, pero maligno; despreciable, pero temible : cuando agarra, muerde duro; cuando no muerde, escupe, y su saliva suele dejar manchas porfiadas. La calumnia es la polilla que echa á perder el paño; la bayeta queda libre : la envidia, como la llama, tira á lo alto. *Invidiam, tanquam ignem, summæ petere.* Así el ladrón no roba á los pobres, porque no tiene qué robar en ellos : sujeto en quien se aferran tenazmente los malos, algo tiene bueno. El escritor perverso echa sobre la sociedad humana rociadas perjudiciales que azuran las mejores plantas; es la escarcha que temen los labradores : el escritor grosero es un derrumbe que se echa abajo sobre lo que encuentra, rodando con piedras y troncos en un torbellino de oscura tierra : el escritor infame es el albañal por donde corren todas las impurezas.

Tú, cualquiera que seas, que llamas ladrón al hombre de bien, infame al digno, traidor al leal; tú, para quien la frescura juvenil es vejez, la agenciosa laboriosidad comercio fraudulento, el ejercicio de una noble profesión, latrocinio é injusticia : tú, para quien el ingenio es tontera, la instrucción ignorancia, la alteza de alma y la acendrada conducta, mal carácter y soberbia : tú, que tomas parte con los malos, enalteces al ruin, trasloas al incuo y adornas con magníficos pronombres al delincuente sentenciado : tú, has venido á ser todo aquello que se dice del

libelista. El salteador anda oculto, á gatas por los matorrales, y si le cogen, dice que es hombre de bien, y que nada ha robado á nadie : el libelista anda también á gatas. Yo cogí un libelista del pescuezo, y me dijo que era el hombre más bien intencionado del mundo, que nunca había escrito nada contra *nadie*, y lo que hace es purgar de injurias las obras de sus amigos : que era como Madama Roland, á quien no conocían sus compatriotas, como Chateaubriand en lo *bien puesto* de su nombre; pero no como Armando Carrel en el ser tonto para morir de un balazo. A la justicia que manda ejecutar un reo convicto no se le puede llamar tiránica : el escritor que aherroja á un libelista, hace un bien á la asociación civil; los buenos deben rendirle gracias, por haberse habido con severidad tan necesaria.

Si eres inocente, como afirmas, en buenhora; no hablo contigo ni de tí; si en efecto has incurrido en la pena, estoy en lo justo. Ya sabes que hablo recio, y que mi voz tiene su retumbancia : si soltares otro libelo infamatorio, y eres persona, te nombraré, y tu nombre saldrá chirriando en medio de un furioso incendio, y echarás humo por los ojos y la boca, y tu pecho será una viva llaga. Lo que has hecho contra mí, lo he despreciado, lo he perdonado; mas si empiezas á nombrar á los mejores, te echaré vitriolo en la cara, y beberás una brasa ardiente y devoradora. Mi conducta pública es sin tacha; estoy sobre una fuerte ciudadela, erguido en el Capitolio; los gansos sagrados me advierten la aproximación del enemigo nocturno, y cual Manlio, cierro con ellos y los despeño al abismo. En mi vida privada no hallarás sino pasiones, y de las pasiones-reinas; desgracias, puede ser; delitos, vicios, infamias, ¡no! ¿Qué es esto, amigo? ¿por qué no creces derecho? planta sin cultivo, te achaparras; planta sin aseo, nacen sobre tí parásitos inmundos.

He visto el cedro del Líbano encumbrarse al firmamento y sacudir su real cabeza entre las nubes; su magnífico ramaje abraza un gran espacio á la redonda, y asombrando el suelo con sus radios, puede albergar un ejército al rededor del tronco : grande, noble, majestuoso, veneración infunde; fresco, verde, puro, es bienhechor : lujo de naturaleza, adorno de la tierra, gloria de los bosques : el águila posa en su cumbre, y se contonea como en su trono, orgullosa de la pompa que la engrandece : los vientos le prestan homenaje, y murmuran cual música divina entre las hojas; el sol matinal le unge cada día, y le declara emperador : la noche admira ese fantasma gigantesco erguido en su seno, desalojando una gran porción de oscuridad : tácito y miedoso personaje en las tinieblas; franco y excelso á medio día.

Si somos grandes, seamos como el cedro.

He visto la perenne albahaca en el jardín, sentada voluptuosa en un recodo : su diminuto cuerpo no incomoda á los vecinos, no despide maligna en torno suyo ponzoñosas exhalaciones : contenta de su juventud, sonríe á todos; satisfecha de su frescura, jamás se encona : el suelo donde arraiga, el aire que la nutre, el agua que la humedece, todos la aman : el sol no la corona por muy chiquita; el viento no la recuesta, por muy inocente; pero tiene sus secretos con el rocío, departe con la aurora, y el favonio le trae recados misteriosos del Paraíso. Un hilo de agua cristalina corre á sus pies sumiso y acariciante; la mariposa viene triscando por el aire, y en sus graciosos dengues procura congraciarse con la amable niña : ya llega, ya la toca; ¡qué dulce mata! El colibrí es demasiado grande para ella; su almíbar es el banquete del plateado insecto, pero tiene aroma para todos, y

sirviendo para muchas cosas buenas, no es para nada malo, porque no tiene veneno.

Si somos pequeños, seamos como la albahaca.

He visto el naranjo cuajado de azahares : redondo y elegante cual una hermosa vestida con tontillo; fresco y provocativo cual el rostro virginal de la doncella; donoso y rico en simpatía, adornado y contento cual la novia que va á extender la mano : ¿ quién no toma de él una flor ? ¿ quién no pone en los dientes al paso una de sus doradas y saludables hojas ? Por la madrugada es una caja de música con el sinnúmero de jilgueros que entre su follaje chacotean; por la tarde, él se opone á la melancolía del crepúsculo, y dice : No quiero estar triste : por la noche se calla, y en silencio está elaborando las esencias con que ha de regalar al alba.

Si somos medianos, seamos como el naranjo.

Y no como el espino, y no como la ortiga, y no como la cicuta : con espinas ciñeron la frente del Señor los fariseos, con cicuta mataron á Sócrates los treinta tiranos. Si somos grandes, seamos como el cedro; si pequeños, como la albahaca; si medianos, como el naranjo; esto es, siempre provechosos, ó cuando menos inofensivos; si no admirables por la grandeza, amables por la simpática pequeñez, ó por la utilidad que ofrezcamos á nuestros semejantes. Esto de volverse notables por lo malo es cosa terrible verdaderamente : no hay prendas que resarzan al individuo de los perjuicios que le acarrea su maldad : el hombre malo es como el niño rabioso que se magulla la cara y se arranca los cabellos, como el demente que rasga la vestidura y pone de manifiesto sus repugnantes formas : todas las obras del hombre malo son contra sí mismo; escupe al cielo, y la e en saliva le cael rostro :

pierde el cariño desde luego, si alguien le quiso; la estima, si alguien le estimó; y es probable que alguien le haya estimado, y aun querido antes de que principie á ser perverso. Si de naturaleza no es bueno un hombre, debe serlo por política: el silencio es una renta, la prudencia un venero de ricos metales, la benevolencia una canongía. El crimen, los vicios no merecen tolerancia, y menos protección; el perseguirlos, el aborrecerlos, esto es también ser buenos: la tolerancia es muchas veces un delito: tolerancia con la ignorancia, tolerancia con la flaqueza, en buenhora; tolerancia con la perversión, la corrupción, la iniquidad, ¡pecado!

Tolerancia con el libelismo, ¡pecado y más pecado! Las leyes de las doce tablas castigaban de muerte al autor de un libelo; y esas leyes eran de naturaleza que los padres conscriptos habían impuesto á la mocedad romana la obligación de saberlas de memoria. Por una de los emperadores Valentiniano y Valente se castigaba con el último suplicio, no sólo al autor de un libelo, sino también á los que, habiéndole tenido en sus manos, no le hubiesen destruído. San Gregorio excomulgó á los que habían mancillado la reputación del diácono Castorio, y de camino á los que leyesen esas obras infamatorias. El que se complace en leer injurias, dijo el santo, es tan culpable como el que tuvo la honra de publicarlas. Si para que rijan estas ordenanzas se necesitara sangre, yo me abriera las venas y ofreciera la que por ellas corre á los legisladores: imperando semejantes leyes en estas comarcas, algunos de entre esa *poética* gentualla estarían ahorcados hace tiempos. Entre hombres, en política, pase todo; pero el hogar es un templo misterioso, es el antro de Trofonio donde no se puede reír, cuyos secretos no es dado revelar: los genios buenos y malos que le habitan invisibles, esos santos penates, que son las virtudes, esos

sombríos faunos, que son las desgracias, sirven de centinelas en los umbrales de la casa : ora por lo triste, ora por lo terrible, conviene respetarlos. Nosotros, menos malos por más humildes, nos contentamos con acatar la virtud, compadecer las desdichas y deplorar de corazón las miserias de nuestro semejantes junto con las nuestras. ¡Ah, Señores! el fundamento de la sociedad humana es la moral, el fundamento de la moral es el buen pensar, el buen hablar, el buen obrar. Por un delicadísimo sentimiento del ánimo los hombres han contraído un pacto, si bien tácito y reservado, obedecido religiosamente por todos los que pertenecen al gremio de esa respetable masculinidad que tiene las riendas de la moral y la sabiduría : ese pacto consiste en respetar á la mujer, en excluírla de nuestras iras públicas, en no hacerla representante en la ruin comedia en que somos ignobles histriones, andando como andamos por la escena á desvergüenzas y cachetes. ¿Qué será de nosotros, si este genio doméstico, si este ser inteligente y sensitivo que nos ama y nos cuida, si esta obra predilecta de la creación, esta alma del mundo, es envilecida, corrompida, maltratada por nosotros mismos, sacerdotes de esa divinidad ? Que la mujer sea, á lo menos en lo público, un diputado del Altísimo, que goce de inmunidad, que no le lleguen nuestros tiros. El feroz guerrero que se atrevió á combatirse con la diosa del amor y la mandó herida en la mano, fué devorado por sus propios caballos : luego hay uno como sacrilegio en blandir mortífero acero contra un ente incapaz de defensa, que algo tiene de celestial y digno de respeto : si las diosas del Olimpo son heridas por los mortales, ¿ qué no será con las mujeres ?

Mira esos ojos tímidos cómo ruedan en su amable languidez, debajo de la pestaña negra y encorvada ; mira esa frente serena, levantada sobre dos arcos de perfecta simetría, risueño firmamento con dos nocturnos iris ; mira

esos labios sonrosados cómo se abren para voces armoniosas, ó para dulces palabras de cariño; mira esa cabellera ondeante, vestido de la naturaleza, cómo se derrama por la espalda en rubios tirabuzones, recordándonos el porte de nuestra primera madre; mira ese aire seductor con que echa á andar hacia nosotros; mira ese aspecto de reina, si se repantiga en el sofá, formando un ancho semicírculo con su graciosísimo follaje. Si la halagas, te sonríe; si la ofendes, se ruboriza, echa llamas de las mejillas, é inclina la cabeza; si la hieres, se indigna, se alza amenazante, da sus vueltas y susurros, cual paloma encolerizada, y acaba por llorar, siempre acaba por llorar: ¿ no te tocan esas lágrimas ? Si al empuje de la ira la sacudes, cae luego de rodillas, redobla tu adoración: si la ofendes con serenidad y por sistema, no te perdona y te condenas. El hombre, aquí está como una torre, elevado, firme, impasible: á él tus flechas, á él tus piedras; él no llorará; mas puede caer sobre tí con toda su pesadumbre, y has concluído tu carrera.

# EL NUEVO JUNIUS

## II

## LOS PARTIDOS POLITÍCOS

¿ Habéis dado con el árbol de la sabiduría, amigos míos ? Ya os dije donde descollaba ; y verle descollante es una muy grande cosa : su cumbre desaloja las nubes, sus ramas se extienden al rededor entrelazadas con admirable simetría, y dan una vasta sombra. Este árbol florentísimo produce el fruto de la vida : los que aciertan á cogerle y gustan de su raro sabor, han dado con el secreto del género humano, si la felicidad es su secreto. Oigo de continuo que el dolor es nuestra herencia ; mas pienso que para todos los males hay remedio, y que no es obligatorio ese legado. El dolor es nuestra herencia ; mas podemos renunciarla, y desembarazados de ese gravamen, quedamos aptos para la felicidad. Felicidad, dolor, éstos son los ejes sobre que rueda el mundo, los términos que componen esta música estrepitosa que nos asorda sin intermisión, á la cual cada uno de nosotros contribuímos con nuestro ¡ay! ó nuestra carcajada. La paz del corazón, la serenidad del ánimo, la satisfacción de la conciencia, la grandeza del carácter, la mansedumbre del genio, la rectitud de la

conducta son las condiciones de la verdadera felicidad; y como todo aquello es obra y efecto de la sabiduría, resulta que la dicha es el fruto de ese árbol misterioso.

Luego no es tan fácil ser felices, me dirán. ¡Qué ha de ser fácil! antes no hay más intrincada senda que la del Paraíso, siendo así que le tenemos perdido hace ya setenta siglos. Pero no tan perdido que algunos hombres no hubiesen dado con esa deliciosa comarca, guiados por el gorjeo lejano de sus aves, por el olor que despiden sus flores siempre abiertas. El filósofo cuyo sistema y cuyo anhelo es la tranquilidad del alma, y que á fuerza de profundizar en ese estudio cumple al fin su objeto, dió con el árbol de la sabiduría: vedle allí sentado majestuosamente á su sombra, hojeando el libro de la ciencia, satisfecho del cielo y de la tierra. El santo que distingue la materia del espíritu; que ve la luz divina rompiendo la bóveda celeste con su clara vista; que permanece suspendido de la mano de Dios y oye apenas el rebullicio de los hombres, dió con el árbol de la sabiduría: vedle allí á su sombra sentado majestuosamente al lado del filósofo. El regidor de pueblos que se consagra á su felicidad, gobernando á lo grande, obrando á lo virtuoso, respetado, querido por sus semejantes, dió con el árbol de la sabiduría: vedle allí á su sombra sentado majestuosamente al lado del santo y del filósofo. Filosofía, santidad, sana política, forman el acompañamiento más respetable, el grupo más significativo del mundo, sublime cariátide que sostiene el trono del Omnipotente, mirando á la tierra con sus adorables rostros.

Alto es el árbol de la sabiduría, y no le vemos; sonoro es el árbol de la sabiduría, y no le oímos; fragante es el árbol de la sabiduría, y no le olemos; empañada la vista, embotado el olfato, entorpecido el oído, no podemos aprovecharnos de esa magnífica obra de la naturaleza,

cuyo fruto robustece purificando la sangre, aclarando la inteligencia, dando armonía á las afecciones. Maestros no nos faltan; pero somos malos discípulos, y por eso vivimos en esta ignorancia del bien, en esta crasitud del alma que nos mantiene tan desgraciados y pequeños. Nuestro ahinco se cifra en nuestro mal, porque anhelar el mal ajeno es labrar el propio, supuesto que los hombres somos una cadena que viene resonando al través de los siglos y ciñe la tierra en todas direcciones. Nos perseguimos, nos robamos, nos matamos, y andamos diciéndonos hermanos : ¡ qué insolente ineptitud ! Hermanos, descendientes de Caín : hermanos, y por eso gimen unos en profundas mazmorras, otros corren el lúgubre cerrojo : hermanos, y por eso va uno al patíbulo con trémulo paso, otros le vuelan la tapa de los sesos : hermanos, y por eso unos amarran, otros tienen la soga al cuello : hermanos, y por eso unos deshonran, otros pierden el honor : hermanos, y por eso unos apañan la hacienda ajena, otros quedan en la mendiguez : hermanos, y por eso unos se elevan, otros sucumben; unos blanden ensangrentada maza, otros ruedan á sus pies; unos vociferan, otros gimen; unos viven repletos de sangre, otros caen al sepulcro exánimes. El sello de Caín viene impreso en nuestra frente : la raza del maldito se ha multiplicado en términos que compone la especie humana : víctimas y verdugos somos todos : deshonor, persecución, infamia, los lazos que nos ligan, — nuestra fraternidad, nuestra felicidad, nuestra gloria.

Tú que difamas al vecino, le calumnias, le hieres en el corazón, ¿ eres su hermano ? Tú que preponderas por la fuerza, y puesto arriba desplegas tu genio destructor; tú que cierras con los que no te adoran como á los dioses de los Druídas, persigues, coges, matas, husmeas la sangre de la víctima y bailas sobre su cadáver, ¿eres su hermano ?

Tú que anulas los derechos, huellas la justicia, te mofas de la dignidad del hombre y te empeñas en su ruina, ¿ eres su hermano ? Tú que trabajas por la ignorancia, y en tu sabiduría propagas las sombras, verificando una impía y tenebrosa operación, ¿ eres su hermano ? Su hermano eres, hermano á lo Caín.

Cuando digo *tú*, no hablo con uno solo, con éste ni con ése ; hablo con todos los malvados ; ni tengo por buenos á los de un partido, por malos á los de otro. Los buenos son muy raros ; los perversos abundan en todo tiempo y lugar. Los que padecen se tienen por inocentes, los que hacen padecer piensan que obran en justicia : si las víctimas se sobreponen á los verdugos, los verdugos vienen á ser inocentes ; los inocentes, verdugos. El laberinto de la especie humana, donde no imperan la razón y la equidad, es la cosa más intrincada y oscura del mundo. La razón está en el triunfo, la equidad en el poder : el que manda se desafora y atropella por todo, siempre con derecho para sus descompasadas acciones : de aquí proviene que el tirano vive persuadido de que todas sus obras son laudables, y sus esclavos se quejan amargamente de la oposición de sus contrarios. Ninguna virtud se practica menos que la fraternidad : reina entre los hombres el odio por los hombres : vivir es combatir, ya lo dijo un filósofo. La vida es la guerra : peleando vivimos, peleando morimos, y si fuera por nosotros, la tumba sería un campo de batalla.

Pero allí los valientes son cobardes, los grandes pequeños, flacos los fuertes, feos los hermosos, ruines los magníficos, bajos los nobles. Tú, héroe, ¿ te dejas comer de los gusanos ? ¿y qué es de tu impetuosidad, tu superioridad, tu grandeza? Tú, déspota, ¿ te dejas podrir y sufres que la carne se te caiga en pedazos? ¿y qué es de tu poder, de aquel imperio irresistible, de aquel mandar ejecutivo ? Tú, sabio, ¿ no sabes que el cerebro te está corriendo por la nariz y las

orejas, ese cerebro donde se había imprimido el universo, ese órgano sublime por cuyo medio te subías hasta la esencia soberana?. Tú, militar apuesto y valeroso, brillante con la argentería del vestido, rico de tu sueldo, insolente con tu espada, ¿ no la desenvainas y destruyes esa legión de insectos atrevidos que te chupan los ojos ? Tú, empleado grandioso, personaje excelso, ministro, presidente, emperador, ¿ no mandas prender y poner grillos, no haces fusilar á esos conspiradores que te andan por la cara y el pecho, te comen los carrillos, te ultrajan y van contra tu autoridad ? Tú, clérigo condecorado, prelado inmune, alto sacerdote, ¿ no excomulgas, no anatematizas, no echas al infierno esa turba de sacrílegos que te dejan al aire el caparazón, te sacan á pedazos la lengua, te perforan la corona ? Tú, gentil mancebo, amor de las doncellas, preciosa muestra del linaje humano, de rubia y ensortijada caballera, de ojos conquistadores, de dulces é irresistibles labios, ¿ sufres que te ensucien la ropa, te aren el rostro, te descompongan y afeen esos entecillos despreciables ? ¡Lástima que los potentes no tengan allí vasallos, esclavos los tiranos, partidarios los políticos, fanáticos los sacerdotes, soldados los capitanes, para que les defiendan á todo trance, griten, insulten, amenacen, persigan, cojan, destruyan á *sus enemigos !*

Vivir es combatir; pero morir es sucumbir; y la vida es un fuego fatuo, una rápida y misteriosa exhalación, una ráfaga de pesadumbres : no vale pues la pena de ser tan insolentes y perversos. ¿ No sería mejor que fuésemos pasando asidos de las manos amistosamente, desahogándonos con tiernos suspiros, consolándonos con fraternales palabras, protegiéndonos con suaves movimientos, y desembocando en la eternidad cual sombras apacibles, y no cual bravíos fantasmas que van en busca del infierno ? Si no vivimos más que un día, sepámoslo vivir, y sepámoslo de

veras : esa ciencia no es la crueldad, la codicia, la altivez opresora, la infamia ; todo esto es ignorancia : esa ciencia consiste en la mansedumbre, el perdón, la protección mutua : sobre estas ruedas adelanta la sabiduría, y el que va en su carro, va más pomposo y majestuoso que Sesostris.

La armonía del corazón y la palabra es el más embelesante acuerdo, si el corazón suena benigno echando afuera las gratas voces del amor, los graves acentos de la justicia. Indigno sería que hablásemos bien, si obrásemos mal; empero si las acciones son conjuntas con la expresión, si nuestra manera de decir es acomodada á la concordia, ¿ por qué no nos oirán ustedes, los que se llaman nuestros enemigos ? El porvenir que proponemos no viene cargado de nubes tempestuosas, no vislumbra allí la electricidad mortífera, no cruzan relámpagos siniestros : limpio es ese firmamento, clara esa atmósfera, y cuando anochece y amanece, una amable estrella surge del vacío y se pone sobre el horizonte á mirarnos cariñosa. Ustedes quieren la tempestad, concitan el rayo, supuesto que no caiga sobre sus cabezas, evocan el terremoto. Hartos estamos de terremotos : déjennos ustedes en pie las habitaciones, sosegado el ánimo, sin pesadilla el sueño, segura la vida, ya que la Providencia ha querido preservarnos hasta ahora. ¿Qué empeño es éste, amigos míos, qué empeño es éste de ver perturbada la paz, en peligro la nación, perdidos muchos ciudadanos, y acaso los mejores? ¡Ah, si *ese hombre* diese con el árbol de la sabiduría, y se sentase majestuosamente á su sombra.... ! El valor de la desesperación suele ser funesto, el heroísmo de la muerte se dispara en mil centellas destructoras : una nación oprimidísima, revienta al fin como una bomba, ¡y ay de los opresores! Si os empeñáis en exterminarnos, puede llegar el día en que

seáis exterminados. Entre vosotros no hay sino un hombre, uno solo : puede éste desaparecer por la ira de Dios, por la justicia de las leyes, por la venganza de los hombres : ¿ qué será de vosotros en ese trance ? Si tan encarnizados, si tan irreconciliables os manifestáis, tal vez sea necesario enrojecer un poco la clemencia.... Labrad para el porvenir, y sabed que la herramienta que fecunda no es el puñal, la bala ni el azote ; éstos esterilizan : la benigna azada dispone la tierra para que reciba el germen de la vida ; el látigo y el palo siembran lágrimas....

---

# ESTILO FAMILIAR

## COSAS DE MI TIERRA

Difícil es, querido, tomar las cosas á lo hombre en estas regiones de muchachos sin bautismo. Pensaban ustedes que perdonando faltas, ahogando resentimientos, venciendo dificultades, era obligación mía tornar á la pluma, por lo que hay en mí de ciudadano y de patriota. En un conflicto nos hallamos verdaderamente, y todos hemos de concurrir a salvarnos, salvando la nación. El orador en la tribuna, el escritor en la imprenta, el ciudadano en la ciudad, cada uno trae su contingente á esta gran derrama con la cual tratamos de redimirnos. El que embaraza ese concurso es mal hijo de la patria.

Como esos hay, amigo mío. Se han hecho ustedes cargo del sentir de *aquellos* autorizados extranjeros acerca del humilde compatriota de ustedes. Los estímulos que usamos por aquí son de agraciada y singular naturaleza, y del modo como lo queremos al escritor, sería él un personajecillo despreciable. Nos suscribiremos, han dicho *esos Señores*, con tal de que no escriba solo; con tal de que escriba en pliego suelto, y nos envíe uno por semana; con tal de que hable la lengua popular; con tal de que el

periódico tenga reglas fijas y no salga de cierta esfera, con tal de que se consulte para que no juzgue de ligero : con tal de que no trate sino *de candidatura;* con tal de que perdone las flaquezas; con tal de que no disocie; con tal de que dé soltura á los períodos y las cláusulas, y se sirva de las construcciones vulgares; con tal de que no haya historia ni sea largo; con tal de que en un rato de mal humor no ataque á sus copartidarios; con tal de que no sea tan Catón. Pues con tal de que acepte el Cosmopolita estas condiciones, podrá tener algunos suscritores.

Yo soy gente, soy hombre, soy libre; la cabeza y el corazón de uno que se ha desmamantado con las vidas de los varones ilustres de Plutarco, y las sabe de memoria, son aparatos más nobles y sonoros de lo que *ellos* piensan. Siga cada uno su camino, y Cristo con todos.

"Con tal que no escriba solo." Oiga usted : es un defecto gravísimo el escribir solo, y todos los que tal hacen son dignos de reprensión : ¡bribones!

"No ha de escribir en forma de cuaderno, sino como se usa." Los periódicos hebdomadarios, quincenales y mensuales se publican en Europa y los Estados Unidos en cuaderno. Pero como en mi tierra no *se usa* saber nada, ya pensaron que era invencion extravagante. Algunos de mis excelentes compatriotas se han imaginado que escribir libros es un defecto literario, porque *no se usa.* Alabado sea Dios.

"Ha de mandar uno por semana." Bien hecho : á los negros se les pone tarea, y si no la concluyen, se les mide las costillas. Como el escribir es cosa de gañanes, apriétenle ustedes la pésima al ladrón del escritor que ahorra el tiempo y come de balde. La agencia de mis escritos guarda una arca real henchida del oro que han mandado los suscritores; por eso me he quedado hasta sin reloj, y con una buena suma en menos. Mátenme.

"Con tal de que hable la lengua popular" ¡Jesús si he de hacer eso! ¿Olvidaré la lengua castellana, que me he empeñado en aprender hasta hacerme llamar *español y de los mejores tiempos* por insignes literatos? ¡No quiero! hablen allá su lengua, que yo hablaré castizo. No me entienden, porque no prohijo ese idioma triorquida, ese monstruo nacido de tres padres de diferente naturaleza, esa jerga americana compuesta de castellano, francés y quichua. Lope de Vega, tan encomiado por su ingenio, incurrió en vileza, y sus contemporáneos le zahirieron de infame, por haber descendido del trípode sagrado, y de gran prestigiador y sacerdote convertídose en tuno de playa en sus comedias. Defendiéndose el poeta, el hombre quedó por malo de remate, pues salió por este registro:

Yo escribo por el arte que inventaron
Los que el vulgar aplauso pretendieron;
Porque como lo paga el vulgo, es justo
Hablarle necio para darle gusto.

Allá los que escriben asalariados den gusto á sus compradores. La verdad es hermosa, noble la filosofía, la poesía se encumbra como el águila y va dando por el aire grandes voces. ¿Me ponen por condición que hable á lo corre-ve-y dile, á lo truhán, á lo barbero? ¡Cristianos!

Y además el pueblo no es tan ganso como se le juzga; y por eso Iriarte dijo ya:

Que si dándole paja, come paja,
Dándole también grano, come grano.

Yo le doy grano, y me agradece más que á los que le dan paja.

"No ha de hablar sino de candidatura." *Plaudite.* Será preciso que nuestro candidato sea el hijo de Filipo ó Julio César. Ni palaciego ni ruin adulador habría tan fecundo

que no se ocupase sino en el sujeto, y no en los principios, las cosas, los derechos y deberes de los hombres. Poco más ó menos todos somos de la misma calaña, y si algo bueno hay que decir en nosotros, en una brizna de papel está despachado. Lo que importa es exaltar la inteligencia y el ánimo de los pueblos, discurriendo acerca de materias adecuadas para volverles hombres ilustrados y buenos hijos de la patria. Una vez en punto de franceses, ellos saben muy bien á quien eligen.

"Con tal de que se perdone las flaquezas.... " Las flaquezas se perdonan; el mal carácter, la mala conducta, ¡no! Perdonen ustedes agravios, faltas, desgracias; ruindades, pillerías, infamias, no perdonen jamás. Indulgencia con la depravación es corrupción: ni puede haber política, si los principios de moral no sirven de cimiento. Esta máquina chillona y pestilente en que venimos rodando, no es política; es buenamente un ahogadero de conciencias. ¿Me aconsejan ustedes ser su operario? Un millón de gracias.

"Con tal de que no disocie." Hum.... ya me van á decir: "Con tal de que no barbarice." ¡Disociador el que se ha empeñado en asociar! Los hombres de buena fe que han leído mis escritos, verán que ésto es de morirse de pesadumbre.

"Con tal que el periódico tenga reglas fijas y no salga de cierta esfera." ¿Una cosa como esclavo, como asno, como reloj? El sastre no sale de cierta esfera: miento, sale también, cuando su alma, como la de Johnson, rompe la hebra y se dilata en el espacio. El sol no sale de cierta esfera; pero ¡qué esfera! grande, resplandeciente, magnífica. Si es de la esfera del sol, no saldré. ¿Con qué motivo quieren achicarme? Pequeñuelo soy, pero no tanto que alcance en su estuche.

"Con tal de que se consulte, para que no juzgue de

ligero." Ta! ta! dijo á esta sazón el hidalgo. Perdóneme S. E. el presidente antiguo, que le he juzgado de ligero: los liberales sacan la cara por su amigo. Perdóneme el pueblo, si he juzgado de ligero en las "Lecciones al pueblo". Perdóneme Chile, si he juzgado de ligero en "Las ruinas de Valparaíso". Perdóneme César, si he juzgado de ligero en los "Cuadros históricos" Perdónenme los palaciegos, si he juzgado de ligero en "Los cortesanos". Perdóneme Sócrates, si he juzgado de ligero en "La virtud antigua y la virtud moderna". Perdóneme Colombia, perdóneme América, si he juzgado de ligero en mi contestación al Nuncio sobre el patronato. Perdóneme la mujer, si he juzgado de ligero besándole la mano. Perdónenme "Los proscritos", si he juzgado de ligero pidiendo patria para ellos con lágrimas en los ojos. Perdónenme Juan Borja y Acevedo, perdóneme la lengua castellana, perdónenme las "Bellas artes". Perdóneme la filosofía, si he juzgado de ligero en mis disquisiciones acerca de los animales. Perdóneme la poesía, si he juzgado de ligero poniéndola como águila en la cumbre del monte Athos, ó haciéndola volar alegre y viva por los jardines de la Alhambra. Perdóneme la religión cristiana, si he juzgado de ligero tomándome cuerpo á cuerpo con Proudhon y arrostrando el aliento del demonio. Perdóneme Jesucristo, si he juzgado de ligero, presentándole amable, poético, divino. Perdóneme la caridad, perdóneme la santidad, si he juzgado de ligero, vistiéndolas de su ropaje sagrado en "El Padre Yerovi". Perdóneme Méjico, perdóneme Juárez, si he juzgado de ligero presentándoles heroicos. Perdóneme le tiranía, si he juzgado de ligero en bailar sobre ella. Perdónenme las costumbres, si he juzgado de ligero en mi tendencia á purificarlas. Perdóneme la civilización, si me empeño en propagarla. Perdóneme el honor, si le he alzado un templo. Perdóneme mi patria, si he dado margen para que nuestros

rivales me llamen gloria de la patria. Perdónenme, perdónenme mis amigos, que yo á todos les perdono.

" Con tal de que dé soltura á los períodos y las cláusulas. " ¡Qué soltura ni qué calabazas! aprovéchense ustedes de la esencia de la cosa, y si no son pecadores incorregibles, alcanzarán el reino de los cielos. ¿Dónde están esos períodos atados? ¿dónde esas cláusulas empachadas? Varios de mis escritos han sido reimpresos en varias de las naciones americanas, y no á secas muchas veces. Por venir al pelo de mi intento transcribo aquí cuatro palabras de uno de los periódicos más notables de Colombia, omitiendo el principio por modestia. .... " El título de " Capítulo que se le olvidó á Cervantes ", puede parecer temerario á primera vista; pero esta impresión desaparece al leerlo, considerando cuán grande esfuerzo de estilo hay en la imitación del inimitable autor del Qujote, cuyo estilo tan fácil, tan abundante, tan armonioso, ni en España mismo tuvo precedente, ni ha tenido despues semejante. "[1]

He aquí en pocas líneas un elogio que no ha obtenido hasta ahora ningún escritor americano en orden al estilo. Si pues acerté á imitar al inimitable autor del Quijote, tan fluído, tan abundante, tan armonioso, es locura el venir á tratarme de escritor embarazado y para poco. Ya quisiera yo ver la cara que ponen los censores de mi estilo y mi lenguaje.

" Con tal de que use de las construcciones más comunes. " Así á un bridón fogoso le dirán ustedes : con tal de que venga con albarda; á un león : con tal de que bote la greña; á un emperador : con tal de que se vista de mendigo.

" Con tal de que no sea largo ni haya historia. " La ortiga, el nabo no son largos ni vienen *cargados* de historia : quédense ustedes á ellos. ¡Qué oscuridad, caramba! Un

1. " *La Paz* ", Núm. 4° Bogotá, 5 de julio de 1868.

pueblo docto que todo lo tiene sabido, no necesitará instruírse de nuevo; ¿pero nosotros? ¿Conque llevan ustedes á mal que se recuerden acciones heroicas ó virtuosas; que se hagan comparaciones de donde resulte una gran moralidad; que nos desatemos por un instante de nuestro miserable tiempo, y volemos al través de los siglos á esos mundos que han brillado en las virtudes? Si todo lo abrigan ustedes en sí mismos, buen provecho; nada tengo que decirles.

"Con tal de que no sea largo." Hizo bien Virgilio en vivir ahora 1800 años; *éstos* le hubieran obligado á reducir su Eneida á *la forma acostumbrada*, es decir á dos orejones de papel embarrado y confuso, con máquinas y modas, con avisos zapateriles y píldoras de Holloway. Desgraciado aquí el escritor que no conozca esta sabiduría.... No piden que *sea bueno* sino que *no sea largo*. Arguyan ustedes sobre el mérito, no sobre la extensión de un escrito; ó vayan también á decirle á un rico, que no sea tan munificente; á una bella, que no sea tan hermosa.

"Con tal de que en un rato de mal humor no *ataque* á sus copartidarios." Yo jamás ataco, porque no soy artillero: embisto á los tiranos, cierro á veces con los pillos, tiro de la oreja á los copartidarios que son de dura cerviz; y no en un rato ni en una rata de mal humor, sino con toda la serenidad y la prosopopeya necesarias. Es cierto que nuestros personajes, nuestras inclinaciones y costumbres me sirven de humo de Londres y de nieblas de París; mas entre mis numerosos defectos poseo la rara virtud de no decir, escribir ni hacer cosa cuando estoy enojado.

"Con tal de que no sea tan Catón." Si yo fuera dueño de grandes riquezas, lord de Londres ó príncipe imperial de Francia; si poseyese un gran ingenio, todo lo daría por tener ese defecto. Ser Catón es ser íntegro, puro,

grave; ser Catón es querer á la patria, adorar la libertad, cultivar la virtud; ser Catón es admirarse de no haber matado á Sila, hacerse temblar en el Senado, quitarse la vida por no vivir bajo el yugo del despotismo; todo esto es ser Catón. Mi austeridad en la política, déjenmela: dichoso yo si algún día llegara á ser algo Catón en lo demás.

Por lo que vemos y sabemos de nosotros, dígame usted, Señor, si alborea la esperanza de ser grandes algún tiempo. Demos que naciese un ingenio portentoso, un hombre dotado de aquellas prendas que constituyen lo que se llama *un ingenio;* ¿no se malograría permaneciendo lastimosamente en la oscuridad, si por dicha se escapase de ser lapidado? Si hablo ó no con fundamento, yo me lo sé; pero á ustedes no se les ocultan mis razones. Este rinconcillo del mundo, tan ignorado, tan poco estimado, tan oscuro, es por ventura la parte más feliz de la América española: aquí se levantan las montañas mayores de la tierra; aquí se han levantado algunos de los americanos más ilustres. ¿Qué hombre modesto es ése, ante el cual se inclinan los sabios, á quien los presidentes de las Academias de Francia, la gran Bretaña y Prusia ceden cortesmente sus asientos? Es un humilde ecuatoriano, Don Pedro Maldonado. Don Pedro Maldonado, el compañero de Lacondamine, el amigo de Humboldt, el sabio en la tierra de la sabiduría. Este fué admirado, venerado, protegido y grande, fuera de su patria.

En la opulenta Cádiz veo una ilustre muchedumbre paseándose á orillas del Atlántico; la flor de España, los legisladores del reino: en letras, en armas, en sangre, lo mejor. Por ahí se asoma un joven, y todos se paran á mirarle; se acerca, y se abren ellos en dos alas; pasa por el medio, y todos se descubren y se inclinan respetuosos.

¿Es un príncipe? ¿es un héroe? Es un humilde ecuatoriano, es Mejía, *el competidor del divino Argüelles*, el Cicerón de América, enciclopedia viviente que todo lo sabía. Si habla de derecho, es un jurisconsulto; si de medicina, un gran médico; si de guerra, un consumado capitán; si de asuntos de gobierno, un hombre de Estado; si de relaciones con pueblos extranjeros, un diplomático; si de cosas morales, un filósofo; si es preciso enternecer, es un poeta. Lo dicen grandes escritores de Europa[1], no son encarecimientos míos. Pues Mejía, aquel Mejía, no salió de capa de raja sino cuando dejó su tierra: en Quito se moría de hambre, y nadie sospechaba, ó si lo sospechaban, nadie hacía caso de ese preclaro ingenio, de esa grande y cabal naturaleza.

Si Olmedo no hubiera traído su fama perfectamente redondeada; si no hubiera publicado sus obras en naciones cultas, y no se hubiera presentado en su patria despidiendo rayos de la corona ceñida á su frente por hombres de otros mundos, no hubiera faltado quienes saliesen por ahí á gritarle que *dé soltura á las cláusulas y tristura á los períodos.*

Yo no soy de esos gigantes; guárdeme Dios de dar en loco subiéndome á mayores. Pero mientras recibo significativas demostraciones de apartados pueblos, tengo que bregar con la mayor parte de mis compatriotas, por hacerles entender que no soy tan beocio ni tan malo como ellos tienen tanto gusto en figurarse. ¡Pobres!

Sea de esto lo que fuere, echemos pelillos á la mar, y seamos unos en la empresa que vamos á acometer, uniendo nuestras fuerzas. Grave cosa es, miren ustedes; si ahora sucumbimos, sucumbimos para siempre, pues la tiranía fija por de pronto un período de *cincuenta años*, durante los cuales la barbarie nadará triunfante en un mar de sangre y de tinieblas.

1. Lebrun.

# CARTA AL Sr. CARBO

*Señor Don Pedro Carbo*[1].

*San Juan de Dios, á* 26 *de octubre de* 1868.

Mi estimado amigo :

Después de escrita mi carta del viernes, llegó á mis manos el libelo infamatorio publicado contra usted en Quito. Jamás leo esas cosas ; pero al tratarse de un amigo, no pude menos que pasar la vista por ese papel, no sin indignación por cierto. Si usted tiene en algo mi modo de pensar, le aconsejo, y aun le pido como amigo, que la réplica sea en tono y manera de hombre : hay una enérgica moderación, un giro de pensamientos, un estilo singular que matan al enemigo, cautivando al público : use usted de ellos, señor Don Pedro. Quede el libelo para los libelistas. La ira de Dios es siempre ira ; mas por lo justa y elevada, tiene en sí misma lo divino : puede el hombre ser capaz de una santa indignación y expresarla con grandeza : la cólera del perverso ó del infame le acerca mucho al espíritu

1. Esta carta ha sido publicada en Guayaquí ; pero tiene tan mengüada circulación el periódico en que se la ha insertado, por su corto número de ejemplares, que nos ha parecido conveniente reproducirla aquí, no por vanidad literaria, sino por nuestro empeño en orden á la propagación y la popularización de los sanos principios. Si nuestra voz tuviese algún poder, por la voluntad no faltaría. Pulamos el corazón, aclaremos la inteligencia, contraigamos buenas costumbres, y para esto, leamos lo quo pueda instruirnos en e lbien, huyamos de lo que puede corrompernos. — N. A.

malo : no seamos superiores á nadie por el encono y la maledicencia ; sobrepujemos sí á cuantos podamos por la magnanimidad y el grandioso menosprecio de lo ruín : la iniquidad requiere castigo ; la vileza, nada más que un altivo desentendimiento. Conviene reprimir á la gente desmandada, no hay duda ; pero que sea con mano de señor : mientras menos tengamos de semejante á nuestros enemigos, más en camino estamos de triunfar de ellos, porque el público es un juez ciego que al fin abre los ojos, y por grande que en él sea la mayoría de los mal intencionados, sin saber cómo ni cuándo, ya ha sufragado en favor de los buenos : la justicia es muchas veces muda ; pero en secreto está murmurando allá en el centro de todos los corazones. Pudieron sus enemigos de usted haberle calumniado, injuriado, insultado ; pero ese escarnio, esa rechifla de mala ley, esa elocuencia de bufón, no era para un hombre de cabeza cana, envejecido en el destierro por obra de la tiranía, notable cuando menos por el sufragio con que en todo tiempo le han honrado sus conciudadanos. A un presidente del senado me parece que se le podía haber ofendido por otro término que á un galopín, ó volvemos al caos, confundiendo las ideas, sin distinción de personas, en un torpe é infernal trastrueque donde todo ande revuelto y depravado. Á un tirano se le puede estrechar como á tirano, y sería necio y ridículo en extremo el burlarse de él como de un bausán : la posición imprime carácter en el hombre, y para cada uno hay un modo de aplauso y otro de injuria. Hacer mención de la dignidad senatorial de un ciudadano, tratarle de presidente de una augusta corporación, para en seguida brincar sobre él, silbar é inquietarse en esas menudencias en que hierve un títere en su retablo, es singular manera de embestir al adversario. La majestad, señor, la majestad : moderación, acierto, nobleza, cortesía, todo lo encierra en sí la majestad : el

enemigo majestuoso merece toda mi estima; de ese linaje de contrarios quisiera yo tener muchos, porque no poco tendría que aprender en su escuela. Si damos en gitanos, ni esperanza nos queda para el porvenir: lejos de ir adelante, ¿caminamos hacía atrás? lejos de subir, ¿descendemos? lejos de limpiarnos esta roña del alma, ¿nos gozamos en nuestra pestilencia?

La sátira ha de ser de Juvenal, esto es, nacida de la virtud, que propende á la virtud, para ser perdonable: ironía sin sal ática, es una pócima que á nadie quita la vida, pero que produce bascas en cuantos la olfatean: el que se aparta de Horacio y de Cervantes, no sube al Parnaso por ese camino. Al escritor que deprime á un ciudadano sin que de ello resulte un ejemplar provechoso á la asociación civil, no se le puede juzgar sino por malo. Justo, y aun necesario es en muchas ocasiones defenderse y defender á los nuestros; ¿pero no sería conveniente empeñarse en el caso de manera que ganemos en él, granjeándonos voluntades, produciendo en el público, si no admiración, cuando menos benevolencia? Esto no se consigue sino con la mesura, el comedimiento, la hidalguía, que forman ese porte digno y elevado de los ciudadanos prominentes. Un cargo, una injuria, una calumnia se puede parar con la egida de Minerva: las flechas se hacen pedazos en esa arma defensiva; la diosa queda sana é imperturbable. ¿Á palos no pelea la canalla? ¿de zancadilla no usa el cobarde? Si reñimos, que sea con espada, esa hoja ancha y resplandeciente que tiene por marca águilas y leones: al que nos acomete con piedras, no le vemos los que estamos defendidos por el honor y la dignidad, estos ángeles de la guarda que nos circundan con su protectora divinidad. ¿Qué importa que tal cual interesado en el decaimiento de un hombre suelte la carcajada á una obrupción insulsa de un rabadán? Las Musas no conocen

la risa; Palas es grave y serena. El pecado de que más me arrepiento en mi vida, es de haber hecho una burla pesada; desgracia en que no volveré á caer á fe de Cosmopolita. Si Catón tenía de qué arrepentirse, ¿ qué no sucederá con un pobre mortal ? Si un hombre no es sabio, debe á lo menos propender á la sabiduría; y es decidida propensión á ella el ir corrigiéndose diariamente de sus defectos. Si queremos reir, escribamos á lo Cervantes; si reprender, á lo Juvenal : si punzar por bien de salud, á lo Horacio : Rabelais es la vergüenza de la más culta de las naciones : á causa de Rabelais, los franceses jamás tendrán Virgilios ni Petrarcas.

Usted no ha menester lecciones mías; pero como por desgracia el afecto más abundante en el corazón humano es la cólera, siempre es buena aquella amistosa advertencia que nos sirve de moderador. Los cargos que se le han hecho, usted los sabrá desvanecer : en cuanto á esa *desenfrenada ambición* que se le achaca, es un extremo de ojeriza, que no tiene fundamentos de razón, desmentida, como está, por su conducta pasada, y que usted desmentirá de nuevo, á su tiempo, si fuere necesario. No hay buen ciudadano sino es el que todo lo sacrifica á la patria. Haga usted, señor Don Pedro, que *esas canas*, con que se ha tratado de ultrajarle, brillen á los ojos de los buenos con simpáticos reflejos : si usted no tuviera en su favor sino sus desgracias repetidas, sus largos destierros, sus empleos conferidos por el voto popular, y esas mismas canas que han servido de juguete en las impías manos de los que se burlan de los años bien vividos, tendría lo suficiente para merecer el aprecio de sus compatriotas. Perdone lo pasado, desprecie las amenazas, y haga ver que sólo el porte digno y el sufrimiento vuelven á los hombres verdaderamente superiores.

JUAN MONTALVO.

# ANSELA

Entre los príncipes de las tribus árabes que reconocían el señorío del Sultán, había uno sumamente gastador y esplendoroso : un rico judío costeaba sus calaveradas, á trueque de ser el tirano de la tribu. Mal enojado el príncipe de las demasías de Chamouil (tal era el nombre del hebreo), le prohibió un día la entrada al palacio. Chamouil se presenta cuando menos le esperaba el príncipe, el cual, enfurecido, manda cortarle la cabeza. — Señor, exclama el judío, el Sultán de Constantinopla se alegrará mucho de mi muerte. — ¿ Cómo ? — Se alegrará mucho de mi muerte el Sultán de Constantinopla, porque le he instituído heredero de todas las sumas que me adeuda vuestra alteza. El príncipe pierde el color y se queda temblando de ira : si mata á Chamouil, el Sultán le cobra la enorme cantidad que debe al judío, y si no se la paga, pierde la vida. — Chamouil, exclama cariñoso el matador, seamos amigos. — Ya ; pero exijo un favor de vuestra alteza. — ¿ Cuál ? — Que la hermosa Ansela venga á mi poder. Sube de punto la ira del príncipe ; el judío repite que el Sultán de Constantinopla se alegrará mucho de su muerte. No hay remedio, Ansela va á pasar á manos del judío, de ese hombrecillo seco, pálido y con peluca ; Ansela, mujer del Soberano, la flor de las princesas, joven como la aurora, fresca como

la brisa, linda como una estrella. Tres noches ha llorado encerrada en su aposento; al cuarto día, el hebreo vendrá á tomarla.

Cansado el pueblo de la tiranía del príncipe y del judío, se alza de repente, coge á los dos opresores y les ahorca en la misma picota.

Ansela fué proclamada Sultana, y las tribus celebraron su advenimiento quemando espinos y plantas aromáticas en el lugar donde habían sido enterrados los malditos.

Los viajeros que pasan por las tribus árabes el 27 de Agosto, ven a la puerta de cada cabaña una columna de humo, en medio de la cual serpea y se desflecha al cielo una llamita larga y azulina. Es la celebración del cuarto día del *Samiun*, conocido con el nombre de "el día de Ansela".

Este cuentecillo no es de mi invención: lo oí en una tertulia de París á la bella Cesarina; la cual muchacha, concluído su romance, se sentó al piano y nos regaló con el ritornelo de la *Casta Diva*, que lo oímos hasta con los ojos. Aun puede ser que ande impreso el poemita; pero hoy se me ha venido á la memoria, cabalmente en las proporciones que le necesitaba para llenar el libro sexto.

# LIBRO VII

## DERECHO DE REUNION

Viven los hombres constituídos en naciones por instinto y por derecho : tiénenlo de propender á su bienestar y perfeccionamiento, siempre que tirando por sendas no extraviadas obren su felicidad sin perjuicio de sus semejantes. Si pues tuvieron derecho de reunirse en naciones, ¿ por qué en el seno de ellas no lo tendrían para agruparse en pequeñas sociedades con honestos y saludables fines ? La insociabilidad es el carácter más sobresaliente de la barbarie, pues todo en la naturaleza tiende á unirse, cuando ella quiere salir de la incultura primitiva : la desunión, la incomunicación imposibilitan el progreso, se oponen al pulimento moral y al conforte físico, indispensables para titular civilizados á los pueblos. Las especies más bravías y feroces desdeñan la asociación, y henchidas de cólera y soberbia se andan por montes y desiertos, satisfaciéndose en la soledad á que les impelen los empujes de sus crudas entrañas. Por el contrario las especies bonancibles son amigables y gustan de la compañía : el castor es industrioso entre castores, alegre la paloma entre

palomas : el instinto que las aproxima es indefectible ; el lazo que las une, sagrado : romper este lazo, ahogar ese instinto es obrar contra los fines de la naturaleza.

El ejercicio de un derecho, el cumplimiento de un deber son otra naturaleza, y más cuando la costumbre les ha echado su sello tan difícil de quebrar. Pueblos donde los ciudadanos se reunen libremente, sin dificultades que vencer, ni peligros que temer, están en buen camino, si es que ya no han llegado á la perfección. El despotismo es solitario y feroz como el tigre : los esclavos caminan taciturnos, y unidos solamente por las cadenas. Supongamos una familia donde el padre, hombre cerril y de broncas afecciones, prohibiese la comunicación entre los miembros de esa familia ; que castigase luego la junta de dos ó tres, y que cada uno permaneciese en su puesto, separados unos de otros, sin poder convenirse en lo perteneciente á las comodidades de la vida. ¿ Sería ése un padre ó un tirano ? pues la nación es una familia, familia vasta y difundida en una gran porción de territorio : prohibir, perseguir la reunión, la comunicación de esos miembros, es buenamente anular un derecho, oponerse al cumplimiento de un deber, ahogar una santa efervescencia de la cual pudieran surgir maravillosos específicos para los males de la sociedad humana. Desde luego el ingenio inventa solo ; el filósofo medita y forma sus sistemas en sus soledades ; solo devanea el poeta, y aun las Musas no le acompañan sino invisibles, suspirando en torno suyo. Empero, ¿qué provecho reportaría el género humano de esos prodigios de la soledad, si luego no se apoderasen todos de la obra de uno solo ? Reunidos se favorecen, reunidos se elevan, reunidos caminan al progreso, tocándose, puliéndose, perfeccionándose y llenando su destino.

Auditorio necesita el orador : su palabra armoniosa y persuasiva toca á mil oídos en el propio instante, y se

va para adentro al corazón á despertarle, removiéndole y llamándole á la libertad y el patriotismo. Un hombre tiene pendientes de sus labios mil almas anhelosas de verdad : todos le escuchan, si habla bien ; le creen, si habla justo ; le aplauden, si habla grande. Prohibid que se reunan en sociedades esos hombres, y habréis ahogado ese prodigioso instrumento de la inteligencia, por donde en hermosas formas salían volando los dogmas de la filosofía, los principios de la política, los secretos de la poesía. Todo esto nos conviene ; quitádnoslo, y nos habréis quitado la vida moral, la santa vida, la vida de Dios : ¡ qué tiranía tan monstruosa ! Los tiranos, sin caer en cuenta, son deicidas muchas veces ; asquerosos hebreos, crucifican al Redentor. Y ¿ qué es, dime, puesto que te sonríes, la muerte de la inteligencia, la muerte de la libertad, la muerte del alma ? ¿ no es el alma imagen de Dios ? pues si la matas, ¡ á él le mataste, miserable ! Temes que se reunan tus semejantes, y hablen y discurran ; luego temes la razón y la palabra, y éstas no suelen ser temidas sino de sus enemigos : siendo enemigo de la palabra y la razón, ¿ cómo no hemos de tirar á derrocarte, violador de lo más santo y grande, violador de la parte divina de la criatura ?

Hablo con los tiranos, cualesquiera que sean : no es tirano solamente el que derrama sangre, destierra ciudadanos, impone desmedidas contribuciones sobre los habitantes : es también el que sofoca la palabra, impide y persigue la asociación, condena al aislamiento á los asociados, sumerge el espíritu en un pozo de tinieblas : éste, éste es el verdadero tirano, el tirano horrible. Por sistema tan bárbaro, los pueblos decaen y se arruinan : si uno muere en el cadalso, no muere sino uno ; si uno va desterrado, no se va sino uno : viven los demás, queda la nación. Pero si á ésta la sorprendes, y le cortas el cabello y la aherrojas, cometes una traición, un grande crimen ; si la engañas

y la prostituyes, cometes una grande infamia; si la corrompes y la embruteces, cometes un gran pecado.

Oscura está la tierra, oigo un tropel inmenso á la distancia; miro hacia abajo, y descubro un abismo imponderable. ¿Qué es? ¿quiénes se encaminan hacia él? Vendados los ojos, mal seguro el paso, una desatinada muchedumbre se adelanta. Tras ella viene á saltos un fantasma gigantesco, y la empuja, y le grita desaforadamente á los oídos. Son un pueblo esclavo y su tirano: pueblo sin luz que rueda entre sombras, pueblo sin voz que corre mudo, pueblo sin voluntad que obedece aun para su destrucción. Si ese pueblo hubiera visto, huyera de la sima; si hubiera hablado, se entendiera para su defensa; si hubiera querido, se salvara: ni vió, ni habló, ni quiso; se perdió. Siendo entre muchos, fué como uno solo; y uno solo, el tirano, fué como infinitos, y pudo á todos. Reunidos los hombres descubren estos misterios, averiguan estos enigmas, remedian estas desgracias. El que eche por la senda de la tiranía, impida las sociedades, conculque el derecho de reunión: los que se resignen á la esclavitud, dejen de reunirse, vivan aislados, ó reúnanse mezquinos para matar el alma y el tiempo en miserables distracciones. Si juegas mientras te remachan los grillos, ¿con qué derecho te llamas ciudadano? Los dignos de libertad bregan hasta el último instante por defenderla; y si á pesar de su ahinco la perdieron, viven para recobrarla algún día, viven pensativos y angustiados, y sólo les anima la esperanza; si la pierden también, su alma está triste hasta la muerte.

Los que no hemos perdido la esperanza, vivamos para la libertad; puesto que la razón nos alumbra, discurramos. Una sociedad que se reune á la faz del sol, no tiene malos fines; y en siendo buenos los suyos, es cosa lícita y nada amenazante para la comunidad social ni para los gobiernos.

Hemos visto tiranuelos disolver por medio de la fuerza tertulias familiares; á otros hemos visto ordenar que la policía cierre con cualquier grupo que pase de tres personas. Esto es más que tiranía, es barbarie; más que barbarie, ineptitud; más que ineptitud, infamia. ¿Qué república será, ni qué nación aquella donde cuatro amigos no pueden sentarse en torno del hogar doméstico? ¿aquella donde cuatro habitantes no pueden darse la mano en una esquina, ni vacar á sus laboriosas diligencias que piden el concurso de varios individuos? ¡Y esto sucede en pueblos de leyes, que se dicen civilizados! ¡Dios de bondad!.... no sólo hemos perdido el corazón, sino también la cabeza, y con ellos la majestad del hombre, sufriendo esas infernales tropelías.

La inteligencia que permanece silenciosa en las profundidades del cerebro, es como la vena de oro sepultada en las entrañas de una roca; nadie la ve, y con todo, en esa dura oscuridad va serpenteando y enriqueciendo el seno de los montes. Busquemos la vena de la inteligencia: somos ricos talvez sin saberlo, y andamos cual mendigos careciendo del alimento del alma. El hombre no sólo vive de pan, sino también de espíritu, ya os lo dijo el Señor; esta preciosa sustancia la tiene el hombre dentro de sí mismo; si con cuidado la buscare, pocas veces dejará de hallarla. El oro se descubre cavando el suelo, iluminando el seno de la madre tierra: estudia, medita, discurre, comunícate con tus semejantes, y la valiosa pinta asomará brillando, gruesa y de los mejores quilates. Pero solo ¿cómo hago todo esto? me dirás; labor es ésa que demanda auxilio y mancomunidad de fuerzas. Bien lo creo: solo nada puedes; mas ¿quién ha impuesto esa tarea á las tuyas solamente? Busca ayuda, vé tras un apoyo: tus hermanos anhelan por la misma concurrencia; únete á ellos, rózate

con ellos : ¿ no has visto cómo de dos pedernales que se frotan surten destellos luminosos ? Un hombre solo es como una piedra sola ; por más que abrigue el fuego sagrado en sus entrañas, si no hay roce excitador, oscuro permanece é inútil para todos. La asociación es un derecho primordial del género humano ; *las sociedades* son el resultado, y al mismo tiempo la prenda de la libertad política. Reprime un buen gobierno los abusos ; el uso no reprimen sino los malos. Abúsase del derecho de reunión, cuando la gente mal intencionada se junta para fines inmorales : ésto no es ya reunión, es agavillamiento, conspiración de algunos contra todos, y la autoridad y la justicia han de caer sobre aquella peligrosa truhanería. Mas un concurso noble de ciudadanos en cuyos pechos hierven la libertad y el patriotismo, cuyas cabezas vuelan en deseo de sabiduría, cuyas almas erguidas aspiran á la virtud por medio de la ilustración, congresos son inviolables, y nadie puede embestirlos sin cometer un crimen. Los fines políticos son tan plausibles como los literarios, puesto que rueden en la esfera de las leyes. Reunirse para aunar las voluntades, desenvolver un plan grandioso, apoyarse mutuamente y *elegir* á los más dignos, es reunirse para buenas, para santas cosas. Las sociedades son escuelas de patriotismo : la juventud crece viendo y oyendo, y á la vez que se ilustra, cobra amor á la libertad y á la patria. Sin ellas, permanece el pueblo en su ignorancia, ni tiene otro medio de pulir su áspera corteza, puesto que no se averigua con las obras de los sabios. Los pueblos libres han poseído en todos tiempos la facultad de reunirse cuando lo tuvieran por conveniente : el de Atenas acudía á una roca : los treinta tiranos le echaron de su santa roca. El de Roma volaba al Monte Sacro, ó invadía el Foro á gozar de sus prerrogativas. El pueblo inglés, el pueblo libre, se reune cada día en esas estupendas juntas que rehinchen los

parques de la suntuosa Londres. O'Connell arengaba al pueblo en las plazas públicas : Gladstone pronuncia sus discursos al aire libre, sin bayonetas que brillen por ahí amenazantes. Los franceses, ahora que el imperio empieza á dar muestras de liberalismo, acaban de conquistar el precioso derecho de reunión, aunque imperfecto, y con todo se han regocijado como de un gran triunfo. Los españoles no se reunen sino en secreto ; el Gobierno persigue las sociedades políticas. España no es nación libre[1]. En Rusia no hay sociedades ; Rusia no es nación libre. Austria, la despótica Austria, está dando ejemplos de grandeza de alma, después de haber sido la fábula del mundo por sus tribulaciones : en Austria, merced á un grand ministro, todo es libre al presente ; pensamiento, conciencia, asociación, todo. La desgracia es la sabiduría de los reyes. Nosotros sí, antiguos austriacos, nos hartamos de esclavitud y de tinieblas ; ¿ hasta cuándo ?

1. Ya lo es - este artículo fué escrito antes del triunfo de la revolución liberal.

# DE LA INEFICACIA DE LA RAZÓN

En vano echa fuera sus celestiales llamas el ardoroso pecho, si el de los demás no arde á su vez en el fuego sagrado : la insensibilidad y la ignorancia son los escollos insuperables del ingenio : la fuerza de la razón, la efervescencia del corazón pierden su eficacia en un pueblo poco instruído y menos apasionado. Cuentan de Massillón que en un discurso fúnebre hizo alzarse de repente al auditorio, cual si le hubiera movido por un resorte mágico, y que salió de la iglesia un inmenso grito colectivo que asordó la ciudad. El orador había extendido su largo brazo, y arrancando el infierno de las entrañas del universo, lo puso chispiante y vivo á la vista de los hombres. Los hombres lo vieron, oyeron ese chirrío aterrador, porque veían y oían con el alma. La sensibilidad es la sabiduría de la ignorancia ; y muchas veces la sabiduría suele servir de sensibilidad : paradojas profundas que no las desenvuelven sino los confidentes más íntimos de la naturaleza, en cuyas contradicciones se ocultan la desgracia y la felicidad del género humano.

La fuerza física es el numen de los bárbaros : ellos no conocen otra ninfa Egeria que su maza, ni demonio les inspira sino es su envenenada chonta. ¿ Qué habría podido Massillón en una junta de orejones ó de záparos ? Por

los efectos de la elocuencia puede medirse el grado de civilización de un pueblo; porque al fin, la verdad puesta á la vista en su desnudez embelesante, enamora, rinde á los que la contemplan, cuando éstos no son de aquellos que tienen resuelto irrevocablemente negar las cosas y revolverlas en ese infernal trastrueque, tan satisfactorio para la corrupción. ¿Qué nos valiera á nosotros la elocuencia? en vano hablaríamos como grandes, en vano escribiríamos como sabios, si sabiduría y elocuencia fueran nuestras dotes. La razón es una pobre vergonzante á quien echan de puerta afuera la perversidad y la ignorancia; la filosofía clama sin fruto á nuestros umbrales, y si la verdad profiere una palabra, le soltamos los perros, y la despedimos bien mordida.

Allí veo una figura hermosa: la majestad la eleva, la inocencia la mantiene respetable. — Hombres, dice, ¡oídme! — ¿Quién es? — Soy aquella á quien debéis seguir. Pero como no trae vestido de seda, como no le resplandecen al pecho condecoraciones ni cadenas, como no ha entrado insolente con sonoro tacón, le tienen por mendigo, y le gritan que se vaya. Su voz es armoniosa, y no hay quien la oiga; su mirada serena y dulce, y no hay quien la goce; sus ademanes regios, y no hay quien la estime: en la casa resuena el oro; la seda va susurrando vanidosa por los corredores, y dentro del pecho de esos habitantes chacotea el corazón libertino, ó se retuerce el envidioso y sanguinario. Que se vaya, que se vaya: la Razón nada puede en esa casa, no hay que darle, molestan sus clamores.

Otro personaje llega vestido con modestia: trae en la mano una balanza; sus ojos encierran un océano de luz, y la austeridad de su porte infunde cierto respetuoso pavor. — ¡Hombres, oídme! exclama. — ¿Quién eres? — ¡Justicia! — Vete: nada tenemos que hacer contigo.

Salió la Justicia y entró el Ingenio. Este nada pide,

pero quiere que le oigan, le conozcan : su mirada resplandece, una aureola le ilumina, y sin que se sepa por qué arte recóndita, crece, y sube, y cual gigante atraviesa el espacio, y hiere con la cabeza el firmamento : su voz es metálica, grandiosa ; su paso firme, su continente divino. Los que le ven se asombran : no le entienden, y le juzgan monstruo ; llegan á conocerle, y quieren matarle. — Brujo, ente infernal, demonio, ¿ qué buscas ? ¿qué pides ? — Nada pido, traigo mucho ; mirad mis tesoros. Y esos tesoros brillan con resplandor vivísimo, y hieren los ojos de los profanos, y los profanos pierden la vista y exhalan pavorosos alaridos. El huésped no tuvo acogida : se unieron todos, y le echaron á empellones.

Ahora viene otra : ésta es una joven fresca y rozagante ; sus mejillas arden en el fuego de la aurora ; sus ojos rasgados, negros y purísimos miran con un mirar alegre y cariñoso ; su cabellera ondea por la espalda en rubias espirales, cobijándola como se cobijan los ángeles : sus miembros llenos y perfectos cautivan con los declives más esféricos y seductores : su alomado pecho sobresale, y tras su blancura sonrosada, se ven y se oyen las palpitaciones de su ardiente corazón : viste de púrpura ; trae arracadas al tobillo, y ceñida la frente de una olorosa guirnalda, se presenta entonando un himno suave y tierno, cual si lo cantaran serafines. Pero la casa á que ha llegado es una fragua : monstruosos operarios, tiznado el rostro, sucia la mano, forjan el hierro en grillos y cadenas. Su ama es terrible : allí está en su trono de bronce, echando fuego por los ojos, haciendo rechinar los dientes. Es la tiranía. Libertad había llamado á malas puertas : esos demonios, lejos de enamorarse de la hechicera niña, dan sobre ella, y quieren aherrojarle : huye, corre, vuela la intrusa. En casa de tiranos, la libertad es un contrabandista.

En casa de esclavos, la libertad es un enemigo; en casa de viles, la dignidad es un elefanciaco; en casa de impostores, la verdad es un testigo falso; en casa de crueles, la misericordia es un advenedizo; en casa de perdidos, la honradez es un idiota; en casa de bribones, el honor es un espía; en casa de verdugos, la inocencia es un criminal; en casa de bárbaros, la civilización es un alevoso; en casa de ignorantes, la sabiduría es impertinente; en casa de tontos, el ingenio es un loco; en casa de cobardes, el valor es un atrevido. Atrevidos, tontos, impertinentes, ignorantes, alevosos, criminales, espías, idiotas, advenedizos, crueles, testigos falsos, elefanciacos, enemigos perversos, todo somos en esta tierra los que hablamos de valor, ingenio, sabiduría, civilización, inocencia, honor, honradez, misericordia, verdad, dignidad y libertad. ¡Qué jerigonza tan desbaratada é incomprensible la de los esclavos!

Quiero hablar de nuestras cosas.

García Moreno está fuera de combate en el campo del honor y de la justicia, no puede ser presidente de un pueblo regido por leyes emanadas del sufragio popular, porque ha declarado oficialmente que no puede mandar con leyes, y las ha infringido todas. García Moreno no puede ser presidente, porque para serlo ha de presentar el juramento constitucional de observar y hacer observar las leyes, y él tiene jurado que no las observará: si en el templo de Dios, ante el Juez Supremo jura que obedecerá la Constitución, perjura; pues en su ánimo tiene resuelto no obedecerla. Si jura de buena fe, condena su conducta pasada, y en el mismo juramento manifiesta que esas leyes que está jurando obedecer, son y han sido bastantes para gobernar un pueblo. El las ha declarado *insuficientes;* ahora las reconoce por suficientes: en uno de los dos

casos ha faltado á la verdad, y no se escapa del perjurio. ¡Presidente que principia perjurando! ¡Señor Dios de los ejércitos! Ninguna necesidad tenemos de irnos al infierno en junta suya.

García Moreno no puede ser presidente, porque está en juicio criminal en una nación aliada: cuando el Gobierno del Perú pida la extradición *del candidato*, ¿qué hará el del Ecuador? ¿qué hará usted, hermano Ponce? ¿le hará elegir á pesar de éso? La extradición es de derecho perfecto, en ciertos delitos, según los principios del derecho internacional; están pues obligados ustedes á entregar al reo; pero no lo entregarán: García Moreno, en vez de ir á la cárcel de Lima, se alzará con el poder absoluto, pues tendrá por menos malo fugar del Ecuador vencido en la guerra; y guerra habrá. En este caso, bien sabemos que nuestras cabezas rodarán en el patíbulo ó moriremos á lanzadas; y con todo hablamos así, porque el noble afecto de libertad comunica heroísmo al hombre que nació para ella. ¿Pero usted, Señor Don Camilo? ¿usted? ¡Ah! usted verá correr nuestra sangre, y se sonreirá, y pensará que la religión triunfa, y conversará con Jesucristo, el enemigo de la sangre. Su cabeza quedará sobre sus hombros, pero sus mejillas perderán su palidez.... y bien colorado, se irá para su hacienda. Ayude usted á matar á sus amigos, á perder su patria; ayude.

García Moreno no puede ser presidente, porque la América republicana no confía en él: este hombre en ninguna ocasión ha podido ni ha querido ocultar sus simpatías por los enemigos de América.

García Moreno no puede ser presidente, porque tiene azar con las repúblicas vecinas; aborrece á Colombia, Colombia no le quiere; detesta al Perú, el Perú no se muere por él: la elección de este sujeto sería la declaratoria de guerra á Colombia, y acaso al Perú. ¿Estamos

en situación de abrir una campaña ? pobres ecuatorianos, malos sacerdotes que pedís á García Moreno; vuestro Señor y Maestro divino era dulce y caritativo; no se lavó los manos con sangre, no sufragó por el poder absoluto y tiránico, no persiguió á los pueblos unido á sus opresores.

García Moreno no puede ser presidente, porque las tres cuartas partes de la nación ven en él su ruina : para unos, es la tumba : helado y tétrico, García Moreno se les presenta como un espectro horripilante : para otros, es el destierro : García Moreno se les aparece en forma de hambre, cual fantasma lívido y pavoroso. Para otros, es la infamia : García Moreno zumba á sus oídos y serpentea como el látigo. Para otros es el martirio : García Moreno retiñe con el chis chas funesto de los grillos y la barra. Yo sé muy bien que todos estos inconvenientes son títulos para sus partidarios, y que se sonríen satisfechos cuando contemplan en el terror que infunde su amo. Mas para la razón, no es así : motivos no son ésos de regocijo, ni cabe que el alma salte de alegría al ver que una gran porción de hombres se horripila en presencia de una horrenda muerte.

García Moreno no puede ser presidente, por esas razones y por otras muchas. A todos los cargos de la imprenta ha respondido diciendo en una mortaja de papel, que ha hecho bien de comprar bueyes en Imbabura, porque *no había ley que se lo prohibiese.* Si anduvo ó no decente en mercadear en medio de las ruinas; si es ó no justo y digno de un buen magistrado obligar con severas penas á los ciudadanos á vender barato, y comprar él los efectos á *cómodo* precio, no es materia que quiero tratar por ahora; lo que sí me llama la atención es el desentendimiento á las objeciones puestas á su candidatura : la *insuficiencia de las leyes* declarada por él; el auto motivado del Perú; sus guerras inconsultas y mal verificadas á Colombia, son

cosas graves. Pero como no ha comprado bueyes baratos en Imbabura, las razones que contra su ansiada presidencia militan, quedan por nada, y puede y debe ser presidente. Yo tampoco he comprado bueyes baratos; ¿ debo abalanzarme al despotismo por esta sola consideración ?

Don Antonio Borrero le dirige una ajustada carta : Don Gabriel García contesta que está en Guachalá curándose las pestilencias de Imbabura. Don Antonio no había preguntado eso, ni le iba un ardite en saber de qué se curaba su benemérito corresponsal. Usted, Señor García, dijo ese merecedor y generoso ciudadano, ha sostenido que no puede gobernar con nuestras leyes : hoy se vuelve á presentar por candidato ; ¿ varía de opinión ó proclama su dictadura ? Don Gabriel contesta que está en Guachalá, como si esa fuera razón para proclamarse dictador perpetuo. Donde quiera que esté, ya el Señor Aguirre ha aceptado su candidatura : pero el negocio era presentar la de Don Gabriel, antes de que la contestación de Don Francisco Javier fuese notoria. Señor García Moreno, usted eludió las interpelaciones de su amigo del Azuay, y ha faltado á su palabra, cuando ha dicho : ¡Aquí estoy! sin esperar la respuesta del Guayas, como había ofrecido. En *eludir*, le faltó franqueza ; y donde falta franqueza, falta valor : en anticiparse á lo mismo que se había propuesto esperar, no hay mucha formalidad. Ahora diga usted que *á ruegos de los pueblos* ha consentido en prestar su nombre. El Guayas, el Azuay, el Tungurahua, León, Pichincha son pueblos, y ellos no le han rogado para presidente : la flor de esas provincias firma contra usted : algunos clérigos y mucha gente infeliz que no sabe lo que se hace, firman por usted. Buena diferencia reina entre los dos candidatos. El principal título que se alega en favor del uno es su apego á la religion :

" ¿Qué religión? ¿la de Jesús? ¡blasfemos! ". Pobre Don Francisco, héle allí *hereje* de la noche á la mañana : antes de que fuese candidato, no había católico más apostólico, apostólico más romano que él : y era así en efecto, y lo es todavía, y lo será hasta la consumación de los siglos, Pero mientras pase esta potencia propincua de ser presidente en lugar de su amable compatriota, debe avenirse á ser protestante, ó cuando menos maniqueo. Señor Don Gabriel, ¿ no tiene usted vergüenza de no alegar otra cosa para su ambición que su católica, apostólica romanidad ? ¿no somos todos de la misma calaña, unos como idólatras muy despreciables ? Si los romanos de Cayambe tuvieran noticia de lo que es la pura religión cristiana, se les trabaría la lengua cuando quisieran llamar *heresiarcas* á los que piensan y sienten más caritativamente que ellos. No se juegen ustedes con Dios y sus cosas, porque puede salir de su indiferencia, y allí quedan consumidos como una paja. El terremoto de Imbabura aconteció porque allí se había elegido diputado *á un ateo.* — Si el Todopoderoso se digna alguna vez mirar á este bajo mundo, ¡cuán grande será su indignación! Si la risa fuera de su naturaleza, sus calumniantes abrieran la tierra y se enterraran vivos. En teniendo ustedes algo que ganar en el Perú, irían á decir que la ruina de Arequipa ha sucedido porque la ganga no ha estado pronta : si hubiera cómo ser presidente en Francia, irían á gritar que el espantoso huracán de agosto ha sido obra y castigo de Dios, porque no se han acordado los franceses de García Moreno. Todo el que no les calienta la mano á ustedes, es *hereje* y *delincuente*, y asunto concluido.

Usted, Doctor Ariza, que ha llamado *crimen reprimido* á otros sacerdotes, tan sacerdotes como usted ; usted que se sienta en el coro al lado de los venerables canónigos que elevan su voz al cielo en junta de la suya, ¿ cómo

no les ha denunciado cuanto antes á la justicia, si sabía que eran unos bribones? El *crimen reprimido* no debe estar en la casa del Señor: Rodríguez, Martínez, Rivadeneira, ¡fuera! Ariza os ha condenado, ¡fuera! Si hubierais firmado en favor de García Moreno, seríais *patriotismo, cristianismo, virtud*, y como tales, bien venidos á la diestra del clérigo Ariza y de *sus pongos*.

Vicente, mi querido amigo, ayer me abrazaste en la calle y me estrechaste á tu seno: el día anterior me habías llamado *herejía y crimen reprimido*: ¿no te haces conjurar? el olor del diablo se te ha quedado en la sotana; no lo sufras. ¿Yo pertenezco al *crimen reprimido*? ¿y por qué me abrazaste? ¿no temías que reviente en tus brazos y te inunde en sangre y baba pestilente?

Joaquín Yerovi, tú habitas la misma casa, comes á la misma mesa que tu hermano: en el hogar, le respetas, le quieres; es tu hermano y es bueno: sujeto sin mancilla, de índole admirable, de buena conducta, excelente ciudadano, hombre casi virtuoso, y sobre todo buen hermano para contigo. Sales á la calle, y firmas que tu hermano es *ensalzador del asesino, enemigo de la religión, empleomaníaco y perverso demagogo*: ¿es posible, amigo mío? ¿tú contra tu hermano? El tiene más talento que tú; debes deferir á su concepto: es más predispuesto al bien que tú; debes quererle: es mayor en edad, en luces, en consideración; debes respetarle: si no le respetas, ni le quieres, ni difieres á su concepto, no afirmes siquiera que pertenece al *crimen reprimido*.

En la guerra civil de Vitelio contra Vespasiano, sucedió que dos hombres quedaron muertos atravesados del pecho con sus espadas, y en ademán fiero se amenazaban todavía. ¡Reconocidos estos hombres, eran padre é hijo! El capitán lloró, lloraron los soldados en el campo de batalla, y arrojaron lejos las armas. Si principiamos á matarnos entre

hermanos, entre padres é hijos, ¿ qué será de nosotros ? Ponce, amigo, mira tus obras.

Tras Aguirre viene Urbina, dicen los romanos. El ánimo del partido liberal fue presentar por candidato al Señor Don Pedro Carbo, y ésta ha sido antigua idea : la conspiración del clero y de los soldados volvía imposible, de todo punto imposible por ahora su elección. Necesitábamos salvarnos, y hemos acogido la candidatura del Señor Aguirre, teniéndole por sujeto no menos merecedor que el otro : la moderación, la ilustración de Don Francisco ; su casi clerecía, por subido en lo piadoso, le ponían á salvo de la tacha de *ateo*. Pero tras él vienen Urbina y Franco ; ¿ y por qué al fin no vendrían estos hombres ? ¿ qué autoridad habría legítima que les borrase para siempre de la lista de la patria ? ¿ la proscripción es un crimen ? ¿ la desgracia imprime carácter ? Pero demos que no vuelvan : los *caritativos cristianos* no lo quieren. Renuncien ellos á su tétrico caudillo, únanse á nosotros, y elijamos otro diferente por unanimidad de votos : éste sería un acto de cordura, una prueba de benevolencia, una virtud que Dios y la patria nos agradecerían. Don Antonio Borrero : ¿ qué dicen ustedes ? ni es antirreligioso, ni liberal desaforado, ni hierve en su pecho la venganza : hombre de luces y virtudes, ciudadano generoso, patriota desprendido, sería buen presidente : tras él no viene Urbina, tras él no viene el anticristo, tras él no llueve fuego ni se caen reventadas las estrellas : amigo de García Moreno, amigo de los liberales ; enemigo, de nadie : ni sangre, ni guerras internacionales, ni destierros, ni peligros para la religión : paz, concordia, progreso moderado con Borrero : ¡elijámosle ! No quieren ustedes ; bien.

Y Borrero tiene de conservador y liberal : se lleva bien con Pío IX, cumple los preceptos de la santa madre Iglesia, y no azota á Jesucristo. Pero tiene talento ; es ilustrado,

ilustradísimo : tal vez no mataría tantos cuantos conviene para el triunfo de la religión de los Druídas; protegería la instrucción pública, y acaso clavara los cañones para que no dispare nuestro amigo Don Gabriel. Pues á un lado Borrero; no es eso lo que necesitamos : ¿ faltará una máquina de matar y desterrar ? ¿ faltará un autómata, un maniquí ? ¿ faltará otro Don Jerónimo, otro Don Manuel, otro Don Cosme ? Borrero es algo, luego no vale para nada. Este es nuestro sistema, y lo tenemos por acertado y sabio, quedamos satisfechos de nuestro modo de pensar. ¿ Tiene usted ingenio, es hombre de bien? ¿ ha prestado servicios á la patria, la defiende con su espada sin mancilla, con su pluma elocuente ? ¡Puf! á un lado; usted se mete mucho, y puede obrar en favor de la república : lo que necesitamos es uno que no sirviendo para nada, no haga nada : sólo éste puede entrar en lugar de Don Gabriel, que hace más de lo que debe, porque sirve para más de lo que nos conviniera.

En este pueblo donde el ingenio descollante es un pecado mortal; donde la instrucción es una peste de cuyo contagio se huye con pavor; donde las aptitudes para el mando, y la inteligencia adornada con los grandes ejemplos de la historia son defectos, razones poderosas de insignificancia, por fuerza tenemos que escoger entre lo ruin : ¡Borrero, Carbo, Aguirre, á un lado!

Elijamos á un Gómez de la Torre, á un Chiriboga, á un Malo, á un Moncayo, á cualquier otro hombre de bien y de importancia : no quieren ustedes ; nada quieren ustedes. Honor, valor, instrucción, religión, todo está en García Moreno; fuera de él, no hay sino herejía y crimen.

¡Oh Dios! ¿ para qué hablo ? ¿ quién me oye ? ¿ quién me entiende ? ¿ quién me sigue ? Señor Don Gabriel, déle usted una vuelta á su corazón; mejor colocado, quizá dé mejores visos : si siente usted una lucecilla en las

entrañas, diga que le alumbra el Cielo, y que se salva usted y nos salvamos todos. Y sepa, que si se empeña en su propia candidatura, la nuestra será irrevocablemente el Señor Aguirre, y tendrá que matarnos ó morir á nuestras manos. Pero si se renuncia usted la suya, por mis razones, ó por las de usted, no vaya á proponernos uno de sus esclavos, ni un Don Jérónimo III, ¡ qué caramba !

Si el discurso no basta, veamos los ejemplos.

En las hermosas vegas
" Donde dormita el Plata silencioso "

se oye de repente un vocerío que asorda las ciudades argentinas : se cruzan las espadas, las lanzas crujen, las bocas de fuego centellean y rehinchan de humo el firmamento. Un hijo se ha levantado contra su padre : Absalón demente, procura su ruina, y en su conjuración maldita, va escandalizando el mundo. El cielo volvió por el anciano ; sucumbe el desnaturalizado conspirador, pero el crimen ha echado raíces en la infortunada república. El viejo Flores cae muerto en la calle ; la bala no le respeta, el puñal le busca el corazón y allí se regocija. ¿ Qué horrible saña no sería la de esos hombres, cuando los hijos conspiran contra los padres ?

Pues su cordura superó su enajenamiento ; y donde todo iba á quedar ahogado en un mar de sangre, la concordia se levanta majestuosa y reina en todos los ánimos. Dos partidos profundamente enconados están para elegir en la República Argentina el sucesor del presidente muerto en la tragedia : el acero viene oculto en el pecho de los electores, mil desastres van luego á suceder, la muerte será dueña del campo. Pero el ángel del Señor tendió la espada en seña de reconciliación, y aquellos hombres fieros

que iban á despedazarse, eligen á una voz á uno en quien nadie había pensado. Batlle, actual presidente de Uruguay, no fué candidato sino la víspera de ser electo; y lo fué por unanimidad de votos.

Si no somos la hez del género humano, sigamos ese ejemplo.

Don Francisco Aguirre es ese tercero en discordia, ese Batlle ecuatoriano, ese término medio, lago apacible donde se apagan los rayos de la política. Bien sabido es que no ha sido cabeza de partido, ni ha manifestado ambición desaforada, ni *los herejes* han fincado en él sus esperanzas: rechazarlo, es declarar guerra á muerte á la razón, la libertad, el progreso de nuestras sociedades. La República entera alza la voz, no en favor de un hombre, sino de un principio, el principio de la paz y la concordia, cimientos de la felicidad. El fraude es mal agente; el fraude no populariza sino la infamia: ¿ qué adelanta García Moreno en que niños escolares é indios záfios, gañanes de las haciendas firmen por él sin saber firmar? La gente de pró está por el bien, del uno al otro extremo de la República; la que nada vale, está por el mal, y esto sin que de ello tenga noticia; pues hasta la ignorancia es sabia, cuando se trata de la vida ó muerte de los pueblos, y en sabiendo lo que hace, hace lo que debe. No pretendo que todos los que proclaman al enemigo público sean del todo insignificantes, no Señor: los que vienen *pesant lourd et trébuchant clair*, no dejan de ser personas, porque el oro tiene alma; mas por desgracia esa alma suele ser de arcilla, y la arcilla vale poco. El alma inmortal, la imagen de Dios, es la que resplandece con la aureola de la inteligencia: ésta es sutil, pura, transparente, ligera; se alza como una llama invisible y va á embeberse en la divina esencia.

Tampoco afirmo que todos sean rapazuelos; hay entre

ellos gente vieja : lo sensible es que los años no les hubiesen aprovechado, y que la experiencia, esta mina de sabiduría, no les hubiese descubierto ni un grano de oro puro. Desde Hall (Jol), colgado en la plaza de San Francisco como un racimo del patíbulo, arrastrado por las calles como un perro ; Hall, el patriota ilustre, el filósofo liberal, el inglés sabio, hasta Maldonado y Juan Borja, buen trecho mide la experiencia : pues cabalmente á favor suyo son tan cuerdos y virtuosos los ecuatorianos : Aguirre, Borrero, Carbo no darán esos espectáculos á la ciudad : un cuerpo blanco, desnudo de los pies á la cabeza, columpiando á medio día en una picota, es cosa deleitable para los buenos, y sobre todo si ese fué un hombre ilustre. Un difunto agarrado del tobillo por una argolla de hierro ; que muere en el calabozo sin que se sepa cuando ; un cadáver preso, la muerte en manos del verdugo, la eternidad cogida y mordida por un hombre, es cosa deleitable para los buenos, y sobre todo para los buenos sacerdotes. Aguirre, Borrero, Carbo no nos regalarán con esas embelesantes distracciones, ese *Pré-Catelan* mágico, ese baile de ángeles que giran armoniosos al son de una encantada música. Aguirre, Borrero, Carbo, aprended ese arte de cautivar corazones, si queréis ser presidentes.

# DEL JURAMENTO

Cosas hay en la religión cristiana, que si no fueran dogmas y preceptos divinos, todavía serían las invenciones más sabias de los hombres, y como las más sabias, las más útiles al género humano. La doctrina de las penas y las recompensas futuras, la confesión, el juramento, son las cadenas que contienen á este loco del hombre, que al verse sacudido de ellas sería la bestia más indomable de la tierra. Las leyes positivas son débiles obstáculos para los embates de sus pasiones, son telas de araña, como decía uno de los siete sabios. Aquel tribunal terrible donde se juzga en medio de la majestad de Dios y la pompa del universo reducido á un inmenso valle, ése es el que respetamos y tememos, y desgraciados de nosotros si no le respetásemos y le temiésemos. Los jueces están de pie sobre las montañas : el sol ha perdido su luz, los vientos, inmóviles, no osan turbar la serenidad de la atmósfera, la tierra en su gran conflicto permanece muda. La espada del ángel del Señor flamea en las regiones superiores, y esparce ese calor terrible con que inflamó el clima del paraíso cuando nuestros padres salían al destierro. Los jueces, en las cumbres del Hebal y el Gazirin, extienden el brazo y pronuncian la sentencia ; el pueblo todo, difundido por el llano, se mueve inquieto, y una voz solemne

responde á lo lejos : — ¡Amén! Grande en verdad, sombrío y majestuoso cuadro.

Los afectos de equidad y justicia raras veces influyen decididamente en la pobre de la criatura : temor, interés, he aquí los móviles de sus acciones. Si nada temiésemos del traspaso de las leyes políticas y civiles, las traspasaríamos á cada instante ; y por esto los legisladores han acompañado las penas con las leyes. Sí, la pena es la sombra de la ley, caminan juntas, y cuando cae la una, se yergue la otra, habiendo nacido un delito de esa discordia. Pero las divinas no hacen sombra en el mundo, andan solas, y su quebrantamiento impune queda : no importa, allá veremos qué sombra larga y terrible es ésa, cuando con ojos azorados y cabellos derechos sobre su raíz, veamos y contemplemos el conjunto de nuestras obras puestas en la balanza del Juez que no se puede desautorizar con pesa fementida.

Los pueblos más miserables no son los que tienen sus códigos en corta veneración, sino aquellos que hacen poco ó ningún caso del último día del hombre, ahora por malicia y soltura de costumbres, ahora por negadez é ignorancia : ¿ cuántos habrá que matarían á un hombre, si le encontrasen en un lugar abandonado y solo, en pudiendo burlar el ojo del juez mundano ? Las leyes mandan no matar, y con todo le matarían, estando ciertos de la nada venidera, y de que Dios no se metía en las acciones de los hombres : lo que tememos verdaderamente es aquel juicio supremo, aquella sabiduría que nos ha mandado lo que hemos de hacer y lo que hemos de evitar, aquel amonestador constante que viene dentro de nosotros con nombre de conciencia, aquel azote cruel que nos lastima las entrañas cuando hemos cometido una acción prohibida, transgrediendo uno de los grandes y salvadores preceptos con que el Criador nos obligó á respetarnos y amarnos mutuamente. Por eso

digo que el pueblo desaforado contra los hombres, es pueblo corrompido; el desaforado contra Dios, sacrílego: ¿á qué debe quedarse el hombre no del todo perverso? quiero ser mil veces corrompido; sacrílego, ni un instante. Los vicios, y aun los crímenes, nos perdona nuestro padre; compasivo, tierno es; pero el renegar de su paternidad y su justicia, el violarle violando sus preceptos, el envilecerle haciéndole comparecer por testigo de una falsedad, ésto no perdona.

Graves materias son éstas, más para respetadas que para tratadas por una humilde pluma: los que saben decir de Dios que la verdad es su cuerpo y la luz su sombra[1], esos podrán apecharse á tan grandes cosas. El espectáculo del mundo me sorprende á cada instante, por más que le estoy viendo; el turbio raudal de las pasiones que pasa por delante de mis ojos me tiene aterrado; este torbellino de malas costumbres que por todas partes me amenaza, me tiene alerta; é indignado de continuo, padezco de continuo. Si es alivio y satisfacción el dar salida á los afectos, intentémoslo, aun con la triste duda si valdrá ó no el que alcemos la voz contra las iniquidades y los vicios.

Todos los mandamientos se quebrantan cada día en todas partes; pero este sublime precepto: *no jurar por el santo nombre de Dios en vano*, es todavía respetado aun entre los hombres de más aviesas inclinaciones y depravadas costumbres. No jurar por el nombre de Dios en vano: esto es, no ponerle ante el juez de la tierra como apoyo del crimen ó como falso acusador. No jurar por el nombre de Dios en vano: esto es, no achacarle que ha visto lo que no ha visto, que ha oído lo que no ha oído. No jurar por el nombre de Dios en vano: esto es, no

1. Platón.

servirse de Él para consumar la injusticia, condenando al inocente y salvando al culpable. No jurar por el nombre de Dios en vano : esto es, no sobornarle para que oculte la verdad é invente la mentira. No jurar por el nombre de Dios en vano : esto es, no perderle el respeto haciéndole cómplice de nuestras iniquidades. Todo esto es no jurar por el santo nombre de Dios en vano. El que perjura comete pues un grande crimen, una atrocidad más negra que el parricidio, ya en el violar el mandamiento de Dios, ya en el servirse del *Bueno* para oprimir al bueno, en obligar al Bueno á conspirar en junta del inicuo.

Testigos hay que juran por Dios que tal crimen no se ha perpetrado por el delincuente verdadero; y éstos, ó nada saben acerca del punto sobre que declaran con juramento, ó están palpando la verdad, y la ocultan con infernal cuidado, y la mentira sale de sus labios fresca y provocando al juez indigno. Otros juran por Dios que tal crimen se cometió por un inocente, y el juez arrastra al calabozo al inocente, y el perjuro queda impune, y su instigador salta de alegría. El testigo falso sobre la víctima, el comprador del juramento sobre el testigo, el juez sobornado sobre la justicia, y Dios sobre todos.

El acusado no hirió al hombre cuya muerte persigue la justicia, dice el testigo. No le hirió, repite el juez : No le hirió, murmuran en la barra los sobornadores. Pero Dios, en voz solemne que nadie oye por de pronto, dice allá : ¡ Sí le hirió !

Viene el testigo y dice : Este hombre levantó el pueblo, allanó casas honradas, acometió en pandilla á sus enemigos indefensos, y llevó adelante toda clase de delitos. El juez responde : verdad : los sobornadores murmuran por lo bajo : verdad. Pero Dios no conviene en ello, y á todos contradice diciendo : ¡ falso !

Viene el testigo y dice: Yo lo ví, yo lo oí: el juez repite:

lo vió, lo oyó : los sobornadores se sonríen, y hacen coro. Pero Dios que ve y oye más que todos dice allá : ¡No lo vió, no lo oyó !

Sobornador, testigo falso, juez inicuo, venid á vuestra vez á ser juzgados, compareced ante el que no cree la mentira, porque es la verdad misma ; ante el que no se deja vencer de ruegos ni amenazas, porque es terrible y superior á todos ; ante el que no valen sutilezas, porque no es abogado. ¿ Por qué condenasteis al inocente ? os pregunta en irritada y grande voz ; ¿ por qué salvasteis al culpable ? el perdonar es atributo del Soberano, y vosotros no lo sois : os habéis arrogado mis facultades. Perjuro, tú me llamaste en mala ocasión, te apoyaste en el nombre de tu Dios para hacer aquello que tengo prohibido. Juez, tu sentenciaste inícuamente, trastrocando las pruebas, fingiéndolas á tu sabor y apoyando al testigo falso. Sobornador, hombre tres veces perverso, por tí, por el testigo y por el juez, tú traficaste con mi nombre, lo compraste el necesitado, lo vendiste á tus pasiones : tú serás tres veces réprobo. Sobornador, testigo, juez, " Retiraos, descended al fuego eterno, vosotros que fuisteis sin caridad, enemigos de Dios y de vuestros hermanos. " Y á las víctimas inocentes les dirá : " Venid á poseer á la diestra de mi Padre el reino que os tiene prometido. "

¡Ah miserable tráfico de iniquidades en que los hombres andan tan activos ! ¡Ah ganancia infausta la que enriquece á los perversos ! ¡Ah prosperidad maldita la que les tiene grandes y soberbios ! El día llegará, y ellos caerán, y los orpimidos se levantarán, y las cosas entrarán en orden, y esa distribución de premios y de recompensas que se verificará ese gran día, servirá de reparo de los males padecidos, de castigo de los males irrogados. Esperemos.

No son éstas vanas quejas ; los malos tienen apoyos y testigos, los buenos gimen en lastimoso aislamiento.

Una vasta conspiración se ha levantado, sus cien cabezas se sacuden por el aire, sus ojos miran amenazantes, sus lenguas silban cual serpientes : ¡plaga, plaga, Señor! Aparta de nosotros esa nube de langostas; coge, mata, destruye á ese pájaro monstruoso que vuela al frente de ellas y las dirige á la devoración con que están asolando las costumbres : ¡plaga, plaga, Señor! Mira, ya se reunen, ya se aparejan al infausto vuelo, ya croajan por el aire, ya caen sobre nosotros : ¡plaga, plaga, Señor! Tu nombre no es callado, tu brazo no es temido, tu esencia no es respetada : no eres respetado, ni temido, ni callado, supuesto que, mandatarios tenebrosos del demonio, desplegan sus banderas contra la verdad y la inocencia, á las cuales se acogen la falsedad y el crimen, y las llevan desplegadas á tambor batiente contra la minoría de los que no te ponen en olvido. Si les echas una mirada, allí se contienen; si les apuntas con el dedo, allí quedan convertidos en ceniza. Si perdonarles tuvieres por mejor, alúmbrales; que salgan del tenebroso laberinto en que andan extraviados, tropezando en los vicios, cayendo en los delitos, durmiéndose en el mal de sus semejantes.

Encontráronse dos hombres en un lugar campestre : el uno de ellos, por graves motivos sin duda, tomó por el cuello al otro, y le tuvo suspendido una buena pieza, mirándole al rostro fijamente. Después le ganó la ira, y le dió de sacudones, así cogido por la garganta. La palabra tomó el lugar de las manos, y se pusieron en razones, y aun con calma, si cabía. En esto estaban, cuando sobrevino un rústico, atraído quizás por las voces que el cogido había al efecto echado por los alrededores. Entonces varió de voz y modo, y dijo al recién venido : Este hombre, abusando de mi soledad, me ha insultado y estropeado : me servirás de testigo.

Este hombre, abusando de la soledad de mi patrón, le ha insultado y estropeado, repitió el del campo; pues la escena acontecía en tierra del agredido. Tanta había sido la soledad del uno como la del otro; no hubo pues abuso de ella; y el sobreviniente nada había visto, y ya estaba de testigo.

Otro vino, y el que anhelaba testimonios dijo : Este hombre, abusando de mi soledad, me ha insultado y estropeado; me servirás de testigo.

Este hombre ha insultado y estropeado á mi patrón, lo declararemos, repitió el segundo.

Otros fueron llegando, y á todos les fué citando para ante el juez, y á todos les decía : ya han visto ustedes cómo este hombre me ha estropeado, ya han oído las injurias que me ha dirigido; prestarán ustedes sus declaraciones. Y la gente ofreció prestarlas en justicia, y dijo que todo lo había visto y oído; pero en verdad no vió ni oyó sino buena compostura y razonables cláusulas, porque el agresor, depuesta la ira, hablaba de consejo, bien que tuteando al otro con mucho vilipendio.

Y viendo la red que en sus barbas le tendía aquella gente injusta, que luego le tendría un juez inicuo á su disposición, sintió levantarse su alma con anchas alas dentro de sí mismo, su corazón dió un trueno, y en voz y modo de profeta irritado, soltó la suya en gruesa vena de razones que perturbaron al tramador, el cual pareció ruborizarse, y se estuvo quieto buen espacio. El que en cualquier ocasión es capaz de vergüenza, no está del todo perdido : la demanda judicial quedó en vacío, pues la iniquidad y la injusticia puestas á sus ojos en tan feas y repugnantes formas, le apagaron la audacia y desbarataron esa máquina de perjurios que había en un instante construído. Filosófica ó poética, la verdad es elocuente; y si viene ardiendo en su santa indignación, corta como la espada del Altísimo.

*Aquel injusto que por cristiano* rehusó combatirse á lo señor, tuvo á la mano media docena de perjuros que iban á oír gustosos los términos dictados por su bachillería. Verdugos son no pocos jueces : he allí acusador, testigo y juez en conspiración flagrante contra la justicia, y por el mismo caso contra Dios y la sociedad humana. Si *el otro* no hubiera sabido conmover ásperamente así como supo acometer, perdido hubiera sido. *Cristiano aquel* para no reñir con armas aristócratas y en la forma acostumbrada por el señorío; para reunir sobre la marcha cien falsos testimonios, no cristiano. Para echarse por sorpresa á luchar con zancadilla, cual atleta brutal y de mala fe; para enredarse como una culebra en el cuerpo de su adversario y gritar á las armas, *caballero :* para elegir arma, y fijar tiempo y lugar, y guardar el silencio requerido, no caballero, sino *cristiano.*

¡ Qué opiniones ! ¡ qué costumbres !

Al separarse los dos, el hombre *religioso* extendió la mano al *bárbaro* amigo del honor. — ¿ La mano ? dijo éste, guárdeme Dios.... y sin habérsela tocado, se fué por ahí diciendo :

" Los que amáis al Señor, aborreced el mal; el Señor protege á los buenos. "

El hombre ruboroso huye del escándalo; la vergüenza es el pudor del hombre. Si de un lance sale bien, guarda silencio; la modestia no tiene lengua : si la suerte le corre mal, descansa en la hidalguía de su enemigo, y ambos ocultan el secreto en lo profundo de sus corazones. Bueno es proporcionar al público noble objeto en que se ocupe : virtudes practicadas, santas obras consumadas, acciones recomendables son pasto suculento con que medra una ciudad virtuosa. Las contiendas personales, nada le aprovechan, por cuanto casi siempre se afrontan los enemigos

bajo el liviano estandarte de la soberbia y de la vanagloria. Si no somos harto filosóficos para sobrellevar las zozobras anexas á la sociedad humana, hemos de ser cuando menos harto moderados y prudentes en abrigar nuestras flaquezas con la capa de la mesura y el silencio. El escándalo es un ente deforme, causa miedo : gigante enredador y bullicioso, anda por todas partes con desatentados pasos, devorando á la modestia y el recato, inermes criaturas que perecen sin auxilio : la verdad, ¡ah! la verdad no se le escapa, y aun suele ser la presa más ansiada de sus hambres. Honor, valor de buen linaje huyen del escándalo : el que no los siente en su pecho, busca el apoyo de la maledicencia, y junto con los ruines, triunfa del enemigo ausente. Principiar una revelación por decir : *Quedamos en callar*, es verdaderamente indigno, infame, es hasta irreligioso.

La moralidad que entrañan estas disquisiciones, salta á la vista : jamás viene fuera de sazón el discurrir acerca de materias semejantes, dado que el fin del escritor es poner en su punto la moral, enderezando lo torcido, purificando lo turbio, inclinando las costumbres al modo de vivir de los pueblos religiosos y medidos.

---

Yo aconsejo la moderación y la practico; escribo, y firmo mis escritos. Si ahora que es manifiestamente absurdo el insultarme vuelven los ruines á su acostumbrada persecución, haré tal escarmiento, que quedarán curados de su rabia. La lepra no se cura ; pero las malas mañas se pueden curar.... El anónimo es el capirote del bandolero, ya lo tengo dicho : y con todo, anónimas son las obras de esta canalla política y literaria. Salazar, estás delatado; pero en la duda, me abstengo. Tu hijo dice todos los días, donde sabe que me lo han de comunicar, que sería un crimen en su padre el escribir una línea *contra el Señor Montalvo*. Si niegas, ningún empeño tengo en no creerte;

antes quisiera que el género humano, aun en tu persona, no viniese cargado de tan feas culpas. Carvajal, Herrera y los demás nada me deben, al fin nada me deben, sino es la consideración pública : si no quieren tomar parte en ella, no es una desgracia para mí : ¡injúrienme, injúrienme! Pero si en un rato de diablos azules me viene á la memoria uno de esos doctores, le pongo como nuevo y le tengo colgado de una pata más de lo que él quisiera. Hay instantes de ociosidad y de mal gusto en que hasta Napoleón se ocupa en papar moscas : no es del todo imposible que yo pape *esas moscas* y las ponga ensartadas en un alfiler. Escribiré los CARACTERES, sin valerme como el otro, de nombres griegos para ocultar los infames, viles, ó ridículos personajes que intenta escarnecer : yo seré más claro y humilde, y me contentaré con apelativos *quichuas*. El autor del " Capítulo que se le olvidó á Cervantes ", puede muy bien escribir asimismo una " Galería de ecuatorianos famosos " que guste en América. Proteos del mal, ¿desde cuándo sois salados ? yo os barrenaré la cabeza y os pondré sal en la mollera, para que no olvidéis el respeto debido y no aulléis á la luna.

Por esta cruz, yo no leo *esos papeles;* pero aun á pesar mío, no falta quien me dé noticia de ellos. Amigo modesto, cuidado con el retablo. Quítate el parche del ojo, y ponte á la capa : ese que tú llamas *el Cervantes moderno*, tiene su Don Quijote, que salta, menea la tizona y descabeza títeres y titiritero en un abrir y cerrar de ojos. Don Ginesillo de Parapillo, Don bachiller Sansón Carrasco, ó Don como te llamas, volvemos á las andadas.

No pasemos adelante ;
Malos agüeros había :
Un buho da grandes gritos,
Un águila se carpía ;
Cuervos muy mal le aquejaban:
Yo de aquí no pasaría.

# CARTAS AL COSMOPOLITA

Muy Señor mío :

Su libro VI no ha tenido tan buena acogida como el anterior : ¿ de dónde saca usted esa moderación, que no es sino flojera ? En tiempos de efervescencia casi revolucionaria, la calma filosófica es buenamente un disparate : lo que conviene es tirar de la oreja á los bribones, y no andarse con rodeos literarios. Yo no veo allí ni un nombre propio, ni un hecho especificado ; generalidades, divagaciones, principios, como si de ellos sacáramos gran cosa. Revés, tajo y fendiente son los términos de la esgrima, que pueden y deben aplicarse á la política. Su discurso acerca de ella, por ejemplo, no me parece del todo malo ; pero usted no sabe entre quienes vive : si sigue con esas ideas, á la vuelta de quince días queda por loco, y no hay quien lea sus escritos. La gangrena se corta, no se disuelve ; para la fiebre se sangra, se aplica un gorro de nieve á la cabeza. *Similia similibus curantur :* usted que las da de sabio ha ignorado el aforismo : irrite usted, caliente usted, corte, desuelle, cauterice, si hay irritación y calentura, y no andemos con arrope de frambuesas. Desde luego sus flechas van rectas y veloces ; pero si no pasan zumbando por las narices del público, parece que no hieren ; son

plumas de paloma que vuelan más poéticas que belicosas.

Yo soy liberal positivo; contribuyo para sus escritos, y quisiera ver en ellos prendas que me llenen el corazón. Cuál es la verdadera política, cuál la falsa, no es cosa que me importa : apriételes las clavijas á *esos pillos*, y cuente con nosotros. De veras me pongo triste, cuando de principio á fin, en un opúsculo de ocho ó diez fojas, no hallo ni una vez á Don Gabriel : es cierto que usted le da sus mojicones, como quien no dice nada; pero ¿ por qué no le nombra ? Tampoco me gusta esa extremada é indebida consideración por nuestro difunto presidente, y no fuera malo que se le hiciera oír un tanto. ¿ Y el otro ? ¡ qué gracia ! usted no le dice nada al tal Ponce, y yo soy uno de los suscritos Espero que usted complazca á sus lectores, y me suscribo de usted atento y seguro servidor.

*Troglodita de la Pulla.*

Muy Señor mío :

Su libro VI ha sido mucho más racional que el otro : al fin aquí no se manifiesta usted tan encarnizado enemigo *del gran americano*, y le podemos perdonar sus alusiones. Esto de hablar de las personas ilustres, señor mío, no es para hombres como usted. Lástima que el Cosmopolita pertenezca á *esos pillos*, cuando pudiera hacer figura. ¿ No ve usted *esos ensalzadores del asesimo*, enemigos de la religión cristiana, infractores de las leyes, como nos embisten y nos sacuden por los cabezones ? Sea usted siempre culto, no hable como nosotros. Esos términos feroces, esos giros selváticos, esas maneras brutales no son para la pluma bien cortada; y por más que usted los vea en nosotros, no los use, no nos haga caso. Usted no tiene mucho partido entre los liberales, desengáñese : pícaros, ladrones, asesinos,

herejes que no conocen la justicia ni saben moderarse cuando escriben. Pero como menos pudiera usted sufrirnos á nosotros de amigos que de enemigos, quédese en su puesto. Nosotros vamos á los principios, defendemos la religión, somos atletas de la libertad; pero si Don Gabriel acaba por entregar el alma á quien la debe, libertad, religión y principios se van con él á la tierra del fuego, y con el estómago pegado al espinazo, no tendremos más remedio que volvernos liberales, como que la patria será de esos bribones. En este concepto, sería tontera en mí malquistarme con ellos más de lo que me conviniera; y en cuanto á usted, señor mío, le suplico no se acuerde de mí en su "Galería de ecuatorianos famosos" que, según hemos sabido, piensa dar á luz. De hoy para adelante me entremeteré poco en insultarle, y cuando le tire mi piedra, será escondiendo el brazo con grandísimo cuidado; porque esto de cogerle á uno y tenerle colgado de una pata, no ha de ser cosa halagüeña. La gravedad de usted nos ha salvado hasta ahora. Pero cuando pensamos en que el tétrico Espectador de la Gran Bretaña, el triste y apasionado Larra tenían tiempo y humor para desollar á los polizontes, á los ridículos personajes, no dejamos de recelarnos que usted, aunque no con tanto ingenio como ellos, nos ponga por ahí en alguna aventura tenebrosa, ó á horcajadas en Rocinante tirando amo y escudero por los campos de Montiel. Por otra parte, el considerar que *esos canallas* pueden llegar á ser presidentes y ministros, nos hace hormiguear la sangre; y contemplando en lo que eso sería, estamos resueltos á ser buenos; á lo menos no tan malos, como el que tiene el honor de ser atento y obsecuente servidor.

*Imbroglio de las Tripas.*

Honorable Cosmopolita :

El público reclama el terremoto en el libro VI : si yo me he suscrito, ha sido en la persuasión de que cada entrega contendría una cosa de ésas. A mí me gusta ver desbaratarse cerros y quedar descalabrados contemplando sus ruinas; me parece bien que las colinas bailen, y los lagos hiervan soplados por las legiones infernales. Dénos usted desollones de montañas, traquidos de peñas, negros bostezos de la tierra, abriéndola en mandíbulas enormes, y tendrá usted buen número de suscritores. De política no entendemos; filosofía y moral, son candideces : terremotos, señor mío, terremotos. ¿Quién es ese *nuevo Junius?* Maldito de Dios si le conozco. Las " Cosas de mi tierra " sí, estan más á nuestros alcances, y todo lo que sea conjugar al vecino es muy de nuestro genio. ¿ No sería bien aplicarle unas cantáridas *al amigo?* mire que unas ampollas bien puestas en ese lanudo pecho, sería cosa de gusto. Nosotros estamos para llamar *cobardes* á los que algo hacen; el hablar de talanquera es cosa de valientes. Ahí tiene usted al Doctor.... Vea lo que es bueno. Por prudencia se ha defendido debilmente; pero " El joven liberal ", no hay quien le quite. Dicen que *este patriota* nunca ha escrito una línea; mas bien puede ser que de repente haya salido escribiendo como un gerifalte. Si hubiere ocasión, ya trataremos este asunto; entre tanto soy de usted.

*&. &. El Temblón de los Temblones.*

# LIBRO VIII

## DEL ESPIRITU DE ASOCIACIÓN

Los pueblos ilustrados, cuyas instituciones políticas no entrañan la esclavitud, son en extremo sociables. El gobernante que no teme la reunión de los ciudadanos, descansa en la ley, se apoya en la benevolencia de los pueblos, y rodeado de amigos camina seguro y majestuoso hacia el término de la asociación. El buen gobierno tiene tranquila su conciencia, y no alza asustado la cabeza, cuando oye que cierto número de personas se ha reunido. En los imperios despóticos, donde la tiranía es modo de gobernar, es donde suena terrible á los oídos del que manda esta breve noticia : existe una sociedad secreta. ¿ Y por qué secreta ? Porqué no pudo ser pública ; porque el medroso tirano dispersa á lanzadas á los que se reunen, temiendo el acuerdo de las voluntades, aborreciendo la voz sonora de los hombres libres. Pues si éstos buscan la oscuridad, él tiene la culpa. Y cuidado, que el puñal suele afilarse en las tinieblas.... A la faz del sol, nunca se ha discutido el asesinato, ni hay quien proponga acción ilícita teniendo la luz por auditorio. Perseguid las sociedades, y luego tendréis carbonarismo.

¿ Por qué arrebatar á los hombres el derecho de tratar acerca de lo que conviene ? Si no usurpan la soberanía ; si respetan las leyes ; si con buena intención y buen objeto acuden unos á otros, dejarles ; y no dejarles solamente, sino protegerles, enardecerles. Este es buen gobierno. Pero juzgar siempre mal de la comunicación de los habitantes de una ciudad, y tener por arriesgada cosa la comunión de pensamientos y propósitos, es propender á la tiranía, ó ser poco ilustrados. Desde luego el gobierno debe tener cien ojos : Argos vigilante, todo lo ve, todo lo inquiere en secreto, y allá para sí está notificado de lo que sucede en la república : vive en el centro de una bóveda acústica ; los más leves ruidos llegan á sus oídos, y no todos como trueno, porque su tímpano está en punto de salud. Su tacto es delicado, su mano del más fino tanteo : la pasa por la sociedad que rige y en sus formas va descubriendo lo áspero y lo suave, lo mórbido y lo sano. El buen gobierno, el gobierno sabio es un sabio ; el gobierno filosófico es un filósofo, el gobierno paternal es un padre Pero el que para todo acude al hierro, es como el médico ignorante, que si no corta nada cura. En la ciencia política hay secretos maravillosos, esencias milagrosas, elíxires mágicos que modifican favorablemente hasta las enfermedades desesperadas. De donde se colige que para gobernar es preciso ser gobernado por un agente interior luminoso, flexible, alto : es decir que el alma del gobernante se ha de hallar en la cumbre de un monte. ¿ No es racional, no es justo que manden los mejores ? Donde se buscan los peores para tan gran negocio como es de regir pueblos, digamos que reinan las tinieblas, y en medio de ellas, no pueden suceder sino cosas pavorosas, porque la oscuridad es la ausencia de la luz, fuente de sabiduría.

El gobierno que no ve sino peligros en cuanto sucede en la república, es un Polifemo, no tiene sino un ojo :

cruel y villano gigante, echa mano por sus huéspedes y los devora : pavoroso hijo de la tierra, se hace temblar de todos, pero nadie deja pasar ocasión de tirarle una piedra, y cuando llega el instante, le privan de la vista. Por manera que el mal gobierno viene en continua angustia ; de todo se recela, todo le amenaza : es como aquel inicuo que vivía encerrado en una bomba de cristal por precaverse del rayo : el tirano, el mal gobierno viven encerrados en una bovedilla, son como difuntos, tienen poco espacio, y en esa miserable esfera, sucede un drama horrible ; los gusanos andan muy activos por su cuerpo, le muerden el corazón. Los recelos fundados ó infundados, las zozobras, las sospechas, los temores, las incertidumbres, los remordimientos ¿ no son hambreados insectos que roen el corazón ? Si tememos á nuestros hermanos porque estamos mandando en ellos, valiera más bajar á su nivel, y andar tranquilos : ¡ horrible cosa es en verdad haber sido encumbrados para el bien, y constituirse en operarios de iniquidad ! La opresión es tenida por política en ciertas naciones poco alumbradas, y el presidente, muy convencido de que no es tirano, huella las leyes con la mayor inocencia, anula el pacto social por mil maneras, asienta la mano á los asociados, y piensa que está gobernando, pues la ignorancia es el arte de gobernar en algunos desdichados pueblos. Maten, destierren, impongan contribuciones ; para esas tropelías podrán tener pretexto ; pero el derecho de escribir, la facultad de hablar, la necesidad de reunirse los ciudadanos, respeten, por Dios, respeten los gobernantes.

¿Qué multitud es ésa que por allá se asoma dando voces, á la sombra de cien descogidos estandartes ? El orden reina en ella, se acerca inofensiva, y en buena compostura entra con firme paso á ese jardín grandioso. Es un pueblo libre que se reune á proclamar un derecho, á clamar contra

un abuso, á discutir un proyecto legislativo. Mirad esa persona que se encastilla por ahí en hombros del pueblo : un gran silencio se declara en la muchedumbre, todos esperan, todos escuchan : es un orador, un tribuno que va á soltar la voz, y en elocuente discurso conmover mil corazones. Habló : la libertad en forma de ángel, sale de sus labios y se cierne sobre el pueblo revolando á modo de nuncio celestial, bien así como salían llamas de la boca de algunos antiguos profetas. La muchedumbre aplaude, mil sufragios autorizan la ley que va á proponerse al Parlamento, y satisfecho de sí mismo y de su soberano, el pueblo se desparrama por las innumerables calles de la ciudad inmensa. El monarca entre tanto había permanecido tranquilo en su palacio, el clamoreo popular no le sacaba de quicios, ni la policía del reino paraba la oreja sospechosa. Cada cual estaba en su derecho, cada cual cumplía su deber. En la libre Inglaterra el pueblo y el Gobierno son hermanos, ninguno de los dos se recela ni se cautela del otro. El pueblo se reune, el gobierno no cae en cuenta ; el pueblo grita, el gobierno oye y no se da por entendido : á las veces el pueblo se exalta, pone hosco semblante, sube la voz de punto : no hay más que dejarlo, es una efervescencia que de suyo se apaga ; ni se requiere diligencias para que baje esa espuma belicosa. La reina no interrumpe su oración, los ministros ni se mueven de sus butacas, el Lord Corregidor anda en sus ordinarias incumbencias, y el pueblo está llenando de ruido la metrópoli del imperio. Ruido legal, ruido de oro, ruido de pueblo libre é ilustrado.

A nadie se le ocurriría buenamente menoscabar el derecho de reunión en los Estados Unidos : puede Mister Johnson fusilar á Jeffersson Davis en la plaza de Richmond ; mas ¡ay de Mister Johnson si pretendiese poner trabas á las sociedades de los americanos ! Los pueblos libres son

muy amigos de reunirse; la reunión es una ley de la naturaleza : los miembros de la familia están reunidos; los del Estado se reunen en sociedades; los Estados se reunen en confederaciones. Los pueblos ilustrados son muy amigos de reunirse : reúnense los sabios, reúnense los patriotas; los sabios para propagar la sabiduría, los patriotas para alimentar y difundir el cariño de la patria. Los ignorantes se reunen para estudiar, los hombres benéficos para ejercitar la caridad : todo se hace en reunión. Hay sociedades de historia, de filosofía, de literatura; sociedades agrícolas, sociedades de socorro, sociedades de nobles pasatiempos. Hasta acá se oye el vocerío de los ciudadanos americanos que acuden á un centro de reunión á averiguarse bien con sus intereses : libertad es su campo, libertad es su guía, libertad su objeto. La soberanía del pueblo toma formas reales en esas grandiosas juntas en que el callado habla por boca del tribuno, en que el humilde se levanta y toca con la mano el fruto de la República, prohibido en otras partes. Esas *sediciones* populares son muy pacíficas; el gobierno está muy bien con ellas, y, sediciosos los unos, autorizados los otros, todos á la sombra de la ley caminan á pasos descomunales á su engrandecimiento. ¡ Qué pueblo ! allí sí que mora la libertad en todas las casas, anda por todas las calles, viaja por todos los caminos : y no libertad corrompida ó perversa, sino libertad honesta y bien intencionada, libertad santa. Donde la libertad y la sabiduría vienen asidas por la mano, el hombre no es inferior al ángel.

En la disociación tiene el senescal un elemento poderoso de tiranía; de ver separados é ignorantes á los hombres, dice luego para sí : A éstos bien puedo encadenarlos; si no mancomunan sus fuerzas, cada uno de ellos es inferior á mí, y no me será difícil regirlos á mi modo : necio es el que pudiendo tener esclavos se contenta con hermanos;

nadie vive á lo grande, si no tiene inferiores que le tributen veneración. Y convertido el discurso en obra, hele allí adueñado de los pueblos, que por no haberse entendido como hombres, gimen en la collera como brutos.

En las naciones poco expertas y menos adelantadas, los hombres son indiferentes á las sociedades : reúnense desde luego, pero con mezquino objeto : yo oigo á menudo — *Sociedad de baile, sociedad de recreo, sociedad de....* ¡ah! ¿cómo es posible mentar aquí el juego ? Si esos ciudadanos bailantes hubieran abrigado en sus pechos la llama de la libertad, no hubieran sido tantos años siervos de cualquier miserable tiranuelo : siervillos olorosos, bien empaquetados, se dejan ir tras el amo por esas oscuras ensenadas y recodos que suele conocer la tiranía. Apolos sin la divinidad, fetiches embarnizados que el salvaje hace danzar con su varilla, y si no está contento de ellos, les pela las barbas á porrazos ó les azota desapiadadamente. Los que se contentan con bailar mientras respira á sus anchas el despotismo, no tienen patria, ni son dignos de tenerla : hojas revoloteadas por el austro, danzan en el aire, sin centro ni equilibrio, y cuando caen, no hay animal que no ande sobre ellas. Quisiera yo preguntarles á esos rozagantes mozalbetes, si en medio de sus alegrones disparados, se les mueve el corazón á los golpes cadenciosos de la patria ; si en sus pechos gira ese astro resplandeciente que alumbra y vivifica al hombre libre ; si experimentan las deliciosas emociones que la sabiduría causa en el seno de sus hijos. El negro es de su propia naturaleza enredador, alegre y muy dado al rebullicio ; el negro baila, canta, se mueve activo en toda oportunidad ; el negro vive del presente, se satisface con el goce coetáneo : el negro es esclavo : ¿ y eso qué importa puesto que baila ?

Jóvenes que claváis los cinco sentidos en miserias, alzad los ojos y mirad que por el firmamento atraviesa un globo

deslumbrante : es el sol, amigos míos, ¿ lo sabéis ? De un estudiante podremos hacer un sabio, de un artista un buen ciudadano, de un soldado un héroe : de un lechuguino, de un mequetrefe relamido, no puede hacerse sino estopa, si es que no se los diezma para verdugos. La juventud es la esperanza de la patria, y en los pueblos de nobles costumbres y de altos pensamientos, la juventud es la parte principal de la nación. Por eso la virtuosa Esparta vencida por su enemigo, se allanó á dar en rehenes cincuenta hombres maduros y no diez adolescentes. La juventud no corrompida es un elemento de sabiduría, de nobleza, de grandeza : la juventud es el porvenir, y en el porvenir tenemos derecho de columbrar la felicidad. Cuando suspiramos bajo el yugo, y el oprimido pecho se expande en un instante de inspiración, echamos los ojos al tiempo venidero, y un indecible alivio nos aligera el alma : la juventud es el porvenir ; el porvenir camina henchido de esperanzas, la esperanza es una felicidad. ¿ Acaso el bien consiste en las satisfacciones físicas ? Ya sabéis que por la materia somos animales, y que el espíritu es nuestra parte noble : cultivadlo, y seréis dignos de vuestro Criador : el espíritu del hombre pulido en aquel sublime aparato del estudio, templado en la fragua del amor, medido por la filosofía, es la gran obra del universo, y el Todopoderoso se sonríe cariñoso cuando contempla cosa tan perfecta. Por la contemplación nos elevamos á nuestro origen ; destellos desprendidos del gran foco de la luz eterna, allá volvemos y somos como serafines. Por el estudio sabemos lo que somos, y lo que ha sucedido en el mundo ; por el estudio cruzamos raudamente la inmensidad de los siglos, y, recién llegados respetables, contemplamos los sucesos de ahora miles de años. Por el estudio conocemos á los varones grandes, honra del género humano, gloria de los tiempos. Por el estudio somos cuerdos, sabios, experimentados, y

teniendo á la vista ejemplos de virtud y de grandeza, estamos nosotros mismos en posibilidad de ser grandes y virtuosos. La libertad ignorante es una divinidad subalterna, es híbrida entre divino y humano, infunde poca veneración : la libertad ilustrada, la libertad sabia es la pura, la casta, la gran divinidad. Adorémosla ; y para adorarla, reunámonos ; la adoración de todo un pueblo llega más pronto á Dios.

---

# PALABRAS DE UN CREYENTE

Drizza la testa
Non é piu tempo da gir si sospeso
DANTE.

La noche ha sido larga, ha llovido sobre nosotros lluvia helada que ha cuajado la medula de nuestros huesos : sin amparo, sin abrigo, andando por ahí á tropezones, hemos padecido mil quebrantos, porque en medio de las tinieblas un demonio nos seguía, los ojos encendidos, blandiendo una serpiente con la que abrechaba nuestras carnes. Y era ese un tropel inmenso, pero mudo : cual las sombras sin lengua condenadas al silencio en las regiones infernales, pasábamos echando ayes apagados, pues el quejarse era redoblar la crueldad del enemigo. Ancianos rendidos á los años, de venerable porte ; jóvenes marchitos bajo la cadena, niños esclavos con la esclavitud de sus padres, mujeres desmelenadas y llorosas, todos iban en confusos pelotones entre la oscuridad de ese mundo privado de la vista del Señor. Si alguno intentaba prender una antorcha, era al punto derribado, y el demonio bailaba sobre él, y le envolvía con la espuma de su boca, y reduciéndole á cenizas, le aventaba por las sombras.

Alza los ojos, tú que gimes en esa profunda cueva

no hay cielo para tí; el firmamento es una tenebrosa inmensidad donde no asoman astros, sino es de cuando en cuando algún meteoro fugitivo, que arroja su luz siniestra para que veas la mazmorra en que padeces : un cuervo gigantesco tiene abiertas las alas sobre tu cabeza : ése es tu firmamento. Mira á los lados, vuelve la vista; no hay salvador, no hay esperanza : todos son desventurados como tú, compañeros de infortunio y de tormentos. Pero consuélate : á la entrada de ese reino del dolor no ves inscrito en un negro portón esta sentencia :

O voi ch' entrate
Perdete ogni speranza !

Allá en el horizonte se columbra una blancosidad incierta : ¿ será la sombra del día ? ¿ será el sol que vuelve á nosotros después de tan larga noche ? El mirmidón sumido en su profunda yurta echa hacia fuera la vista á investigar curioso si ya vuelve la risueña aurora, después de seis meses de tinieblas; y cuando á lo lejos distingue las cimas de los montes alboreando con los primeros rayos del astro bienhechor, sale contento, desprecia el frío, y en santas procesiones se encaminan todos los habitantes de esas tierras al encuentro de la luz. Echemos nosotros también, mirmidones desgraciados, un vistazo investigador al horizonte; ¿ no es el alba la que quiere romper allá entre esas pardas nubes ? Si es el sol, vamos hacia él; saludémosle, aclamémosle.

Hijo de la naturaleza, vagando libre por las faldas de los Andes, vi un día el rey de los montes convertido en un alcázar : hacia el oriente se abre su portada : el peristilo se yergue sobre columnas de oro tachonado de rubíes que despiden de sí rayos de colores diferentes muy suaves á la vista : una estatua prodigiosa condecora la fachada

del edificio, cuyas puertas están francas. Un santo miedo me posee : la soledad infinita, el mutismo de la tierra, la pompa sublime de la naturaleza, todo me corta, pero un movimiento de alegría me anima lo interior, y el corazón me da que algo hay fausto y grande en esa fábrica. Y vagan mis ojos tímidos, midiendo esas proporciones nunca vistas, y mi alma alza el vuelo dentro de mi cuerpo, el cual se estremece y crece y se levanta por el aire, y en una expansión grandiosa me siento porte de un dios, y todo lo abrazo, y todo lo concibo con el espíritu inspirado.

Era que en el frontispicio de aquel templo había visto esta inscripción en resplandecientes caracteres :

LIBERTAD

Entro pues en aquel templo : ¡qué claro estaba todo! No había luz artificial; la diosa la tiene por sí misma. Y el tabernáculo era grande, y en él ardía á la continua un bracerillo de oro, del cual surgen crespos espirales de un humo vivificante, que luego iba rodando en poéticas bedijas por los ámbitos del edificio : así como se encumbraban, en cada una de ellas aparecía un genio, serafinillo hermoso, sirviendo de cirio con la lumbre de sus ojos. La divinidad permanece invisible, pero conozco su influjo en el respeto que me embarga : el pecho dilatado, el alma conmovida, el corazón armonioso, siéntome vibrar todo yo, como un instrumento pulsado por los ángeles. Y no me hallo solo; por las naves hay arrodilladas varias sombras : cerca de mí están dos de respetable porte : llégome, véolas : son Harmodio y Aristogitón. A poco andar encuentro á Bruto y Casio. Al pié del tabernáculo otra sombra se descubre de más respetable continente : parece el sacerdote del templo; una guirnalda de laurel cerca sus sienes, en su diestra oscila un incensario humeante, trae en los hombros el superhumeral sagrado : me acerco, miro, es

Catón : en el pecho tiene hincada una espada hasta la empuñadura : ¡su espada ! ¡su espada ! aquella con que se quitó la vida por no vivir esclavo. Caigo de rodillas y me estoy recogido ; y veo que me mira, y que al mirarme sonríe cariñoso. Permanecen las sombras en silencio ; mas sin saber de dónde, llega á mis oídos una música divina, cual si los serafines moviesen las esferas en cadencia, y el Altísimo les mandase dar voces celestiales.

El retintín de esa armonía me regala los oídos, aun después de haber salido de ese templo ; pues era preciso despertar, y salí de él. Empero nada he olvidado : veo la senda, se me acuerda el paraje. Vosotros que anheláis deleitaros en esa maravilla, venid conmigo : el que no ha rendido el cuello al yugo de la esclavitud, camina recto y firme ; el que no se ha consumido en la atmósfera pestilente de la corrupción, se siente vigoroso : seguidme.

La libertad que se gana sin sangre es más amable y pura. Nuestro escudo es la ley, nuestras armas la palabra y el patriótico diligenciar del ciudadano. Hay un campo de batalla donde no truena el cañón, donde el acero no arroja sus sanguíneos rayos : riñen en paz los combatientes, sus banderas flotan anchurosas dando sombra á todos los hijos de la patria. ¡Al sufragio ! ¡al sufragio, ciudadanos !

¿ Quién nos sirve de juez en ese patriótico torneo ? pues siendo una justa, juez debe haber y repartidor del campo que mantenga las reglas en su punto y no permita desafueros. Presidente, tú eres el llamado á ese encumbrado puesto : ejerce tus derechos, cumple tus deberes. Si te apeas de tu solio y tomas parte con uno de los bandos, renuncias tu categoría, y pierdes tu majestad : entonces ya no eres el primero de todos, sino uno de tantos, y puesto que acometes, puedes ser acometido. ¿ Entiendes las cosas de este modo ? En tí creímos, por tu justicia te elevamos : no has llenado nuestras esperanzas, has desquiciado nuestra

opinión : quejas tenemos de tí. Se ha profanado la mesa electoral con la presencia del soldado, la bayoneta ha resplandecido sobre la urna santa : ¿ no saben que esa urna contiene una divinidad ? la han violado, luego no son tan religiosos como se dejan ver en sus demás acciones. La mesa electoral es un altar ; éste no puede estar sino en lugar bendito : han sufrido que los mundanos la lleven á sus casas, luego son cómplices de un sacrilegio. ¿No saben que las religiones se dan la mano ? La religión divina ampara á la religión política ; hanlas separado, han dejado que la flaca vaya sin el apoyo de la fuerte, deshermanándolas impíamente : ¿ piensan que no es una violación ? El capitán sobre el soldado, el ministro sobre el capitán, el presidente sobre el ministro, la ley sobre el presidente : esta cadenciosa y justa coordinación ha sido trabucada, y el primero ha venido á ser el último. El ministro sobre el presidente, el capitán sobre el ministro, el soldado sobre la ley, y un desconocido sobre todos : ¡ qué vuelco tan miserable ! ¿No miras, presidente, cuántos derechos, cuántas leyes, cuántas regalías perecen en ese terremoto ? y tú que puedes y debes apoyarte á las columnas y evitar ese trastorno, te separas, huyes, te escondes y dejas que todo se venga abajo. ¿ Has perdido ó has ganado en la opinión de tus conciudadanos y del mundo con semejante proceder ?

¡ Ay de mí ! *mi Cincinato* me abandona.... ¿ Qué he de decir cuando me pregunten ¿ éste era tu Cincinato? ¿éste el que iba á poner las cosas en orden, dando fuerza á las leyes, razón á la fuerza, predominio á la razón? ¿éste aquél de quien dijiste tantas cosas seductoras ? Te creímos, te seguimos ; nos has perdido....

Tu obligación es no sólo no hacer mal, sino también impedir que lo hagan otros : si has permitido, has hecho ; y si has hecho, has hecho mal : el pueblo no tiene sino su

voto; si le quitas, ¿ qué le queda ? él te dió todo, y tú nada le dejas; ¿ es ésta la justicia ?

Lo venidero importa más que lo pasado; ya sabes que la penitencia limpia la culpa, y que el arrepentimiento es ya una buena obra : quizás no has perdido del todo nuestra estima, y no es difícil la vuelvas á conquistar acrisolada, como antes te la profesábamos : no basta que no nos aherrojes; preciso es también que contengas á los que en tu nombre usan y abusan de la fuerza : ciudadanos desarmados como somos, ya ves que la lucha sería desigual con gente apercibida : contenlos, reprímelos; ¿ podemos abrigar esta esperanza ? Dí que sí, dí que lo harás; cumple tu propósito y volvemos á quererte.

Buena índole, erguido carácter, costumbres acendradas bastan para ser hombre bueno; para ser buen gobernante, algo más se necesita : conocimiento de las cosas, ciencia de gobierno, rectitud política, conciencia pública : propensión al bien, voluntad de ejecutarlo : pulso fuerte y armonioso, independencia, energía, nobleza, cosas que en ninguna manera se oponen á la bondad. Las virtudes del hombre, algo difieren de las del ciudadano, y las de éste, no son idénticas á las del gobernante. ¿ Qué valiera la virtud del cenobita para regir estados ? Los santos suelen ser no tan buenos príncipes, si es que en ellos no se combinan maravillosamente las virtudes públicas y las privadas, como en Luis de Francia. Una narigadilla de altivez sazona la política en términos que deleita el paladar de las naciones; y el recto juicio junto con la firme voluntad son las facultades primordiales del magistrado que aspira á la estima de sus semejantes con nobles y grandes acciones. No se llaman acciones grandes solamente las que dan estampido en el mundo; grandes son también las pequeñas que se verifican cumpliendo un deber, obrando un acto de justicia, enjugando una lágrima á la patria, extendiendo la mano

á una víctima, tirando la rienda á un perverso, manteniendo, en fin, las cosas en su punto, y captándose la benevolencia general, con ese poco á poco del hombre de bien que adelanta imperturbable por la senda donde le tiene encarrilado la conciencia.

Presidente, hombre bueno sois, pero cuidad que no vengáis á ser buen hombre : el buen hombre no está en su lugar bajo del solio; el hombre bueno, donde está mejor es en un trono. Vuestra mansedumbre, vuestra modestia, aquella temperancia general que os baña pueden infundir cariño; pero si éste viene ingertado en la conmiseración, seréis buen hombre, y aun hombre bueno; buen presidente, no seréis. Podéis serlo todavía : ahora, la conciencia y el honor son lazos que os sujetan al alto sillón del mando : el que no hubieseis llenado nuestras esperanzas, no quiere decir que intentemos hostilizaros; al contrario, en este ahinco por aunar voluntades, quisiéramos que la vuestra sirviese de centro á este gran compuesto de ellas que está preponderando en la nación. Justicia é imparcialidad, pero no dichas sino verificadas, ésto es lo que pudiérais hacer por los pueblos que os honraron : ¡tiranizarlos sería crueldad; manifestarse indiferente, insensibilidad; abandonarlos, deshonra!

Y vosotros, pimpollos de esa selva caída de vejez; vosotros, que estáis sacando curiosos la cabeza á ver el mundo y saber lo que sucede; vosotros, tiernos ciudadanos aún no inficionados por el aliento ponzoñoso de la falsa política, ni envilecidos por el apocamiento que en los miserables causa la tiranía; vosotros, levantaos, prestad el oído, escuchad á vuestro amigo, al amigo del derecho, al amigo del progreso, al amigo de la majestad del hombre.

Contigo hablo, juventud; acude á mis banderas; mi campo es verde y extendido; la esperanza, en forma de

paloma, aletea sobre nuestras armas, y el triunfo, aunque invisible todavía, se pasea por nuestros reales infundiéndonos valor con su hálito divino. Vuestros padres, ¡ah! vuestros padres han caído bajo la cuchilla destructora, ó han perdido el brío y aun la honra uncidos al yugo de la infamia : no les imitéis, no sigáis sus huellas : que vuestra sangre hierva á otro fuego, que vuestra alma se encumbre en otras alas, que vuestra inteligencia conciba más y mejor donde la voluntad y el brazo ejecuten obras dignas de renombre. Mirad antes á vuestros primeros ascendientes, echad la vista al tiempo homérico de la independencia americana, y si sois hombres, sentiréis el corazón dar grandes movimientos en el pecho, y la cabeza se os abrasará en el sagrado fuego. Los Quirogas, los Morales, los Salinas ¿ quiénes fueron ? ¿ dónde vivieron ? ¿ cómo murieron ? Apóstoles de la libertad, profetas de la independencia, precursores de la civilización, sacrificados á esas grandes causas : ni deshonor les apocaba, ni indolencia les oscurecía, ni miedo les esclavizaba : pundonorosos, activos y valientes, desplegaron el pendón sagrado, y dando voces santas se fueron á la tumba, después de haber resplandecido en ejercicios de virtud y de grandeza. Y como su voz era alta, había llegado al cielo ; y como era elástica, se había extendido por América ; y como era profética, se cumplieron sus predicciones. *Prendieron el castillo;* ardió el castillo y voló con grandes llamas, y abrasó á la redonda á los enemigos del nuevo mundo, y los consumió como una paja. ¿Dónde están los monumentos que hemos alzado á la memoria de esos hombres ? ¿ cómo expresamos la gratitud que rebosa en nuestros pechos ? Hijos ingratos y desconocidos, fuera poco ; hijos bastardeados, hijos viles, hijos esclavos, ésto es lo que nos cuadra. Esa sangre preciosa se ha corrompido en nuestras venas, ese ardor celestial ha dejado nuestro cuerpo : ellos fueron grandes, y se

alzaron contra tiranos grandes; nosotros hemos gemido al arbitrio de ruines tiranuelos: ¡qué degeneración! ¡qué vergüenza! ¡qué desgracia! Ser los primeros en el vasto circuito de la América española en alzar la voz y el brazo contra la tiranía, fué verdaderamente mucho en ellos. Esta corona de los Andes, esta ciudad de las colinas, niña Roma, tiene la gloria de esa sublime iniciativa, y por mucha que sea su desgracia, nadie puede arrancarle esa joya de la frente. Después nada hemos hecho: todo ha sido opresión, tiranía, envilecimiento: aquellos patriotas venerables no han tenido descendencia, y nadie reconocería en nosotros los toques de su semblante heroico. Todo es evitar, todo esquivarse, todo esconderse: pues esto es provocar á los ambiciosos, y entregarse maniatados. Breguemos en paz, pero con ardor; no derramemos sangre, pero hagamos valer nuestro derecho; hablemos, reunámonos, elijamos: si nos ponen obstáculos, forcémoslos; si nos acometen, defendámonos: ¿acaso vamos á robar ni asesinar? El soldado tiene su bayoneta, arma impía cuando se le emplea contra la libertad del sufragio; el ciudadano debe tener su corazón, y si su vida ó su honra están en riesgo de perderse, debe tener armas: vencidos ó triunfantes, las desgracias que sucedan, irán por cuenta del Gobierno, ese padre descastado que casi siempre va contra sus hijos. Ante Dios la conciencia, ante la opinión la fama; ante los hombres la responsabilidad, hé aquí lo que ha de contemplar el presidente. Si es justo, nos dejará obrar, puesto que no nos desviemos de la justicia; si es imparcial, reprimirá á la gente armada; si es sabio y majestuoso, se espaciará en su solio, y con la ley en la mano, parecerá Minerva.

---

Estas quejas se refieren á las penúltimas elecciones: las que acaban de verificarse, han ofrecido espectáculos

repugnantes, hasta en país de turcos, no digamos entre cristianos republicanos. En Quito no ha sucedido gran cosa, sino es lo acostumbrado; ni había necesidad de mucho más, por cuanto del todo han prescindido los liberales, y han dejado, como dicen, rodar la bola. Si ésta ha sido impotencia, indolencia, ó magia negra, aún no me lo acaban de decir.

Lanzarote y Don Tristán,
Y el rey Artús y Galbán
Y otros muchos son presentes
De los que dicen las gentes
Que á sus aventuras van.

Y mis amigos ¿ dónde van ? Van también á sus aventuras pero no van á las elecciones.

La tiranía no ha sido tan blanda en otras partes, porque los liberales no han querido ser tan mágicos ni tan Galbanes como los de por acá. Pueblo ha habido ¡ quién lo pensara ! donde todos los notables han sido presos la víspera de la *semana republicana;* y no así como quiera, sino con grillos, y en cepos y bajo dobles cerrojos, después de haber visto rotas sus puertas, sus casas allanadas, ofendidos sus habitantes. Preguntada la causa de esas tropelías, un majagranzas de aquellos que por esos pueblos se llaman *autoridades*, ha respondido con toda la sabia política de un buen presidente: ¡ No me digan nada ! Yo soy Rosas de Buenos Aires. ¿ Es verdad, Señor Don Javier ? Vuexcelencia que no es Rosas de Buenos Aires, diga ¿qué providencias ha tomado contra esos interesantes gauchos que se tienen por competentes hasta para desterrar á Galápagos á los ciudadanos libres ? Los Torquemadas le dicen que ésos son las columnas y los apóstoles de la religión cristiana, y Vuexcelencia les cree á cegarritas : error.

Labrar la dicha de un pueblo debe de ser la mayor satisfacción de la vida : la correspondencia en el amor, la

gloria en el literato, el triunfo en el guerrero, nada llena más el pecho del hombre bien constituido moralmente, que ese gusto profundo, esa alegría del magistrado que se entrega al servicio público y acaba por ser la prenda de todos en consideración á sus virtudes. Si a pesar de *sus amigos* puede siquiera oponerse á la ruina de su patria, no se excuse Vuexcelencia, que no es pecado, ni hay infierno para los hombres de bien y superiores gobernantes.

La inocencia de éstos consiste en el ahinco por la prosperidad pública, en el sostenimiento de la moral de los pueblos, en la equitativa tolerancia con los ciudadanos cuando ejercen sus derechos, en la seguridad de lo futuro, en lo grandioso del presente, en mil cosas grandes y pequeñas que tienen satisfechos y contentos á los asociados, y por lo mismo, satisfechos y contentos á los que les gobiernan. ¿Estáis satisfechos y contentos, ciudadanos? Una voz colectiva é inmensa dice : ¡No ! ¿Estáis satisfechos y contentos, gobernantes ? Una vozuela apagada y miserable dice por ahí : ¡Sí ! Pero la vibrante y sonora, la que entraña la verdad y opera el convencimiento, dice : ¡No ! Y esa viene de Dios, amigos míos, porque cuando habla la conciencia, Dios habla ; y cuando se calla Dios, se calla la conciencia. Dios está queriendo callarse para vosotros : ¡temblad, católicos !

# EL NUEVO JUNIUS

## III

## Á DON GABRIEL GARCÍA MORENO

Todo el que entra á su casa por la tarde, sin haber hecho algún bien á sus semejantes, ha perdido el día. Esta máxima sublime de gobierno lleva á la gloria cuando se la verifica, y al paso que de un hombre forma un rey ilustre, un egregio presidente, forma también un santo. La caridad es la madre de las virtudes : la misericordia, de ella nace ; la bonancible lástima, de ella nace ; la benevolencia, de ella nace : y esta familia maravillosa habita un paraíso invisible situado en el centro del corazón : abrigar el paraíso en el corazón, es como si el que le abriga fuese una divinidad ; y por esto habrán dicho los filósofos, que el hombre está más cerca de ella mientras menos males obra, y se aleja tanto más de la divina esencia cuanto más perjudicial es en el mundo.

Cada cual gira en una órbita, y en su esfera, algo puede hacer por los demás : no hay grandeza ni pequeñez fuera de Dios : „ Sólo Dios es grande, hermanos míos ", decía

un gran sacerdote en presencia del cadáver de un gran monarca; y decía bien : en esas cuatro palabras queda perfectamente averiguada la naturaleza del Hacedor y de la criatura. Arruinar pueblos, cautivar naciones, matar gente, no es grandeza; infringir leyes, erguirse como gigante y sacudir una serpiente amenazando al universo, no es grandeza; destruir el templo santo de la República, en cuyos altares permanecen ley, justicia, libertad, no es grandeza. Sobre las ruinas de esa sacrosanta fábrica se quiere elevar un edificio tenebroso y horrible EL CADALSO. En esta obra se emplean cabezas de ciudadanos; el corazón y la sangre sirven de argamasa, y el alarife pasa su palustre, que es la cuchilla del verdugo. ¿ Dónde van las divinidades que habitan ese templo ? Ley, justicia, libertad ¿caísteis también junto con vuestros adoradores ? ¿ el hacha impía os derriba muertas en el suelo ? ¡ Los dioses se van, se van los dioses !

Había en Méjico un edificio público llamado *la casa del dolor :* negro por dentro y fuera, no recibía luz interiormente sino por los estrechos resquicios dejados para el aire necesario : era la casa la construcción más funesta que se puede imaginar, y en verdad parecía que la angustia la hubiera edificado. A ella se acogían los desgraciados, las viudas y los huérfanos de las víctimas del sanguinario príncipe, y sus lágrimas corrían invisibles en ese oscuro silencio. La casa del dolor es una sucursal indispensable del cadalso : el cadalso está trazado en nuestras plazas; delinlennos por allí cerca la casa del dolor. ¿ Adónde han de ir á llorar nuestras viudas ? ¿Adónde han de ir á quejarse nuestros hijos ? La casa del dolor es una sucursal indispensable del cadalso.

Padre, Hijo y Espíritu Santo es la trinidad que simboliza las potencias eternas creadoras y conservadoras del universo : Padre, Hijo y Espíritu Santo es el misterio

que mantiene absortos á los hombres, que se van por ley de la naturaleza en silenciosos raudales á perderse en la eternidad, habiendo atravesado el mundo como sombras : Padre, Hijo y Espíritu Santo proclama la religión cristiana, y embebida en este incomprensible arcano, se desenvuelve maravillosamente en la santa ignorancia de esos recónditos secretos. No puede haber Trinidad sin misterio ; y misterio que no abrigue un bien en sus entrañas, misterio es de Satanás. Padre, Hijo y Espíritu Santo, dice la ley del Cristo. Sumisión á la Santa Sede, el *Sílabus* y el cadalso, proclaman *los católicos* de estas oscuras y perdidas comarcas. Francia, tierra de la sabiduría ¿ oyes ? Sumisión á la Santa Sede, el Sílabus y el cadalso Gran Bretaña, tierra de la libertad, ¿ oyes ? Sumisión á la Santa Sede, el Sílabus y el cadalso. Estados Unidos de América, tierra de la sabiduría, la libertad y la clemencia, ¿ oís ? ¡ Sumisión á la Santa Sede, el Sílabus y el cadalso !

Y vosotros, pueblos hermanos y vecinos, pueblos libres, pueblos dignos, pueblos republicanos y demócratas, pueblos religiosos verdaderamente, ¿ habéis oido ? Sumisión á la Santa Sede, el Sílabus y el cadalso, nada más. Constitución, leyes patrias, seguridad personal, justicia, clemencia, progreso, todo cae y desaparece en las cóncavas profundidades de esa trinidad monstruosa. Y esta proclamación ha resonado en la cumbre de los Andes, al pié del venerable monte donde Sucre y los campeones de la independencia redimieron con su sangre el nuevo mundo.

Pichincha, montaña sagrada, ¿ cómo no te desplomas sobre nosotros y nos cubres para siempre, por bárbaros é impíos ? Los que oyen y sufren esas blasfemias son tan criminales como los que las profieren. Pichincha, montaña sagrada, tú que viste las huestes libertadoras caer desgranadas al fuego de los tiranos ; tú que las viste desflecharse sin miedo y clavar el pabellón bendito en las colinas que

circundan esta ciudad, virtuosa en otro tiempo; tú que oíste las voces inmortales de los heroicos capitanes que sellaban la libertad de un continente; ¿ llevas en paciencia ese horrible guirigay en que murmuran la tiranía y la esclavitud juntadas en infernal consorcio ? Míranos con tus centellas, háblanos con tus truenos, tiembla de cólera y ábrete en un abismo donde desaparezcamos para siempre esclavos y verdugos.

¿ Qué dirá la Santa Sede cuando se vea al lado del cadalso? He allí á San Pedro junto con los derramadores de sangre, á Pio IX armado de lanza bebedora de sangre. Jesucristo fué bueno, compasivo, santo : á nadie mató en el patíbulo ni de otro modo; no mató con su mano, ni mandó matar : — Pedro, ¿ qué haces ? dijo á su discípulo cuando éste dió una herida á un perverso, llevado de la justa indignación; y lo que el discípulo dañó, lo remedió el Maestro. La religión católica es común á todos los pueblos sudamericanos; si en algunos de ellos se *tolera* por la ley, la inclinación y la practica prevalecen, y todos se acogen á su gremio : ¿qué guerras de religión se han verificado en esta República ? ¿qué cisma se lleva adelante? ¿qué herejías se sostienen? Digan nuestros enemigos que van á matarnos, porque su comodidad está en nuestra muerte; ¡pero no digan que van á salvar la religión cristiana ! Ésta de suyo está salva, aun en el mundo, no digamos en este triste rincón, donde este puñado de hombres malos todos se parecen en vicios y preocupaciones.

¡Ay de mí ! si es necesario morir porque digo la verdad, aquí estoy : las amenazas no bastan, deben verificarse; ¿ acaso es amable la vida cuando se la vive tan odiosa ? odiosa es la que se lleva adelante en las tinieblas de la barbarie, respirando el hálito pestilente de la esclavitud, oyendo los alaridos de la corrupción. Hablar del bien, predicar la moral, clamar por la libertad, propagar la

ilustración, no á lo grande, sino como puedo, son crímenes que me deben castigar de muerte mis compatriotas, mis hermanos. Jesucristo también murió, y murió en la cruz, y fué azotado : ¿ qué maravilla que un triste mortal, una pobre criatura acabe en las garras de un tropel furioso ? A pesar de los malos, el Bueno se apiadará ; y en vez de precipitarme á los infiernos, me extenderá la mano, y yo, cogido de ella, subiré blanco y ligero, y sabré qué es immortalidad y gloria. Y como todo lo que hay inicuo en mi naturaleza se quedará en el mundo, y como lo que en ella hay avieso quedará cernido, no iré rencoroso á pedir venganza, sino humilde ante el Señor pediré por todos, amigos y enemigos. Ah, la muerte es la operación más sabia de la vida ; el sepulcro es la cátedra donde se enseña y se aprende á perdonar y olvidar, y el que rinde el aliento es ya otro diferente del que respira todavía.

García Moreno, Gabriel os llamáis : nombre dulce y puro, nombre de ángel, que suena armonioso en los labios de Dios cuando nombra á su predilecto : Gabriel, amigo mío, ¿ no eres mi hermano en Adan ? ¿ por qué quieres matarme ? ¿ por qué quieres matar á tantos hermanos tuyos ? Gabriel te llamas ; nombre dulce, nombre de ángel, que suena armonioso cuando el Señor nombra á su predilecto. El ángel Gabriel no mata ; el ángel Gabriel tiene la espada del Señor, espada que no derrama sangre ; el ángel Gabriel no levanta el cadalso y se pone á su lado simbolizando la muerte en forma de aterrante espectro. Apártate, ese lugar es malo ; toma otra forma adecuada para la simpatía y el amor : mira que el cariño santifica ; el odio corrompe las entrañas del odiado, porque obra como basilisco, y su influencia traspasa cuerpo y alma. Después de tantos años de dominación absoluta, con tantos medios para popularizarte, con tantos arbitrios y recursos para obrar la felicidad de tus semejantes, ¿ venimos

otra vez con que no hay más lugar para los hombres que el cadalso? Estas iglesias hundidas, estas torres fracasadas, estos palacios vacilantes, estas casas ruinosas ¿ no pedirían una mirada del gobernante filantrópico, del hombre caritativo? Si no os proponéis edificar sino esa monstruosa fábrica, decid que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo os han dejado de su mano, y que vais por la intrincada senda que lleva á la mansión del dolor eterno. Gabriel, nombre de ángel, nombre dulce y puro, que suena armonioso cuando Dios quiere llamar á su predilecto, ¿ por qué te llamas así? León se llama el león, paloma la paloma; ¿ por qué te llamas Gabriel? Tú no tienes en la diestra la espada del Señor; tú andas con lanza y edificas el cadalso. Gabriel, nombre dulce y puro, que suena armonioso cuando el Señor quiere llamar á su predilecto.

El programa es horrible, Señor García Moreno: Sumisión á la santa Sede, el Sílabus, y el cadalso. Voy á que Vd. se ha arrepentido vivamente de haberlo publicado, quizás en un instante de ira; y si no se ha arrepentido, ¿ dónde está su talento? ¿ dónde su ilustración? Poner la soberanía de un pueblo en manos de una nación extranjera; sujetar el aprendizaje de una vasta porción de asociados á un índice no seguido por ninguna nación culta; apoyar estos desafueros y afirmarlos con una máquina maldita, no es obrar como grande, como bueno. *Calumnias*, dice usted. Ciudadano, hermano, amigo, ¿ cómo os llamaré? ¿ ha salido hasta ahora de mis labios una falsedad? Digo lo que todos saben, alego lo que á todos consta: hechos son, positivos y palpitantes, no vanas acusaciones, inicuas conjeturas. Y no lo hago por mal, sino por bien, supuests, que la paz, la libertad, la concordia de los hombres no son males. ¿ Piensa usted que habláramos en estos términoo

si temiéramos ? Al fin la muerte viene á ser un regalo, amigo mío : tiene usted cuarteles á su disposición, peones obedientes, amigos disponibles ; y con todo, la verdad se sale por nuestros labios empapada en ese aromático fluido que embriaga á los hombres no del todo corrompidos. Nosotros también tenemos algo de nuestra parte : desde luego la justicia, campeón fuerte algunas veces ; en seguida la resolución ; después, la resignación ; y en medio de todo, la potencia oculta de la popularidad, que puede tomar formas de repente, y á manera de gigante levantarse y exclamar : ¡Aquí estoy ! Ah, Señor Don Gabriel, usted, por graves que sean los cargos que pesan sobre usted, es al fin hombre de representación : provóqueme usted, máteme usted, si Dios le ayuda ; pero no me suelte sus perros. Insolente no soy, como decís ; pues la verdad estampada en expresiones, no se llama insolencia. Las virtudes merecen todo el respeto del hombre de bien : cuando habla de los vicios, manifiesta indignación ; cuando recuerda las desgracias, lástima fluye de sus labios, undosa y clara, que aprovecha á los pacientes : cuando los crímenes le saltan á la vista, justo es que hierva en esa santa cólera con que el Señor mismo echó de su templo á los malvados. Decidme, ¿ aborrecemos las virtudes en vosotros ? decidme, ¿ detestáis los crímenes en nosotros ? Ni uno ni otro es verdad. ¡Ah, si nos pusiésemos al crisol de la filosofía, y bien hervidos y purificados, saliésemos resplandeciendo como el oro sin escoria ! No digo yo que todos nosotros seamos buenos ; al contrario, hay entre los de por acá hombres dignos de perteneceros ; pero no digáis tampoco que todos vuestros enemigos son criminales y perversos. De unión hemos hablado, transacción hemos propuesto, término medio hemos querido : os cerráis á la banda, y á nuestras fraternales invitaciones, contestáis, enfurecidos : ¡EL CADALSO ! El cadalso, amigos

míos, el cadalso.... Cuando esa maquinilla esté en servicio activo, ¿os tendréis por civilizados, por libres ciudadanos, por católicos, por felices y por grandes ? Ese procedimiento nada tiene de seductor : sale un hombre amarrado : una angustiada muchedumbre le rodea ; sube las gradas tembloroso ; le vendan los ojos ; el oficial alza la espada ; suenan ocho ó diez tiros ; la multitud lanza un quejido involuntario ; la víctima está echando los sesos revueltos en sangre ; doblan las campanas ; llega la noche y todo lo cubre con su negro manto. El cadalso, amigos míos, el cadalso ¡ qué religión, qué fraternidad, qué virtud, qué programa ! Jefferson Davis está vivo todavía, y va á ser perdonado : ¿ os crecís más sabios y republicanos que los Estados Unidos ? Los traidores, los *herejes, los enemigos del orden* perecerán dice *el programa;* y como enemigos del orden, herejes y traidores son todos los que no toman parte con el mal gobierno, resulta que más de media nación está condenada á muerte. Sacerdotes que firmáis esa sentencia, ministros de Jesucristo, ¿ nos negaréis también la absolución ? Firmad, negad : el día llegará, y el Juez os interrogará, y pálidos y trémulos no acertaréis á negar ni á disculparos, porque la luz eterna ahoga la mentira, y Dios fulgura deslumbrante, y la trompeta suena en la eternidad, y la sentencia va á consumarse por los siglos de los siglos.

Con Aguirre viene Urbina, repetís. Es inexacto, pero lo concedo : ¿ quién viene tras Borrero ? Á esto no hay quien responda, sino con el *Silabus y el cadalso.* Luego no nos teméis ; vuestro anhelo es el exterminio de vuestros semejantes. ¿Y por qué,amigos mios ? ¿ tan solamente por tener asegurada vuestra comodidad ? Horrible cosa es esto de alimentarse con las lágrimas ajenas : alimentarse con la sangre, ¿ qué será ? Reina una desigualdad monstruosa entre los dos partidos : el uno propone un hombre

manso y bonancible, no aspira á la ruina de sus enemigos, no tiene en su ánimo sino su vida propia y la vuelta á la libertad y la civilización; el otro con nada menos se contenta que con *el cadalso*. Según los devotos y honoríficos términos en que habláis de este fatídico aparato, no estáis lejos de entrarlo á la Iglesia y colocarlo en un altar: mirad, mirad á Dios.... se indigna y os rehusa la abominable ofrenda.

Convengámonos, Señores: hablemos y obremos como buenos: ceda vuestro caudillo, propóngase otro candidato por su parte, y vosotros por el vuestro, nosotros por el nuestro, lucharemos en paz, como gente y como amigos. Hagamos de manera que cualquiera que sea el triufante, no sucumba nadie. Proponed á Vicente Piedrahita, por ejemplo; no puede ser más vuestro: hombre de ingenio, conservador rematado, con dotes de gobernante, antiliberal y amigo de hacer demostraciones religiosas, que es todo lo que exigís. Proponed á ese *general ilustre* de que habla García Moreno; entre nosotros es de lo mejor. El no ha *rehusado* candidatura chica ni grande, yo lo sé: ¡proponedlo! Proponed á cualquier otro, y en blanda competencia sostendremos cada cual nuestro dictamen. Nada: ¡el cadalso, el cadalso! ¡Oh Dios, al fin te enojarás, y perecerán los malos: alúmbrales, sálvales!

---

Muy Señor mío:

Si la efervescencia de los ánimos, proveniente de causas transitorias, nos hace mirar como enemigos á los que no son nuestros auxiliares, no dejará de haber instantes de serenidad, en que el alma salga de ese envoltorio de humo, y se espacie pura y limpia en las regiones de la luz: ¡dichoso yo si cada día tomase un baño de sabíduria, y con el alma curada del odio, me fuera dable extender la mano al

hombre de bien como á mi hermano propio! Escuche usted algo que quiero decirle, y vea que no habla el enemigo, ni lengua viperina le lame el pecho, corroyéndole con sus humores ponzoñosos.

Si mis facultades fueran para decidir en el asunto, yo abriría los brazos á los que por *ese término* se expresan, y columbraría allá en el horizonte un iris ancho y dilatado. Ah, Señor, la esperanza es la comodidad del alma; y cuando la concordia une los corazones, los hombres son capaces del cielo y de la tierra, visto que la paz es el océano transparente por donde se navega viento en popa hacia la perfección y la felicidad de las humanas sociedades. También nosotros hablamos de este modo; pero como la fuerza del destino es incontrastable, el nuestro es bregar en la discordia y bebernos la sangre como fieras. Triste cosa, amigo mío; y tanto más triste cuanto más verdadera.

Todos convienen en la justedad de sus principios; sus ideas no parecen mal á todos. Pero se habla de vanagloria, de soberbia. El desprecio humilla, con esa humillación irritada y vengativa de las almas de marca menor: insulte usted á sus enemigos, pero no manifieste esa abrumadora desestima. Han llevado también muy á mal el que usted hubiese publicado las cartas de esos literatos colombianos, y sobre todo *un literato* que pretendía haberlas recibido de Caro y Cuervo riéndose del Cosmopolita.

Yo no dejo de reconocer alguna injusticia por acá: recibir con piedras á los que hablan de unidad; desflemarse contra los que tratan de principios tomando en la mano la sustancia de las cosas; insultar atrozmente á los que profesan la moderación, no es de gente cristiana y civilizada, y no veo yo por donde puedan ser sagradas esas personas. ¿No valiera más prevalecer por la decencia y la modestia, manifestarse superiores en virtudes y no en vicios? Así es; pero el partido no tiene vista, es un

ciego mal intencionado, que nada ve, y habla de belleza y fealdad; un sordo que nada oye, y contesta sin vacilar. El terreno de nuestra política no produce sino cardo y ortiga: arémosle, abonémosle, sembremos cosa de provecho.

De este modo pienso yo; los otros están muy irritados. No me parece imposible una provocación, y usted debe estar muy sobre sí para cualquier evento.

***

## CONTESTACIÓN

Muy Señor mío:

Tras ese inocente anónimo distingo al hombre de bien, y seducido por las ideas como por las afecciones, no puedo menos que dirigirle estas, si no bien concertadas cláusulas, bien sentidas expresiones. Ya habéis visto que mi anhelo no es inícuo, ni dervergonzadas mis maneras "El periodismo", "El libelismo" no merecían esta babaza con que han querido ensuciar *mi cedro del Líbano*, hollar *mi albahaca*, *desflorar mi naranjo*. ¿Qué he de hacer si á esas lecciones me contestan con venenosas escupidas? Yo pienso, amigo, que si la naturaleza me hubiera favorecido con más larga mano, ya no viviera: me habrían matado sin duda como á un monstruo. ¡Bendita sea la prudente parcitud con que me puso fuera del peligro!

Mal les ha parecido el que hubiese yo publicado las cartas de los literatos de Colombia, á pesar de su autorización. Desde luego, éste es un título que yo estimo; pero no las dí á luz por vanidad, sino por necesidad, como que fuera de cuatro hombres de entendimiento despabilado y recto corazón, todos me han tenido por loco, y el que me ha remitido la locura, no me ha perdonado la tontera. Conque si no publico esas cartas, vivo y muero idiota en

el Ecuador : ¡ pobre Ecuador ! Hasta ahora, ni una palabra de benevolencia ó animación de parte de mis conciudadanos ; antes les ha irritado el dictamen de extranjeros competentes que me sacan del hospicio. ¡Bendita sea la tierra donde nace un hombre justo ! ¡Desgraciado el suelo donde nada le recomienda á un hombre sino es la iniquidad y la insolencia !

Si yo fuera tan vano como dicen los malos, aunque no lo piensan, publicaría cartas de hombres ilustres ; pero como probablemente eso me acarriaría una muerte desastrada, ni mis amigos tienen noticia de ellas.

Un día entró el cartero á mi aposento, en Paris, y me entregó una carta. ¡Cuál no fué mi sorpresa cuando la ví firmada por Lamartine ! Un hombre que allí estaba, se abalanzó al papel al oír ese nombre, y juntos desciframos el sublime jeroglífico. Ese hombre está presente, y no es mi amigo : diga si miento. ¿ Quién ha sabido esta honrosa circunstancia ? ¿cuándo he hablado de ella ? Y yo no había dirigido carta ninguna á don Alfonso, para que me la contestara *por puro comedimiento, y por reirse de mí*, como dijo un sensato viajero ecuatoriano. Lamartine no dirige cartas á nadie para reirse de sus corresponsales, siendo como es el más bien intencionado y grave de los hombres. El que hubiese llegado á manos de ese poeta algún escrito, que me produjo la gloria de ver sus letras, no es culpa mía. Este es motivo de odio hacia mí para mis malos compatriotas, no para los buenos : los venideros no me tendrán por delincuente : la tumba es un crisol maravilloso : ella me purificará, y aunque no viva en el mundo, viviré en el cielo.

El que duda de mi palabra, pase luego á ésta su casa, y verá esos autógrafos : si soy terrible cuando debo, soy el más llano y comedido *fellow* con los que á ella se presentan, aun para matarme.

De los que vienen con este objeto, esperandoles estoy. Si el que me busque es igual ó superior á mí, hallará un adversario muy puesto en el punto del honor : *aquel resabio* de la barbarie, tan detestado por los cobardes, es sabiduría para la caprichosa, y acaso errada civilización moderna. Si pertenece á la canalla, si es perdido indigno, ó mentecato, vea cómo asesinarme. Y, sea jactancia, tontera ó desvanecimiento, digo y afirmo que el pueblo donde se asesinara al Cosmopolita, sería borrado del padrón de las naciones civilizadas.

Digo esto, porque como no todos son inicuos, los buenos me hacen bondadosas advertencias ; y no sería ésta temeraria manera de decir, cuando vemos que la seguridad individual es una ley derogada entre nosotros. Esos piquetes de caballería moscovita, esas guardias de honor de Dionisio que andan tempestuosas por las calles atropellando y estropeando á la gente, gritando *¡ mueras !* á la faz del sol y del Gobierno, advertidos nos tienen de que no hay más resguardo en esta tierra que la defensa personal. Si esos dan con un hombre, lo que hará éste será volar la tapa de los sesos al más insolente y más cercano ; en seguida le matan á él, y la acción va derecho á la balanza en que se han de pesar las de aquellos que han de responder por la seguridad de los ciudadanos puestos al amparo de las leyes. Yo he sabido que durante el despotismo de García Moreno, por ejemplo, se fusilaba, se tenía hombres sumergidos en las tinieblas de los calabozos, se azotaba ; pero no he sabido que la gente fuese hollada en la ciudad por torbellinos de caballos. ¡ Viva ! se puede gritar, amigos míos ; pero éste bárbaro y tenebroso *¡ muera !* no se oye al presente ni en las regiones infernales, porque hasta los diablos se civilizan. Tenemos en esta capital representantes de las naciones más civilizadas del mundo : Francia é Inglaterra nos están viendo por los ojos de sus ministros ;

Colombia y el Perú nos espían para compadecernos por de pronto y reírse después : cuando estos hombres oyen por las calles esos tropeles mitológicos, esos *¡ vivas !* cristianos, esos *¡ mueras !* católicos, apostólicos, romanos, mandan sin duda cerrar sus puertas y se están quedos en sus casas. Doctor Espinosa, ¿no se muere usted de pena, cuando recapacita en que en su tiempo estaban para suceder cosas no sucedidas ni durante la más cruda tiranía ? La tiranía tiene su mérito, y es que ella lo hace todo ; pero donde los demás obran de por sí, la anarquía sacude sus cien cabezas y grita insolente : — ¡ Yo soy ! Cuando contemplan las cosas á la luz de la razón, *esos pobres jóvenes* se ruborizan sin duda y quieren esconderse de sí mismos : y yo me alegro por ellos ; pues la vergüenza es una túnica limpísima que arropa al alma con esos pliegues vastos y pomposos con que se viste á los ángeles. Si un hombre tiene vergüenza, el honor, aunque ahilado y raquítico, conserva raíces en su corazón. ¡ Desgraciado del que ha perdido esa prenda de la hombría de bien y la dignidad humana ! Yo gusto mucho de unas mejillas donde la sangre tiene su flujo y reflujo ; esas avenidas purpurinas traen consigo al rostro las virtudes, y el colorado pasajero de una cara es título de recomendación para la estima. La palidez invariable es un color terrible : cuando Satanás deja de ser negro, es lívido : mejillas donde jamás raya la aurora, indican el caos en el alma del infortunado mortal que no siente esa santificadora y divina inquietud de la vergüenza. La vergüenza, en la mujer, es honra, pudicicia, modestia, recato ; en el hombre, es honradez, delicadeza, dignidad, majestad. Vergüenza, ¿ cómo te llamaré ? ¿ virtud, don del cielo, sensación honrosa ? Si tuvieras cuerpo, te colocaría en un altar y te tendría por madre ó hija de Dios.

Si el ponerse entre la calumnia y la inocencia no es también egotismo, ¡yo me pongo! Todo le es permitido á la anarquía; la tiranía embiste con los hombres y las cosas, y ese caos donde revolotean en pedazos las leyes, los derechos y las garantías de los ciudadanos, es el fin del mundo político. Pero mientras las buenas costumbres tienen siquiera el un pie en el hogar, no está perdido todo, y no es imposible que el sol rompa por la cerrazón de los negros horizontes. Pero si á la virgen se le llama cortesana; al hombre piadoso, impío; al de impoluta conciencia, defraudador é infame, ya no quedan sino lágrimas para los pocos hombres que han cerrado sus puertas á los delitos y los vicios. Mestanza, amigo mío, ¿te han llamado ladrón? Legislador, por el voto popular; senador de la República perpetuamente; rector de la Universidad, llamado á tan encumbrado puesto por la flor de tus compatriotas; maestro de la juventud, como que en la cátedra les explicas y enseñas las leyes, fundadas en la equidad y la conciencia del género humano; codificador, escogido entre tantos colegas tuyos, no sin duda por inclinado al mal y poco digno de confianza; jurisconsulto de marca mayor, buscado entre los mejores; presidente de sociedades donde el patriotismo, el pundonor y la inteligencia campean como reinas; á tí te llaman ladrón, cuando menos lo esperabas.

¿Qué robaste, amigo mío? El fruto de la misericordia; la caridad que los buenos hacían á los desgraciados; el óbolo bendito que de la mano del hermano compasivo pasaba á la del hambriento, esto es lo que robaste. El hombre de bien no se defiende de tan feroces absurdos, y la honra acrisolada, que trae sobre sí el timbre de la opinión pública, bien sellada está, para que la calumnia pueda horadar esa tersa y dura superficie.

Estas armas nos destruyen, esta guerra nos infama:

asáltennos en la calle, tiren los caballos ebrios sobre nosotros, dennos de puñaladas, pero no empiecen á llamar torpes á los puros, ladrones á los hombres de bien. Ayer leyó todo el mundo "El libelismo"; hoy salen á luz *esos libelos* : ¿ no valiera más callarse y buscar el silencio del sepulcro ? Las lecciones de moral se olvidan al instante ; ¡las quimeras, los libelos infamatorios se reimprimen ! ¿sería pecado en mí orar fervorosamente por un nuevo y más extenso terremoto? Tal vez Dios no necesita de mis ruegos : esperemos....

Hombres al fin, flaquezas hemos de tener : la pensión de la humana criatura es el error : defenderse con ahinco de una mínima tacha, me parece verdaderamente el colmo de la vanagloria, por cuanto la perfección es dote de la Divinidad : nosotros no aspiremos sino á ser lo menos malos que sea dable á nuestra infeliz naturaleza. Si no hemos cometido crímenes, saquemos el alma fuera y pongámosla pura y transparente á la vista de los que intenten mancillarla : ése es un hermoso cuadro donde entreparece vaga y profunda la imagen de Dios. Yo sé muy bien que Éste fué abofeteado, azotado, escarnecido, por los hombres ; pero Él subió al cielo satisfecho de sus acciones, y á la diestra del Padre resplandece circundado de gloria ; sus perseguidores, son todavía la lepra del género humano. La inocencia se corona de por sí ; la malicia se está quemando allá en el centro de un negro corazón : padecer y acercarse á la Divinidad nos importa más que hacer padecer y tener ya el un pie en el infierno.

JUAN MONTALVO.

# LIBRO IX

## DE ALGUNAS SOCIEDADES NOTABLES

No hablemos de aquellas que, con el nombre de *Academias*, derraman su luz por el universo : familias ilustres donde los varones esclarecidos por el ingenio y por la ciencia se unen con el lazo de la fraternidad, trabajan en el progreso del género humano, y son como los sacerdotes de la sabiduría. Esas congregaciones están marcadas con otro sello, son *oficiales*, en cierto modo, y su regazo no admite sino á los que han pasado por una larga preparación, bien así como los filósofos del Liceo habían de madurar su inteligencia en mudo aprendizaje, primero que romper la voz en la grandiosa escuela. El Instituto de Francia, las Academias de Londres, Berlín, Madrid, San Petersburgo y más capitales de Europa, son grandes *sociedades* autorizadas por el soberano, veneradas por el pueblo, focos de luz de donde se esparcen mil destellos luminosos. Allí no se va á aprender, se va á enseñar ; cada una de ellas es una congregación de maestros, cuyos discípulos son los habitantes de todo un vasto imperio. Los bienes que han hecho esas Academias son muy grandes, si el acabalamiento de la especie humana

por medio de las ciencias y la pulidez de la inteligencia, son bienes para los hombres.

Entre las sociedades propiamente dichas, no tengo noticia de otra cuyos fines sean más nobles y piadosos, que la fundada en Francia con el nombre de " Instituto de África ", y ramificada en todas las naciones cristianas de uno y otro continente. Su principal, su grande objeto es la abolición de la esclavitud por todo lo descubierto de la tierra. El tráfico de negros es el pecado mortal de los tiempos civilizados, la infamia del siglo XIX, el *morvo gálico* del alma. Todavía vendiendo y comprando carne humana ¿ es posible ? Lincoln acaba de abolir este abominable comercio en gran parte del mundo : ¡ ilustre, santo Lincoln ! preciosa sangre derramada por otra, aunque pequeña, no menos necesaria redención.

Un día, cuando llegó á nosotros la noticia del asesinato de ese patriarca americano, se me acuerda que habiendo permanecido caviloso una buena pieza, exclamé de súbito :

¡ Lincoln ! he ahí un hombre célebre. — Con la celebridad de los grandes criminales, contestó insolentemente una persona. Yo me quedé perdido en mudo asombro ; ni sabía lo que ese hombre quería decir, aunque claro expresó su pensamiento. Me retiré sin añadir palabra, porque ese impío era sacerdote, y no se le podía dar de bofetones.

Lincoln criminal.... Luego la esclavitud es cosa santa, luego la esclavitud es una ley de la naturaleza, luego la esclavitud es una buena institución política, luego la esclavitud es un precepto divino. Por dicha hay pocos que piensen de este modo, y lo que vemos es la libertad rompiendo afanosa en todas partes las cadenas de los negros. España, nuestra madre España no quiere oír todavía la voz de la civilización en esta parte, la voz del cristianismo, la voz de la Divinidad que allá en las recónditas inmensidades de lo infinito exclama : ¡ No esclavicéis

á los hombres! ¡desatadlos! ¡mirad que sois hermanos, y aun cuando no lo fueseis, la misericordia os manda compadeceros unos á otros! España tiene esclavos todavía. En Cuba, en Puerto Rico, en Filipinas, en todas sus colonias; en España, no los tiene: los españoles profesan el cristianismo y la civilización en Europa; en Asia, África y América, son bárbaros é idólatras. Lo que en el antiguo continente es salvaje y vergonzoso, ¿ será útil y plausible en el nuevo? Ninguna nación europea osaría al presente admitir la esclavitud; España mismo tendría por absurdo y antireligioso esclavizar á españoles: buena cosa le parece acarrear hombres de otros países, aherrojados como fieras, y venderlos en las ciudades americanas. Los tiempos en que en las plazas de Roma se feriaban ingleses desnudos, nos parecen feos tiempos: estos serenos y refulgentes días en que los españoles ferian americanos en sus colonias, son bellísimos, y presumidos de caritativos y de sabios, andamos alabándonos y congratulándonos de haber nacido en nuestro siglo. Pero ¡ ved que es horrible desafuero, tropelía digna de muerte, cruzar los mares á modo de piratas, tomar tierra á modo de huéspedes inofensivos, disfrutar de la hospitalidad del inocente bárbaro como hermanos suyos, y alzarse de improviso, maniatarle, echarle una cadena al cuello, arrancarle de su patria, su clima, su familia, y venderle entre cristianos, para enriquecerse con el precio de un hombre! Si el tigre, la pantera discurriesen ¿ obrarían de otro modo? El "Instituto de África" tiene por objeto la abolición del tráfico de negros: los hombres más notables de todas las naciones civilizadas son miembros y presidentes honorarios de esa sociedad, y el humilde viajero que habla tuvo la honra de recibir de su presidente la comisión de traer á América varios nombramientos, con instrucciones morales y caritativas.

Existe otra institución que ha derramado caridad á

manos llenas en el mundo : obra de un santo verdadero, no podía sino ser obra santa. El hambreado halla qué comer, el sediento qué beber, el desnudo qué vestir en las instituciones de esa congregación sublime, que ha ganado tierra hasta en las naciones bárbaras, puesto que estén iniciadas en el cristianismo. La ingeniosa manera de henchir las arcas bienhechoras, la pureza con que se las vacia, el celo con que los socios cumplen sus comisiones, todo es bueno, todo es digno de aplauso en esa gran sociedad. La niña ejercita sus blancos dedos, el artista su pincel, su lira el poeta, y todos concurren á una obra de misericordia, consolando á la viuda, educando al huérfano, favoreciendo á la indigente familia que ha perdido su apoyo en el padre ó el tutor. Esta venerable institución ha venido á ser instrumento de iniquidad en algunas impuras manos : de todo abusan los hombres : la política está escondida, la falsa, la mala política, bajo el bendito manto : ¿no veis esas uñas retorcidas, ese cabello cerdoso y erizado, esos colmillos puntiagudos, esa mirada zurda y agorera ? Todo eso no es de San Vicente ; es del mundano ambicioso. Si sois de veras buenos, ejercitad vuestras caritativas propensiones, sin coadyuvar á los planes de la vanagloria. Á nadie acuso ; digo solamente que esta maldad ha dado en verificarse en muchas partes ya : cuando vemos que de la religión se sirven para la tiranía y la impiedad, ¡ qué maravilla que de la caridad se sirvan para la ambición !

Entre las sociedades más benéficas se ha de contar la que tiene su asiento en París con el nombre de " Sociedad protectora de los animales ". Los hombres no haríamos gran cosa en favorecernos unos á otros, si del todo nos desentendiésemos del amparo que debemos á los demás entes de la creación, dotados de facultades sensitivas. En vista de la cruel arrogancia con que algunos de empedernidas entrañas manejan á los brutos, los que las tienen

delicadas y sensibles, se han reunido para escogitar los modos de protegerlos positivamente. Los varones más de chapa son miembros de aquella sociedad recomendable; recomendable, puesto que su fin es el alivio de seres dotados de tanta vida, y quizá de tanta sensibilidad como nosotros. ¿ Acaso porque los animales no componen poemas, ni labran estatuas, ni pintan cuadros, dejan de estar sujetos á las leyes generales de la naturaleza, en cuanto al dolor y al placer ? Proporcionarles un goce inocente, ahorrarles un mal, es pues consumar una obra pía. Los animales nos alimentan, nos transportan de un lugar á otro, nos cultivan los campos, nos cuidan la casa; natural, debido es que en retribución de tantos servicios les contemplemos siquiera lo necesario para no pasar por enemigos suyos. ¿ Quién no habrá visto en nuestros caminos al rústico acemilero lastimar desapiadadamente al asno que desfallecido se deja caer en tierra ? Abrúmale su carga; la beta, hincada en su piel, le estrecha por todas partes como un torniquete; sangre corre de sus lastimaduras; bregando sin buen éxito, allí se está por tierra, mientras el dueño le embiste con su monstruoso látigo y le tuesta los miembros más sensibles : su ira montaraz se estrella en la cara del pobre animalillo, el cual lo sufre todo con una resignación y una dulzura dignas de servir de ejemplo á los que se crían para santos : sus orejas caen lánguidas á un lado y otro : sus fauces, bañadas en sangre y lodo, se inflan apenas con escaso aliento; sus ojos límpidos y dulces están llenos de lágrimas, y nada dice la triste criatura, mientras el amo irracional redobla el injusto y bárbaro castigo, muchas veces hasta dejarle sin vida allí en el puesto. ¿ Y qué le hizo aquel buen animal para enfurecerle tanto ? Sobrio y nada exigente, se contenta con un puño de yerba; aseado y pulcro, de ninguna manera le incomoda; manso y humilde, jamás intenta ningún daño : compañero del pobre, todo lo toma

sobre sí en los caminos, y noches hay que lo pasa en flores, ó en un trillado rincón pela difícilmente la mezquina grama. Pues á este habitante del mundo, tan bueno, tan callado, tan discreto, tan humilde, tan inofensivo, tan parco, tan socorrido, le tira á matar el hombre cada día : ¡ qué bárbaro es el hombre !

Es también espectáculo muy común en nuestras calles, perros que se disparan arrastrando sus entrañas sangrientas, heridos como fueron por medida de policía ; otras veces se los mira agazapados por allí, aullando clamorosamente, lamiéndose la fresca herida, con un ¡ ay ! que toca en lo íntimo del pecho. ¡ Qué costumbres ! Cuando tengamos sociedades políticas, filosóficas, literarias : cuando las tengamos de misericordia entre los hombres, entonces tendremos " Sociedades protectoras de los animales ".

Es tal el flujo por asociarse en ciertos pueblos, que los hombres se buscan para hacer juntos aquello para cuya verificación debían huír unos de otros por pudor y vergüenza. No todo es excelente en aquellos centros de sabiduría que conocemos con los nombres de Londres y París ; al contrario, el infierno atiza allí sus fraguas principales, y es donde más operoso vive el enemigo malo : tiene altares la virtud, es cierto ; pero los crímenes y los vicios, formados en grandes escuadrones de vistosos plumajines, andan triunfantes muchas veces. Había ahora poco una " Sociedad de intemperantes " en París, con estatutos muy formales, y perfectamente organizada. El objeto de esta cofradía era la gula ; comer y beber fuera de lo natural, la obligación de esos divinos socios. Por manera que el que aspiraba á la honra de incorporarse en ese venerable consistorio, había de dar pruebas nada equívocas de glotonería y de embriaguez. Ya Cleopatra dió el ejemplo de esta elevación de alma en tiempos antiguos, con su sociedad de cocineros ; y los doce jabalíes diarios que se derribaban para la comida

de Antonio, autorizan la "Sociedad de intemperantes" de los tiempos modernos.

Virtudes, vicios, extravagancias, todo se ejercita en el mundo : unas veces con pomposos nombres la cosa nada vale ; otras con ridículos dictados, la esencia es de grande significación. En Florencia había una Academia dicha de los Húmedos, y sus más sobresalientes miembros llamábanse el Mojado, el Helado, el Turbio, el Lodoso, el Cisne, el Pato, &. En Génova reinaba la de los Dormidos : sus miembros se habrán llamado naturalmente el Lirón, el Topo, el Roncador, el Bienaventurado, &. La de Perusa se llamaba Academia de los Insensatos ; la de Siena, de los Pesados ; la de Nápoles, de los Furiosos ; la de Pisa, de los Extravagantes ; la de Róssano, de los Qué me importa ; la de Alejandría, de los Inmóviles ; la de Macerata, de los Encadenados ; la de Cittá del Castello, de los Absurdos. Y estos absurdos, encadenados, insensatos, inmóviles, qué me importas, extravagantes, furiosos, pesados, húmedos y dormidos eran gente estudiosa y benemérita que se reunían con propósitos nada húmedos ni absurdos.

Áddison, el Espectador de la Gran Bretaña, *tuvo el honor de pertenecer* á la "Sociedad de los Simples", la cual se componía de hombres pacíficos, que permanecían sentados uno al lado de otro, sin decir palabra, fumando hasta media noche, hora en que se alzaban pesadamente y se iban sin despedirse.

Yo aconsejaría á mis compatriotas fundar una gran "Sociedad de Simples", de Inmóviles, de Idiotas, primero que de *Mentirosos*, de *Húmedos* y de Cherlecreces que tanto abundan en nuestras ciudades. Ya que no podemos tener Institutos de Francia, ni sociedades libertadoras de esclavos, tengamos siquiera escuela de Bobería, menos mala que las de Iniquidad y de Locura.

# EL NUEVO JUNIUS

## IV

## Á LA CLASE MILITAR

El pueblo donde todos los ciudadanos fueran soldados, en requiriéndolo la patria, y los soldados ciudadanos, sería un gran pueblo. Esta separación tan absoluta de los miembros de la asociación civil, es uno de los errores, y por el mismo caso, de los males de la civilización moderna; y aun en las naciones cultas y de veras cristianas, no digamos en nuestros pobres aduares de la América Española, donde las cosas vienen de manera, que si por convención graciosa entre nosotros no fuéramos instruídos en la sabiduría y más católicos que el Papa, bien pudiéramos llamarnos moscovitas. Veis al clero abrazado con el clero tirar una línea entre el globo de la sociedad humana y él mismo, y tenerse por *clase*, de intereses, de conveniencias, de propósitos especiales y diferentes; veis á los militares poner de punta su espada, y no sufrir se les acerquen sus conciudadanos, teniéndose por extraños, y muchas veces por superiores á ellos. Un cuartel es un templo; á su alrededor se siembra cicuta, y prospera la planta mejor que en torno

al edificio de Minerva : el sacerdote permanece adusto en su altar de hierro ; su corona la tiene en los hombros, y son dos : coronas amarillas y resplandecientes ; la casulla le empaqueta hasta el cuello y le comunica ese talante seco y amenazador con que infunde desconfianza á todos, y miedo á los cortos de ánimo : el cíngulo viene colgante y sonoro, tiene alma de acero, fila é irritada ; de ella se desprenden sanguinolentos visos que pueblan el aire de horribles figurillas que se enredan en infernal combate. El copón es la caja ; ella guarda en sus crueles entrañas las formas de su Cristo, que es la muerte. Y esa caja no se abre una sola vez, como la de Pandora ; se abre siempre, se abre cada día, y de su seno salen en estrepitosas bandas los males de los hombres.

El soldado es el guardián de la patria y de la ley : con la espada al hombro, cuadrado en grandiosa postura, permanece en la puerta del templo de la libertad : cuando las bombas enemigas revientan á sus pies, hace un ademán intrépido, y exclama : ¡Viva la patria! El soldado es un ciudadano armado : los eclesiásticos, los civiles le delegan sus fuerzas, y confían en su valor ; las mujeres, los niños se amparan tras su fornido y elegante cuerpo, y saben que no morirán ni perderán la honra sino cuando caiga esa muralla. El soldado es el brazo de la nación : cuando ésta corre peligro, lo estira, lo levanta, y de la hoja que empuña vuelan por el aire reflejos deslumbrantes. El soldado es el escudo de la nación : la ciñe, la acoraza, es loriga de bruñido acero por cuyas láminas resbalan las armas enemigas. El soldado es la fuerza de la ley : alza la cabeza, pone su imperioso entrecejo, y sin menear la espada, aterra al desobediente. El soldado es el amigo del pueblo : custodio fiel, hace sombra á las artes, la industria se desenvuelve segura, la reja surca la tierra y

el grano germina y sale fuera en gorda espiga. Un ejército de hombres libres é ilustrados, presta más á la honra y la seguridad de la nación, que á la China sus murallas : el tártaro feroz atraviesa al galope sus fríos desiertos, y no hay parapetos que resistan á la impetuosidad de su caballo y su templada lanza : las paredes nada pueden contra la conquista : soldado para el soldado, ejército para el ejército. El militar libre é ilustrado es el personaje más simpático y estimable : en su pecho el honor, en su corazón el valor, en su brazo la fuerza, henchido de nobles afecciones camina excelso en defensa de la patria, y su sangre derramada en el campo de batalla, confundida con las lágrimas de las vírgenes que lloran en el hogar, componen ese abono que fecundiza el porvenir.

¡Soldado! ¡soldado! tus ojos arden en el fuego de la guerra, tus cejas se encorvan y amenazan al agresor injusto, tu espada resuena con ese ruído bélico que enardece al animoso : mira, tú eres ciudadano, y nadie debe estar más lejos de la servitud que el militar que todo lo trae consigo, honor, valor y dignidad. ¡Soldado! ¡soldado! el acero que empuñas es bendito, supuesto que en la mano te lo ponen las leyes, y no es cosa de grandes corazones ni de espíritus refulgentes convertirlo en cuchilla de verdugo. Esa hoja esplendorosa, esa empuñadura de oro, ese talabarte que te ciñe la cintura no son insignias de ejecutor infame : si obedeces la ley, cumples con tu deber ; si obedeces á la tiranía, faltas á tu obligación. La obediencia ciega toca al esclavo : el militar no es esclavo, es hombre libre, y de lo mejor. La obediencia ciega es propiedad mecánica ; la máquina obedece ciegamente : el militar no es máquina ; es hombre libre, y de lo mejor. Si el tirano le hubiera instituído, si fuera obra y efecto de la tiranía, pudiera cerrar los ojos y seguirle hasta el abismo hiriendo y matando en sus semejantes ; pero si su existencia, sus títulos, su fuerza están en la

soberanía, en la nación, no veo yo por donde pueda ser buen hijo de la patria, si falta á todos sus deberes.

¡Soldado! ¡soldado! abre los ojos y mira, escucha puesto el oído. Si eres hombre, tienes razón y voluntad; si tienes razón, discurres y distingues lo bueno de lo malo: si distingues lo bueno de lo malo, quédate á lo primero, supuesto que no eres verdugo, sino personaje ilustre. Cuando te dicen: ¡Mata! no mates, si no es en la refriega, ó cuando la justicia te señala la víctima con su imperioso dedo. Cuando te dicen: —Alzate, derriba el poder legítimo, degüella á tus iguales; no te alces, ni derribes ni degüelles, porque la parte del soldado no es la del forajido, sino la del hombre pundonoroso y valiente. Cuando te dicen: — Oprime al pueblo, frustra sus derechos, prepondera por la violencia sobre la mayoría; no oprimas, ni frustres cosas legítimas ni degüelles inocentes, porque el soldado es protección del indefenso, ejecución de leyes, timbre de la patria, cuando su tizona se mueve como la del Cid, y triunfante en la batalla, la estira por el suelo ante los códigos. En la obediencia ciega se encierra el despotismo; los oficiales del despotismo no son ciudadanos; el verdugo tiene víctimas, no semejantes. Vosotros los valientes, no hagáis oficios de cobardes; vosotros los de fieras almas, no os humilléis como ruines; vosotros los gloriosos, no busquéis la oscuridad del crimen.

¡Soldado! ¡soldado! á tu profesión no se oponen la filosofía, la ciencia ni la virtud: Sócrates fué soldado: en Mantinea peleó en junta de Alcibíades, y le salvó la vida: en el campo de batalla resplandeció cual Marte; después, obró como Minerva. ¡Soldado! ¡soldado! resplandece, obra como esos dioses. Yo que te hablo, mira, no tengo espada, pero no me falta corazón, y con mi pluma me voy para adentro el tuyo, si lo tienes sensible y grande. ¿Me matarás porque digo que Sócrates fué soldado? ¿me matarás porque

digo que el soldado es el personaje más simpático y brillante? ¿me matarás porque quiero que la espada sea un instrumento sacrosanto? Si me matas, matas á la razón; si me matas, matas á la justicia; si me matas, matas al honor: honor, razón y justicia pueden muy bien tocar á la espada tanto como á la pluma: la pluma y la espada son hermanas en los pueblos libres y cultos: Palas y Minerva son la misma diosa en la sagrada Atenas. ¡Soldado! ¡soldado!

Un rey perverso quiere sangre; harto de ella, quiere sangre todavía: la capital de su imperio está inundada, las iglesias rebosan en sangre, y por las calles yacen millares de cuerpos muertos, caídos todos al propio instante bajo el puñal del asesino. Los soldados lo han hecho, porque el rey se lo mandó: y esos hombres eran hermanos de las víctimas, vivían en las mismas casas, componían las mismas ciudades, amigos eran y parientes. Pero el demonio se le llegó al oído á una mujer, y dijo: ¡Extermina! Esa mujer se le llegó al oído al rey, y dijo: ¡Extermina! El rey tomó al verdugo, y le dijo al oído: ¡Extermina! Y el puñal rugió en infinitas manos y casi media nación cayó herida por la espalda. Los soldados lo han hecho, porque el rey se lo mandó. Satanás está triunfante y tiene baile en el infierno; pero la religión, á cuyo nombre se ha consumado ese horrendo crimen, se estremece, y da una voz angustiada que va conmoviendo el mundo. Iglesia, santa Iglesia, madre casta, madre pura, madre tierna, tú no lo mandaste; tú lloraste ese extravío, y esa monstruosa carnicería es una de las llagas incurables de tu pecho. Iglesia, santa Iglesia, madre casta, madre pura, madre tierna, tú no lo mandaste; tú lloraste ese extravío, y ese infernal degüello es una de las pesadillas de tu sueño. El demonio inspiró al tirano, el tirano mandó al verdugo,

y verdugos y tiranos consumaron la obra. Los soldados lo han hecho, porque el rey se lo mandó : ¿eran soldados ó verdugos ?

El soldado es el apóstol de la libertad, el guardián de la ley, persona ilustre que ennobleee la patria y la defiende. El soldado verdadero, el gran soldado es aquel sublime conde Dorte, que alza la frente y no obedece orden injusta ; que abriga en su pecho un grande corazón, y no toma parte con el crimen ; que vive señoreado por los más nobles afectos, y prefiere la muerte á una villana crueldad, á una torpe disposición de un frenético monarca : " Degollad el mismo día á todos los hugonotes de Tolosa. — *Carlos.* "

El soldado valiente, el ciudadano ilustre no degüella, y contesta al tirano : " He hallado en el ejército muchos hombres de bien y soldados valerosos ; verdugos, ni uno solo. Suplico á vuestra majestad emplee nuestros brazos en cosa más hacedera. "

Cuando en nuestros cuarteles hallemos muchos hombres de bien y soldados valerosos, y ni un solo verdugo, diremos que tenemos ejército, y que los militares son los custodios de la ley, la gloria de la patria. Pero si un hombre les dice : ¡ Matad ! y matan ; si un hombre les dice : ¡Conspirad ! y conspiran, cuando la justicia y el honor les prohibe conspirar y matar, los generales y coroneles no podrán dar al tirano la contestación del conde Dorte.

Oye, tú eres joven : la satisfacción de tu alma sale fuera y se espacia en tu rostro, mientras el erizado labio se levanta en bélica sonrisa. Tu pecho es un firmamento tachonado de estrellas ; si en la guerra las ganaste, en buenhora ; esas estrellas relumbran con no robada luz. Tus hombros están pomposos, altos, sobresaliendo con la esponjada charretera : ese espiral poético se te descuelga al brazo y ondea cual rizada cabellera de hechicera niña :

si en la guerra los ganaste, en buenhora; tus cañutillos brillan con no robada luz. Por la espalda se te cruzan cordones retorcidos, grandiosas borlas te embellecen; el cinturón te comunica esa marcial postura que te recomienda ante las bellas: si en la guerra los ganaste, en buenhora; adornos son que por merecidos sientan bien á los valientes. Pero si toda aquella argentería proviene de haber obedecido ciegamente á un hombre, errado vas, si piensas que eres ilustre ni estimable. Valor sin dignidad, es un defecto: del valor indigno puede aprovecharse cualquiera para un crimen ó una infamia: el que halla su gusto en obedecer sin discernimiento, no es para mandar: el que sienta hervir en su seno la ambición, la ambición regia, la ambición de la preponderancia legítima, piense y obre como el Gobernador de Tolosa. La recompensa de la patria vale más que la paga del tirano; la estima universal es preferible al sanguinario afecto de un corazón bravío. ¡Soldado! ¡soldado! Sócrates peleó en Mantinea junto con Alcibíades y le salvó la vida. Puedes ser sabio sin dejar de ser valiente, cuerdo al mismo tiempo que arrojado, piadoso junto con enérgico. ¿Por qué piensas que todo el que no arrastra sable es tu enemigo? Del pueblo sales, al pueblo perteneces; tú y el pueblo formáis el pueblo: no le oprimas, no le hostilices, no le impidas el ejercicio de sus derechos, ni te prepares á conspirar cuando él puede triunfar. Si el pueblo pierde, tú pierdes; si el pueblo sucumbe, tú sucumbes, dado que tú y el pueblo componen la nación. Cuando el tirano triunfa, no triunfan sino él y el verdugo: soldado honesto, soldado libre, soldado digno, tú no eres verdugo.

Un hombre de por ahí toma un anciano envejecido en el campo de batalla, condecorado por el Libertador de un continente, general de ejército, benemérito de la patria, y manda se le den azotes: los comilitones de ese capitán profanan las canas venerables, violan el pudor

del vestido, echan por tierra á su general, y le dan los azotes : ¿ quién fué el azotado ? ¿ el general ó su corporación ? Si un hombre azota un arzobispo, el clero es el azotado ; si azota un general, la milicia es la azotada ; ¿ y qué razón sufre que el clero y la milicia adoren al azotador y le ofrezcan de rodillas triunfar sobre sus enemigos ? Los cristianos no adoran á Pilatos que mandó azotar á Jesucristo. La víctima fué un negro, dicen : pero ¿ se azotaba acaso la negrura ? el general, el hombre, el género humano padecía. Cuartel donde se azotan generales, ¿ podrá llamarse templo del honor ? soldados que azotan á sus caudillos, ¿ serán sus compañeros de armas ? Julio César, Napoleón, Simón Bolívar fueron generales : si estos capitanes hubieran caído en manos de un *abogado*, hubieran sido desnudados ,azotados, infamados por sus comilitones. Cuando la víctima sea uno de vosotros, los negros dirán : la víctima fué un blanco. ¿Disminuye por esto la atrocidad de la acción ? ¿ la infamia viene á ser timbre para la clase militar, porque la víctima fué más ó menos rozagante ? Soldado fué, general fué, y además hombre de bien y viejo, en cuyo favor hablaban las cicatrices de la santa guerra y esas bordaduras ganadas en Colombia. ¿ Éste es el orgullo de vuestra clase ? ¿ éste el valor del soldado ? ¿éste el pundonor y la soberbia del valiente ? Julio César, Napoleón, Simón Bolívar no azotaron á sus ilustres compañeros por orden de un oscuro Melvius. Si no mandaban, aspiraban á mandar : su diestra empuña la espada, y no el plebeyo rejo ; capitanes son, no ejecutores indignos. ¡ Soldado ! ¡ soldado !

Honor, valor, importancia no están á disposición de cualquiera : militares valientes, oficiales pundonorosos, hombres libres, ¿ sufrís que una persona particular disponga de vosotros como de sus esclavos, como de sus animales ? Si no es electo presidente, lo será por medio de las armas :

es decir que cuenta con vosotros para todo. ¿Es justo, honesto, digno de una clase tan principal y honrosa, que salga un hombre de una escribanía, alce el brazo y os ordene degollar al pueblo? Bien sabéis que la ley es la expresión de la voluntad general: si por la voluntad general sale de la urna santa otro ciudadano, este ciudadano será el presidente de la ley: ¿con qué derecho, con qué razón volcar de una estocada y echar por tierra la voluntad común, para que reine la de un solo habitante, sin ningún título para el mando perpetuo? El hombre de bien es buen ciudadano en cualquier gobierno, el capitán pundonoroso sirve de columna á cualquier estado, el militar valiente halla cabida en el antiguo como en el nuevo orden de cosas.

¡Soldado! nada os pedimos, sino la equidad; nada os aconsejamos, sino el honor; nada os suplicamos, sino la adhesión á la patria y la protección á la libertad. El que un hombre cuente con vosotros para un fin siniestro, no quiere decir que estéis prontos á obedecerle. La estima general, la gratitud de la nación, y sobre todo lo satisfecho de vuestra conciencia, son títulos y riquezas más apreciables á vuestros ojos y á los de vuestros semejantes. La tiranía siempre cae, y los que caen con la tiranía, caen infamados; ¿por qué queréis caer con ella?

No lo queréis, no caeréis: si hay en el ejército generales, coroneles, oficiales y soldados buenos para esclavos y verdugos, no lo sé, ó no lo quiero decir; pero si sé que entre tantos jefes de renombre, entre tantos jóvenes de clara sangre, dilatado corazón y despabilado entendimiento habrá muchos que tengan que ver con la honra, y empleen su brazo en defensa y no en ruina de la patria. Militares, no soy vuestro enemigo: en una gran nación, habría sido yo soldado: me gusta el ruido de las armas, y el caballo jamás es tan simpático para mí como cuando relincha

imitando el clarín guerrero. Darío fué rey á causa de su caballo : cuando relincha el mío, me tengo por emperador. ! Soldados ! la pluma se os extiende ; á ver acá esa espada : manos que se estrechan no se matan. ¡ Viva la patria !

# VISITAS DE UN DESCONOCIDO

El palacio arzobispal está desierto: allí no hay pompa ni alegría; la humildad de Jesucristo brilla en ese silencio, esa modestia de la mansión sagrada. Un hombre atraviesa con lento paso un largo corredor, alumbrado á media luz; llama á una puerta.... Ni ujieres, ni lacayos: la soberbia del mundo no habla con la virtud: el resplandor de la cruz no alumbra sino los corazones. El desconocido entró: ¡Hijo mío, hijo querido! exclama el habitante de esa casa, y le estrecha en su seno reiteradas veces. Es un sacerdote, un alto sacerdote, grande por la dignidad, pequeño por la humildad, pues sabe que su Maestro, siendo el primero, era el último de todos. ¡Hijo mío, hijo querido! y vuelve á estrecharle contra el pecho santificado por la imagen de Cristo.

— Aquí estoy, señor, dice el desconocido, y se sienta al lado del sacerdote.

— ¿Sabéis que os acusan de impiedad?

— Lo sé, Prelado; ¿y en qué se funda tan temeraria imputación?

— Habéis, afirman, sentado una proposición herética en uno de vuestros libros.

— No la he sentado. Todo lo que sea obrar contra el bien, es del todo ajeno de mis intenciones.

— No lo dudo. Por bien de paz, y en obsequio de la amistad que os profeso, quiero que os averigüéis con el público, y expliquéis vuestros pensamientos del modo que convenga á la concordia que debe reinar entre los que profesamos adorar al mismo Dios, y someternos á la Iglesia. ¿Refutáis el Sílabus ?

— Ni he tratado esa materia, ni me tengo por autorizado para decidir en tan graves cosas. Su Señoría se sirva fijar el punto acerca del cual debo explicarme.

— Yo no pienso que habéis errado de intención : el clero manifiesta algún recelo, la política se aprovecha tal vez de una inadvertencia de vuestra parte, la ignorancia murmura maliciosa. Conviene poner las cosas en claro, y vistas á toda luz, imponer un silencio saludable. Habéis, dicen, negado la sumisión á la Santa Sede.

— ¡Guárdeme Dios! ¿Lo cree Su Señoría ?

— No lo creo. Pero la proposición, como la habéis sentado en vuestro libro, no deja de aguijonear la conciencia. No es posible, decís, que una nación independiente entregue su soberanía á un poder extranjero ; y se habla de Roma.

— Lo dije, Señor, y lo repito : lejos de proponer una herejía, digo una cosa muy cristiana. Cuando hablo de soberanía, lo entiendo en lo civil, en lo político : la soberanía de un pueblo consiste en su independencia y en su facultad de darse leyes, y gobernarse con entera separación de otras naciones. Lo eclesiástico no entra en la soberanía de un pueblo, visto que es convenio general entre cristianos vivir unidos en la Iglesia. Conque, si afirmo que es indigno de una República el prometer esclavitud á otra potencia, ¿he sentado una impiedad ? Ni de teología se trata, ni discutimos acerca de asuntos religiosos, ni la disciplina eclesiástica nos ocupa. Nada tiene que ver la ambición de un hombre, el ahinco de un partido con el *Sílabus.*

¿ Cómo viene ese hombre á alegar el Sílabus por uno de sus títulos al despotismo ? Yo no he hecho sino poner de manifiesto la mala fe, y lo absurdo de un programa político donde impíamente se hermana lo bueno con lo malo, lo cierto con lo mentido. " Sometimiento á la Sede Romana ", dice el ambicioso : ¿ habla como teólogo ó como político? Si de presidencia se trata, no cabe teología ; y todos los católicos sabemos que en cuanto cristianos, estamos sometidos á la Santa Sede. En el procinto de una batalla el general arenga á su ejército, y entre las cosas que le promete para infundir valor, es una de las principales : Sometimiento á la Sede Romana. Los soldados que se sonríen de ese catolicismo, no son impíos, ni vierten heréticas proposiciones. La política, la guerra, los cánones, cada cual en su lugar. Si un doctor aspira á regir la Universidad, ¿irá á ofrecer por medio de seducción, sometimiento á la curia romana ? Si los electores y el pretendiente son católicos, ese es punto sabido y convenido, y no hay para qué ofrecerlo como invención flamante. Ya sabemos todos que somos hijos de Dios, hermanos en religión, unos en la Iglesia : ningún favor nos hace el que nos promete tal y cual sometimiento, ni es hereje el que tiene sabido á qué debe someterse y á qué no debe someterse : á los preceptos divinos, á las decisiones de la Iglesia autorizada, á las leyes, nos sometemos : al despotismo, á la esclavitud, á la tiranía vestidas de santos padres, no nos sometemos. Si por esto somos rebeldes, venga el infierno.

— ¡ Calla, jóven ! No hay infierno para la verdad : habláis como bueno y gusto de tus ideas. Entra conmigo á la casa de Dios : mira, esa luz baja del cielo ; ¿no ves revolotear vagos y armoniosos por este recinto esas resplandecientes figurillas ? Son los ángeles que nos rodean : la verdad les atrae, la sinceridad les pone visibles á los ojos de los mortales. Bien creo que la política y la religión son cosas

muy separadas : cuando se habla de *soberanía*, se habla á lo civil, y de ningún modo á lo eclesiástico. *Soberanía* has dicho, luego no querías sustraerte á la obediencia debida á nuestra santa madre Iglesia.

— De ninguna manera, mi venerable amigo. Yo discurría á lo mundano, Su Santidad decide en lo que le concierne; pero no le conciernen los asuntos temporales de otras naciones : la *soberanía* es asunto puramente temporal, luego no me rebelo contra sus decisiones.

— *Soberanía* dijiste, y esto basta. Añade también que has hablado de un *poder extranjero :* la Iglesia es una en todo el orbe, luego no hablaste de ella ; ¿ no te parece ?

— Halládolo habéis : la Iglesia es una : Roma, Francia, Portugal, todas son unas en la Iglesia : la de acá no es extranjera á la de allá ; las naciones católicas todas son la misma ; si pues hablé de *un poder extranjero*, no hablé de la Iglesia, sino de un gobierno temporal, tan independiente, tan completo, tan libre como el nuestro, por diminuto que sea. Roma, la Iglesia de Roma ¿es extranjera á la iglesia ecuatoriana ? De ningún modo. Luego si se habla de *un poder extranjero*, no se habla de la Iglesia.

— Esto ya lo habíamos visto por acá. Pero como la delicadeza del clero es grande, y la política tiene la oreja parada, conviene ser por todo extremo cauto. Yo ardo en la fe de mi Dios; la inviolabilidad de los derechos eclesiásticos es mi constante anhelo; soy obediente ciego á nuestro Padre Santo, como que su autoridad es infalible; y con todo, la política, esta habladora y entremetida dueña, me ha regalado ya con el honorífico dictado de *rojo*. ¿Y por qué ? Porque no quiero ser uno de sus operarios; porque la gravedad de mi profesión me impide tomar parte en estas luchas depresivas para los combatientes; porque mi carácter de sacerdote no se presta á la malevolencia, y acaso á la crueldad que suele desenvolverse en las

reyertas mundanas. Habréis echado de ver cierta circunspección en el clero, contra su costumbre, quizás desde que ha visto el ánimo de su prelado.

— Esto de *rojo*, Señor, es el absurdo en boga : preguntad á estos egoístas *católicos* si entienden ese término, y no hay quién os lo explique. " Empeñados están estos pícaros en ser católicos ellos también ", decía un cristianísimo conservador ; " no les hemos de consentir ". De suerte que tendrían mucho gusto *los romanos* en que de veras fuésemos *herejes*, para deleitarse en quemarnos y aventar nuestras cenizas por el aire. Hay en cierto lugar un viejo buen cristiano, que me echa sus miradas centellantes de ira cuando me ve entrar á la iglesia : le parece que violo su propiedad, y que de ese paso he de sacar algo que á él y su partido debía tocarles.

— ¡ Jesús misericordioso ! " ¡ Qué simpático ha sido el arzobispo ; pero *rojo*, lástima ! " exclamó una buena mujer al verme en uno de los pueblos de mi visita. Convenir debemos en que el *rojismo* consiste en el cumplimiento de de los deberes sacerdotales en el sacerdote, deberes de superior en el diocesano, deberes de hombre humilde y extraño al ruido del mundo en el hijo de Cristo. Sirvo á mi Dios, venero á la Santa Iglesia, obedezco á su representante : no soy rojo.

— ¿ Sabéis, prelado, que gusto de que se os adorne con ese caficalitivo ? si junto con vos, Su Santidad y San Pedro somos rojos, ésto es lo que nos conviene.

— ¡ Qué muchacho !.... Dejemos esto y dime si defenderás el Sílabus.

— Tajadme la pluma de Bossuet, y tomo la empresa á mi cargo.

— Pero, á lo menos ¿ te abstendrás de argüir en esas materias ?

— Aún no nace Voltaire en América ; transformado de

ave Fénix, anda por los oasis de la Arabia feliz : vedle con la mirra en el pico volando hacia el templo del sol á quemar los restos de su padre.

— De Voltaire hablas más poéticamente de lo que yo quisiera.... Mire lo que dice, Señor Marón.

— No hay cuidado, Ilustrísimo. El ave Fénix es una fábula ; mi ánimo ha sido daros a entender que ella no volará por el nuevo mundo, ni tendremos incrédulos en este paraíso que habitamos.

— ¡ Cosmopolita ! con cuanta razón te quiero....

Su Señoría abre con dos golpecitos su caja de carey taraceada con plata, y me ofrece una narigada. — ¿Sabes, añade, que estoy contento ?

— ¡ Qué buena nueva, Ilustrísimo !

— Su Santidad aprueba mi *rojismo :* vas á verlo.

Toma luego de un precioso armario una carta, se quita el bonete religiosamente, y me la pone en las manos.

El arzobispo le había dado cuenta de su conducta, pidiéndole consejo acerca de cómo debía comportarse en lo relativo á la política ; si era bien el prescindir como él lo estaba verificando ; si erraba en no favorecer á ningún partido con su influencia eclesiástica ; si debía ó no afligirse del adjetivo con que los mal intencionados habían dado en llamarle, y otros puntos de no escasa trascendencia.

*Optime agisti, venerabilis frater,* exclama Su Santidad : no pudiste obrar mejor, hermano venerable : nuestro ministerio es de mansedumbre, la paz y la concordia nuestro objeto. *¡Optime agisti !*

El Papa manifiesta su voluntad de que el clero no se empeñe en la política, menos favoreciendo la tiranía : Jesucristo fué del todo extraño á ella, y Herodes no fué presidente de Galilea por su voto. Escándalo verdaderamente inaudito, nunca verificado en ninguna parte del

mundo, que el clero autorice con su firma un programa donde el cadalso es la proposición sobresaliente. Las leyes mismas prohiben á los sacerdotes intervenir en todo asunto que versa sobre derramamiento de sangre; si por su empleo se les ofrece conocer en casos de muerte, se excusan: ellos confiesan y absuelven al cristiano; pero sufragar por que se le mate, no; su casa es el templo de Dios, claro y de ambiente suave, no el frío y tenebroso sepulcro; su altar es el que abriga la imagen de Dios, no el patíbulo donde se insulta y se destruye su imagen. Sacerdotes que grabáis vuestros nombres en las gradas del cadalso, el Pontífice Romano os conocerá, sabrá quiénes son y cómo se llaman los que edifican esa monstruosa fábrica y se ofrecen á un dictador para servirle de verdugos. Yo que he visto la firma del Papa reprobando y prohibiendo la intervención del clero en asuntos donde se atraviese la tiranía y la sangre, puedo hablar de este modo á los eclesiásticos que se empeñan en traer su piedra para la construcción del patíbulo: la sangre que lo bañara, será de vuestros hermanos, de ésos á quienes debíais proteger, salvar y consolar con vuestro santo ministerio.

Después de la carta de Su Santidad, leí una comunicación oficial de Su Eminencia Monseñor Antonelli: el ministro abunda en el parecer del Soberano, y elocuentes aconsejan uno y otro al clero no contribuir sino á la paz, la misericordia y la concordia de los cristianos, manifestando sin rebozo, el horror que les causa el descarrío de los eclesiásticos que en varias naciones de Sud-América, toman parte con los opresores de los pueblos. Si Su Señoría el Arzobispo Checa tuviere á bien transcribir al clero de la nación las comunicaciones de Su Santidad y su ministro, haría un verdadero bien á la República y á la Iglesia. Cuando ese hombre sin tacha, ese sacerdote sabio, ese prelado fiel y vigilante es sindicado de heresiarca por los

fariseos ¿ qué no sucederá con nosotros, ignorantes pecadores ? Si Pío IX rehusa condenarnos, Pío IX se condena por decisión de los *católicos* del Ecuador. ¡ Santísima Virgen !

*Cátolicos*, á mí me ha horrorizado la compañía puramente, ese infernal trío de cosas opuestas, esa combinación de lo divino y lo satánico : el cadalso en medio del Sílabus y de la Santa Sede, es cosa que sorprende á Satanás mismo, y le hace echar una larga carcajada que retumba en las regiones infernales. Obediencia á la Santa Sede, como cristianos, bueno : el Sílabus, bueno ó malo, en su lugar ; nadie lo refuta : en siendo infalible la Silla Romana, saber debe lo que hace. El cadalso, amigos, en su rincón oscuro ; no hay que alumbrarlo con la luz de los apóstoles y entrarlo al cielo para colocarle junto con la cruz de la redención : Jesucristo murió, á nadie mató en ella : los religionarios del patíbulo buscan víctimas para él, cuando como redentores á ellos les toca inmortalizar este nnevo signo de gloria y bienaventuranza.

Salí del palacio arzobispal, santificado por los brazos de un hombre justo, por las letras del Vicario de Cristo, por ese ambiente regenerador, que reina en la casa de la virtud ; y cuando iba satisfecho de mi conciencia por esas calles, una celada de gente aviesa me esperaba en una esquina : de entre la sombra de una iglesia saltan tres hombres : le hago oler mi pistola al más atrevido, y sigo adelante con el mismo paso. Mi casa se hinche de gente : hay persona que se me tira de rodillas, rogándome que me salve : otros, los valientes, se empeñan en quedarse toda la noche en los corredores y el patio. El hombre de bien se salva en su conciencia : yo pienso que no estoy haciendo males al género humano, á la nación ni á las personas : si quieren matarme porque escribo como todos saben, bien muerto estaré : si puedo, me defenderé ; si no,

me iré cuanto antes á la gloria, porque estoy cierto de que el Misericordioso me abrirá los brazos.

La emboscada fué luego presa y enviada á la policía : como esos eran soldados de la policía, á su casa les mandaron. Señor Presidente, ¿quedaré con Vuexcelencia tan acorde como con el Arzobispo ?

---

# DEL ESPIONAJE

El tiempo es un anciano muy mañoso : con su profusa cabellera blanca, sus largas arrugas y sus manos trémulas, allí se está al pie de la roca minándola con su paciencia de siglos. Los montes vienen á ser lecho de mares con el tiempo ; los abismos insondables del océano, donde monstruos desconocidos llevan adelante su profunda vida, paran en verdes sementeras con el tiempo : la espiga se gallardea recuestada por el céfiro, donde el tiburón tenía su albergue ; y ese vasto oleaje de verdura que echa al aire poéticos suspiros, está en lugar de las bravías ondas que rodaban mugiendo del uno al otro polo. Las leyes del mundo moral tienen estrechas conexiones con las del mundo físico : los años todo lo destruyen, y lo que no destruyen, lo transforman : el sempiterno vaivén de las cosas humanas no conoce término, como que el movimiento es una ley de la naturaleza.

> Ni Dios ama el reposo, de improviso
> Sobre las alas de los vientos vuela,
> Ó de las tempestades en el carro
> Atronando los cielos se pasea.

El tiempo atraviesa el universo en raudales invisibles que van á perderse en la eternidad : grandes serán los

senos de lo infinito, para que hasta ahora no se llenen con los montones de años que van cayendo en ellos. Naciones, ciudades, sistemas, costumbres, todo se va con ese callado torrente que se llama tiempo, el cual deja tras sí un légamo que fecundiza como el sedimento del Nilo. ¿Y el hombre? Ah, el pobre del hombre, se va sobre esas ondas descuidado, y cuando menos piensa desaparece en las profundidades de la nada : gusanillo vivaracho, hierve presuntuoso, dueño del mundo, como un bailarín de su teatro : clava sus ojuelos resplandecientes en el sol, y desafía á la luz; pone el oído, y pretende que las esferas suenan armoniosas para su deleite : se arma, da voces, corre, blande una paja, y esto llama guerra : se pela la cabeza, baja la mirada, se mete en un jergón, y esto llama virtud : pone un rostro lamentable, da sus ayes, mira lánguido, se tira de hinojos ante una figurilla embarnizada, y esto llama amor. Entre tanto un monstruo descarnado, de cara negra, de cuerpo desnudo, armado de guadaña le espía por ahí, y se sonríe; le sale al paso, y le traga : adiós guerra, adiós virtud, adiós amor.

*Recuerde el alma adormida,*
*Avive el seso y despierte*
*Contemplando*
*Cómo se pasa la vida,*
*Cómo se viene la muerte*
*Tan callando.*

Los geólogos afirman que el Himalaya sirvió de alveo á un mar desconocido, ahora cincuenta ó cien mil años : ¡herejía! Amigos, esta palabra me sirve de coraza, para que no me paséis con vuestra católica lanza; de túnica incombustible, para que no me reduzcáis á cenizas en vuestro apostólico fuego. Esa obra del tiempo es prodigiosa : si tanto puede en lo material, no es impotente en lo moral. Ahora veinte siglos el robo era virtud en Lacedemonia;

y en la que ahora es silla de la Iglesia, los amigos se prestaban buenamente sus mujeres. ¿ Qué mucho pues que el espionaje hubiese sido en otro tiempo manera de política, por todo extremo apreciada ? Los varones de mayor suposición ejercían ese arte, y un buen espía valía tanto como un buen monarca. Vemos en el Libro de los Jueces que Gedeón va como espía al campo de Madián, y se llena de gloria. Ulises, con ser quien es, se disfraza y recorre el campo de los troyanos : Diomedes ejerce el mismo empleo en la Ilíada, y no hay personajes más famosos ni más encomiados por Homero. En tiempo de los romanos el espionaje no era mal visto aún : Sertorio, aquel varón esclarecido que estaba para vencer al Gran Pompeyo y poner en cuentos el poder de Roma, se ofrece á Mario para ir de espía al campo de los Cimbrios y Teutones. Y Sertorio obraba por consejo de los dioses : tenía su demonio como Sócrates, su ninfa Egeria, como Numa : Mercurio, en forma de donosa cervatilla, le inspiraba : sabio, prudente, virtuoso era Sertorio, y era espía.

Si los montes se vuelven llanos y los abismos montes, ¿ qué maravilla que las virtudes vengan á ser vicios y los vicios virtudes con el transcurso de los tiempos ? Las costumbres de Esparta son pecados mortales ahora ; las condescendencias de Catón son infamias para nosotros. El crisol de los siglos hierve sin cesar ; allí se purifican las costumbres, allí se atersan las virtudes, y la escoria va cayendo á los bordes del mundo. Pero como el alquimista es á veces el diablo, echa en el hervidero una gota de su ponzoña, y todo el material se corrompe : el oro se vuelve negra y chirriante espuma, y nosotros lo recibimos cual moneda de buena ley : el filósofo de las tinieblas nos ha tocado en la retina con uno de sus mágicos instrumentos, y nos hace ver las cosas de forma y color diferentes de los verdaderos : ese sabio es el maestro del error : pobres

discípulos, pensamos que vemos, y somos ciegos; pensamos que oímos, y somos sordos; por grandes nos tenemos, y somos pequeños; por claros, y somos oscuros. Por esto es que llamamos sabiduría la ignorancia, verdad la mentira, virtud el crimen, y envueltos y revueltos en una manga de humo pestilente, nos vamos revoloteando por el mundo, hasta caer en esa oscura boca que se llama sepulcro : por allí se pasa á la eternidad : la eternidad tiene dos caminos : cristianos, tomad el de la luz....

*Recuerde el alma adormida,*
*Avive el seso y despierte*
*Contemplando*
*Cómo se pasa la vida,*
*Cómo se viene la muerte*
*Tan callando.*

El espionaje en los tiempos modernos es tan pecado como el adulterio, tan delito como el robo : el espía y el verdugo andan juntos, son casados, la infamia les enlaza en unión estrecha : ¿ quién los bendijo ? La tiranía : ¿ cuál su prole ? La muerte. Caín es mal padre de familia : su descendencia trae en la frente el sello de la reprobación. Si no eres bueno para verdugo, no te prestes para espía. — Hermano, yo sé lo que digo; tú que me oyes, palpas la esencia de la cosa, y sabes que no hablo por mal de nuestra especie.

El que hace espiar no es muy diferente del que espía : ponerse tras una puerta y prestar el oído, no es mucho peor que coger un hombre malo ó infeliz y colocarle allí entre las sombras. Si ese hombre ve lo que no debe ver, oye lo que no debe oír, es porque se lo mandaron : sabido es que el que ejecuta un asesinato por orden ó seducción de otro, no es más culpable que el verdadero asesino. Echar una mirada investigadora al hogar, es grave delito :

seguirle los pasos á un hombre, sin que él lo sepa, es villanía. Si en esta flaqueza da una persona, es despreciable; si en ella da un gobierno ¿ qué será ?

El espionaje suele desenvolverse en torno á un hombre de gran significación, cuando se lo toma como resorte de política : Garibaldi vive rodeado de espías en su isla de Caprera; Juan Prim vivía rodeado de espías hasta en su destierro. ¿Por qué espían al Cosmopolita? Dios de bondad, ni Prim ni Garibaldi soy : no soy más que un Juan sin miedo, que vuelo con esta pluma por las regiones de la luz, ó caigo en las tinieblas, si ella me falta; que voy por esas calles sin buscar al enemigo ni huír de él, solo y sin más compañero que un compendio de seis tumbas al pecho; embebido en una cierta indiferencia por la muerte ó por la vida; sin aborrecer extremadamente á los enemigos, ni morirme de amor por los amigos : confundiéndolos muchas veces, y estimándolos en el mismo grado, fuera de los buenos, que tienen su lugarcillo aparte. Escribo para matar el tiempo, sin poner en las cosas vivo empeño; no por falta de fe en los principios ni de ardor en la sangre, sino porque el plato es muy chiquitito para el delfín, y porque majo en hierro frío : casi nunca me irrito de las irregularidades públicas, teniéndolas como las tengo por naturalísimas en nuestra barbarie irremediable : la calumnia no me roe, la injuria no me enfurece, la amenaza no me intimida : los enemigos me persiguen, los amigos no me deleitan, y á veces, me hieren más que aquellos : poco importa : preciso es que la comedia humana siga adelante. No admito secretos, los chismes me enfadan y reprendo á los enredadores : aborrezco las noticias, y no las quiero saber sino las de mucho tomo. Trato con muy pocos, y en ocasiones huyo hasta de ellos : salgo por los alrededores de la ciudad, y no encuentro á los valientes : si los encontrase, poco me importaría; en pudiendo, me defiendo : si

el número vence, sucumbo, y se acaba todo. ¿A éste espían? ¿ este buen Cosmopolita vive rodeado de soldados disfrazados? Ni sé el objeto, ni apruebo el fin; pero no me enfada mucho el que mis enemigos hagan la guerra á su modo: si no lo saben mejor, ¿ qué culpa tienen?

*Si podiéredes non ames una mujer villana,*
*Ca del amor non sabe, es como bausana.*

Si el Arcipreste de Hita hubiera tenido que aconsejar á mis compatriotas, les habría dicho:

*Si podiéredes non fagais una guerra villana,*
*Pero non lo entendedes, sois como bausanes.*

No conspiro; ¿ con quién he de conspirar? ¿ con *estos romanos* compañeros de Marco Bruto? ¿ dónde está Casio? ¿ dónde Ligario? El que manifiesta algún valor, el que habla como libre es un leproso en esta tierra; se huye de él, se le pone en cuarentena: no tengáis cuidado. Cierto que muchos jóvenes, conocidos unos para mí, desconocidos otros; muchos hombres del pueblo acudieron á mi casa *esa noche;* mas era para defenderme, no para acometer con alevosía. Si hubiera estado en mis facultades, habría conspirado muchas veces durante el despotismo de García Moreno; y cuando digo despotismo, claro se está que todo conspirador republicano ejerce su derecho. Ahora no hay cómo, ni con quién, ni para qué conspirar. Conspirará Don Gabriel, si los pueblos no le coronan dictador: ya nos lo ha dicho en confianza para que no lo contemos á nadie: conspiraremos nosotros, si Don Gabriel conspira: ¿ tendremos ó no razón? El general Urvina ha hecho muy mal en proporcionar al enemigo público pretexto y ocasión de perseguir á los patriotas: mientras él se solaza por las costas del Pacífico, mil personas, un partido, la nación

están á punto de muerte. Porque Urvina vino á Tumbes, se pide la jefatura civil y militar de García Moreno para el Guayas; porque Urvina vino á Tumbes, se grita, se exaspera, se revuelve la nación; porque Urvina vino á Tumbes, el Cosmopolita es acechado en las esquinas por soldados : y ¿ qué relación hay entre estos dos sujetos ? La que resulta de los escritos del segundo. Tengo un cargo que hacerle al general Urvina. Anoche se me pegó al talón un individuo, y parecía caballero : el maldito olía á espía que apestaba. Doy una gran vuelta por cerciorarme en mi sospecha : el hombre atrás. Tomo por allí : el hombre al pie. Vuelvo por aquí : tenaz el hombre. Me le encaro y le digo : ¡ infame ! si me sigue cuatro pasos más, le vuelo la tapa de los sesos ! Tiembla el hombre y desaparece. General Urvina, ¿ por qué me causa estas molestias ? doctor Espinosa, ¿ por qué no las remedia ? Usted no manda ese espionaje, pero lo tolera. Si al fin me matan de un tiro ó de una puñalada alevosa, no dirá que no lo ha sabido, supuesto que uno de sus ministros puede dar fe de una pandilla, como que él la mandó presa. Eso fuera buenamente una inocentada de mi amigo. Don Gabriel : ¿ quién no le atribuiría mi muerte ? Y con ella poco adelantaba en el aprecio público, y por consiguiente en su elección. Yo no he pensado ni pienso que se trate de un asesinato ; si tal fuera el plan, nada más fácil que su verificación, como que ni me escondo, ni dejo de andar de noche, ni acepto compañía. Pero este pertinaz espionaje ¿ qué significa ? El Doctor Espinosa que sabe tantas cosas, debe saber que el no poder estar nunca solo es peor que la perpetua soledad ; y éste suele ser el artículo más insoportable en las instituciones de la Trapa. Suponga usted, Señor Don Javier, que le siguiesen vigilantes varias personas á sus visitas, á sus quehaceres, á sus confesiones, á todas partes ; ¿ no se ofendería, no se enfadaría, no se

afligiría ? Nosotros los malos tenemos algo que hacer á solas, ¡ por Dios Santo ! déjennos la preciosa libertad con que el Criador regaló á su criatura. Yo no salgo á matar á nadie, ni sufro más espionaje que el de Eros y Anteros.

Desde Sansueña á París,
Dijo un medidor de tierra,
Que no había un paso más
Que de París á Sansueña.

La misma distancia media entre mi asesinato y el de Don Gabriel. Juan Viteri, el jaque de Lima, ¡ se halla oculto en esta capital con el fin de matarle !

Calledes, dijo Gaiferos,
Infanta, no digáis tal :
Por más que fueran los moros
No me pueden hacer mal,
Que estas armas y caballo
Son de mi tío Roldán :
Caballero que las trae
No podía peligrar.

Si Don Gabriel trae las armas de Roldán, hace mal en manifestar tan vivo recelo, por no decir otra cosa. Ese lanzón de á cinco varas con que anda por las calles, es bastante para defenderle de los ejércitos de Alifanfarón y Pandafilando de la fosca vista ; no digo para ensartarles al bachiller del Perú, á Briones, á Don Cirongilio de Tracia, y prenderlos contra la bóveda celeste. Donde vean ustedes un viejo de peluca rucia, barbas de chivo y gafas verdes, cójanle ; ese es Juan Viteri disfrazado de judío. Franco ha entrado á Guayaquil vestido de fraile ; Goyo Rodríguez anda por ahí empaquetado de inglés ; el manco León se pasea actualmente en Quito con traje de señorita. Andará sin duda tapada de ojo, como las niñas de Lima : pues es mucha inocencia no haber en todo un

partido de conservadores, un enamorado que levante esa toca y pille á la buena moza. Si Viteri anda de judío, Franco de fraile, Goyo Rodríguez de inglés y el manco León de señorita, ¿ qué hay más que hacer, sino echar mano por señoritas, ingleses, frailes y judíos y mandarles á chisporrotear en los infiernos ? ¡ Al grano ! ¡ al grano !

Juan Viteri, el que se le presentó con guantes á García Moreno, ¡escondido ahora en Quito para asesinarle ! ¡ Juan Viteri, casado con mujer rica, que por indolencia ó por otro motivo, ha abandonado hasta la secuela del proceso ! ¡ Juan Viteri, el hombre de la comodidad y el gusto, emprender un largo, pesado y peligroso viaje, disfrazado de judío, para asesinar á García Moreno !

Por felicidad el presidente no cree nada, por ahora ; y García Moreno es el que menos cree estas patrañas.

Soupire, étend les bras, ferme l'œil et s'endort.

ésto hace en Lima Juan Viteri : los valientes no asesinan, llévense de esta regla.

Han pasado también seis húngaros por Tumbaco para asesinar á Don Gabriel : los morabitos han bajado del Líbano con el mismo objeto ; los belermos de Armenia se han armado todos de revolver. ¡ A las armas ! ¡ á caballo !

Don Gabriel vive rodeado de guardias en Quito ; Dios de bondad, ¡ qué falta de experiencia ! No tiene más asesino que su conciencia : y éste sí que es animal carnicero y horrible. El que no ha matado ni piensa matar á nadie, tiene por custodios de su persona su alma transparente y bella, su corazón armonioso, su abultado pecho.

El ángel de la guarda es la inocencia : cuando se mata un inocente, se mata un ángel, y viste de luto el cielo.

JUAN MONTALVO.

FIN

# INDICE

## DEL TOMO SEGUNDO

### LIBRO IV *(Continuación)*

Bellas Artes . . . . . 1
Cuadros de costumbres. Capítulo que se le olvidó á Cervantes . . . . . 19
De los celos. . . . . 30
Viajes. *Poesía de los moros*. . . . . 43
La salud y la Medicina. . . . . 65
Aventuras tenebrosas . . . . . 86
Cuentos fantásticos. . . . . 100
Comunicación con los espíritus. . . . . 105
Carta de un padre joven. . . . . 120
El padre Yerovi. . . . . 149
Una provincial, no de las de Pascal. . . . . 162
Estilo familiar. Correspondencia íntima. . . . . 168
Carta acerca de un gravísimo asunto literario . . . 199

### LIBRO V

Egotismo . . . . . 203
Del periodismo. . . . . 213
El terremoto de Imbabura. . . . . 221
El nuevo Junius. — I. A los partidos políticos . . . . 233
En el libro de autógrafos del Ministro de Colombia. . . 243
Al pie del Monte Blanco. . . . . 247

### LIBRO VI

De la política. . . . . 249
El Libelismo. . . . . 256
El nuevo Junius. — II. Los partidos políticos. . . . . 264

Estilo familiar. Cosas de mi tierra. . . . . 271
Carta al Sr. Carbo. . . . . 280
Ansela. . . . . 284

## LIBRO VII

Derecho de reunión. . . . . 287
De la ineficacia de la razón. . . . . 294
Del Juramento. . . . . 308
Cartas al Cosmopolita. . . . . 318

## LIBRO VIII

Del Espíritu de asociación. . . . . 323
Palabras de un creyente. . . . . 331
El Nuevo Junius. — III. A Don Gabriel García Moreno 342

## LIBRO IX

De algunas sociedades notables. . . . . 359
El nuevo Junius. — IV. A la Clase Militar. . . . . 366
Visitas de un desconocido. . . . . 376
Del espionaje. . . . . 385

INDICE . . . . . 395

Paris. — Imp. Villain et Bar. 58791-5-23.